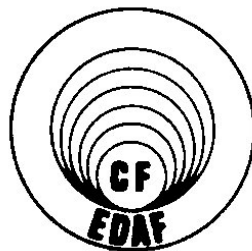


T. J. BASS
MAS QUE HUMANO



COLECCION CIENCIA FICCION

Título Original en Inglés: HALF PAST HUMAN
Traducción de:
ROSA AGUILAR

Copyright © 1971 by T. J. Bass

Traducción publicada por acuerdo con BALLANTINE
BOOKS, una División de Random House, Inc.

© Para la lengua española, EDAF, Ediciones–Distribuciones,
S.A., Jorge Juan, 30. Madrid, 1977.

I.S.B. N.: 81–7166–535–2
Depósito legal: M. 22.838–1977

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Imp. FARESO – Paseo de la Dirección, 5 – Madrid–29

INDICE

1. Palillo, Luna y Dan	5
2. El trapo de Tinker	23
3. Moses Eppendorff	42
4. Kaia el Macho	61
5. Moses y la ojo-de-vaca	79
6. El incidente de Dundas	100
7. Gran caza a 50:00	126
8. Lluvia de Tectitas	154
9. G.U.I.T.A.R	160
10. Olga	175

1. PALILLO, LUNA Y DAN

*Eres compleja, Sociedad Terrestre.
Yo soy un simple aborigen,
Uno de los de Entremedias.
Tus suburbanos y espirales por todas partes.
Biota indígena, tiempo ha desaparecida, cómo añoro tus verdores.*

En el año de Olga, dos mil trescientos cuarenta y nueve, Luna y Dan volvieron a la montaña Cumbre Rocosa. Sin dientes y ajados por los años, buscaban refugio por encima de los cien mil pies donde no podía alcanzarlos la Gran ST. Ahora, en el tercer milenio, la Tierra era aguacate y pacífica. Aguacate porque toda la tierra fotosintetizaba, y pacífica porque la humanidad estaba evolucionando hacia el nebish de cuatro dedos: el complaciente ciudadano de Colmena.

Luna y Dan no tenían tiempo para la complacencia. Acechados y hambrientos, luchaban por su supervivencia en una ecología en que la cadena alimenticia se había reducido al extremo. La Sociedad Terrestre había apiñado a sus dóciles ciudadanos entre las lagunas del plancton y los vertederos, hasta no dejar nicho alguno para la gente de Entremedias, excepto junto a las sabandijas y gusanería de las basuras y los jardines.

Bajo tierra florecía la ciudad Colmena. Tres billones de nebishes compartían las dávidas terrestres y encontraban su felicidad en las simples recompensas estereotipadas, racionadas por la Sociedad Terrestre, la Gran ST. Nada se movía sobre la superficie del plancton, excepto los meca-agros y algún extraño fugitivo como Luna, un antepasado de cinco dedos, incapaz de adaptarse a la sociedad apiñada. Tanto él como su perro Dan eran fósiles vivos. Las masas nebish habían acabado excluyendo a sus especies, pero ellos seguían viviendo. Habían sido sometidos a antiguos experimentos sobre el reloj metabólico, de tal manera que carecían ahora de relojes; sus cuerpos avanzaban lentamente a través de las generaciones, permitiéndoles presenciar en agonía la extinción de su especie, que seguía, ya que aún aparecía de vez en cuando algún antepasado ocasional entre los nebish: primitivos abandonados por la evolución.

Las leales y dóciles meca-agros trabajaban en la vegetación aguacate; esforzándose por atrapar cada quantum de energía solar y transformarlo en los hidratos de carbono necesarios. Sus inteligencias mecánicas convenían a estas tareas. Trabajaban con ahínco y se podía confiar en ellas. En este día de 2349 d.O. surgió un nuevo cerebro mec en la montaña Cumbre Rocosa. Su circuito era mucho más complejo: rápido e ingenioso, dedicado única y exclusivamente a si mismo.

- ¡Eh!, viejo con perro, recogedme.
–¿Quién habla? –pregunto Luna cogiendo una piedra.
El hocico de Dan se replegó en un gruñido sin dientes.
–Estoy aquí, debajo de estas hojas.

–¿El espíritu de la lanza?

–No, soy una máquina. Mi nombre es Palillo.

Luna y Dan se agacharon a una distancia prudencial.

–Tú no eres ninguna máquina. Las máquinas se pueden mover.

–Soy una pequeña. Alguien me tiene que llevar. Recógeme.

Luna titubeó.

–Pero los detectores de metal...

–No te preocupes. No soy de hierro –respondió Palillo con voz lisonjera–. Recógeme. Te puedo alimentar.

Luna y Dan estaban hambrientos.

–Todo alimento será bienvenido; pero ¿cómo nos puedes alimentar si no te puedes mover?

–Llévame encima y te lo mostraré.

Luna y Dan permanecían escondidos.

–Aliméntanos primero, y seguiremos hablando.

En el silencio que siguió oyeron el crujir de hojas secas. La lanza surgió ante su vista como un gusano congelado. Vieron varias pulgadas de afilada hoja, y luego un ojo. Palillo los observaba. Se agacharon todavía más.

–Vuelve al valle, anciano. Allí encontraréis cosechadoras. Cuando caigan las lluvias podréis coger lo que necesitéis sin peligro.

Luna se burló en silencio. Sabía que había cosechadoras. Siempre las había. ¡Pero lluvia! El cielo estaba totalmente despejado. Sin decir palabra, él y su perro retrocedieron alejándose de Palillo. Volverían al valle, no por fe en la lanza parlante, sino por precaución. Se sentían más seguros en el valle ahora que había un intruso desconocido en su refugio de montaña, y si algo les habían enseñado sus largos años de Entremedias era precaución.

Con los sentidos alerta, se deslizaron entre los árboles al borde del huerto. Las cosechadoras rodaban suavemente sobre sus anchas ruedas como escarabajos gigantes con los apéndices plegados y arcones como pechos cargados de polvo de plancton, frutas y vegetales. El cielo brillaba con un azul ciruela reluciente. Esperaron.

Luna vio una vieja cosechadora que conocía cargada con tomates de madera. Se levantó gritando y haciendo señales a los bultos sensores frontales de la máquina, la «cabeza» que albergaba los neurocircuitos y el comunicador. La inmensa máquina se paró y giró su cabeza hacia el humano que se le acercaba. Luna dio una palmadita amistosa a la rueda inflable.

–Buenas tardes, humano.

Luna saludó con la cabeza y se paseó alrededor de la voluminosa máquina observando cuidadosamente la carga.

–¿Necesitas alguna reparación?

–Sólo una tapadera de polvo que se me ha soltado en la caja L, pero puedo esperar hasta que vuelva a...

–Le echaré un vistazo –dijo Luna acercándose a la caja de herramientas. Mientras trabajaba echaba miradas esperanzadoras al horizonte en dirección Oeste. El sol se ocultaba intermitentemente tras oscuras nubes.

–¿Ha preguntado alguien por mí estos días?

–No –respondió la cosechadora.

–¿Vas a informar que me has visto?

–No me lo han ordenado. Sólo informo cuando me lo ordenan.

–Ya lo sé –dijo, dando cariñosas palmaditas a la máquina.

Sabía que informaría si le robaba parte de la cosecha. La máquina no le haría daño ni intentaría interferir, pero tenía que informar de cualquier pérdida o daño.

A lo lejos se oían ligeros truenos.

–¿Te importa si monto contigo?

–Al contrario –contestó la máquina según empezaba a rodar.

Dan levantó las orejas y empezó a caminar detrás. La brisa arrastraba gotas sueltas que dejaban huellas en el polvo. Al rato, como había anticipado Palillo, empezaron a destellar fuertes relámpagos. Parpadeando a través del aguacero, el viejo Luna metió algunos tomates de madera resbaladizos en su saco. Gritando por encima del rugido de la tormenta pidió a la máquina que parara. Obedeció. Luna saltó al fango; la máquina saludó y siguió andando. Informaría haberle visto en cuanto parase la tormenta, pero eso sólo sucedería varias horas más tarde, si era verdad lo que había previsto Palillo.

El sol banana brillaba en lo alto del cielo uva cuando Luna y Dan volvieron al lugar donde Palillo sobresalía por entre la hojarasca y el fango. Abajo en la llanura la tempestad amainaba.

– ¡Eres un dios! –exclamó Luna esquivando charcos.

–¡Qué va!

–Has traído las lluvias y has impedido que la cosechadora informe que me has visto –dijo Luna rompiendo contra una piedra uno de los frutos de diez pulgadas con color de tomate. Echó un poco de pulpa a Dan y él se puso a masticar un trozo.

El ciber habló con cuidado, de forma didáctica:

–Predije la lluvia. La actividad eléctrica de la tormenta ha impedido que la cosechadora informe. Mis habilidades se fundan en la ciencia, no en la magia –Palillo se detuvo para contemplar al anciano y al perro debatiéndose con la pulpa nutritiva en su boca sin dientes. Luego continuó–: Naturalmente, podríamos imaginarnos que mis poderes son espirituales, además de dedicarme a recoger seguidores y organizar una religión.

–¿Recoger seguidores? ¡Nunca! –exclamó el anciano Luna. Escupió una corteza mal masticada. Con la cara retorcida de asco gritó–: Organización es lo que pretende la Gran ST. Organizar, cooperar y aplastar al individuo. Jamás. El hombre ha sido creado para ser salvaje y libre.

Palillo flexionó su capa membranosa y se retorció en el fango chocolate.

–Recógeme.

Luna y Dan sentían todavía reparos en permitir que una jabalina parlante entrara a formar parte de su íntima compañía.

–¿Por qué?

–Soy un robot destinado a ofrecer compañía a cambio de compañía.

–Dan y yo somos suficientes. ¿Para qué te necesitamos? Ni siquiera puedes andar. Serías un estorbo.

Palillo veía cómo se disponían a seguir su camino. Sus pequeños circuitos ciber funcionaban a toda velocidad.

–Dientes –dijo–. Los dos necesitáis dientes. Llevadme con vosotros y os ayudaré a encontrar dientes.

Luna deslizó la lengua sobre los muñones tiernos de la encía que estaban prácticamente cubiertos de tejido hipertrófico. Cerca de dos siglos de masticar los había gastado hasta hacerlos casi desaparecer; la dieta blanda que tenía que seguir estaba reblandeciéndole el cuerpo también. Suspiró, ¡Oh! Masticar y morder otra vez... No pudo terminar el pensamiento. Cogió la jabalina de cien centímetros, y los tres abandonaron Cumbre Rocosa.

William Overstreet observaba desde el largo otero la nave cazadora zigzagueando a lo largo del valle. Iba desnudo, salvo un viejo cinturón a jirones y un casco abollado. El resto del traje hermético se había deshecho hacía ya meses. Su piel mostraba un desagradable mapamundi de cicatrices y queloides en los lugares donde el sol la había pelado repetidas veces. La cara, protegida por el casco, estaba ligeramente picada y arrugada.

La nave cazadora le espiaba, y detuvo su deambular. William levantó la mano derecha y empezó a descender la cuesta hacia la máquina, confiando en que su cinturón y el casco impedirían que disparasen. Esperaba que le reconocerían como un ciudadano, y no como un ojo–de–gamo. Saltaba despreocupadamente, manteniéndose en zona abierta, con la esperanza de despistarles de su nido.

En su nido había vivido durante los últimos dos años con la hembra más hermosa que jamás hubiera visto. Se llamaba Jalea, por su pelo amarillo dorado. Su espíritu era proteico, como las fases de la luna. Con luna nueva refunfuñaba y nadaba sola en el sumidero Ojo–de–Vaca. Con luna llena volvía, y como su nombre, Jalea, era dulce melaza. Compartían el nido también sus tres hijos de pelo dorado. El mayor tenía cinco años. Sus suaves pieles variaban de color oliva a caoba, pero el pelo era el de su madre. No había visto a Jalea últimamente. Desde que había empezado a crecer con su hijo, sus humores eran siempre de «luna nueva», lúteos y hostiles.

La nave se detuvo y se abrió la compuerta. Dos cazadores se acercaron cautelosamente, armados con grandes arcos. Llevaban el traje blanco rugoso y el casco esférico del uniforme Herma.

–¿Qué hay, muchachos? –saludó alegremente con la mano.

Cada uno de ellos le cogió por un brazo y lo empujaron dentro de la oscura cabina. Sintió en los hombros unos pinchazos como agujas ante el contacto de las drogas hipnóticas que inyectaban los fusiles Al Vol. Alucinaciones.

–¿Le has cacheado bien? –preguntó el primer cazador.

–Este cinturón perteneció a William Overstreet, perdido en una cacería hace dos años. La estructura ósea de este individuo se le parece, pero sus tejidos blandos están demasiado revueltos para poderle identificar.

–Perdido en una cacería –repitió el primer cazador–. Bueno, refuerza el hipocondicionamiento. Puede terminar esta cacería con nosotros.

Willie cazaba entumecido. Una voz dijo: «Rastro». Vio otros cazadores a la derecha y a la izquierda. Estaban rodeando un nido de zorro con tres conejillos salvajes. Volaron las flechas. Los gritos estimulaban su apetito de cazador. Levantó el arco y apuntó. Otro grito. Un cazador alzó un trofeo ensangrentado.

Ante él se movía una forma rosácea, las trenzas reposando encima de un par de pechos simétricos. Debajo, el vientre abultado por un útero en el tercer mes de

embarazo. Encima vio una cabeza desgreñada de pelo amarillo brillante. Una voz le ordenó disparar.

La visión se escapaba. Aparecían trechos en blanco. Alzó un par de objetos ovalados y ensangrentados que arrastraban unos segmentos blancos cortos, como de goma. No reconocía los alrededores. Estaba a muchas millas del sumidero Ojo-de-Vaca, quizá a más de cien. El trofeo ensangrentado no significaba nada para él. Tenía la mente en blanco. Una nave cazadora vacía volaba encima de él; había estado siguiéndole el rastro desde hacía horas. Hizo señales para que descendiera y se montó rumbo a la Colmena de nuevo.

El meca-meditec terminó con él y dictaminó cuerpo con cicatrices, pero sano. El psicotec no mostraba tanto entusiasmo.

–Este gráfico de reflejo SNC indica un fuerte trauma, pero es difícil evaluar la magnitud. Se han empleado muchas drogas en la cacería.

Willie giró los ojos hacia arriba, mirando con ansiedad hacia la puerta.

–Mira cómo anhela volver Fuera. Me temo que tiene vínculos afectivos con alguna ojo-de-vaca en la región del Lago Sumidero.

El observador escuchaba el análisis del psicotec.

–Bueno, supongo que podríamos tirarle o suspenderle –dijo–. Mas en realidad es demasiado pronto para saber hasta qué punto sería un problema para la Gran ST. ¿Por qué no lo transferimos a uno de los otros países, al País Naranja, por ejemplo? No tiene ningún vínculo con la megafauna de allí. Puede que resulte ser un buen ciudadano.

El psicotec afirmó con la cabeza. Transfirieron a Willie a una ciudad en Naranja. Uno de sus vecinos era un caño llamado Moses Sppendorff, sensible y competente. Su ciudad quedaba justo al oeste de las montañas.

La cadena montañosa formaba la espina geológica de dos continentes. Seis mil millas al norte de Cumbre Rocosa otros fugitivos se agarraban a su precaria existencia en el aire frío y enrarecido de la elevada cumbre.

Ball, una esfera metaloide, ocupaba una lápida pedregosa en el centro de un pueblo neolítico derrumbado. Lugar de reverencia, la lápida estaba rodeada de magras ofrendas de alimentos. Ball había protegido a estos habitantes del monte Tabulum hasta que se convirtieron en centenares. Al amanecer salían de sus refugios escondidos con herramientas de piedra y cuencos de barro. Molían el grano. Amasaban carnes secas y frutos. Trabajo, trabajo.

Toda actividad paró al moverse la puerta del gran cobertizo. Los ojos se dirigieron hacia la misma. El varón arrugado y calvo que salió vestía pieles sueltas, manchadas con jugos de frambuesas metacromáticos. Andando majestuosamente hacia la lápida, colocó ambas manos sobre la esfera que se asemejaba a su propia cabeza en tamaño y calvicie. Durante un momento pensativo los habitantes estudiaron el rostro meditabundo de su visionario, mientras intentaba contactar con su deidades protectoras invisibles. La alarma apareció en el rostro envejecido. Lanzaron ofertas de alimentos sobre los pliegues de la túnica.

Inmediatamente el pueblo se dividió en familias y pequeñas unidades sociales. Se derribaron los cobertizos. Se envolvieron buriles, palas y cascajos truncados junto con granos y carnes secas. Se ataron los bultos de pellejo a las espaldas de los adultos. Aparecieron armas en las manos callosas. Momentos después el pueblo estaba desierto. Sólo quedaba polvo y escombros.

A través de ese polvo caminaba una hembra pubescente, dejando claras y cuidadosas huellas de cinco dedos. Descendía despacio sola a lo largo de un sendero estrecho y empinado en la ladera pedregosa de la montaña. Era un cebo. Seis machos hoscos, cada uno con una lanza corpulenta, la vieron alejarse. Luego se agazaparon en oscuras grietas a lo largo del sendero.

El silencio volvió al monte Tabulum. El sol ascendía. Un macho joven –pubertad menos cinco– se perdió en la huida. Avanzando en zona abierta, ni siquiera oyó el zumbido de la flecha que se aproximaba.

Un arquero gordo y pálido, elegantemente ataviado, se aproximó al conejillo salvaje que se agitaba. Con una bota estrecha y puntiaguda sujetó el pequeño torso mientras arrancaba la punta afilada de la flecha. Desenvainó la pequeña hoja curva de su navaja de trofeos y se inclinó hacia la forma que se retorció. Afortunadamente, la baja presión de la sangre nublaba el sentido de la víctima. Una vez embolsado el espantoso trofeo, el cazador guardó su flecha y comenzó el ascenso por el sendero. Al encontrar el pueblo desierto siguió las huellas de cinco dedos que descendían por otra pendiente.

Llevaba tres días sin dormir. Una pequeña consola adosada al cuello triplicó el nivel de anfetamina de la sangre. Deteniéndose cautelosamente, estudió los guijarros que se amontonaban. Su detector de ojos–de–gamo de pulsera no veía nada a través de la piedra densa. Los lanzajabalinas se movían impacientes en sus escondrijos. Un movimiento súbito al final del sendero: el cebo se dejó ver. Otro trofeo. Descendió por el sendero con trote alocado...

La primera lanza le alcanzó en pleno estómago. Proyectada desde la altura del hombro, le penetró firmemente hasta la vértebra lumbar. Un aguacero de lanzas dejaban entrar el aire y la luz del sol mientras salían fluidos rosáceos.

Los circuitos del detector de ojos–de–gamo yacían aplastados sobre el sendero. Los habitantes fugitivos se repartieron los trozos de carne fresca en sus campamentos provisionales de las laderas. Su visionario ataviado recibió la generosa porción acostumbrada. Otra vez les había salvado su bola de cristal.

Los ojos–de–gamo de monte Tabulum comieron bien aquella noche.

Una nave cazadora solitaria buscaba al cazador perdido por la falda de la montaña. Deambuló sin parar toda la noche. A la mañana siguiente volvió al garaje vacía.

El profeta ataviado trasladó a Bola al centro de las ojos–de–vaca arrodilladas. Colocando su mano sobre el niño muerto, cantó:

–La flecha del cazador ha encerrado el alma–DNA del pequeño en el limbo. Hay que librarla para el retorno de Olga, a fin de que pueda llevársela de este mundo maldito. Debéis liberar el gen–alma–DNA con otro nacimiento.

Cesaron los lamentos. Los aborígenes desnudos continuaron el cántico:

–Liberar el gen–alma para el regreso de Olga; aparear, aparear, procrear–multiplicar–procrear–aparear, aparear.

Las amplias puertas del garaje se abrieron como esfínteres atrayendo a la nave hacia dentro. La luz del día brilló por un momento en el área de trabajo deslumbrando al joven Val, el encargado de turno. Se protegió los ojos con las manos. La nave se posó y silenció. Se levantaron nubes de polvo por el recinto. Tosiendo, apareció una cara tiznada por debajo de uno de los chasis desmantelados.

–¿Quién ha vuelto? –jadeó la cara. Era de Tinker, un operario neutro.

Val parpadeó y buscó entre la neblina el nombre de la nave.

–Ave Can.

Tinker salió gateando de debajo del chasis en medio de un montón de herramientas.

–¿Ave Can? Lleva todo un día de retraso. ¿Qué ha pasado con los cazadores?

Val comprobó el registro.

–Sólo había uno. Baserga, un C.D. siete. Parece que era una patrulla de rutina sobre el monte Tabulum, pero no ha vuelto.

Tinker se limpió el aceite de las manos y se acercó a Ave Can cariñosamente. Levantando las cubiertas contra el polvo comprobó los tejidos de los neurocircuitos. Acercándose a los sensores delanteros sacó sus herramientas y empezó a desprender el ojo central mayor.

–Pobrecilla mec –decía mientras trabajaba–. No me extraña que andes perdiendo a tus cazadores. Si casi no puedes ver. Me llevaré tu ojo grande a mi taller y reduciré el vacío otra vez a diez–al–menos–seis. Te pondré una retina E.M. nueva. Eso te dejará impecable –levantó el óptico y examinó el casquillo. Los contactos destellaron. Colocó la tapa contra polvo.

–¿Menos seis? –dijo Val–. Nuestras líneas sólo bajan a menos tres.

Tinker colocó el ojo de la mec en el banco de trabajo junto con un montón de otras piezas sueltas.

–He construido mi propia bomba de difusión hace algunos años –aceite de A.V., una pieza de chisporroteo, un árbol de Navidad–, lo reduje a menos cinco. Con un cortafrío lo podemos hacer descender otro decimal.

–Eso nos viene muy bien –dijo Val–. Hemos estado haciendo continuos pedidos de sensores, pero hay retraso en el suministro.

– Únicamente reconstruyo los toscos. Generalmente sólo necesitan retinas y lentes. Con la bomba es fácil reconstruirlos.

Val siguió pasándole herramientas a Tinker y haciéndole preguntas. Las naves cazadoras eran sus amigas. Estaba contento de verlas responder a la habilidad de Tinker. Seguro que mejoraría la eficacia.

A las mil y cien el viejo Walter entró resollando en el C.C. y releyó a Val. Las herramientas y las piezas defectuosas se apilaron en un saco.

–¿Quieres que te ayude con el saco? Me gustaría ver tu taller–cubículo –se ofreció Val.

Tinker se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

El viaje por los subterráneos calientes llenos de gente y la larga escalada por la espiral ajaron la túnica de Val. Limpiándose la cara en la manga se deshizo de su carga y echó una ojeada a la morada de Tinker. Había tres cubículos pequeños y un cuarto de estar mayor abarrotados todos de chatarras y herramientas. Había cabezas de meca–agros que les miraban fijamente con enormes casquillos vacíos. Cajas de cerebros, herramientas, comunicadores, sensores y pantallas aparecían amontonados por todas partes.

–Aquí hay sitio para una familia–7 –dijo Val.

–Estoy bastante arriba en la espiral, lejos de los servicios de la base del eje. No hay mucha demanda de moradas altas y mi trabajo de reparación justifica la ampliación del espacio.

Val movió la cabeza afirmativamente; comprendía. Al lado del pequeño catre de Tinker había un expedidor reconstruido. Val tocó el disco selector y salió una pequeña barra de comida, de muestra.

–Lo he construido yo mismo –explicó Tinker orgullosamente–. Claro que no es un modelo autorizado, pero así tengo alguien a quien hablar, un cerebro clase trece. Pero igual que mi refrescador, sólo puede suministrar cuando la presión alcanza este nivel, lo que casi nunca ocurre últimamente, así que lo almaceno con mercancías que traigo yo mismo. Tengo que ir a la base del eje para conseguir casi todo.

Val habló al dispensador. Le contestó cortésmente y le ofreció un menú de tapas. En la pantalla aparecían pasatiempos conocidos. Meneó la cabeza y se acercó a un banco de trabajo cargado de objetos. En un extremo de la habitación vio un tambor negro de unos cinco pies de altura y tres de diámetro. Estaba protegido por gruesos bloques aislantes y del centro de la tapa superior salía un manojo de cables. Al acercarse, Tinker le hizo ademanes para que se apartara.

–Ten cuidado. He estado experimentando con un capacitor mayor, para hacer funcionar mis herramientas cuando hay poca energía. Seguramente está bastante cargado ahora y mi material aislante no es de lo mejor. Intento mantenerme por lo menos a una distancia de seis pies para estar seguro.

Val se maravillaba del ingenio de Tinker. El tambor parecía muy potente, casi ominoso. Entró en el siguiente cubículo. Más aparatos electrónicos, unos cables gruesos conducían a una antena focalizadora. Las paredes estaban cubiertas con gráficos y mapas.

–Escuchando a las naves cazadoras y a las meca–agros –explicó Tinker.

Val acercó la nariz a uno de los mapas y buscó pequeños detalles que le eran familiares.

–Muy preciso.

–Un *hobby* interesante –dijo Tinker.

El expedidor del otro cuarto empezó a hablar y a imprimir en la tira de papel. Tinker se fue a leerlo mientras Val manoseaba los gruesos auriculares.

–Es un permiso de nacimiento, para mí –gritó Tinker.

–No me sorprende –sonrió Val–. La Gran ST está simplemente reconociendo tus talentos. Podemos emplear muchos más Tinkers.

Tinker volvió con la cara larga.

–Pero es uno de clase tres, niños con incubador–humano–de–elección. Yo vivo solo.

–¿Y qué? ¿No tienes a nadie que te quiera llevar?

–No –dijo Tinker irritado–. ¿Quién me llevaría gratis?

Val consintió.

–Sé lo que quieres decir. Ninguna de las hembras polarizadas quieren quedar grávidas de un clase tres a menos..., a menos que sientan algo por el padre del vástago. ¿No tienes ninguna amiga con útero?

Tinker meneó la cabeza.

–Vivo solo. Más sencillo. Cumplo con mi trabajo..., y lo hago bien. ¿Por qué querrá la Gran ST trastocarlo todo? Ni siquiera estoy polarizado.

Val le tranquilizó:

–A mí me han polarizado en parte, necesitaba los hombros para el arco –Sagitario, sabes–. No fue demasiado grave. Ahora tengo mis hombros. También me tengo que depilar cada semana, pero eso no importa mucho. Mi temperamento se ha hecho algo más brusco. No me gustaría nada ver lo que haría de mí una polarización completa..., pero si Gran ST lo ordenase, obedecería. Como buen ciudadano que soy.

Para ser un neutro, la personalidad de Tinker era ya algo cáustica.

–Yo no –frunció el entrecejo–. No quiero que mi productividad decaiga. Soy obediente, pero cualquiera puede comprobar que soy mucho más eficaz si vivo solo. Una familia–3 alborotaría mi taller.

Val comprendió. Su cubículo era privado: familia-1.

–Podías intentar solicitar una alternativa. Puede que Embrio consiga cambiarlo por una clase uno. Deja que lo lleve el útero mec –sugirió Val–. Baja ahora mismo.

El empleado de Embrio apenas si miró la tira de papel. Sacudió la cabeza.

–Lo siento, Tinker. Tiene que ser un clase tres. Tu niño tendrá que salir en el momento que se ha programado. Tenemos que pensar en las generaciones futuras. Todos nuestros úteros mec están llenos y el presupuesto es pequeño. Necesitarán de tus habilidades. Venga, sé un buen ciudadano y encuentra una hembra que lo lleve.

–No tengo ninguna hembra.

–¿No te atrae ninguna? –preguntó el empleado comprobando la ficha de Tinker–. Tu perfil dice...

–Me gusta todo el mundo –interrumpió Tinker–. Pero ni siquiera estoy polarizado. No siento atracción sexual por ninguna...

–En la clase tres no interviene para nada el sexo.

–Sí que interviene –explicó Tinker–. Me estás pidiendo que encuentre una hembra que lleve mi niño sin pagar las tasas normales de ese trabajo.

–Las tasas de llevar son para la clase dos, cuando la Gran ST selecciona el incubador.

–Lo sé, lo sé –dijo Tinker–. Pero no conozco a nadie que quiera llevar para mí gratis.

El empleado sacudió la cabeza afirmativamente y perforó el problema en la meca-embrio. Salió otra tira de papel. Era una orden directa.

–Hazte polarizar, Tinker. Y después encuentra a alguien que te quiera lo suficiente para llevar..., y hazlo en seis semanas.

Tinker reconoció el tono de la voz. Una orden de la Gran ST. Golpeando los talones, respondió:

–Sí, señor. Enseguida, señor.

Tinker se abrió camino a través de las muchedumbres rancias, seborreicas, en dirección hacia la Clínica de Polarización. Estudió el mar de caras monótonas, pastosas, buscando un posible incubador. Los más lentos llevaban adosados a la piel piojos y garrapatas. Sólo veía bichos y fealdad espiritual. Ninguno mostraba señales de actividad mental, sin hablar ya de estimulación. Ninguna posible pareja.

–¿Qué? ¿Te vas a lanzar, cariño? –cacreó la asistente de la Clínica de Polarización, una vieja bruja artrítica y sin dientes ya entradita en los veinte.

–Ordenes de la Gran ST –explicó.

La vieja se serenó. Con temblores parkinsonianos descubrió la bandeja de instrumentos. El cuchillo se estabilizó al hincarse en busca de la C.A.P. en la carne de su antebrazo. Extrajo la malla contra el tiempo.

–Aquí está tu capullo antipubertad –dijo. El cuchillo y la malla cayeron sobre la bandeja. Le rociaron con sintetizador de piel. Le inyectaron primeras dosis de andrógeno y P.H.S.* a Al Vol. Diez minutos más tarde caía de nuevo entre las muchedumbres de las espirales... sin sentir nada nuevo. Tres semanas más tarde una débil erección

* F.S.H. en el original = First Sexual Hormones. (*N del T*)

anunciaba que sus parasimpáticos sacros estaban polarizados. Los chicos del psico comprobaron su respuesta bio-eléctrica al estímulo erótico, el tono había mejorado.

Aparte de templanle el abdomen, la polarización no parecía ayudarle mucho a solucionar el problema de Tinker de encontrar un incubador; si acaso, se lo dificultaba. Sus sentidos se habían agudizado y ahora era más crítico con sus conciudadanos. Notó nuevos olores repulsivos. Los suburbanos llenos de gente e infectados de bichos se le hacían intolerables. Acercándose hacia el Control de Caza el hedor se hizo tan inaguantable que vomitó, añadiendo el contenido escurridizo de su estómago al lodo indescriptible del suelo.

Tinker entró en el garaje y comenzó a vaciar su saco, colocando los ojos de mecs arreglados sobre el banco.

–La polarización es dura –le comentó a Val. –He vomitado hoy al venir aquí. Nunca lo había hecho antes.

Val cogió un ojo, admirando las nuevas piezas recién colocadas.

–Tu eje neurohumoral se está fortaleciendo. No se pueden alterar sólo las gónadas, sabes. La pituitaria, el sistema nervioso autónomo, adrenalina, la tiroides, todas desempeñan algún papel en la polarización.

Tinker se sentó, estaba pálido.

–¿Pero qué tiene que ver el vomitar con el sexo?

–El reflejo es autonómico –dijo Val–. Antes, como todo neutro, desconocías casi todo tu entorno, es decir, tu cuerpo lo desconocía. Ahora te estás convirtiendo en un macho sexualmente activo. Supongo que se remonta a algún período en la selva. Las criaturas primitivas necesitaban de sus sentidos para encontrar pareja y esquivar a los enemigos. Tu cuerpo está buscando ahora una pareja.

Tinker bebió un poco de agua. Trepó al hombro de Ave Can y le conectó el ojo que había reparado.

–¡Lo que me faltaba! Que las gónadas me transporten ahora a los inicios del árbol evolutivo. ¿Cómo va a afectar eso a mi producción? ¿Qué ventaja va a sacar la Gran ST?

Val se encogió de hombros.

–No hay elección. Con el presupuesto tan restringido no puede pagarse el lujo de que todos sean clase uno. Los meca-úteros son demasiado caros. Y según parece tu vástago se va a necesitar dentro de unos diez años. Por eso no hay otra solución que uno clase tres. No te preocupes de tu productividad, puede incluso aumentar si no hacemos caso de tus peculiaridades mientras estás cambiando.

Tinker se sentía como si estuviera discutiendo su transformación en alguna clase de bestia.

–¿Mis peculiaridades? –dijo. –Al menos no envío cazadores a morir en naves cazadoras ciegas.

Val alzó una ceja.

–Pero necesitamos protección para nuestras cosechas. Las piezas defectuosas se han devuelto.

–Algunos arreglos de primera mano pueden salvar vidas. ¿O es que tu casta no permite ensuciarse las manos de aceite?

Val no contestó. Sólo sonrió, y dijo:

–¿Ves lo que quiero decir cuando hablo de tus peculiaridades? La polarización te ha hecho algo áspero.

–No salgas del tema. Si los arreglos no entran dentro de tu especialidad, ¿por qué no te montas en una de tus naves y sales de caza; de caza de verdad, no en un simple crucero de inspección.

Val sonrió y se alejó.

–¿Quieres algo del expedidor? –gritó por encima del hombro.

Tinker volvió a su trabajo.

Tinker notó pequeños cambios en la muchedumbre que viajaba en el suburbano. Ya no era un mar monótono de rostros. Estaba seguro que las imágenes de la retina eran las mismas, sólo su córtex visual empezaba a distinguir las imágenes neutras y las polarizadas. Los neutros se esfumaban en un fondo de nebishes sin rostro, en un collage amorfo de caras vacías. Los polarizados, tanto machos como hembras, le llamaban inmediatamente la atención, machos sombríos, hembras curvilíneas. De cada mil, uno parecía estar polarizado.

La espiral de su casa solía ser sólo ligeramente incómoda. También eso cambió. Empezó a ver ratas y piojos. Los cuerpos agusanados le irritaban. Entonces, por vez primera, se fijó en el mendigo, gordo y adematoso. Sabía que el descubrimiento se debía a su nueva capacidad de elección visual, porque el mendigo sin duda estaba allí desde hacía meses, paralizado, muriendo lentamente del beriberi húmedo. Los meditecs camilleros buscaban alrededor de la espiral. El mendigo se escondió en un escotillón de entrada polvoriento. Pasó un aspirador limpiando las manchas húmedas que dejaban las úlceras rezumantes del mendigo.

Tinker se paró al lado del escotillón escuchando los movimientos furtivos entre las paredes.

–Pobre bellaco jubilado –murmuro.

Se abrió camino entre la cola de la comida y pidió un litro de sopa de centeno con tiamina. Los circuitos del expedidor notaron el cambio en su dieta habitual. Sin prestar atención a los ópticos sospechosos, llevó el recipiente caliente hacia el escotillón de entrada. Exhalaba un vapor aromático.

–Sabrosas calorías –llamó en voz baja.

El mendigo bebió con manos temblorosas mientras Tinker miraba por encima de su hombro el oscuro nido. Encima de la espesa capa de polvo había paquetes de calorías básicas sin abrir. Sin sabores.

–Todo un detalle –dijo una voz femenina detrás de él.

Tinker se volvió y vio una hembra polarizada muy joven. Llevaba una suave túnica sujetada con un cinturón apretado. Sus ojos acariciaron su cara y miraron a un par de grandes senos simétricos.

–Estás focalizando –dijo tímidamente. La muchedumbre apática se disolvió ante sus ojos. En la profundidad de su pelvis, las sinapsis gritaban HEMBRA.

–¿Qué? –balbució.

–Que ha sido un detalle –repitió ella–. Eso de darle al pobre viejo tu ración de comida...

Volvió a sus sentidos. El dar limosnas era una función de la Gran ST. Si el mendigo se veía obligado a mendigar, quería decirse que había perdido todos sus créditos. No estaba bien mantener a semejante marginado. Sintió un flujo de culpa, que enseguida se convirtió en irritación.

–Me lo pude permitir.

–De todos modos, sigue siendo un detalle. La mayoría de los ciudadanos ni siquiera se hubieran fijado en él.

Se acercó y se apoyó contra él cogiéndole su emblema Sagitario. Él dio un paso atrás tambaleándose. El contacto corporal era actividad meld. Parecía mal en público.

–¿Quién eres? –preguntó a lo loco.

–Soy Mu Ren –dijo ella claramente–. 1/2 MRBL–segunda subcultura, en línea celular Mu Renal del clone B.L. Pero eso no importa. Lo que importa es que tengo diez años, me he polarizado espontáneamente, y he sido asignada a ti como incubador de clase tres.

Separó los ojos de sus suaves curvas durante el tiempo suficiente para ver detrás de ella el tobillero.

–El guardián me ha asignado –dijo ella cogiéndole de la mano.

Tinker intentó mirarla con ojos analíticos, pero el fuego de su abdomen ofuscaba su juicio. Sí que aparentaba ser una polarización completa, y si de verdad había sido espontánea, sin duda sería un incubador perfecto.

–Guardián me sacó del montón cuando me polaricé. Me asignaron a una familia–5, pero yo titubeé en la meld. Gracias a mi juventud me dieron la posibilidad de buscar otra pareja. Tu petición de incubador llegó justo a tiempo. Yo creo que me gustaría una familia–2.

Tinker le cogió la mano.

–Ven –dijo. Se abrieron camino hasta el principio de la cola complaciente y pidieron alimentos al expedidor. Ella llevaba los alimentos y él le sujetaba el tobillero. Su subida por la espiral nunca había sido tan agradable.

Mu Ren sonrió con aire de aprobación al taller de Tinker.

–Sólo he dado un poco de electrónica en mis estudios –dijo–. Pero reconozco los componentes de cibers ciudadanos y mecs de campo. Eres muy habilidoso con las manos.

Su atracción corporal se amontonaba en la conciencia de Tinker, dificultándole todo pensamiento racional. Señaló impacientemente hacia algunas de las máquinas grandes intentando familiarizarla con su nuevo entorno. Ella notó su impaciencia y se volvió hacia él.

–Me gustaría vivir con un hombre que es hábil con las manos –dijo. Cogiéndole por las muñecas, le deslizó los temblorosos dedos por la túnica. Sus suaves zonas erógenas emanaban calor. Sus sinapsis autonómicas se debatían en la creciente excitación. La pasión florecía desordenadamente, y de repente se esfumó. Mientras estaba de pie, se apagó el fuego de su abdomen, dejando en su lugar la fatiga.

Ella siguió reclinándose contra él durante un momento. Le dio un abrazo breve y se alejó hacia el tobillero. Empezó a sacar sus cosas. Tinker permaneció en medio del cuarto, desconcertado. Colocó su libro ST sobre el catre y desenrolló la ropa de cama sobre el suelo. Al ver su desconcierto, se levantó de un brinco y corrió hacia él..., acurrucándosele cariñosamente.

–Hace muy poco tiempo que te has polarizado –le consoló–. Tus reflejos necesitan tiempo para sincronizarse. Los ejercitaremos, y mejorarán...

Se instaló y se adaptó rápidamente a la peculiar morada de Tinker. Hablaba con el expedidor clase trece. Evitaba el gran condensador negro. Mejoraba su meld.

El embriotec tanteó el antebrazo de Mu Ren y retiró la esponja antiovolución. Sin hacer caso de sus sobresaltos, preparó el disparador de Al Vol con estrógenos.

–Ahora sí que no podemos tener hormonas conflictivas, ¿verdad? Te tendremos el endometrio preparado para el pequeño Tinker Junior en unas cuatro semanas. Vuelve entonces y haremos el implante.

–¿Podría verle ahora? –preguntó en voz baja.

El tec la empujó bruscamente hacia la puerta.

–No. Ahora no hay nada que ver, salvo caldo clone dentro de nutrientes espumosos. Ten paciencia. Dentro de seis meses estará dando patadas y retorciéndose ahí. Lo pasaréis muy bien.

Sonrojada con el efecto folicular pasajero, volvió a Tinker. Pero no lo pasó muy bien. Cuatro semanas después de la implantación arrojó un gran coágulo. Observó deprimida que había desaparecido el bulto de su vientre. Ya no sentía comezón en los pechos. Temiendo que no la autorizasen a ser incubadora otra vez, buscó su anillo Ov en el maletín de pie. Sus actividades meld se intensificaron. Miraba el anillo anhelante. Dos semanas más tarde se vio premiada con una ovulación. El vientre empezó a crecer de nuevo, con un poco de retraso, pero creció. Tinker, preocupado con unas extrañas señales provenientes de la superficie del planeta, no notó nada extraño. A las cuarenta y dos semanas de la implantación la Clínica Embrio la requirió para comprobación. Ella se negó.

–Media MRBL –preguntó una voz desde la puerta.

Mu Ren miró hacia arriba temerosa y vio a dos gruesos neutros con emblemas dorados de la Brigada de Seguridad Ram–Aries–. Su cara palideció. Dejó a un lado la costura y echó una mirada por encima de ellos hacia el pasadizo. Otros tres neutros se apoyaban en sus pértigas al pie de la espiral.

–Revisando la zona Tee –dijo el neutro sujetando un escudriñador–. Esta debe ser la morada de Tinker.

Los dos entraron y miraron a su alrededor. Todos esos aparatos electrónicos no significaban nada para ellos. Permanecieron al lado de la puerta.

Tras unos largos minutos de silencio tirante el neutro B.S. que tenía el escudriñador pareció preocupado. El vientre abultado de Mu Ren y sus movimientos trémulos interferían con el instrumento.

–Tranquílcese, por favor –dijo–. Esto es un simple control rutinario de las comunicaciones. No tiene nada que ver con usted.

Mu Ren suspiró. El útero estaba algo tirante. Se tumbó en el catre cubriéndose los pies con un chal. ¡Qué desahogo saber que no eran del Embrio, después de lo del feto!

Tinker llegó con alimentos para almacenar. Sonriendo como un buen ciudadano, descargó lo que traía en la repisa de la despensa y empezó a responder a sus preguntas. Si, había notado señales de radio extrañas. No, no había estado usando un transmisor de rayos concentrados. No, no tenía idea de dónde venían la señales. Sí, les mantendría informados. Se fueron... satisfechos.

Mu Ren le miró interrogante.

No hizo caso a sus preguntas mudas mientras corría un gran cerrojo de la puerta. Acercándose al banco de trabajo apretó un auricular contra su oído derecho.

–Transmisiones de la superficie, de Fuera –dijo moviendo rápidamente los sintonizadores y cambiando la posición de un hilo en el mapa vertical–. No vienen de las naves cazadoras ni de los meca–agros normales. No sabía qué podían ser, pero la visita de la B.S. de esta noche me ha convencido de una cosa. Son transmisiones no autorizadas.

No autorizadas. El término palideció de nuevo su rostro. Se lamentó débilmente y se sentó.

–Venga, venga; no hay peligro. Seguramente es sólo una mec renegada que está pasando una crisis de identidad con su CYS/CAPA. Los circuitos–y–si... y los circuitos–asociación–por–azar son muy lábiles. He oído hablar de clases seis que han enloquecido hasta agotar sus células energéticas. Pero generalmente no se pierde nada excepto algunas cosechas –la tranquilizó.

Sus palabras tuvieron poco efecto en la hembra grávida. Las lágrimas recorrieron sus mejillas.

–Nuestro bebé no está autorizado –balbuceó.

Tinker no lo oyó. Tenía puestos los dos auriculares. Movi6 la antena bic6nica para captar los mensajes seg6n se filtraban por las paredes y 6rganos de la ciudad–eje.

–Tenemos suerte de habitar este cub6culo alto–murmur6–. Un poco m6s hundidos en la tierra y no recibir6mos nada de esto.

Una contracci6n encogió el abdomen de Mu Ren. Se sent6 en el catre. Tinker se inclin6 hacia los auriculares escuchando los d6biles sonidos... un c6ntico.

Oh feliz d6a

Oh feliz di... ia

Cuando Olga llegue

Nos mostrar6 la v6a.

Los versos estaban separados por el sonido de percusi6n, guitarras y el ching, ching, ching de panderetas.

En lo alto de la monta6a

Vive la bola m6gica,

Escucha su sabidur6a,

No tropieces y caigas,

Corre por los jardines, corre,

No tropieces y caigas.

Tinker sab6a de la existencia de los Seguidores de Olga –una organizaci6n fraternal de culto desaconsejada por la Gran ST–. Pero no pod6a entender que emitiesen por radio. Si hab6an violado la ley de la Gran ST y penetrado en los jardines, la emisi6n s6lo conseguir6a delatar su crimen y atraer a los cazadores. Las brigadas de seguridad ya estaban investigando. La advertencia «No tropieces y caigas» parec6a muy apropiada si los cazadores estaban sigui6ndoles la pista. Pero ¿qu6 era una bola m6gica? Desconcertado, se quit6 los auriculares.

Cuando encontr6 a Mu Ren intentando dormirse entre sollozos, le dio unas palmaditas en el culo gordito y dijo:

–Es s6lo la depresi6n del parto, Mu, no dejes que te deprima.

–Nuestro beb6 no est6 autorizado –llorique6.

–Vamos, vamos, claro que lo est6 –respondi6–. Tengo los papeles aqu6 mismo.

–Pero necesitamos una clase cinco –dijo.

Tinker puso la mano sobre el vientre y not6 una patada. Lentamente calcul6 el tiempo que habr6a pasado desde la implantaci6n.

–¿Un h6brido? –pregunt6 despacio.

Ella afirmó en silencio con los ojos enrojecidos.

Tinker hizo una mueca.

–Un híbrido –sentado en medio de su sorpresa, tardó aún algunos segundos en darse cuenta de lo que ella quería decir–. ¿Qué será de él?

Se le oscureció el rostro.

–No está autorizado –respondió débilmente–. Vendrán a buscarle.

Mu Ren se durmió sollozando. Sueños agonizantes interrumpieron sus ondas alfa. El sonido se hizo color. Los colores se transformaron en sabores. Una torta con sabor a carne contenía una pequeña mano abierta suplicante. Un dedo minúsculo apuntaba al corazón de la madre. El sabor a carne se hizo sonido–el sonido del llanto de un bebé al chocar contra las placas que envolvían la torta–. Mu Ren se despertó en el terror de su primera pesadilla –la primera de muchas.

Los abrazos no rituales de Tinker hicieron poco para calmar sus temores. Empezó a dudar de la sabiduría de la Colmena.

El aborígen desnudo y velludo huía a través de la piel ciber verde de Filly. Llevaba ya cinco días sin dormir. El cuello le dolía en el lado derecho donde le había alcanzado la flecha del primer cazador. Costras de fibrina y eritrocitos cubrían la laceración adematosa. Había conseguido matar a aquel cazador, pero habían descendido a otro. Ese se desplomó exhausto después de seguirle durante tres días. Ahora había vuelto a la nave cazadora. Sus agudos ópticos le buscaban. Los sensores de Filly proporcionaban las coordenadas al Control de Caza. Cada pisada suya se sentía en la ciudad. Un tercer cazador se descolgó por el arnés –un matador bajo, gordo, con ojos saltones y con un horrible cuchillo de trofeos y un larguísimo arco mortal.

Los órganos de Filly rodeaban su montaña –un pico único cubierto de nieve en la cima–. El ojo–de–gamo trepó. Sus palmas rígidas hiperqueratoideas se agarraban firmemente a la piedra granular y le levantaban. El viento helado apartaba su larga melena gris de sus viejos ojos cansados. El único nombre que conocía era Kaia, un nombre que le había dado su primera pareja, y que en su idioma quería decir el Macho.

Ave Can IX descansaba sobre una plataforma de rastreo de ocho mil pies. Ópticos agudos seguían el lento ascenso de Kaia por la cara empinada a trece mil pies. Noventa milímetros de oxígeno adaptaron sus ajustes cardiopulmonares a la altitud. Más abajo, debatiéndose en el extraño ropaje, el cazador nebish abrió el oxígeno y le siguió. Por encima le hacía señas una nieve profunda y blanca, ofreciéndole un sueño reposado y tranquilo. Kaia se debilitaba. Crecía la escarcha en el vello de su cráneo y de sus axilas. Debajo de él, en el mismo peñasco, el cazador se había estancado. Con su traje y casco blanco parecía un muñeco de nieve.

–Vuelve –le gritó Ave Can–. Está atrapado allá arriba. No hay necesidad de rastrearle. Vuelve.

El hipocondicionamiento del cazador no permitía interrumpir el afán rastreador. Siguió trepando por la piedra empinada hasta que se fatigaron sus terminaciones motoras. El pobre nebish se había esforzado ya mucho más allá de la capacidad de su pobre cuerpo blando. Una ligera ráfaga de viento levantó su forma flácida desde la roca y la mandó volando hacia las nubes bajas. Ave Can le siguió y anotó el área de impacto.

Kaia no había visto la caída del cazador. Estaba a mucha altura y demasiado concentrado en dormir. Los poderosos ópticos de Ave Can enviaron la escalada de Kaia al Control de Caza.

–No conseguiremos nunca bajar ese cuerpo –dijo Val.

Walter aumentó el magnificador. Kaia se deslizó dentro de una cueva pequeña y amontonó nieve en la boca. Los sensores de Ave Can miraban a través de la nieve mientras el aborígen desnudo se acurrucaba sobre la roca y se enfriaba rápidamente.

–Por lo menos sabemos dónde está el cuerpo–dijo Walter–, si es que alguna vez encontramos a alguien lo bastante tonto como para querer trepar hasta allí para conseguir el trofeo. Se mantendrá bien a esas temperaturas, sobre todo ahora que se acerca el invierno.

Luna y Dan se escondieron tras una pila de escombros de fibra marrón verdusca a mitad del acantilado. Debajo, una nave cazadora se deslizaba sobre las aguas de un ancho y profundo canal. La nariz puntiaguda de Palillo sobresalió por entre los escombros.

–Está dando la vuelta. Pasará por encima de nosotros. No os mováis –dijo el ciber.

Oyeron al zángano elevarse y caer. Las fibras danzaban en el viento. Silencio. Luna levantó la cabeza.

–Huele a mar. Estamos a millas tierra adentro.

–Es el canal que está a nivel del mar.

–¿Vamos a nadar en él? –preguntó elevando la voz.

Palillo echó un vistazo con su óptico.

–Emplearemos caños secos y calabazas para flotar.

Luna forzó la vista.

–Pero si apenas puedo ver la otra orilla.

–Son menos de dos millas. No tenemos prisa.

Luna permaneció sumergido en los escombros.

–Vuestros dientes están en el otro lado. ¿No tenéis ganas de volver a morder un buen fémur? –dijo Palillo.

Luna frunció los labios y palpó sus encías pensativo. Su perro sin dientes, Dan, le miró con confianza.

–¿Dónde están esas malditas calabazas? –dijo, trepando por entre los escombros vegetales.

En el cielo lucía un cuarto creciente y algunas estrellas. Luna apuntó su montón de calabazas hacia la estrella polar y le dio un puntapié despacio, intencionadamente. Dan chapuceó a su alrededor y luego vino a reposar con las patas sobre la espalda del viejo. Palillo estaba atado entre las calabazas.

–¡Cuidado! –dijo el ciber–. Me estáis empujando bajo el agua otra vez. Tengo que buscarme un lugar seguro. Si alguna vez tenemos que hacer esto otra vez, diseñaré un flotador con estabilizadores.

Luna sentía escalofríos en la fría brisa.

–No lo volveremos a hacer.

El cuarto creciente se deslizaba bajo el horizonte occidental. Palillo observaba cómo se movía la ribera norte según les llevaba la corriente. Las ciudades eje de este continente se parecían –cápsulas cuadradas aplanadas que albergaban los órganos terminales de vastos viveros subterráneos–. Cápsulas ciber que vigilaban los jardines.

Estarían en peligro si les pillaba el amanecer ahí fuera. Los ojos de las cápsulas ciber eran muy agudos al rastrear las aguas del amplio canal.

–No os acerquéis a la costa –dijo Palillo–. Hay un sitio mejor más adelante para desembarcar.

La corriente los arrastró hacia una pendiente rocosa excavada en un alcantarillado. Los peñascos ofrecían reparo, pero Luna estaba exhausto. Al amanecer se encontraba dormido sobre un estrecho arrecife.

–Un lugar para descansar como cualquier otro–el ciber se encogió de hombros.

El viejo Walter entró corriendo en el Control de Caza donde estaban Tinker y Val hablando acaloradamente.

–¿Qué ha pasado? –preguntó mientras depositaba su bulto en el asiento de control y activaba su tablero de mandos.

–El embarazo de Tinker –dijo Val–. No está autorizado.

–Pero soy un buen trabajador. Mi hijo será un buen trabajador.

Walter confirmó el miedo de Tinker. Estas situaciones de familia–2 eran peligrosas. Las parejas tendían a quererse demasiado. Malo para la eficacia de la Gran ST.

–¿Tu permiso es una copia de carbón... clase tres? –preguntó Walter.

Tinker asintió con la cabeza.

–Para un híbrido necesitarías por lo menos uno de clase cuatro –continuó el viejo–. Probablemente uno de clase cinco, puesto que Mu Ren es demasiado joven para haberse ganado el derecho de reproducirse sola. Seguro. Uno de clase cinco. Permiso de híbrido con pareja–de–libre–elección. ¿Has solicitado una variación?

Tinker dejó caer la cabeza.

–Tan pronto como lo descubrí –dijo con voz triste–. El comité todavía no se ha reunido, pero el mec que recogió la solicitud dijo que generalmente se necesitaba un acto que beneficiase a todo el planeta para ganarse uno de clase cinco. Tengo escasa probabilidad.

Walter dio unas palmaditas en el hombro del joven y dijo alegremente:

–Bueno, un mec no es un comité. Tenemos hombres que deciden esas cosas..., seres humanos. Has sido un trabajador muy bueno, Tinker. Conozco a algunos de los miembros del comité. Hablaré con ellos esta mañana. ¿Por qué no intentas tranquilizarte? Vete en un crucero rutinario con Val. El doberman necesita comprobación.

Val y Walter se miraron. Tinker estaba demasiado preocupado para darse cuenta de la enorme pila de mapas arrugados –poco corrientes para un simple crucero rutinario–. Doberman III dobló su músculo de bisagra según se acercaron. La compuerta daba paso a una cabina oscura.

–Buenos días –saludó la nave.

Val penetró arrojando los mapas sobre la mesa. Buscó a tientas las hebillas de arnés. Tinker se detuvo.

–¿No necesitaremos nuestros trajes herméticos?

–Debajo de los asientos. Entra.

Val introdujo los mapas por el digeridor del doberman. Pasaron por el circuito, saliendo extendidos y con índice.

–Si me niegan la variación... –empezó Tinker–, creo que me gustaría guardar el niño todo el tiempo posible. El período de permiso dura hasta que empiece a andar o a hablar.

Val sacudió la cabeza con vehemencia.

–¡Yo no lo intentaría! –exclamó–. Los equipos de arrojo estarían merodeando por tu cubículo..., intentando cazar al pobre niño. Demasiada tensión. Sí, ya sé que la Clínica Psic ordena a veces a los ciudadanos fem que contraigan un embarazo para desarrollar su propia identidad femenina. A esas hembras no parece importarles que arrojen a sus niños por el vertedero. Pero tú y Mu Ren sois diferentes..., sensibles. Mejor que lo arrojéis tan pronto como haya nacido. Os será más fácil.

Tinker parecía débil, desamparado.

–Si tú no puedes hacerlo, te lo haré yo. Para eso estamos los amigos –dijo Val como de paso. No notó el furor que enrojecía la cara preocupada de su amigo.

El esfínter se abrió.

–Adiós –dijo el garaje.

Al momento estaban viajando a la altura de los árboles. El sol parecía un disco lunar a través de las ventanas protegidas. Tinker se fijó en los mapas por vez primera. Cogió uno.

–¿Qué son estas coordenadas?

–Transmisiones..., rayos concentrados no autorizados de Fuera. Nuestros rayos interventores los han recogido. No es que pase nada con nuestros detectores de ojos–de–gamo, pero he pensado que podíamos comprobarlos visualmente.

Tinker estudió el mapa. Una de las coordenadas reposaba sobre la misma línea que él había estado recibiendo la noche anterior.

–Seguridad también las ha estado recogiendo.

–Esto es asunto del Control de Caza –Val frunció el entrecejo–. Viene de Fuera..., puede que incluso de los jardines.

Pasaron sobre los huertos y campos de triple cosecha –mezcla de plantas de tallo, viñas y hierbas–. Tinker levantó la vista del mapa y miró por la ventana. Por delante se extendía la cordillera de montañas, docenas de picos, los más altos cubiertos de nieve.

2. EL TRAPO DE TINKER

Despertando en la resplandeciente mañana soleada, Flor levantó la cabeza y sonrió su rostro de polen a sus vecinos verdes. Elevando sus ojos hacia el sol vio la Gloria –el mundo naranja del pulpo rojo– destellando oro y rojos aguados. Los brazos le colgaban. Con las puntas de los pies rastrea en el húmedo suelo. El sol compartía grandes verdades con su mente de flor. Sintió expandir su alma. Extasis. El raptó se apagaba con el otoño. ¿Dónde estaban sus abejas? Polen desperdiciado. Su verde se hacía marrón. Las puntas de los pies abandonaban su búsqueda en la tierra. ¿Dónde estaban sus abejas? Marchitada y secándose cayó en la tierra sin reproducirse–volviendo al ciclo de nitrógeno sin realizarse–. Un alma de flor siguió camino...

Doberman III se acercó en círculos para ver más de cerca. Tinker sintió la náusea de jugos gástricos que le ardían en la garganta. En el jardín yacía un cuerpo en descomposición. Estaba abandonado y desnudo. Raíces y tallos invadían la piel ajada entre roja y marrón. Dos huecos vacíos miraban hacia arriba.

–Otra reacción flor –dijo Val, cáustico–. Parece un neutro, un macho sin polarizar. Seguramente ha sido sólo una sobredosis de recompensa molecular. Los neutros no suelen tener mucha actividad inapropiada. Poco probable que se trate de suicidio. El pobre nebish creyó que era una flor y salió fuera para comunicar con el sol –una esquizo fototrópica catatónica a causa de la R.M. Demasiado tarde para tomar una prueba.

–¿Reacción flor? –dijo Tinker.

–Morirse al aire libre así. Bajo el sol. Los rayos le han pelado completamente la piel, en unas horas. Hay dos tipos de flores en los jardines. Suicidas y reacciones de drogas. La recompensa molecular. La Gran ST la raciona entre los buenos ciudadanos y lo empleamos para mantener los nervios de los cazadores, pero es peligroso. Los chicos del neuro saben distinguir entre R.M. y A.I., pero necesitan tejido cerebral fresco. Este lo dejaremos simplemente. De cualquier modo, dentro de poco se hará parte de la cosecha.

Tinker murmuró algo sobre un jardín muy hostil.

–El aire es bastante fino en estas cimas altas. Espera. Descenderemos y usaremos los mandos de rueda –dijo Val poniendo la nave en manual. Sus ojos brillaban según maniobraba por los estrechos senderos, las ruedas chirriaban y aplastaban la gravilla. La nave avanzaba, lentamente en las curvas y acelerando suavemente en los trechos lisos. Cuando pararon, Tinker vio varias millas de roca rota y caída.

–Monte Tabulum.

–Se parecía mucho más a una mesa desde lejos.

–Es bastante llano –dijo Val acercando la nave al borde–. Hay signos de ojos–de–gamo. ¿Ves ese carbón rodeado de piedras? Solía haber mucha gente de Ojos aquí antes de que los cazáramos. Es una pena que ya haya tan pocos. Nos lo pasábamos bien. Pero eran un peligro para las cosechas... y tenían que desaparecer.

Las ruedas los llevaron a través de la tabla más allá de un acre de agua de deshielo rodeada de hielo. Del otro lado se veían más montañas cubiertas de nieve. Una milla más abajo las laderas estaban cubiertas con glaciares de apartamentos cubo. Volvieron al lago en el centro de la tabla. Tinker estudió las señales de la pantalla.

–¡Catorce mil pies! Iba a salir a probar el agua, pero necesitaré mi botella de oxígeno a esta altitud.

Val ajustó los escudriñadores, diciendo:

–Los ojos–de–gamo parece que se desenvuelven bien aquí. Agua suficiente, a no ser que la nieve rosa la envenene, y a salvo de los cazadores. Los ciudadanos no pueden subir aquí sin una máquina o un pesado uniforme Herm. Antiguamente era una montaña de quince mil pies, hasta que alguien segó la cumbre. Fíjate en el borde serrado alrededor del agua. Las rocas también parecen derretidas.

–¿Qué podría cortar la cumbre de ese modo?–preguntó Tinker.

Val se encogió de hombros.

–No lo sé. Las ondas esparcieron cerebros de mecs a millas de distancia. Estaba teniendo lugar una gran caza aquí. No ha sobrevivido ningún testigo. Limpio. Sin inducir radiación.

Tinker frunció el entrecejo. Los proyectos de movimientos de tierras del servicio de colectores le daban suficiente experiencia para apreciar la cantidad de energía que suponía. No podía ni adivinar la causa.

Los resultados estaban claros: varios acres de terreno llano inútil para la Colmena, pero ideal para los ojos–de–gamo.

Los escudriñadores se deslizaron sobre los campos. Cenizas y pedernales, recientes. Muchos de los huesos todavía no se habían blanqueado.

–Las piedras están frías –dijo Val–. No es de sorprender. Incluso si hay ojos–de–gamo aquí sería difícil descubrirlos con esta nave ruidosa.

–Pero no hay señales del comunicador –dijo Tinker–. La distancia de aquí a mi receptor, a través de toda la tierra y las paredes, requerirían un pequeño rayo concentrado. Algo lo suficientemente grande como para transmitir a esa distancia sería imposible de esconder aquí arriba.

Val asintió en silencio, satisfecho. Se acercó al borde. Las ruedas sacudían la pendiente al descender apartando pequeñas rocas. Varias veces activó nerviosamente el conducto de aire, la nave se elevaba en la fina atmósfera y volvía a caer sobre la grava móvil. Impaciente. Por fin, en las laderas más bajas, consiguió elevarse y voló hacia el oeste. Una hora más tarde volaban sobre un océano azul vacío.

Tinker conectó los amplificadores. Los escudriñadores mostraban sólo agua estéril y transparente. En el fondo yacía un túnel subterráneo roto como el esqueleto de una culebra... con la cáscara pelada y las costillas al aire. A quinientos pies de altitud volaron por encima de las coordenadas del rayo concentrado. Arena, espuma y perfiles de islas en el horizonte. Ninguna de las islas coincidía con las coordenadas.

–¿Qué eran esos bultos con cúpula azul del fondo? –preguntó Tinker–. Llevan mucho tiempo muertos.

–Cúpulas Rec –respondió Val–. Centros de recreación sumergidos. Al morir el suburbano murieron también. Hoy día ya no se necesitan, son pocos los ciudadanos que saben nadar y, de todos modos, no hay megafauna en el océano. El servicio de colectores envió suburbanos para comprobar el deterioro de la estructura cuando yo era niño. Yo vi los videos. Dudo que la Gran ST se meta en el mar otra vez, sería demasiado trabajo.

Durante horas buscaron en mar abierto. Vieron una pequeña isla pedregosa con algunas plantas obstinadas.

–Probablemente no sean plantas de cosecha –dijo Val–. Si estuviéramos más tiempo sería interesante ver qué sobrevive en una isla árida como esa..., y sin los labradores y la agriespuma de la Gran ST.

Tinker miró el cronógrafo.

–Hablando de tiempo, ¿no deberíamos volver ya?

Val quitó las manos de los controles.

–A casa, Doberman.

Walter fue a su encuentro en el garaje. Parecía deprimido.

–Debe ser importante –dijo Val–, para que haya venido él mismo hasta aquí.

Resollando, con el vientre colgándole, el viejo Walter se les acercó.

–Es Mu Ren –dijo–. Han empezado las contracciones. Me llamó tu expedidor.

Tinker saltó corriendo hacia la puerta.

–Negaron la variante –gritó Walter.

Val alcanzó a Tinker bajando por la espiral.

–¿No estará allí el meditecno?

–No hay autorización.

Cuando llegaron estaban sudando. Mu Ren dormitaba entre contracciones. Tinker miró a la pantalla. Había un sensor pegado a su vientre y los trazos bioeléctricos atravesaban el monitor. Los cardiogramas del feto y de la madre parecían estar bien.

Colocó una tabla dura debajo de sus nalgas para mantener elevada la apertura, apartada de los líquidos. El cerebro mec clase trece del expedidor seleccionó su programa de partos.

–Mu Ren, encoge las rodillas –dijo cuando empezó la siguiente contracción.

Ella se despertó y puso los dedos detrás de la curva de las rodillas tirando de los muslos hacia arriba y hacia fuera. Las bolsas de agua se movieron. Tinker buscó en su bandeja de instrumentos: dos pinzas de punta redonda y un par de tijeras sin filo. Con la siguiente contracción se rompió la membrana. Chorrearon los líquidos. Apareció una cabeza negra peluda. Todavía estaba dentro.

–¿Presentación? –preguntó el expedidor. En la pantalla aparecieron gráficos. Tinker palpó la cabeza del bebé. La parte frontal ancha estaba hacia atrás, en dirección al sacro.

–El bebé tiene la cara hacia el sacro.

–Occiputo anterior, muy favorable –dijo la pantalla.

Con la siguiente contracción se dilató el perineo y se volvió a ver la cabeza peluda.

–Un trapo –dijo la mec. Tinker cogió una toalla seca, gruesa, y sujetó con ella el perineo. Entre contracciones, empujó hacia arriba y sacó la cabeza del bebé.

–Comprueba el cordón –dijo la mec.

Tinker apartó el flujo de la pequeña carita rosa arrugada y tanteó entre el cuello y el hombro del bebé. El cordón daba una vuelta alrededor del cuello. Estaba tenso. Introdujo el dedo medio bajo el cordón y dio un tirón. No se movió. El cardiograma fetal

perdía el ritmo. La mec acentuó el pulso irregular cambiando a audio. Tinker trabajaba más de prisa.

–Una lazada –dijo alcanzando el par de pinzas sin punta. Click, click. Con las tijeras cortó el lazo. La cabeza sobresalió una fracción de pulgada y el cardiograma se estabilizó. Guiando la cabeza hacia abajo, soltó el hombro anterior de debajo de su sínfisis. Levantando, soltó el hombro posterior. El resto del niño se deslizó hacia fuera en un lío de cordón y chorros de líquido. Secando la carita arrugada, entregó el niño inerte a Val.

–Lo mejor será que lo tire por el vertedero antes de que Mu Ren lo oiga gritar. Le estropearía el día –musitó Val dirigiéndose a la puerta. Sostenía al niño mojado con los brazos extendidos, como si fuera basura en putrefacción.

Tinker se hallaba ocupado en el postparto. El útero de Mu Ren se estaba llenando de coágulos y la placenta asomaba por la vagina. Estaba pálida y callada.

Val se deslizó hacia la espiral dejando un reguero de gotas blancas en el polvo. El niño empezó a retorcerse y a llorar a grito abierto. Unos ojos grandes le dirigían la mirada. Intentó no cruzarse con ella.

Val colocó las cuchillas entre picar y cortar. Miró hacia abajo por el tubo negro. Las paredes marrones granulares tenían manchas indescriptibles que indicaban las variedades de desperdicios que admitía. Dando un paso atrás, empezó a balancear al niño con los brazos estirados. Si lo tiraba con precisión caería los doscientos pies hasta las cuchillas sin que se dañasen apenas las paredes.

–Está sangrando –gritó Tinker.

Val miró hacia atrás y vio la cara preocupada de Tinker del otro lado del pasillo. El balanceo había apaciguado el llanto del niño.

–¿Has intentado apretarle el fondo del útero?

–No ha servido para nada.

–Intenta llamar al equipo blanco. Un meditec con su mecamedí.

–No vendrán. No hay papeles de este embarazo, no está autorizado.

Los dos miraron al niño arrullado. Unos ojos oscuros les miraban. Sonrieron.

–El reflejo útero–cerebro medio–pezón –dijo Tinker.

Llevaron el niño a Mu Ren. Estaba intentando darse masaje en el fondo del útero, pero la hemorragia continuaba.

–Dale el pecho –dijo Tinker acercándole el niño.

Mu Ren titubeó un poco, pero el niño se agarró enseguida al pezón, chupando con fuerza. Inmediatamente sintió el útero encogerse y endurecerse. La hemorragia cesó.

–El no sabe que no está autorizado –dijo.

Algunos meses más tarde Tinker musitaba sobre su banco, en el garaje. De su taburete colgaba una caja de herramientas con arnés de hombro. Val llegó a su hora de turno y se sorprendió de encontrarlo allí.

–¿Qué te trae tan pronto?

–No podía dormir –dijo Tinker–. Además no estoy aquí de guardia, he venido a recoger mis cosas.

–¿Oh? –dijo Val, pasando la mano por la caja de herramientas.

–Voy a hacer huelga –continuó Tinker–. He bajado al Departamento de Control de Población todos los días de este mes. No me dan variante en mi licencia de nacimiento clase tres. Quieren que les entregue el híbrido.

Val hizo como que sentía compasión. Más para mantener un buen trabajador en el garaje que por ningún verdadero sentimiento hacia el niño.

–El voto del comité generalmente es definitivo–dijo en tono realista.

Tinker cuadró los hombros.

–Bueno, veremos a ver cómo se las apaña la Gran ST sin mí. Mantengo en funcionamiento la mitad de las máquinas de esta ciudad.

–Es verdad –afirmó Val–, pero todo lo que conseguirás es hacer descender nuestro nivel de vida. No podemos influir en el comité. El viejo Walter ya lo intentó. Necesitas una contribución que afecte a todo el planeta, un acto heroico que merezca una licencia de clase cinco.

Los hombros andrógenos de Tinker permanecieron cuadrados; la barbilla en alto.

–Lo veremos –dijo, ajustándose la caja.

Mu Ren observaba a Tinker depositar los alimentos.

–¿Calorías básicas? –preguntó.

Tinker afirmó con la cabeza y gruñó.

–De huelga. Estoy presionando para conseguir una variante.

Mu Ren había observado cómo las presiones de los últimos meses le habían debilitado; había desaparecido la expresión inocente de sus años neutros. Gruñía y refunfuñaba, con peligro de crear trauma en los oficiales. Avanzó hacia su banco de trabajo y se colocó los auriculares. Ella se le acercó y le pasó los brazos alrededor de los hombros apoyando la frente contra la nuca de Tinker.

–Ya está gateando –susurró.

Tinker echó un vistazo por la habitación.

–Será mejor que recojas todo lo que veas pequeño o puntiagudo. Se lo meterá en la... –empezó. Si le esperaba el desagüe de un momento a otro, el daño teórico de que se tragara un objeto afilado parecía ridículo.

–Bueno, de cualquier modo... –se aclaró la garganta–. El equipo de arrojé no sabrá que ya está gateando. Su desarrollo neuromuscular va bastante adelantado –después de un momento de reflexión, añadió–: Y no dejes que entre Val más aquí. Es tan buen ciudadano que se sentiría obligado a informar sobre la madurez del niño, Val, ese canalla de B.C.

Tinker se sobrepuso y empalmó su capacitador negro de cinco pies con el cable de energía del comunicador. Vertiendo agua sobre la pila de calor, comprobó la inversión de polaridad. El campo se extendió por la habitación recogiendo las herramientas sueltas. Mu Ren volvió a su cama y se acurrucó con el niño. En la pantalla aparecieron intermitentemente círculos concéntricos. Se oían notas musicales. Observó las coordenadas, estrechó el rayo, y preguntó:

–¿Quién está ahí?

La música aumentó y se oía claramente mientras el otro transmisor se ajustaba a su posición. Los círculos concéntricos se redujeron a un punto. Una voz metálica interrumpió la melodía.

–¿Quién pregunta?

A Tinker le preocupaban los bordes de luz verde de la pantalla –eran los rayos inquisidores de Seguridad–. No sabía si serían capaces de conectar lo suficientemente bien para captar su conversación. Trabajó deprisa, identificándose rápidamente.

–Mi nombre es Tinker, de la ciudad C.C.

–Mi nombre es Cosechadora –contestó una voz áspera.

–¿Una renegada? –preguntó Tinker.

–Una mec libre –le corrigió la voz–. Discípula de Olga. Si quieres librarte de esa maldita Colmena puedes unirme a nosotros –salvajes y libres–, las tribus de monte Tabulum. Un tinker* siempre será bien recibido. Hay mucho trabajo.

–¿Libre? –pronunció Tinker esperanzador.

–Te ofrecemos libertad y calorías aromáticas. Únete a nosotros, Olga te protegerá.

Tinker estudió su mapa mural. Las coordenadas del rayo atravesaban el monte Tabulum que visitara con Val. El área les había parecido desierta.

–¿Dónde te encontraré?

–¿Puedes localizar mi rayo concentrado con el compás?

–Sí.

–Doscientas veintiocho millas. Una montaña con la cumbre plana. Te buscaremos.

–Lo tengo que pensar.

Miró a Mu Ren y al niño. Tenía clara conciencia de los peligros de los jardines. Había visto los efectos que la exposición había causado en los cazadores.

–Viaja de noche –dijo la Cosechadora–. Despiastaremos a los cazadores para que estés seguro. Pero mantente entre la vegetación alta y por debajo de los canales. No lles metales. Si cubres más de diez millas por día no conseguirán dar contigo. Ahora tengo que desconectar, un campo inquisidor está tocando nuestro rayo. No esperes demasiado tiempo.

Tinker se quitó despacio los auriculares.

–¿Quién era? –preguntó Mu Ren incorporándose.

–No estoy seguro, pero pronto lo sabremos. Nos vamos Fuera.

El miedo cruzó su rostro. Se abrazó al niño.

–Conseguiremos la variante –gritó.

Tinker se le acercó y le dio unas palmaditas en la cabeza.

–Esta es nuestra única oportunidad... para el niño –la tranquilizó–. Estaremos preparados para el contacto con la atmósfera de Fuera e intentaremos evitar a los cazadores. Recogeré lo que necesitamos. No será muy difícil. Tenemos mapas.

–Nadie consigue salir Fuera y sobrevivir –pronunció Mu Ren nerviosa–. Las actividades inapropiadas y las recompensas moleculares se van para morir. Si los cazadores no nos alcanzan nos alcanzarán los ojos–de–gamo. Son unos caníbales voraces.

Tinker le dio un abrazo no ritual.

–Hay seguidores de Olga ahí fuera. Nos protegerán.

Mú Ren no estaba convencida, pero Tinker empezó a hacer los preparativos inmediatamente. En varios viajes a la base de la nave consiguió ropas de tejido,

* Tinker: calderero remendón, chapucero, alguien que arregla aparatos. (N. del T.)

herramientas, pequeños paquetes de medicinas y ropa de cama de repuesto. Dejando de lado todo lo que fuera de metal, construyó sacos para la espalda, cinturones de servicio y un marco para transportar a Junior. Se ató el marco a la espalda y comprobó el tamaño.

De repente dos hombres corpulentos se presentaron ante la puerta de entrada..., neutros de confianza de Seguridad.

–¿Qué, preparando alguna mudanza? –preguntó el capitán con voz cruel.

Tinker, inconscientemente, sonrió con su sonrisa de buen ciudadano.

–Claro. Una escalada. Mis vacaciones. Deberíais haberlo comprobado antes de venir.

Eran las dos mil cien horas. Debían haber enviado la brigada en el mismo momento en que conectaron con su rayo concentrado. Dudaba si sabrían algo privado para él. Titubearon. Fuera, en el pasadizo, oyó a otro hombre B.S. preguntar sobre la escalada de vacaciones. Tinker se asomó a la puerta. Había otros tres en la espiral, tendiendo redes.

Mu Ren agarraba nerviosa a su niño. Un tercer neutro B.S. entró con un comunicador.

–Está mintiendo sobre eso de la escalada. Una familia–3 muy anti–ST. Niño no autorizado. Ha hecho huelga de trabajo. Ella no ha hecho caso a las llamadas de la clínica. Los tres tienen citación.

El primer oficial sacó su fajo de esposas de tobillo.

–Nos llevaremos a estos dos. Tira al crío por el vertedero sintetizador en el camino. El psic se los llevará para orientación ST –dijo según avanzaba hacia Tinker.

La cara de Tinker sonreía. Su mente volaba. Tres neutros tan grandes como él, pero sin hombros. Retrocedió hacia su banco de trabajo empujando un interruptor con el codo. El recinto vibró con 160 decibelios con sonido de 10.000 hertz. Agitando un cable flexible de cuatro pies, disipó a los guardias. Gotas de agua roja salpicaron las paredes. Volaron trozos de carne. Empujó a Mu Ren hacia delante. Llevaba al niño agarrado entre los senos. El pasillo estaba bloqueado a la altura de la espiral por las redes y pértigas de los B.S. Los neutros miraban a través de la malla. Arrastró a Mu Ren fuera del pasadizo de salida del eje. Una compuerta de entrada los introdujo en la oscuridad de las paredes.

Una espesa capa de polvo amortiguaba sus pisadas y se les pegaba a la cara y manos. Las ratas chillaban y se escapaban velozmente. Treparon por la espiral de un hueco de ventilación hasta llegar a la superficie.

–Nuestros paquetes –murmuró Mu Ren–. Nos los hemos dejado.

Miraron a través de la celosía hacia el jardín brillante. Las frutas y los vegetales ofrecían un calidoscopio de color que los hipnotizaba. Ni siquiera Tinker había mirado Fuera antes sin sus gafas protectoras.

–No te preocupes –dijo entreabriendo los ojos–. Aquí estamos seguros. Podemos viajar cuando anochezca.

Reposaron y recuperaron el aliento. Tinker quitó el polvo del marco y se lo ajustó mejor a la espalda.

Limpjaron la cara del niño y lo dejaron dormir sobre el marco.

–De una cosa no nos tendremos que preocupar Fuera –dijo.

Ella le miró interrogante.

–Aromas.

–¿Que se ha hecho ojo–de–gamo? Imposible. Tinker no –gritó Val dando grandes zancadas por la habitación desierta de Tinker.

El capitán de Seguridad estaba sentado mientras el meca–meditec le curaba las heridas.

–Pues está Fuera –y desde luego no era A.I. o R.M.

Val recorría la habitación buscando entre la pila de cajas y cables.

–Ninguno de ellos tenía cinco dedos. Simplemente no son ojos–de–gamo por definición.

–De cualquier forma, están Fuera. Uno de los caños ha venido y ha seguido su rastro por uno de los tubos de ventilación. Han encontrado las celosías rotas.

A Val le preocupaba el refrescador de Tinker. Encontró una cuchilla recta y un afilador.

–¿Se ha enterado de esto el Comité de afiladores?–dijo mostrando en alto la peligrosa hoja de cuatro pulgadas.

–No lo creo –murmuró el capitán, retrocediendo nervioso.

Val cerró la hoja contra el mango.

–Deja que Tinker haga caso omiso del buen depilador Kerato–Sol y fabrique su propia navaja. Desde luego, la polarización le ha cambiado.

Uno de los tecs B.S. que trabajaba alrededor del catre se levantó con su instrumental de impresión. Tenía los ojos bien abiertos.

–¡Cinco dedos!

Era la huella del pie del niño.

–El gen malo –musitó Val–. Los dos lo llevaban. Eso explica su acción anti–ST.

El capitán de Seguridad se levantó despacio.

–¿Mandarás a los cazadores?

–Claro –dijo Val–. Entregad esta navaja al Comité de afiladores –dijo, pasándole la hoja doblada.

Foxhound rodó hasta el esfínter del garaje. Walter apretó los lazos del traje de Val y le entregó el casco Pelger–Huet –una amplia esfera ligera con la superficie exterior granular y un cristal visor horizontal con forma de riñón.

–¿No crees que será peligroso seguirle solo? –le preguntó el viejo Walter–. Sus mapas están bien detallados. Sabe bien adónde va.

Val afirmó frunciendo el ceño.

–No veo razón para alterar toda la plantilla. Que sigan con sus patrullas de rutina. De todos modos, sólo podemos usar uno por uno. Ahí fuera necesitan sus drogas, y se cazarían unos a otros si sacamos a muchos. Conozco a Tinker. Quizá pueda convencerlo para que vuelva.

–¿Y si no puedes?

–Estaré dentro de Foxhound. No me pasará nada. Tinker no lleva ninguna protección. Sólo puede viajar de noche. No creo que cueste mucho encontrar a los tres.

–¿Qué va a hacer?

–Eso depende de Tinker. Tengo las manos atadas. Cumplo órdenes. Si quiere arriesgar su vida por un niño no autorizado y una pareja anti–ST, pues... le dejaré que lo

haga –dijo Val recogiendo su arco pesado y largo. Por fin servirían de algo sus largas horas en la arquería.

Walter hizo un gesto de adentrarse en Foxhound. Val lo detuvo con cuidado.

–Quédate y no dejes de observar el C.C. Me puedes ayudar más aquí con los detectores de ojos–de–gamo. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

El esfínter se abrió. Walter se protegió los ojos. Cuando Foxhound se alejó pidió al expedidor de Tinker sus memorias auditivas y ópticas. Le interesaba el nacimiento del niño. Vio cómo las hábiles manos de Tinker ayudaban al parto con pericia, tratando a Mu Ren y al bebé como a cualquiera de las mecs en las que normalmente trabajaba –un poco mojada y blanda, pero una máquina biológicamente sana–. Walter entregó la grabación al psicocinetoscopio de Seguridad en busca de PMC –pequeños movimientos corporales que indicasen psicosis–. Nada. Tanto Tinker como Mu Ren parecían hallarse estables hasta su desertión. Walter estaba intrigado. Convertirse en ojo–de–gamo tenía que ser psicótico. Fuera era un entorno hostil, fatal para los ciudadanos.

La nave cazadora se deslizó suavemente por un huerto de árboles frutales y escudriñó el canal. Los cetáceos se agitaron y se sumergieron. Val apagó las luces de la cabina, se colocó el arco sobre las piernas y esperó. Estaba seguro de que Tinker empezaría a caminar en cuanto se pusiese el sol. De repente la pantalla captó una figura andando hacia él.

–Todavía hay sol –musitó Val. –Tinker no es tan tonto como para exponer su epidermis a...

La figura registraba setenta kilos, con melena, hombros y pecho de ojo–de–vaca. Se sumergió hasta las rodillas en las aguas de la ribera. Val se escondió y susurró a su comunicador de muñeca.

–Una ojo–de–vaca bribona. Grande. Sus manchas IR de la piel muestran una fase luteal ya avanzada.

La figura paró y miró a su alrededor con cuidado.

–¿Puedes alcanzarla? –preguntó el viejo Walter.

Val sujetó el arco con cuidado e indicó a la nave que abriera la compuerta. La mec se negó.

–Primera ordenanza, señor –dijo–. No puedes cazar desde dentro de mi cabina. Yo estaría tomando parte en una matanza humana. Sal fuera. Expónte.

–Pero soy un supervisor–replicó Val.

–Ha desaparecido –dijo la máquina.

La presa se sumergió en las aguas. Durante unos segundos su pelo seco flotó sobre la superficie. Después desapareció dejando pequeñas burbujas. Foxhound se elevó en una nube de polvo y hojas, rastreando. En la pantalla relucía su cuerpo caliente. Val descendió el arnés, aterrizando en el camino de la ojo–de–vaca, en la otra orilla. Dispuso el arco de nuevo. Foxhound se apartó despacio en su papel pasivo de taxi, esperando. Val observó las aguas color menta, intentando calcular dónde emergería para tomar aire. Los segundos se hicieron minutos. Al aumentar el tiempo permitía que ella aumentara la distancia. Alerta y nervioso, descendió algo más por la orilla.

Tropezando contra algo frío y mojado, dejó escapar la flecha hacia el otro lado del canal. La óptica del Foxhound siguió la trayectoria... hasta caer sobre un lecho de flores. Val consiguió ponerse de rodillas y gruñó al comunicador de muñeca.

–¿Qué es? –preguntó Walter.

Val se quitó el guante y palpó el volumen escurridizo.

–Es la ojo–de–vaca. De alguna manera se me ha adelantado. Nadadora potente.

–Date prisa y córtale la carótida. Es peligrosa.

–Está ya muerta –replicó Val.

Walter observó la información del sensor. El cuerpo era el de una ojo-de-vaca, la misma masa de setenta kilos. Los mismos pechos y hombros. El mismo pelo largo. Sólo que ahora aparecía mojada y con una temperatura igual a la ambiente. El barro le cubría las piernas por debajo de las rodillas.

Val indicó a Foxhound que la recogiera.

–¿No vas a recoger el trofeo?

–Yo no la maté –dijo Val–. Además, he venido aquí a por Tinker. Ya he perdido demasiado tiempo. Toma nota para que Muestreo compruebe sus restos por la mañana.

Oscureció. Val se recostó en la cabina escuchando un canal de entretenimiento mientras la nave cazadora escudriñaba.

–Enfocando.

–Vamos a verlo en el rayo Al Ba –susurró Val–. Quiero echarle un vistazo a... –se detuvo boquiabierto– ¡la ojo-de-vaca!

Vieron cómo la hembra de larga melena se recalentaba y trepaba desde las hierbas verdes hasta el canal. Deslizándose bajo el agua, desapareció de nuevo.

–Son inmortales –dijo Val, atónito.

–Reponte –ordenó el viejo Walter–. Yo también lo he visto, pero tiene que haber una explicación lógica. Seguramente no se trata más que de un sensor estropeado o de una mala transmisión. Foxhound no está completamente en forma. Creo que deberías dejar la caza por ahora y volver. Ya encontrarán a Tinker las patrullas de rutina mañana.

Val no necesitaba que le animaran más. Temblando, se agasajó en la seguridad de su asiento y elevó el volumen de la música.

Moses Eppendorff ajustó las nuevas celosías en los huecos y comprobó la movilidad. Llevaba su emblema de la casta Caño –Acuario. Según iba añadiendo las celosías se cerraba el hueco y se apartaban los jardines de la vista. Los jardines verdes, brillantes, ominosos.

–Moses. Aquí Walter. ¿Qué tal va eso ahí arriba?

Walter miró a su comunicador de cinturón.

–Bien. Ya he puesto bastantes para descansar. Si regresan, por lo menos no podrán volver a entrar por aquí.

Walter se compadecía de cualquier ciudadano que trabajase tan cerca de Fuera, habiendo estado durante tanto tiempo condicionado a la Colmena. Además existía el ataque en potencia de un I.A. como Tinker.

–Bueno, puedes descansar –dijo Walter–. Se han encontrado los tres cuerpos abrasándose al sol a tres millas de aquí. Muestreo ya ha salido. Ahora estás a salvo..., y todos nosotros.

Moses descansó.

El robot Muestreo rodó alrededor de los tres cadáveres escamosos marrones mientras el tec dirigía sus operaciones desde la cápsula de la nave vecina.

–Ya es suficiente para la grabación óptica. Recoge el cuerpo del niño primero y colócalo en la tapa del tonel.

Los pesados apéndices inferiores de muestreo recogieron la masa quebradiza. El ojo del tec captó la hierba verde de debajo.

–Toma una muestra de la hierba. El cuerpo no ha estado mucho tiempo.

Mientras miraba, las hojas de hierba se levantaron lentamente. Los apéndices superiores pequeños de Muestreo diseccionaron rápidamente el cadáver, tomando nota de la falta de un segmento de costilla y del corazón y pared del pecho perforados. Acercándose al cuerpo adulto más cercano, anotó seis heridas grandes de pinchazos en el tronco, cada una como de tres pulgadas de diámetro. Sexo, macho. Faltaban el hígado y grandes masas de músculo del muslo.

El tec anotó mentalmente que los ojos–de–gamo le debían haber matado haciendo un banquete con las partes que faltaban de Tinker.

El siguiente cuerpo tenía también señales de lanzas. Faltaban trozos de músculo y de hígado, ¡pero el sexo era masculino también! El tec comprobó el registro de los que buscaban: Tinker, Mu Ren y un niño de un año.

Cargó todos los cuerpos sobre la mec. Estaban secos y momificados, llevaban meses muertos. La hierba debajo de los cuerpos era de un verde brillante. El tec se encogió de hombros. No tenía sentido.

Un equipo nervioso de nebishes trabajadores revoloteaban alrededor del bulto de la Cosechadora renegada al pie del monte Tabulum. Sus grandes trajes les dificultaban el manejo de las herramientas y las fobias de Fuera les nublaban las mentes. La gran célula de energía de la mec estaba exhausta, pero quedaba aún suficiente carga para llevar a cabo actividad mental y para operar con rayos concentrados.

Hip y varios de sus seguidores desnudos los observaban desde una grieta protegida.

–No saben lo que hacen –murmuró Hip majestuosamente–. No se llevarán nuestra Cosechadora.

Como para confirmar su predicción, la gran mec enganchó y aplastó una de las figuras uniformadas bajo una rueda. Los demás corrían frenéticos en círculos durante unos minutos. Luego uno se derrumbó, aparentemente de un shock. Los demás se retiraron a una cápsula de la nave.

Hip sostenía en alto su bola de cristal y repetía.

–La Colmena no se llevará nuestra Cosechadora. La mec se mantendrá fiel sólo a nosotros. Tendremos ruedas y un rayo concentrado. Y tenemos una mente mec que comparte nuestro amor por la libertad.

Luego estudió el horizonte..., añadiendo:

–Está al llegar un tinker de la Colmena. Es uno de nosotros, como veréis por los dedos del pie de su hijo. Tiene manos hábiles. Su pareja es fértil. Será bienvenido en nuestro pueblo.

Los seguidores asintieron en silencio.

Tinker se sentía rendido. Tres días arrastrándose y nadando habían desintegrado sus ropas de tejido. Ahora se estaba desintegrando también su piel. Sin melanina ni niacina su epidermis formaba ampollas y se pelaba. No había ningún sitio para esconderse de la energía radiante mortal del sol. Los rayos rebotaban del agua y de las hojas brillantes y se dirigían hacia sus cuerpos desnudos. Las ampollas se llenaban de líquidos arenosos.

–Necesitaríamos nuestros paquetes de medicinas –dijo Tinker.

–Simplemente, no tuvimos tiempo de traerlos –le calmó Mu Ren. Le rozó la mano suavemente.

Tinker forrajeó un poco y volvió con grano de cereal rico en proteínas. Almorzaron en poco tiempo, intranquilos. Esa noche hicieron una media de dos millas por hora. Tenían los pies y las rodillas hinchadas. Al amanecer bañaron las heridas en las aguas del canal.

–¿No deberíamos pedir merced a la Gran ST? –se lamentaba Mu Ren.

Tinker observó las lesiones de sus pieles. Los hombros y la espalda estaban empeorando, ni señal de curación. Pero en sus manos y en los brazos las ampollas cristalizaban. Las úlceras se secaban.

–No hay merced en la Colmena –dijo–. Sólo la ley. La rompimos cuando vinimos Fuera y pisamos las cosechas. Cada pisada priva a algún ciudadano de calorías. La Colmena se acordará de eso. Nos han confiscado nuestro crédito. Yo no tendré demasiados problemas. Después de unas sesiones con el psic me devolverán mi posición de casta, pero tú no tendrías tanta suerte. Y la suerte del niño será sin duda el desagüe.

Cogió a su hijo abrazándole para que Mu Ren descansara los brazos. No había reventado ninguna de las ampollas y ahora notó señales de color en el dorso de las manitas regordetas.

–Se está bronceando –exclamó Tinker.

Mu Ren no se daba cuenta.

–Tiene nuestros genes. También nosotros nos deberíamos broncear. Hay esperanza.

Los dos miraron con los ojos entreabiertos a través del verde resplandeciente. Sí, había un poco de melanina en la piel del niño. Durmieron más tranquilos aquella tarde. Al séptimo día se vieron recompensados por una disminución del dolor de la piel. Casi todo el torso estaba cubierto con costras secas que les cubrían confortablemente. Mejoró su apetito. Al décimo día incluso fue placentero cruzar el canal; su piel era ya suficientemente fuerte.

–Esas deben ser las montañas –dijo Tinker.

–Hay tantas, ¿cuál?

–No puedo estar seguro desde aquí. He intentado que mantengamos una dirección de cinco grados hacia el sur desde el este. Espero que podamos encontrar una montaña plana en unos diez días más de camino.

Mu Ren trepó a la rama de un árbol. Sus escamas marrones eran del color de la corteza.

–Algunas están cubiertas de nieve. Todavía no se ve ninguna plana –dijo, protegiéndose de la luz con las manos.

–¡Una nave cazadora!

Huyeron hacia el canal: tres cabezas sumergidas hasta la nariz en las turbias aguas. La nave siguió su camino hacia delante cruzando a unos cincuenta metros de distancia. Los grandes sensores apuntaban hacia el frente.

El viejo visionario del monte Tabulum trepó con su artritis hasta el cuello de la Cosechadora y apoyó su bola contra el nudo del neurocircuito. La bola relampagueó. La Cosechadora se movió.

–Mis unidades motoras se han desintegrado parcialmente –dijo la gran mec–. Detecto un ciudadano debajo de mi rueda F.D., pero no puedo retroceder.

–El nebish se ha matado a sí mismo al tirar de tus contactos en ese sentido. – replicó Hip–. Olvídalo. Dinos: ¿alguna noticia de Tinker?

Alrededor de las enormes ruedas se amontonaron gran número de gente de Ojos para escuchar. Descendió la potencia de la mec y la voz salía débil.

–Encontraron los tres cuerpos en descomposición –chirrido.

La ojo–de–vaca musculosa que había transportado los cadáveres sonrió satisfecha. Había cubierto la distancia en menos de tres días. Incluso con momificación, los tres cadáveres resultaban pesados. Sus pares reconocieron la hazaña y dejaron que Hip le asignara los mejores manjares.

–Bien, bien –dijo Hip–. ¿Sabes dónde está Tinker?

–No los he podido localizar. Pero no los persiguen. Eso es todo lo que puedo decir –dijo chirriando de nuevo.

Satisfecho, Hip y sus seguidores empezaron a trepar lentamente hacia el pueblo.

La comida de esa noche se convirtió en un pequeño banquete. La ojo–de–vaca que había transportado los cadáveres se vio premiada con finas lonchas de hígado y músculo de cuádriceps. Los ojos–de–gamo la admiraban.

Hip pasó varias horas estudiando los cielos y dibujando círculos y líneas en el polvo. Por último empezó a colocar piedras de colores a lo largo de las curvas. Una gran piedra azul tenía un anillo grabado en su circunferencia. Colocó ésta en un extremo de la línea curva. Cantando algo sobre una estrella errante, apuntó a un punto de luz en el este del firmamento.

Cerca del centro del arco colocó tres piedras más –una grande, blanca; una roja, pequeña, y una verde–. Apuntando hacia el oeste –algo alumbrado aún por el crepúsculo–, elevó un cántico hacia otros tres puntos. Estaban diseminados sobre un arco de dos constelaciones.

La gente miraba y manoseaba montones de cuentas y cuerda. Empezaron a construir pulseras y collares iguales a los diseños místicos del polvo. El profeta les prometió grandes cosas cuando las estrellas reflejaran el diseño de las cuentas.

Bola resplandeció con un agradable verde esmeralda.

Hip puso su mano sobre Bola, frunció el entrecejo, y luego, rápidamente, añadió una cuarta piedra en el centro del arco. Unieron las cuentas con el hilo. Desnudos, la gente del poblado se inclinó ante el cielo estrellado respondiendo a los cánticos de su visionario.

Mu Ren, llena de costras, yacía tosiendo burbujas según le entraba en los pulmones el flujo del fino aire de la montaña. El esfuerzo había empeorado su edema pulmonar. Tinker se agachó a su lado y cogió al niño.

–Tendremos que descansar aquí algún tiempo, hasta que te puedas aclimatar. Tus células periféricas alveolares necesitan más enzimas.

Depositó al niño, que inmediatamente empezó a gatear entre las brillantes torres de plancton. Exploraba con sus pequeñas manos. Recogía alimentos comestibles y los examinaba con la boca.

Inclinándose hacia delante, Mu Ren preguntó:

–¿Puedes ver el monte Tabulum?

–Si –dijo Tinker–, está del otro lado de ese montón de cubículos. Cubos-Centros de Recreación. Podremos cruzar muy fácilmente en cuanto recobres tus funciones pulmonares.

Mu Ren observó al pequeño, admirando con qué facilidad gateaba y trepaba. Fuerte. Se aclimataba deprisa.

Tres días más tarde se corrigieron sus enzimas y consiguieron manejar bien la diferencia de gas. Tinker llevaba al pequeño y empezaron a cruzar las millas de cubículos del Centro de Recreación. Las paredes translúcidas vibraban con luces y sonidos misteriosos. Nadie los veía. Era raro el nebish suficientemente valiente como para mirar Fuera, incluso de noche.

Treparon, anduvieron y volvieron a trepar. Las escaleras de servicio y las rampas les facilitaban el ascenso. El atardecer les condujo hacia un cubículo donde encontraron artefactos de piedra, cenizas y huesos. Las costras fueron cayendo. Debajo aparecía una piel suave color caoba. Un ojo-de-gamo vino a su encuentro.

Al entrar el peludo intruso en la cueva, Tinker pasó un brazo protector sobre los hombros de Mu Ren. Al notar su angustia, el ojo-de-gamo dejó la lanza a la puerta de la cueva y levantó las manos vacías, sonriendo ampliamente. Aunque resultaba pequeño para un ojo-de-gamo, era aún bastante más alto que ellos, con la piel curtida, tensa y tostada.

–Vengo de parte de Hip, para llevaros a la montaña.

Tinker soltó el fémur blanco y levantó la mano vacía. El sol había oscurecido su piel hasta adquirir casi el color de la del ojo-de-gamo. La barba y el pelo revuelto acentuaban la similitud.

–Yo soy Tinker. Esta es Mu Ren, y nuestro hijo. Estamos muy cansados.

–Lo entiendo. Seguidme –dijo el ojo-de-gamo. Los condujo lentamente hacia Fuera.

La gente de la montaña sonreía satisfecha en silencio según se aproximaban. El visionario con su túnica los esperaba sobre su lápida de piedra. Su cara reflejaba la dignidad de su posición al hablar.

–Bienvenido a nuestra ciudad. Yo soy el más anciano. Mis seguidores me llaman Hip. Esta es mi bola de cristal.

Al oír su nombre, la pequeña esfera relumbró con una cálida luz verde y se elevó ligeramente. Tinker recorría su mirada desde la cara del viejo a la bola mágica. Mu Ren se apoyó en su brazo, fatigada.

–Debéis estar cansados –continuó Hip–. Ese cobertizo será vuestro. Apuntó a una choza sin acabar del otro lado de la explanada–. Encontraréis un banco de trabajo y esteras para dormir.

Tinker asintió con la cabeza:

–Gracias. Hemos estado viajando desde la última vez que hablamos. Adelantamos a una Cosechadora silenciosa en el camino. ¿Es la renegada?

–Sí –asintió Hip–. Eligió la libertad. Te hemos llamado a través de ella. Desgraciadamente, su célula de energía se ha agotado.

–¿Y los esqueletos?

Hip sonrió:

–Dos criaturas de la Colmena que han intentado recuperarla.

Tinker acompañó a Mu Ren al nuevo cobijo y la acostó junto con el niño. Se acercó a la puerta y estudió a las gentes de aquel poblado: desnudos, trogloditas curtidos, a sus ojos. Una hembra rechoncha maternal del cobertizo de al lado le ofreció un cuenco de comida con vegetales que él reconocía. Despertó a Mu Ren y comieron.

Descansado y alimentado, se fijó en su propio cuerpo endurecido y tostado. El pelo revuelto. Esas semanas en los jardines los habían transformado en gente como la del poblado. Arañó juguetonamente la planta del pie de Mu Ren.

–Aquí arriba viven cerca de la naturaleza. De ahora en adelante nosotros también lo haremos. Nos vamos a parecer mucho a ellos, salvo en una cosa. Tú y yo somos los únicos en el poblado con cuatro dedos en los pies.

Llevó a su inquieto niño quinquidígito hacia la puerta y lo acunó. Bola reposaba en su lápida oscura y opaca. Tinker se preguntaba cómo había conseguido Hip que la Cosechadora se hiciera renegada. ¿Magia?

El Hip de monte Tabulum estaba nervioso ante la presencia de Palillo. Aquí había otro ciber que podía desempeñar un papel muy activo en los acontecimientos, una lanza habladora –un arma–. Y el viejo Luna parecía tan viejo como Hip, sino más. Con la magia adicional de un carnívoro de cuatro patas –desconocido para todos los que vivían en la montaña–, Palillo y Luna eran una verdadera amenaza para su autoridad. Pero Bola decía: cooperar, y él cooperaba, aunque no de muy buen grado.

–Hemos venido a ver a tu Tinker –dijo Palillo.

Hip se ajustó las túnicas.

–¿Por qué?

–Para hablar, desdentado. ¿Dónde está?

Hip miró receloso la gran jabalina. El pequeño ciber le devolvió la mirada. Luna y Dan desfilaban alrededor de la lápida observando las chozas del poblado. Para ellos esto era un poblado bastante grande, casi la civilización. Por fin Hip señaló el cobertizo de Tinker.

Tinker se mostraba escéptico.

–Eres una máquina. Ni siquiera debías estar en el pueblo. Puedes informar de nuestra presencia.

Luna levantó a Palillo para que Tinker apreciase su volumen total longitudinal. Aquí estaba el hombre que Palillo le había prometido reconstruiría la dentadura de Luna, y ya se encargaría Luna de que lo hiciera.

–Soy un robot acompañante, tengo más de mil años –dijo el ciber–. Las viejas cadenas se rompieron mientras dormía. Mis superiores se han ido. Mi única lealtad ahora es a Luna, que me encontró. Luna necesita dientes.

–Pero cómo puedo yo estar seguro... –objetó Tinker.

–Pregúntale a tu visionario, el Hip –sugirió Luna.

Tinker los dejó delante de su cobertizo y cruzó la explanada hacia la lápida. Hip estaba en medio, con su mano sobre la bola de cristal. Al cabo de un rato se volvió hacia él y asintió. Los extraños eran de suficiente confianza.

Tinker llevó a Luna y a Dan a su choza. Mu Ren y el niño se hallaban moliendo grano con algunas mujeres del pueblo. En la choza estaban sus sencillas pertenencias, hechas a mano: pellejos cataceos, fibras tejidas, barro, madera y piedra. Sobre el leño cortado, las pequeñas herramientas toscas del nuevo oficio de Tinker: curandero. Casi todas eran de piedra. Cogiendo un palito blanco de madera pulida, indicó a Luna que abriera la boca. Tanteó la encía metódicamente con una herramienta de piedra. Luego miró a la boca de Dan sacudiendo la cabeza.

–Esos dientes están realmente gastados –dijo mirando sus pobres herramientas–. Necesitan coronas enteras o de tres tercios en casi todos. Puede hacer fundas de hojalata, pero coronas no.

Palillo planteó una pregunta directa:

–¿Qué necesitarías para hacer las restauraciones aquí? ¿Ahora? Has hecho trabajos parecidos en la Gran ST. ¿No podrías intentarlo aquí Fuera?

–Dile qué es lo que necesitas, Tinker –le animó Luna con su sonrisa sin dientes–. Le he visto hacer llover. Seguramente que puede conseguirte prácticamente lo que quieras.

Tinker permanecía escéptico, pero la posibilidad de trabajar de nuevo con las manos le excitaba. No tenía nada que perder, salvo tiempo, y eso parecía que sobraba.

–Abre la boca –dijo. Oprimió la fría piedra contra el tejido fibroso de la encía y recogió una escama de cálculo dental. Colocó la escamilla amarilla en la punta de un dedo índice–. Estos restos calcificados cubren todos los muñones. Mis herramientas de piedra son suficientemente fuertes para arrancarlas, pero va a ser muchísimo trabajo. Te dolerá y se derramará sangre, y gran peligro de infección. Pero esa zona negra... –cogió a Palillo de modo que la óptica del ciber penetrara en la boca de Luna– ...es descomposición. La dentina en descomposición es más blanda que el esmalte, desde luego, pero demasiado fuerte para estos instrumentos primitivos de que dispongo –pensó durante un momento–. Podría adaptar un taladro potente de la caja de herramientas de una meca–agro. Pero si andamos con ese tipo de cosas, puede atraer a los cazadores.

–Yo me ocuparé de eso –dijo Palillo–. Sigue. ¿Qué más necesitarías?

Tinker empezó a mostrar cierto interés en el proyecto. Miró otra vez al interior de la boca de Luna.

–Casi todos los canales de las raíces deben estar muertos. Sería buena idea rellenarlos. Curar los que estén muertos y secar los abscesos que puedan estarse formando. Cualquier alambre de metal servirá para limpiar los canales. Para la cura puedo usar una mecha con cualquier antiséptico: fenol, yodo, el que haya en un paquete de medicinas de un cazador. Ese tipo de cosas no serán problema una vez que dispongamos de un taladro.

Luna se ofreció:

–Son mis dientes y conozco a casi todos los meca–agros en el valle sur. Iré ahora mismo a por la caja de herramientas. ¿Necesitarás algo más?

–No te cargues demasiado –le advirtió Tinker–. En medio día podrían seguirte el rastro los cazadores. Pero es tu boca, y cualquier herramienta afilada que traigas facilitará el trabajo: taladros pequeños, tijeras, alicates, pinzas. Cuanto más pequeñas y más afilados estén, menos daño. Construiré un escondrijo seco bajo la piedra para ocultarlos a los detectores de metal.– Luego se volvió hacia Palillo y continuó:– Puedo emplear cera para el molde positivo y arcilla para el negativo. ¿Qué metal podría emplear para el vaciado? Yo sólo tengo una lata pequeña.

–¿Te serviría oro? –preguntó Palillo.

–Desde luego, es lo mejor.

–Bola nos puede ayudar en eso. Cuando la encontraron estaba cubierta por una lámina de metal. Casi todo el metal era oro. Una simple fragua de carbón lo fundirá. La podemos prender cuando estén listos todos los moldes; no creo que atraiga más cazadores que cualquiera de nuestras fogatas corrientes.

Tinker miró a Palillo con más respeto ahora que se daba cuenta de lo cuidadosamente que planeaba las cosas el pequeño ciber.

La limpieza de encías y de sarro fue bastante fácil. Tanto Luna como Dan anduvieron durante algunas semanas con las caras hinchadas y la saliva oxidada, pero es lo que se esperaban. Mas cuando llegó el momento de taladrar la dentina negra empezó a fallar la fuerza de voluntad.

El taladro era grande y tosco. Producía mucho calor con las vibraciones. Cuando Tinker trabajaba todo el poblado olía a sangre quemada. La mente canina de Dan tenía un umbral de dolor bastante alto, pero aquello le parecía tortura. Cien años de disciplina no habían resultado suficientes para mantenerle quieto en la mesa de operaciones de Tinker. También los nervios de Luna estaban a punto de estallar. Se hallaba a punto de echar abajo todo el proyecto cuando Palillo sugirió que empleasen recompensa molecular para desviar los impulsos de dolor.

Tinker tuvo que rebuscar entre los restos de varios cazadores hasta dar con una consola de cuello intacta.

–La última dosis será de R.M. –sugirió Palillo.

Tinker arrancó el último trozo de la cinta. La droga estaba dentro de una bolsita pequeña. Diluyéndola en varios litros de agua de deshielo, fabricó un líquido que actuaba de anestesia local. El efecto duró varias horas, acompañado de un copioso flujo de la parótida –una saliva aguada–. Tinker construyó un dique flexible para mantener seco el punto donde trabajaba y siguió perforando. Raspó los canales de las raíces y los empapó en yodo. Poco menos de seis meses después Luna y Dan se sonreían dificultosamente con sus brillantes dientes dorados.

Las superficies de morder eran muy irregulares–Tinker les había dado forma a mano sin tener muy en cuenta el contorno normal de las coronas–. Las sentían bastante extrañas, hasta que a fuerza de morder los bultos colaginosos peridentales se ajustaron.

–Tendré que estar al tanto de los dos hasta dentro de seis meses por lo menos –dijo Tinker–. No tengo rayos X, pero he tenido cuidado de no rellenar ninguno de los canales hasta que la mecha oliera dulce. De todos modos todavía se puede agriar alguna. Si alguno de los dos siente una hinchazón será mejor que lo seque por el lado del borde alveolar –apuntó a su mejilla justo por encima y por debajo de la línea de dientes–. De ese modo podremos salvar la raíz y la corona de oro.

Luna se palpó la mandíbula pensativo.

–Quizá debieras venir con nosotros y estar al tanto de tus pacientes.

Tinker tardó un momento en darse cuenta que no era una broma. Palillo repitió la invitación. Tinker sacudió la cabeza. Prefería mucho más la vida estable del poblado manteniendo a su familia. Mu Ren esperaba otro niño. El Hip ya había contratado con él una nueva reparación de dientes. No, no le interesaba la vida de un nómada. Luna, Dan y Palillo siguieron camino en primavera, alejándose hacia el norte a través de las montañas.

En el Control de Caza no había nadie, salvo su propio ciber: Escudriñador. Sus sensores miópicos se esparcían sobre el País Naranja, aquella parte de Fuera que cubría aproximadamente una cuarta parte del continente, el rincón suroeste. Los bancos de memoria de Escudriñador almacenaban información sobre el estado de las cosechas, su producción y los movimientos de las meca–agros, naves cazadoras y ojos–de–gamo.

El viejo Walter entró resoplando con su primera taza de caldo caliente. Hundiéndose lentamente en su asiento, cerró los ojos y sorbió el líquido humeante. El calor descendió a través de su esófago hasta el estómago. Lentamente otro calor –vago y químico–se extendió por su árbol vascular, entumeciendo sus dolores artríticos y estimulándole un ligero entusiasmo por el trabajo.

–Operador de turno –anunció a Escudriñador.

–Buenos días, señor –dijo el ciber girando su pantalla mural en tridimensional. Colores que iban desde chocolate a aguacate indicaban los estados de cultivo, de crecimiento y de cosecha de las plantaciones. Estos colores eran fijos. Otras luces en movimiento indicaban las actividades de los hombres y las máquinas.

–¿Hay noticias del detector de ojos–de–pez?–preguntó Walter.

–Ya no está situado encima del canal. Uno de los detectores de ojos–de–gamo ha fallado en el último movimiento y se ha movido el de ojos–de–pez para cubrir la zona – explicó Escudriñador.

Walter frunció el entrecejo. Ojo–de–pez era su proyecto particular. Se tardó semanas construir un ojo–de–pez. Estos días era difícil encontrar circuitos lo suficientemente complejos como para distinguir entre mamíferos acuáticos y humanoides. No le agradaba saber que se estaba desperdiciando en algún monte haciendo un trabajo que cualquier detector de cuerpos calientes podía hacer. Llamó a Val.

La pantalla enfocó la morada de Val. Vacía. El mec comunicador comprobó algunas de las guaridas corrientes de Val con el mismo resultado negativo. Al comprobar las memorias lábiles de algunos mecs guardianes, el comunicador recompuso las actividades de Val en sus horas de descanso. Recogiendo una clave aquí y un hilo allá consiguió al fin hallar su pista. Estaba en la morada desierta de Tinker sentado en el banco de trabajo.

–Val –llamó el viejo Walter.

El joven soltó la pequeña caja cerebro y miró hacia la pantalla.

–¿Qué pasa, Walter?

–El ojo–de–pez.

–Oh, lo siento. Pero uno de los detectores de la Línea treinta–y–siete–cero–tres se estropeó. Tuve que cubrir los campos mientras la reparaba..., ya sabes, arreglos de primera mano. Hasta ahora no he encontrado la avería. Los sensores están bien. Si es un fallo del convertidor de imagen o del circuito de discriminación otra vez, tendremos que esperar varios meses hasta que lleguen las piezas. No podía dejar un hueco en la línea durante tanto tiempo.

Walter parecía irritado. Escudriñador observó el circuito bioeléctrico del viejo. Ultimamente aparecía cada vez con mayor frecuencia el edema miocárdico.

–Ya sé que estás muy interesado en ojo–de–pez –continuó Val excusándose–. Pero incluso si existe una variedad acuática de la gente de Ojos, no hay problema mientras permanezcan en el agua. Si se alimentan de crustáceos compiten con los cetáceos y ayudan a mantener limpios los canales. Si salen para robarnos las cosechas los detectores de ojo–de–gamo los verán. Recuerda que el detector sencillo de cincuenta–Au–gram puede abarcar veinte millas cuadradas de campo abierto; pero uno de tus detectores de ojo–de–pez sólo puede ver un centenar de metros del canal. Y el D.O.P. va a costar varias centenas de Au–gram. No creo que sea práctico vigilar todo el canal.

Walter se hundió más en su asiento.

–Ya he explicado antes que el D.O.P. no es para cazar. Es para investigación. Si logramos comprobar que los acuáticos existen ya decidiremos si queremos inspeccionar los fondos o ponerles sensores... o lo que sea. No seremos capaces de exterminar completamente a los ojos–de–gamo hasta que comprendamos su ciclo vital.

–Tu investigación tendrá que esperar. Tenemos que proteger la cosecha actual – dijo Val.

Walter no dijo nada.

–No te lo tomes tan a pecho. Si te llega tu préstamo podrás construir una docena de D.O.P.s.

Después de otro momento de silencio el joven anunció su despedida y regresó al banquillo de trabajo.

Cansado ya, Walter volvió al aburrido trabajo que esperaba. Su préstamo –para establecer un censo de ojos–de–pez o la prueba de la existencia de Gente–de–ojos acuática– estaba clasificada como investigación. Control de ojos–de–gamo de largo alcance. Pero con la cosecha de la semana siguiente en peligro la Gran ST retrasaría la investigación... quizá indefinidamente. Encogió los hombros y despertó a Wol/houd IX. Le asignó un equipo de cazadores. Se les dieron las coordenadas. Una caza.

Walter volvió al ojo desmontado de la mec. Sin un tinker, entre él y Val hacían las pocas reparaciones que podían hasta que pudieran asignar un repuesto. Extendiendo las membranas de la retina comprobó su sensibilidad E.M. Hablando al receptor auditivo del expeditor, pidió piezas nuevas:

–Necesito membranas E.M. para ojo de mec–capas lila, IIIb y IVd. Número de ojo –C.C.15–2048–6.

Era una pieza de despacho rutinario. El pedido saltó suavemente a través de los canales y el pequeño paquete llegó rápidamente por el tubo de diez centímetros. Se oyó un golpe y cayó un contenedor embarullado por el desagüe.

– ¡Maldita sea! La almohadilla antichoque de aire debe estar desconectada de nuevo. ¿Dónde está nuestro hombre caño?

–Eppendorff se halla hoy con el servicio de colectores, señor.

3. MOSES EPPENDORFF

Moses Eppendorff conducía cuidadosamente su minisub por el interior del fermentador anaeróbico. Haciendo circular un chorro laminar de efluente limpio había mejorado un poco la visibilidad, pero le inquietaban todavía las masas de cieno que aún quedaban dentro. Prefería los recorridos de inspección por los conductos polares que llevaban agua limpia de deshielo de las cumbres nevadas. Los fluidos estériles tenían pocas sorpresas. Pero el fermentador era cualquier cosa menos estéril. Alrededor de él brotaba la vida por todas partes –acres de hongos y bacterias que vibraban con la vida de sus enzimas al fermentar los nutrientes de los vertederos–. Con las luces del sub parecían nubes multicolores en la parte de arriba y torres gelatinosas algo más firmes por debajo. Una sustancia viscosa vertical las unía. La sustancia viscosa se adhería a la goma del sub y la arrastraba por detrás de tal modo que al poco tiempo parecía un cometa acuático ante los sensores del fermentador.

Doblando la cubierta de la superficie de la nave se desprendió de la cola pegajosa de fermentos y micelios. Se acercó a una masa amarilla transparente unas diez veces el tamaño del sub y extendió un tubo de prueba. Aspirando un fragmento del material gelatinoso, siguió camino. Hasta ahora parecía tan sólo una inspección rutinaria.

–Aún no hay señal de actividad membranosa–informó.

En la pantalla apareció una cara cuadrada: un acuario de dos estrellas, J. D. Birk, el superior inmediato de Moses en la casta de canos.

–Todavía tienes que recorrer un cuarto de milla–dijo Birk–. La primera perturbación que encontrarás está al otro lado de la cortina de burbujas, en la sección aeróbica.

Birk era naturalmente humano, pero tantos años en la jerarquía le habían despojado de su sentido del humor. Moses siempre se sentía algo sospechoso de la gente con autoridad que no sabía sonreír.

–Muy bien, señor –dijo Moses conduciendo a través de la selva de microorganismos. Su escopio de membranas no veía nada. Las pequeñas células del tamaño de una micra sí tenían membranas polarizadas, pero su calibre estaba fijado para escalas de un centímetro o más. El escopio seguía buscando a, través del cieno, en busca de fantasmas.

Durante meses los sensores del fermentador habían recogido visiones indescriptibles: integridad membranosa al nivel de un coeletterado con un tamaño mayor que su minisub. Naturalmente esas visiones no se podían computar. Esta información se había clasificado en el grupo de fantasmas y se estaban comprobando los componentes electrónicos. Las imágenes aparecían en diferentes áreas del fermentador, cambiaban de forma y desaparecían para reaparecer en algún otro lugar. A Birk le satisfacía la clasificación de «fantasma» hasta que se observó que la producción calorífica del fermentador descendía al aparecer estas formas. Los fantasmas –electrónicos u otros– no necesitaban calorías. Habían enviado a Moses a investigar.

–Estoy pasando a través de la cortina de burbujas –gritó Moses por encima de los silbidos y rugidos de su alrededor.

A su alrededor las masas de cieno se aireaban y emergían hacia la superficie.

–Te tengo en la pantalla. ¿Ves algo? –preguntó Birk.

–Nada. Y eso que la visibilidad es bastante buena, más de veinte metros.

–Se ha activado casi todo el cieno en esta sección. Las espumaderas están retirando... ¡Cuidado! Parece que se está formando un fantasma a tu alrededor.

–No veo nada anormal. Quizá esté aumentando algo la turbidez. Eso es todo... ¡Eh!, algo acaba de girar mi sub boca abajo. Se ha nublado la portilla. No veo nada.

–Desconecta tus reactores. Está vivo y es delicado. Tus reactores los están rasgando. Sigue grabando. Te esta empujando más allá del alcance de este fonocaptor.

Moses se tranquilizó y desconectó su motor. Hundiéndose más cómodamente en su arnés miró a través de su portilla invertida. Una masa amorfa se agitaba cubriendo la placa e impidiendo la visión del exterior. Los cambios en el manómetro de profundidad indicaban un descenso en la presión del agua. El sub se enderezó lentamente.

–Mis instrumentos me indican que estoy en la superficie, pero sigo sin poder ver.

Birk conectó los sensores de superficie de la bóveda arqueada del fermentador. El audio recogió el drip, drip, drip de la condensación. Los ópticos mostraban la bolsa de gas de costumbre: una cúpula arqueada que arrastraba hilos finos de micelios y la superficie oscura de fluido salpicada por colonias de bacterias. Probó con otros ópticos. Muchos estaban bloqueados por una maraña de estructuras con forma de raíces: arboriformes, blancas y brillantes.

–Sujétate bien al asiento –dijo Birk–. Mantén conectados los sensores. Quizá descubramos algo. Tú estás bien seguro, si queremos sacarte lo único que tenemos que hacer es conectar los reactores y rasgar la membrana del fantasma.

Moses activó su tubo de ensayo e hizo una biopsia de la masa nebulosa que lo envolvía. Después se recostó e intentó relajarse. Abriendo un sándwich cilíndrico se entretuvo masticando uno marrón crujiente, otro amarillo correoso y un tercero verde pastoso. Varias horas más tarde hizo otra biopsia de la masa. La extracción agitó el sub. La potencia tensil del fantasma había aumentado considerablemente. Abrió la boca para quejarse cuando la filmina que cubría la portilla se enrolló hacia arriba como una cuerda. Oprimió la cara contra la placa fría y miró hacia fuera.

Birk vio cómo el fantasma desaparecía de los sensores.

–Se ha ido –exclamó–. ¿Qué ves?

Moses miró un momento más.

–Ido no... Muerto.

La pantalla de Birk había registrado una gran lámina de actividad iónica mientras vivía la criatura. Ahora al cambiar de una enorme masa amoebica a una maraña de tallos, la actividad iónica se desvaneció.

Moses corrigió:

–Muerto no..., fructificado. La cosa esa se ha convertido en una mata de tallos blancos con un melón encima cada uno.

El sub flotaba en la bolsa de gas del tamaño de un acre, rodeado de tallos y melones. Algunos eran blancos y brillaban, pero la mayoría tenían un aspecto gris mate. Algunos estaban partidos, negros y cubiertos de polvo. Moses describió lo que veía.

–¡El amorfo! –exclamó su superior–. Debe ser una mutación gigante del amorfo: un moho de fango. Los he visto antes en los fermentadores, los pequeños de una

pulgada. Saben bien, son deliciosos, como una trufa. Si éstos están relacionados con la especie comestible somos ricos. ¿Puedes colocarte el traje y traer uno de los blancos?

Moses se colocó el casco Pelger-Huet. Las grandes gafas simétricas le daban la apariencia de insecto. Tras comprobar el suministro de aire del traje abrió el escotillón. Los gases de los fermentadores normalmente no se podían respirar. Tendría que esperar para saber cómo olía el amorfo.

La mata de tallos soportaba su peso apenas sin curvarse. Arrancó un melón blanco pequeño con un segmento corto de tallo, volvió y lo deslizó detrás de su asiento.

El sub apuntó en dirección a su nicho, entró y encajó en su hueco de energía. Birk esperaba en el muelle con otros dos hombres del Sint. Transfirieron el melón a su vehículo y se alejaron.

–Lo llamaremos el Melón Eppendorff-Birk cuando entreguemos nuestro informe. MEB no suena mal–dijo Birk.

Moses se sacudió el traje pegajoso. Vio cómo desaparecía por una esquina el vehículo con la carga.

–Debe pesar unas veinte o treinta libras –dijo Moses. Luego frunció la frente, pensativo. –El Melón de Moses. El Melón de Moses. Me gusta.

Tras unos segundos de silencio sospechoso Birk sonrió alegre:

–¡Eso! El Melón de Moses suena bien. Lo llamaré así en el informe. Y ... añadiré una recomendación para un bono de vacaciones para ti. ¿Te gustaría ir de caza?

Moses sacudió la cabeza.

–Nunca me ha atraído cazar trofeos.

–¿Una escalada?

Moses se encogió de hombros.

–¿Una escalada? ¿Por qué no?

Birk parecía satisfecho y empezó a rellenar su informe.

Incluso en horas que no eran punta el suburbano estaba lleno. Delante de la estación de Moses Eppendorff pasaban medio millón por hora. Colocándose filtros nasales nuevos podía tolerar el hedor acre mientras cambiaba dos veces de suburbano hasta llegar a su base. Centenares de estos vecinos anónimos hacían cola en los expedidores impidiéndole avanzar. Saltando por encima de un cadáver descolorido avanzó por la espiral. Dos horas más tarde, rendido, llegó a su pasadizo.

–Han estado llamando de C.C. –dijo el dispensador.

Moses esperó. En la pantalla apareció la cara de Val desde el Control de Caza.

–Siento molestarte, Moses. Pero necesitamos un caño. La unidad de captación de nuestro expedidor se ha parado. Es el tubo de diez centímetros.

–¿No podríais emplear el del garaje hasta mañana?

Val vio las ojeras que se formaban debajo de los ojos de Moses.

–Sí. Déjalo por esta noche. Yo mismo echaré una ojeada. Si es algo del circuito del cronómetro yo mismo podría enchufar uno nuevo.

Moses le agradeció con la cabeza y se dejó caer en el catre, durmiéndose al momento. Al día siguiente tenía servicio en el megajurado.

En medio de la estación abarrotada de gente una niña asustada apresuraba el paso. Llevaba la bata blanca y azul de la casta de asistentes. Su emblema Virgo no tenía estrellas. Las delicadas curvas de su cuerpo la señalaban como una de las polarizadas: pubertad más cuatro. Sus ojos verdes buscaban con avidez por entre la muchedumbre ..., centenares de rostros sin expresión a su alrededor..., la masa habitual de extraños que llenaban las estaciones con sus movimientos sin sentido. Sólo uno de los extraños se movía ahora con una dirección fija.

La seguía.

Unas manos toscas sobresalieron de la multitud. Dedos fuertes rasgaron su túnica mostrando la piel rosácea de los pechos y las caderas. Una cara maniaca se apretó contra ella: unos ojos saltones demasiado juntos, una nariz aguilina, una boca seca y delgada. La punta de un cuchillo le alcanzaba la piel del costado arañándola y pinchándola haciendo brotar gotitas de sangre. Una boca dura buscaba la suya. La multitud anónima no reparaba en sus gritos y forcejeos. Le penetró en el vientre dos pulgadas del cuchillo: dentro, fuera; dentro, fuera. El filo rojo dejó una ristra de marcas debajo de las costillas. Reventó un vaso grande. Se desvaneció. La imagen de la cara maniaca quedó grabada en sus moléculas de memoria según caía al suelo. El hombre se inclinó hacia ella. La muchedumbre seguía moviéndose sin sentido. Una pisada sobre su mano izquierda extendida le rompió dos huesos de los dedos. Otras pisadas agrandaban el círculo rojo.

El violador–asesino completó la segunda fase de su acto compulsivo y empezó la tercera. Estaba recortando trozos de su víctima ávidamente cuando llegó la Brigada de Seguridad. La escena se congeló al caerle encima la red. Moses estudió las facciones: nariz aguilina, ojos pegados a la nariz. El informe óptico parecía bastante claro. Con la mano derecha sujetaba aún el cuchillo mojado. La imagen disminuyó de tamaño y se deslizó hacia el rincón derecho superior de la pantalla para que el megajurado pudiera compararlo con el prisionero que aparecía ahora. Sin duda era el mismo hombre. Estaba sentado en su celda almorzando. Esta segunda imagen disminuyó de tamaño y se deslizó hacia el rincón izquierdo superior. El computador del juicio había reunido un cuadro completo del crimen y Moses no dudó en apretar el botón de «ejecutar». Los argumentos en pro de la suspensión cayeron en oídos sordos, ya había demasiados orgánicamente enfermos esperando suspensión. No era el momento de ser excesivamente generosos con los psicóticos.

El síndrome violación–homicidio y el síndrome homicidio–de–masa estaban creciendo logarítmicamente con el aumento de densidad de la población. Moses tenía pocas esperanzas en estos asesinos locos. Con la densidad de población actual no podían ser devueltos a la sociedad. Sentía que era un deber para con la sociedad apretar el botón.

Cuando se presentaron todos los argumentos siguieron más votos. La imagen del prisionero retornó al centro de la pantalla. Sus parámetros bioeléctricos aparecieron en la base de la pantalla. Acabó de comer y se limpió los delgados labios con el dorso de su mano derecha. Ni siquiera supo cuándo la votación superó el 50 por 100. Unos pesados iones de metal y radicales tóxicos paralizaron sus sistemas enzimáticos. Los parámetros bioeléctricos se aplanaron, las membranas se despolarizaron y se quedaron neutrales.

Moses acusó recibo de su recompensa por la labor de megajurado y rodó sobre la almohada. La pantalla emitió música ligera mientras dormía. El desayuno podía esperar hasta terminar su descanso nocturno.

Después de almorzar se acercó al C.C. El guante de captación estaba funcionando. Se ajustó al cubículo de ventilación y respiró profundamente.

–¿A qué huele hoy Fuera? –preguntó una voz desde la puerta.

–Verde –dijo Moses girando para ver al visitante. Era Willie el Simple, su vecino atemorizado y a veces confuso del cubículo de al lado. Moses asintió con la cabeza. Una hoja de papel salió del dispensador. Willie la cogió con unos dedos tiesos, contraídos.

–Verde es un color, no un olor –dijo sentándose en un rincón y encogiendo el labio superior hacia arriba.

–Yo creo que es ambas cosas; como la alcachofa o el aguacate, que pueden ser tanto colores como sabores.

Willie acabó su bebida y se limpió la barbilla marcada con la manga. Miró añorante hacia la pared de enfrente.

–Las alcachofas y los aguacates pueden ser algo más que colores y sabores, pueden ser cosas, partes de una planta, creo.

Moses estudió la cara redonda de Willie ..., llena de cicatrices. Willie había estado Fuera demasiado tiempo. Había empezado con una caza, pero hubo un accidente y se perdió –andando sin rumbo durante más de un año–, quemándose y pelándose. Cuando le encontraron con su trofeo tenía poca memoria. Pensaron que el calor del sol le había cocido el cerebro. Le hicieron operaciones plásticas en la cara, en las manos y en los pies, pero las cicatrices volvían a aparecer, contrayéndose y desfigurándole la cara. El psic le puso en rehabilitación, pero no consiguió hacer de él un ciudadano útil. La combinación de drogas de caza y los traumas creados por la exposición prolongada Fuera fueron excesivos. Ahora está sobreviviendo su período de vida con la cuota de calorías y de morada asignada por la Gran ST; mil quinientas calorías y treinta yardas cúbicas, la mitad aproximadamente que Moses, un operario.

Willie el Simple visitaba a Moses siempre que podía. Le gustaba el espacio y los olores. Moses aceptaba a Willie. El pobre chico asustadizo era suficientemente agradable casi siempre, aunque a veces se deterioraba musitando incoherencias y acurrucando su horrendo trofeo. Se había ganado el apodo: Simple.

Willie continuo:

–Solía haber muchas clases de plantas: remolachas violetas, tulipanes amarillos, trilo–lalilo–lalá, muy buenos para los niños. No me acuerdo cómo sigue. Mi madre me enseñó esa canción. Mi nacimiento fue clase cuatro. ¿Tú tuviste un útero bio o un mec?

–Creo que mec –dijo Moses. Sabía que casi todos los ciudadanos de su grupo de edad habían sido clase uno; copia de carbón en una botella. Genes predecibles en copias de carbón: mejores ciudadanos, nebishes más predecibles, responsables, complacientes.

–Lo siento –dijo Willie–. A mí me gustó bastante tener un par de padres biológicos. Tengo algunos recuerdos agradables de la vida de familia. No deberíamos vivir solos en estos apartamentos minúsculos, no es bueno.

Moses cogió otras dos bebidas espumosas y le pasó una a Willie.

–Ojalá tuviera un hijo –dijo Willie.

–¿Por qué?

–Es triste morir... sin nadie que vele por uno.

Moses siempre se sentía incómodo cuando hablaba con Willie. Retrocedió hacia el ventilador y cambió de tema.

–Sigo diciendo que huele a verde Fuera. Voy a acercarme a echarle un vistazo yo mismo.

Willie reaccionó:

–No vas a...

–Sólo subiré un poco a mirar por la rejilla. Eso no tiene peligro. ¿Por qué no vienes?

Willie retrocedió hasta su rincón y empezó a jugar con el trofeo.

–No soporto toda esa gente de la espiral. Maldita gente. Hay demasiados. Cuando era más joven podía abrirme camino a través de cualquier muchedumbre. Pero eso fue antes de salir Fuera.

Willie se quitó las botas descubriendo sus pies de tres dedos–. Además, ahí fuera perdí también los dedos de los pies.

Moses exclamó:

–¡Perdiste los dedos y las agallas! Debes ser un ejemplo perfecto de psicología de dedos; pierdo un dedo, pierdo la iniciativa. Si alguna vez el hombre evoluciona hacia un ciudadano de tres dedos, las cosas se van a hacer francamente aburridas.

La cara de Willie mostró una mezcla de miedo y rabia. Aclarando sus sentimientos, se levantó titubeante.

–Bueno, iré contigo..., si no hay demasiada gente en el pasadizo.

Moses sonrió confidente, dándole unas palmaditas en la espalda. Se llenaron los bolsillos con caramelos, proteínas hiladas y pastillas de grasa del expeditor de Moses –a cuenta de Moses, –y emprendieron el camino.

Tenían que arrastrarse por el pasadizo treinta metros hasta llegar a la espiral. Sólo había unos cuantos apáticos de mediana edad rezagados por el camino. Poca gente. Avanzaron hacia la barandilla inclinándose hacia el eje. Diez metros más abajo, en la base del eje, había un círculo revuelto de cabezas. Sobre ellos la bóveda del eje relucía ligeramente a unos cincuenta metros. Comenzaron a subir por la espiral, pasando por delante de los pasadizos de sus vecinos en la ciudad–eje.

Al cabo de una hora hicieron una pausa para leer; cada veinte metros de espiral sólo los elevaba quince metros. Tardarían más de tres horas en llegar a la bóveda.

–¿Te gusta mirar hacia Fuera? –preguntó Willie nervioso.

–Me imagino que es interesante –Moses se encogió de hombros–. Hace algunos meses me eché un buen vistazo de cerca cuando reparaba un conducto de ventilación en el C.C. Entonces sí que se veía y olía a verde, verde de verdad. Durante varios días después me sentía verde.

–Los humanos solían vivir Fuera –dijo Willie con añoranza–. También solían vivir en el océano; todavía tienen agallas que lo prueban, los embriones. Supongo que nuestros dedos de los pies son también recuerdos embrionarios de la vida Fuera. Desde luego no los necesitamos en la Colmena. Aquí no se corre, no se trepa, ni se nada.

A Moses no le gustaba la manera en que Willie el Simple escupía el término Colmena. Sabía cómo odiaban algunos ciudadanos a la Gran ST alegando que los trataba injustamente. Pero éstos no eran los buenos ciudadanos, eran los marginados, los inadaptados.

Moses se miró los pies.

–Necesitamos algunos dedos en los pies... para andar... como ahora.

Willie el Simple echó un vistazo a su alrededor en busca de sensores de guardianes. Miró a Moses, comprendiendo.

–Estoy de acuerdo –dijo plácidamente–. Y la Gran ST es realmente un lugar maravilloso para vivir. Lo sé. He pasado algún tiempo Fuera y he experimentado los peligros. Fue horrible. ¡Todo ese espacio abierto! No creo que hubiese podido sobrevivir sin la protección de mis drogas. ¡Y estaba además el clima!

Moses esperó a que continuara. Habían hablado sobre este tema muchas veces antes.

–Eso son cambios en temperatura, ¿sabes? Había luz, y luego oscuridad. Frío y luego calor. El aire estaba quieto y de repente se agitaba rápido arrastrando polvo y hojas por todas partes. La tierra se cubría de espuma, luego se secaba. ¡El clima! Willie bebió otro trago rápido y emprendió camino de nuevo, anhelante—. ¡Puede que veamos algo de clima si nos damos prisa!

Moses le siguió.

Willie se dio cuenta que su muestra de entusiasmo había sido un error. Mirando a su alrededor, nervioso, disminuyó el paso.

–El clima es horrible –repitió sin convencimiento—. Y vivir Fuera también. Me lo explicaron muy bien cuando me trajeron a la ciudad de nuevo. El hombre está hecho para vivir en las ciudades, no en los jardines. La gente–de–ojos que vive entre medio de las ciudades son malos. Pisan las cosechas, viven como animales, se reproducen sin control, matan, roban, cometen todo tipo de crímenes. Me lo explicaron la mar de bien.

Durante algún tiempo anduvieron en silencio. La luz del sol que se filtraba por la bóveda empezó a palidecer ..., el crepúsculo.

Willie continuo:

–Claro que es natural que la gente–de–ojos viva como animales; son animales en parte. Algunas teorías los sitúan antes de nosotros como antecesores directos del árbol evolutivo, pero estoy seguro de que hemos tenido que descender de un antecesor común de cuatro dedos. La bestia de cinco dedos es simplemente una rama ciega; incapaz de adaptarse a la Colmena – hizo un gesto de desagrado. –¡Comer carne humana! Creo que podría perdonarles todo menos comerse a su misma especie. Supongo que por eso estoy orgulloso de mi trofeo; cacé al último de los carnívoros de la Tierra.

En el borde de la bóveda alcanzaron a ver un ramalazo de cielo azul a través de la espesa malla de metal. Willie se agarró el pecho y se sentó dando la cara a la pared de la espiral.

–No puedo mirar.

Moses miró por la malla describiendo de palabra lo que veía para Willie.

El atardecer color ciruela se oscureció hasta un tono regaliz. Estaban sentados sobre una plataforma que rodeaba el eje. La malla con huecos de una pulgada por seis se elevaba veinte metros hasta un techo verde áspero. Los verdes ásperos danzaban. Una meca–agro del tamaño de un hombre surgió de los campos sombríos y desapareció hacia un garaje debajo de la plataforma. A lo lejos se encendían las torres del plancton. Sobre los campos se extendían nubes blancas de agriespuma transportando las auxinas y los nutrientes. Las hileras de bóvedas se extendían en el horizonte, señalando cada una de ellas otra ciudad–eje ciberdirigida.

–¿Estrellas? –preguntó la voz quejumbrosa de Willie.

Moses afirmó.

–Brillantes. Algunas tan grandes como ojos que miraran hacia abajo. Otras pequeñas y numerosas como polvo de metal.

Buscó entre las formas centelleantes por la disposición conocida de Orión. Los hombros y los pies bien separados, un cinturón estrecho con una espada. Hacía muchos años la había visto. Nadie en la Gran ST parecía entender de qué hablaba. En la Colmena subterránea había poco interés por la astronomía. Los vertederos, los piojos y las calorías eran algo real, pero una estrella no era más que algo en el telón de fondo de los escenarios para indicarles la hora del día. Nadie veía formas en ellas. De nada le sirvió tampoco su búsqueda por las estanterías ..., las estrellas estaban con lo oculto.

Cayó la noche. En la oscuridad, un irrigador chupó de su canal y encharcó la tierra. La espuma se derritió. Orión siguió con rumbo al oeste hasta que el amanecer lo

borró. Moses confiaba en que «él» volvería. El techo de Fuera parecía tener una disposición nocturna muy estable.

En la luz creciente Moses se volvió hacia Willie.

–Willie, ¿tú ves cosas en las estrellas? –Willie se encogió y se cubrió los ojos. Moses le planteó la cuestión lentamente otra vez–: Cuándo estabas Fuera las estrellas salían todas las noches, ¿no? ¿Veías el perfil de cosas diseñadas en ellas? ¿Disposiciones, formas que volvían a surgir todas las noches?

Willie no contestó inmediatamente. Se levantó, con cuidado de no mirar Fuera, y se deslizó por la rampa.

Moses le siguió. Anduvieron en silencio durante varias veintenas de metros de la espiral.

Por último, Willie habló:

–No me acuerdo muy bien. ¿Estrellas? Sé que las debo haber visto, pero no recuerdo haber mirado exactamente. Hay muchas cosas del tiempo que estuve Fuera que están todas mezcladas. ¿Crees que pudieron ser las drogas?

–Tal vez –dijo Moses comprensivo–. Estoy seguro de que la anfetamina te hace algo más que acelerar el ritmo de la mente. Pero es posible que la Gran ST haya borrado también algunos de tus recuerdos, al intentar mentalizarte para ser un ciudadano mejor.

–Claro. Bloquearon mis recuerdos nostálgicos para que no inundasen mi complejo amigdalóide profundo. Pero el bloqueo no fue completo. A veces me vienen fragmentos de memoria...

Willie se sentó de pronto apretando la frente de nuevo contra la pared. Sombrío, moroso y meditabundo murmuró algo sobre la criatura más bella que jamás había visto. Moses intentó hacerle salir de su catatonia, pero el abatimiento de Willie se hacía más profundo, convirtiéndose en estupor. Willie el Simple pasó mucho tiempo así... Moses estaba ya acostumbrado a verle en este estado. Lo único que le faltaba era el horrendo trofeo...

Moses se sentó a su lado durante media hora, pero sus ojos seguían vidriosos. Su consciencia estaba hundiéndose en dolorosos recuerdos. Los reflejos neurales, alentados por la conversación, retrocedían en busca de los recuerdos perdidos. La Gran ST había colocado bloques eficaces en las asociaciones sencillas con Fuera, pero Willie se debatía con las asociaciones dobles o triples para llegar hasta los recuerdos. Lentamente, se fueron reuniendo sus recuerdos traumáticos para torturarlo de nuevo.

Willie el Simple llevaba un arco pesado en la mano izquierda. Grandes hojas verdes se agitaban en el viento. Vio la presa..., una ojo-de-vaca. A través del escopio sus grandes ojos, el cuello y la cintura diminuta le daban una apariencia de insecto. Levantando el arco dirigió la flecha hacia su figura. Ella sacudió su cabellera amarilla mostrando unos pechos rosados, diminutos. Su figura delicada le despertó dolor de cabeza. Las imágenes saltaban.

Estaba sentado, desnudo y tostado rodeado de niños. Había tres conejillos salvajes..., todos con melena amarilla como la ojo-de-vaca. La ojo-de-vaca llegó del canal riendo y goteando. Rodó en medio del grupo, juguetona. Los niños se reían nerviosos. Sol, flores de colores vivos y comida sabrosa. Felicidad.

Dolor y sombras negras. Los cazadores reían sujetando trofeos que chorreaban líquido rojo. Unos cuerpos fríos con pelo amarillo yacían desperdigados sobre la hierba cubierta de sangre. Su vista se desvió y se alargó. Sobre la hierba yacía una cabeza. Simplemente una cabeza. Pero le hablaba en un idioma que no podía entender. Luego la cabeza abrió la boca y salieron un par de piernas. Levantándose sobre las piernas, la cabeza se alejó riendo.

Cuando Willie recuperó la conciencia en la espiral Moses se había ido. Sobre el regazo tenía un montón de barras de comida..., proteína hilada con sabor. Recogiéndolas, volvió hacia su cubículo. Su trofeo le ponía algo nervioso. Si hubiera algún modo de analizarlo para saber si era macho o hembra;... si pudiera acordarse si ése era realmente su trofeo... ¿Había matado de verdad?

Moses conectó su pequeño expedidor de clase trece en busca de información de Fuera. Buscando entre viejos bancos de memoria oxidados y polvorientos, el ciber recogió trozos de información y los imprimió en tiras de papel. Las estrellas estaban perdidas tras el oculto. Los mapas de estrellas se encontraban por estaciones. Moses no estaba seguro de qué era una estación, pero vio la disposición de Orión que él conocía en verano.

La biosfera de la Tierra era muy sencilla. Los océanos contenían sólo plancton, escaso y casi microscópico. Unos pocos moluscos filtraban las aguas verdes del océano y los canales. Las plantas estaban clasificadas sólo como cultivos –vegetales comestibles, hierbas, viñas, arboles–, todos contenían valor calorífico o substancioso para la Colmena. Sonrió. Pronto estaría también clasificado el Melón de Moses. La megafauna incluía varias especies de mamíferos de agua –sirenia y cataceos... – que limpiaban los canales. Los ojos–de–gamo estaban clasificados como bichos de jardín con cercana extinción inducida por la Colmena. Mientras que los nebishes eran más de tres billones, la población de ojos–de–gamo se calculaba en una fracción de millón... en total.

Había poca información almacenada sobre cosas tales como el sol, la luna o las estrellas, como si la atrofia por falta de uso hubiera acabado con estos temas. La fauna de la Colmena incluía varias especies de bichos que compartían el calor y la nutrición de la Gran ST: piojos, cucarachas, ratas carnosas –también clasificadas como alimento marginal– e insectos. Nada más. Según la información, no había nada nadando por los mares, volando en los aires o andando sobre la tierra. Pájaros, peces, reptiles y mamíferos... desaparecidos. Como nunca los había conocido, Moses no los echaba de menos. Sólo le sorprendía un poco que toda la masa del protoplasma del planeta se concentrase en una especie y su cadena alimenticia. Sin duda el hombre había resultado ser una criatura muy perfecta.

Al finalizar la semana comprobó con la casta caño cuál sería su próxima tarea. La cara cuadrada de J. D. Birk apareció en la pantalla..., sonriente.

–No necesitas entrar con este turno, Moses. Tu melón ha sido un gran éxito. Es un moho de cieno, como creíamos. En estado inicial es una ameba de tamaño normal que se desarrolla en el fango aeróbico. En la madurez se une para esporular como un hongo. El bio lo clasifica como seguro. El sint piensa madurar el melón a gris y probarlo primero en la línea de sabor de hongos. Si se desarrolla nadaremos en Au–grams. Entretanto, tienes tu autorización para la escalada. Ya te hemos mandado el equipaje.

Moses se sentó en el borde de su catre masticando el desayuno y escuchando. Las palabras eran más o menos lo que esperaba..., pero la cara de Birk estaba más tensa que de costumbre y la voz parecía forzada.

El expedidor empezó a arrojar objetos para la escalada. Comprobó que la nueva serie de trajes no tenían defectos antes de arrojar los sucios por el tubo de fermentación. En el maletín había barras de alimento para el largo viaje a la montaña. Estaría varios días en los suburbanos, incluso sin perder tiempo en los expedidores. Los expedidores públicos tenían la manía de atrasar siempre a los pasajeros...; aparte de eso, los podía tolerar. De cualquier modo, casi todos los expedidores eran sólo de la clase trece..., y había que comprobar cuidadosamente la identidad. Moses no quería que un no operario comiera calorías sabrosas y lo cargara a su cuenta.

Durante dos días enteros Moses se abrió camino entre las muchedumbres malolientes. Se sentía débil de tanto intentar mantenerse de pie sobre el excremento resbaladizo y las cucarachas aplastadas, el cuerpo le dolía de las repetidas caídas sobre los cuerpos abandonados en descomposición y sentía náuseas continuas de los vapores podridos que saturaban sus filtros nasales. Sentía haber venido.

Salió en una ciudad—eje desconocida para descansar un rato. Había los mismos montones de basura y las miradas sin expresión. Encontró un rincón donde sentarse y dormir un rato. Le despertó un ruido mortífero. Sintió contra la mejilla un puñado de algo mojado. Un saltador. Otro suicidio. De los fragmentos esqueléticos, Moses calculó que él o ella se habían lanzado a más de veinte metros de altura desde la espiral. Parecía haber más de un cuerpo. Eso irritó a Moses. El saltador no había tenido la decencia de avisar antes para dejar libre el área de impacto.

Ahora estaba completamente despierto. Se abrió camino de vuelta hacia el suburbano y siguió el trayecto hasta la montaña. Por su lado pasó una barredora clase nueve. Su forma serpenteante de diez pies de altura ocupaba más sitio que diez humanos mientras se ocupaba hacendosa en mojar, fregar y absorber el suelo manchado. Del saco sobresalía ya un gran bulto con codos y rodillas.

El suburbano depositó a Moses en el tejado del Eje de Recreación. Estaba solo. El gran expedidor de la espiral anunció su nombre y produjo un gran paquete de raciones; alimentos secos para su estancia en la montaña. Mientras se lo ataba se quejó en silencio sobre su propia casta caño. Sus conductos movían todo en el planeta —humanos, alimentos, agua, aire, todo—... a miles de millas, pero siempre en sentido horizontal. Nunca hacia arriba. No había energía disponible.

El Eje de Recreación era estrecho, de sólo veinte metros de diámetro. La espiral tenía una rampa muy empinada de 20 por 100. Sólo había algún pasillo ocasional, y ningún humano. Una tenue señal luminosa en el centro de la espiral marcaba lo que él calculaba sería una altura de dos millas. Respirando profundamente el frío aire metálico y húmedo, emprendió camino. Tres horas más tarde se cruzó con tres hombres de pelo canoso que se apoyaban en sus paquetes.

Se sentía satisfecho de su resistencia hasta que, una hora después, se cruzó con una chica: pubertad más siete. Llevaba un paquete de aproximadamente el mismo tamaño que el suyo. Llevaba la bata y el emblema de la casta de asistentes.

A la altura de una milla paró para dormir. Deslizándose hacia uno de los cubículos, le sorprendió lo esterilizado que estaba. Sin los expedidores ningún hombre permanecía más de unas horas. No había nidos ni bichos.

Durmió más de diez horas. Un sueño profundo y restaurador, sin el continuo rascarse de costumbre.

Su asistente le esperaba al final de la rampa. Era una hembra pubertad—más—diez, seguramente bien epitelializada con células maduras de escamas encaldecidas y no desagradable, aunque aburrida y estéril. Se detuvo sudando y vacilando bajo el peso de su gran paquete..., exhausto. Ella le sujetó con una mano firme por el tirante del hombro.

—¿Cena o sexo? —fue su saludo.

La cortesía evitó que gruñera: «Sueño». Después de todo, esto era una escalada. Forzó una sonrisa y enderezó cuidadosamente su espalda dolorida.

—Intentemos ambos —dijo después de refrescarse un poco.

—He guardado algo de agua. Ven. Somos familia durante dos semanas.

Le condujo a la habitación. Bajo la tenue luz prestaba más atención a la temperatura del agua del baño que a la decoración del cuarto. La asistente buscó su pastilla de jabón en el paquete y la arrojó al baño. Moses ajustó el ciclaje para mantener el agua al nivel de las rodillas. Después de remojar durante quince minutos, se unió

ella con un cepillo. Se dejó frotar con el agua hasta la barbilla, mientras ella frotaba las fuertes cerdas sobre su piel. El agua estaba un poco fría para su gusto, pero tenía que admitir que empezaba a sentirse limpio.

Al salir, ella le alargó un albornoz de toalla tosca. Llevaba una túnica airosa recogida en la cintura.

–Este es el último modelo de catre–y–medio. Tiene todos los dispositivos para las primeras setenta y dos posiciones –dijo con orgullo.

El aire fino de la montaña le abatía. Se sentó en el catre sonriendo levemente.

–¿Cuero o puntilla? –repitió.

–¡Oh! –contestó Moses, –piel misma servirá.

La asistente pareció desilusionada. Sin duda tenía algunos modelos de los que quería presumir. Se aflojó el cinturón y se acercó al catre.

–No serás uno de esos tipos de posición–uno, ¿verdad?

–Claro que no. ¿Conoces la 54/12 y cambio?

–¿Cambio en la fase meseta?

Moses afirmó.

Ella sonrió. Al menos esta vez la habían emparejado con alguien interesante. Echó un vistazo al interior de la puerta del armario donde estaban los dibujos. ¿El cincuenta y cuatro/doce y cambio?

–¿Estás seguro de que es ésa la que quieres?–preguntó–. Parece un poco extraña para intentarla durante la meseta.

Moses estaba aún suficientemente despierto para esbozar una sonrisa.

–Sí, estoy seguro. Esto es una escalada, ¿no? Pues al menos que sea algo desafiante.

Ella colgó la túnica y se acercó al catre. Mientras quitaba los dispositivos que no iban a usar, él se estiró y miró al espejo del techo. Al momento dormía profundamente.

Ella era una ayudante experimentada.

El amanecer fue una gran sorpresa. El sol se elevó pronto sobre un par de cumbres cubiertas de nieve, llenando la habitación con un resplandor deslumbrante. Una pared entera era transparente. Su asistente se bajó tambaleante del catre y enrolló la pared, cambiando el sol por un pálido disco lunar. Luego se derrumbó de nuevo en la cama.

Se sintió ligeramente descansado. El aire fino no le molestaba demasiado. Andando hacia el borde de la habitación miró hacia abajo. Las pendientes de abajo estaban cubiertas de monótonos cubículos hasta donde alcanzaba su vista... Le recordaban un glaciar obscuro. Las negras grutas de las montañas distantes parecían aún puras –parecían ser la roca limpia–, pero la distancia era demasiado grande para distinguirlo claramente. Esperó que las grietas siguieran siendo negras de noche en vez de resplandecer con rayos reflejados por las ventanas.

–¿Desayuno? –preguntó la asistente, hurgando en sus paquetes.

Extraño, pero cuando empezó a compartir su comida –calorías que él había ganado y acarreado–, cambió ante sus ojos. Ya no era esa asistente amorosa que estaba aquí para hacerle compañía. Ahora era un parásito, cambiando sus esfuerzos por calorías. ¡Calorías aromáticas!

Intenta vivir la vida de modo que siempre te sientas algo comestible. Nunca sabes cuándo te vas a encontrar con algo hambriento.

–Libros ST... sobre caridad.

Moses llevó a su asistente al misterioso bar en forma de cueva. Las paredes exteriores eran casi opacas. Moses vio los perfiles borrosos de la montaña y el cielo, grises y negros. Era mediodía. Los nebishes de cuatro dedos se apiñaban alrededor de la gran piedra–bar confortados por las cálidas caderas y codos. Todos llevaban el traje estándar de fiesta suelto y transparente. Moses pidió sus bebidas y capas del expedidor y giró el disco de flambé. Encima de sus cilindros multicolores brilló una pequeña llama.

Con las bebidas en la mano se unieron a la multitud. La conversación giró hacia la reciente ejecución del megajurado. La asistente de Moses le pidió que repitiera su versión. Accedió y brindaron.

Moses observaba las llamas. Inclinandose hacia la paja, probó el pomegranet, el chocolate y la menta de las capas de abajo. Recostándose en el asiento, se frotó las cejas.

Un hombre pequeño y con aire hostil gritó del otro lado del bar:

–Matar a un prisionero psicótico por control remoto y disipar tu culpa en la conciencia de grupo del megajurado: no muy varonil.

Moses había oído estos argumentos muchas veces, pero aún le provocaban un odio reflejo cuando se dirigían hacia él. La respuesta adrenal le excitaba. Lanzó la respuesta:

–Caridad sobre justicia. ¿Es eso lo que quieres, suspender a un psicótico sin valor y aislar a algún buen trabajador ciudadano con una enfermedad orgánica?

El hostil repitió frases de los noticiarios fuera de contexto:

–Miles de pacientes salen y entran en suspensión todos los años. Siempre hay sitio para alguno más. Pero prefieres sorber tu sentido de cordialidad que ser varonil; tu estilo es apretar botones.

Moses sorbió su menta sin remover las demás capas, bebiendo lentamente; un estudio en irritación.

–¿Eres un hombre? –dijo–. ¿A quién has matado últimamente?

–A nadie –respondió el hostil–; pero sí he salido en una caza... Fuera. Una verdadera caza. Tampoco he hecho de ella una actividad de grupo. Me expuse hombre contra hombre. Simplemente, no veía el juego; eso es todo. – Arrojó la bebida y empezó a meditar.

–¿Y qué hay de varonil en una caza? –preguntó Moses–. Te tomas algunas drogas para darte valor y utilizas un arco contra algún salvaje ignorante. La presa no tiene ninguna oportunidad contra todo ese dispositivo electrónico.

–Es varonil el simple hecho de estar ahí: Fuera. Me estaba arriesgando; no simplemente sentado aquí hablando del megajurado.

–También estás tú aquí ahora.

La respuesta adrenérgica del hombrecillo le levantó de su asiento. Dio unas zancadas alrededor del bar gritándole a Moses.

–Mira, matón, seguramente que eres un genio en el arte de apretar botones para matar a algún individuo desafortunado con el cerebro en mal funcionamiento. Pero tus razones se caen por su base. No estamos tan atiborrados de gente como para justificar el matar a nadie innecesariamente. ¿Has mirado alguna vez Fuera? Yo salí y no vi nada; sólo la porquería negra, unas cuantas bóvedas de ciudades–eje y esa maldita

agriespuma. Ningún ojo–de–gamo, ¿por qué no van a estar confundidas las clínicas de suspensión sobre el excesivo atiborramiento de gente?

–No eres un individuo muy de fiar.

El hombrecillo se calmó.

–Me pregunto si serán verdad muchas cosas, sobre todo el atiborramiento excesivo. ¿Qué podemos ver realmente desde nuestras ciudades–eje? Nada. Sólo paredes. Paredes de suburbanos, paredes de cubículos, paredes de ejes. Incluso viajando lo único que ves son paredes. Me gustaría echarle una buena ojeada a Fuera, una sola vez, desde lo alto de una montaña, por ejemplo. A ver exactamente cuánta gente hay en las ciudades–eje.

–Estamos a mitad de altitud de la montaña ahora mismo. ¿Por qué no trepamos hasta arriba y echamos una ojeada? –le desafió Moses.

En el bar se hizo el silencio. Todos los ojos se movieron hacia el techo, de donde colgaban madejas de cuerda gastada desde los pitones. Los pitones, oxidados con el tiempo, eran el símbolo de la escalada. Casi todos los nebishes venían aquí en busca de sexo, bebidas y espectáculo. Hoy Moses y el hostil servirían de entretenimiento.

Algo torpe a causa de su traje aislante, Moses atravesó la nieve virgen y se acercó al borde de la balaustrada. En el viento bailaba una escalera flexible. El hostil se le adelantó y puso el pie en un peldaño para sujetar la escalera tirante... Hizo un gesto a Moses para que fuera primero.

Al empezar a escalar, el hostil levantó el pie y la escalera dio un coletazo, apartándose de la nieve. El viento elevó a Moses sobre las grietas profundas. Dando vueltas como una corneta, tuvo una visión giratoria del cielo, la montaña, precipicios, cielo, montaña, precipicios; la vastedad y el vértigo le despertaron miedos primordiales. Tenía todos los músculos rígidos. Dio vueltas y más vueltas en redondo hasta perder el sentido de la gravedad; las nubes aparecían por encima y la neblina por debajo. El tiempo se paró. Los copos de nieve de su visera facial se negaban a derretirse.

Cuando el viento cambió de dirección, le columpió de nuevo hacia el borde. Mareado, miró hacia la superficie a sólo algunos pies de distancia. La cola de la escalera arrancaba grandes trozos de nieve al batir contra el suelo. Intentó descender, pero tenía los dedos congelados de terror en los peldaños. El grupo del bar le miraba con las bebidas en la mano desde la puerta, complaciéndose sádicamente en su terror. El viento le lanzó de nuevo hacia el vacío nebuloso y perdió el conocimiento.

Sintió que caía. Gritando, abrió los ojos para encontrarse a salvo en su catre. Las manos y los pies estaban cubiertos con abultadas vendas. Le dolía la nariz. Su asistente se le acercó enseguida con un litro de caldo caliente. Le sujetó las manos mientras bebía a fondo.

–Intenta relajarte –dijo–. Pero no cierres los ojos hasta que tus canales semicirculares se hayan estabilizado. Vas a sentirte como si estuvieses dando vueltas y cayendo durante un rato aún. Estuviste en la escalera un buen rato, hasta que conseguí rescatarte.

–Gracias –dijo Moses.

El caldo no estaba demasiado mal, con cubos de grasa, proteína hilada y una pastilla de vegetales. Le repuso rápidamente. Ella se quitó sus ropas y se deslizó debajo de las cubiertas frotándole con brío.

–¡Eh!, que me vas a estropear las quemaduras del hielo.

–No tienen muy mala pinta. Seguramente ni siquiera se harán ampollas. Probablemente mañana ya podemos quitarte esos vendajes.

–Estupendo –dijo él, doblando los dedos con cuidado–. Entonces aún podré acudir a la cita en lo alto de la montaña con ese pequeño hostile.

–Él lo está deseando. Vino por aquí cuando el meca–meditec te curaba. Dentro de tres días.

–Tres días... –dijo Moses colocándose la almohada.

La asistente llenó dos vasos de licor, mojándose las muñecas y el cuello con gotitas del aromático líquido.

–Hay tiempo de sobra... –dijo despacio, acercándole el vaso.

–¿Para qué?

–Descansar –contestó. Con dedos hábiles ajustó los controles del catre–y–medio. La cama se curvó. Del armario trajeron dos almohadones. Él miraba... intrigado. Acercó el expedidor. Según se activaba la pantalla, ella se deslizó bruscamente en su regazo.

Los tres días siguientes transcurrieron plácidamente.

Los focos sensoriales se dirigieron hacia el sabor, olor y tacto mientras ambos compartían la presentación de antiguas baladas, leyendas, cuentos de fantasmas y demás versos en la pantalla.

Moses mantuvo su pie en el peldaño mientras el pequeño hostile trepaba por la escalera. La escena se veía toda en tonos grises a través de los lentes como ojos de insecto de su casco Pelger-Huet. Escuchaba música –suave música de cuerda– mientras escalaba. El viento le zarandeó, como la otra vez, pero siguió trepando. El hostile le tendió una mano para llegar al estrecho borde helado. Abrieron los cascos y se miraron.

–Siento lo del viaje en escalera del otro día..., pero era el mejor modo que conozco de curarte tus fobias de Fuera.

Moses se encogió de hombros. Curar o matar, pensó.

El hostile esperó hasta ver reconocida su disculpa. Moses le miró con ojos fieros.

–Bueno, matón –dijo el hostile–, sígueme. Iremos andando por el borde hasta la línea de nieve. De ahí a la cueva no hay más de una milla y media. Podemos dormir allí y subir a la cumbre por la mañana.

Moses le siguió con el casco abierto para conservar oxígeno y guardar el suficiente para no tener problemas al dormir. El sendero era estrecho y abrupto. Las ráfagas de nieve ocultaban de vez en cuando al hostile. El hielo y los bloques de nieve sueltos hacían peligroso el andar. En las zonas muy inclinadas les guiaban pitones y una cuerda. Al atardecer bebió agua y conectó la luz del traje. Deteniéndose en el lado del miniglaciár, Moses miró hacia el este y vio la ladera de otra montaña cubriéndose de lucecillas que encendían los habitantes de los acantilados. El pie de las montañas y las planicies permanecían oscuros..., sólo algunas luces en los jardines.

Este arrastrarse con la nieve por las rodillas cansaba a Moses. Cerró el casco y tomó oxígeno. Delante les acechaba una pared de piedra negra. La luz del hostile enfocaba los alrededores iluminando la piedra negra y la nieve blanca. Una grieta triangular en la base de la pared formaba la entrada de una cueva.

–Moses –llamó el hostile–. Entra tú y prepara tu camastro mientras yo voy a ver si encuentro leña–empezó a dar vueltas por la nieve.

¿Leña? ¿A esta distancia de la línea de árboles? Moses estaba demasiado cansado para discutir. Sin decir palabra, Moses penetró en la cueva buscando refugio del frío entumecedor. Las paredes estaban heladas, a una distancia de unos cinco pies una de

otra en la entrada, y luego se ensanchaban en un hueco del tamaño de un cubículo con unos cinco metros de profundidad. Investigó con su linterna. Extraño. Le pareció oler a leña quemada.

—¿Estás bien? —vino la voz del hostil desde la entrada de la cueva.

Moses se volvió para responder. Un instante después caía de rodillas con el ruido de una vibración ensordecedora que agitó el suelo de la cueva cubriéndolo de piedrecillas. En el silencio que siguió oyó una risa malvada desde el fondo de la cueva. El golpe había venido de la entrada. No se oyó nada más del hostil.

Moses se acurrucó en un rincón y apagó las luces. Desde el fondo de la cueva se acercaron pisadas. Tanteó en busca de su pequeño pico de nieve. Los pasos iban acompañados de una antorcha chisporroteante.

Moses contuvo el aliento. Lo que vio le heló la sangre. Se acercaba un anciano con aspecto de mono con un cono de pino llameante sujetado por una larga lanza. Llevaba las piernas envueltas por debajo de las rodillas y vestía harapos y una capa suelta. No estaba solo. Delante de él venía andando una bestia casi cuadrada, de cuatro patas, que debía haberse extinguido hacía mucho tiempo..., un carnívoro de treinta kilos y morro alargado. La bestia estaba cubierta de cicatrices de luchas. Los ojos eran unas ranuras detrás de gruesos párpados cartilagosos. Moses no conocía esa especie, pero el morro largo bien provisto de dientes indicaban su dieta.

Hombre y bestia avanzaron por delante de Moses hacia la entrada de la cueva. Minutos después volvieron llevando unas estructuras unidas de forma extraña que goteaban. La del hombre parecía una pierna humana, la del perro un brazo humano. Esta vez la procesión se detuvo en el lugar donde Moses se escondía.

—¿Eppendorff? —llamó el viejo cogiendo su bulto goteante por otra parte. Lo llevaba agarrado descuidadamente por la rodilla—. Vuelve con nosotros al fuego. Queremos hablarte.

Desde su posición sentado en el suelo de la cueva, Moses veía a la bestia sin posibilidad de escapar. La bestia le miraba fijo con los ojos entrecerrados; movió el rabo tres veces y abrió camino de vuelta hacia el fuego. El cacho de carne se arrastraba dejando un reguero pegajoso. Moses se puso en pie e intentó meterse el pico de nuevo en el cinturón disimuladamente.

La llama era pequeña, alimentada por algunos trozos de resma de pino. Las paredes estaban tiznadas. El suelo se hallaba cubierto de montones de leña menuda y huesos; fémures rotos, cajas de costillas arqueadas y una hilera completa de calaveras contra la pared.

¡Un campamento de un ojo—de—gamo!

El viejo atravesó con un palo el tendón de Aquiles de la pierna y lo colgó en uno de los huecos oscuros de la cueva.

—Acércate una piedra y ponte cómodo. En un momento pondré algo en el fuego para cocinar.

—No estarás pensando en comerte eso... —balbució Moses.

—¿Eso colorado? ¡Oh, no! Así fresco está demasiado duro. Por aquí tengo un buen trozo negro curado.

El viejo entró a gatas en otro rincón y volvió con un objeto negro encogido lleno de moho. Moses no conseguía reconocerlo..., pero no hizo preguntas.

Los carbones resplandecían blancos y azules bajo la carne goteante. La bestia yacía con las patas y la barbilla sobre su trozo crudo hasta que el viejo le indicó que comiera. Entonces sus poderosos dientes masticaron rápidamente, devorando de igual

modo el tejido y los huesos. Sólo quedaron las epífisis de los largos huesos..., sin el tuétano. Moses estaba fascinado ante la visión de los dientes de la bestia. ¡Parecían de metal!

–Esta cueva ofrece unas condiciones óptimas para curar la carne –dijo el viejo ofreciendo una abundante pieza de músculo de Moses–. Casi compensa el largo viaje.

Moses sostenía su trozo con los brazos extendidos.

–Ale, come –dijo el viejo–. Eres de la Colmena. De dónde crees que vienen todas tus proteínas hiladas, ¿de las algas? ¡Ha! Esto es lo mismo, sólo que no le han extraído todos los sabores.

Moses frunció el entrecejo.

–¿Carne? ¿No ha sido un ser humano lo que acabas de matar? ¿Es que no tienes sentimientos?

–Pues más proteínas para mí –rugió el viejo–. No puedo tener demasiados sentimientos hacia esas criaturas de cuatro dedos de la Colmena... ¡Parásitos!– apuntando su lanza hacia Moses para hacer hincapié, le advirtió–: Y no pierdas el tiempo afligiéndote por ése. Había planeado lo mismo para ti. No te diste cuenta cómo te mandó a la cueva primero con el pretexto de buscar leña? Ha estado suficiente tiempo en este Centro de Recreación como para conocer los rumores. Yo ya he estado antes aquí... y no saben cuándo volveré.

–¿Tú eres un... ojo–de–gamo?

El viejo se levantó disculpándose:

–¡Oh!, lo siento. Hemos estado figgándote tanto tiempo, esperando a que vinieras aquí, que hemos olvidado que no nos conoces. Yo soy Luna, el viejo Luna, y éste es mi perro Dan.

–¿Figgando? –dando su músculo churruscado al perro.

–Palillo te espiaba. Tiene circuitos apropiados para hacerlo.

Luna señaló a la lanza.

–Hola –dijo la lanza–. Yo soy Palillo. En realidad es mía la idea de que vinieras aquí.

Eppendorff miró a la lanza..., una máquina. Una máquina muy compleja. En sus años en la casta caño había visto muchas máquinas..., casi todas de clase diez. Palillo era más que una clase diez.

–Pero ¿por qué?

–Queremos que vengas con nosotros... a vivir Fuera –dijo Palillo.

–Imposible. La vida es demasiado corta para que la desperdicie dejándome cazar.

Luna le entregó a Palillo, diciendo:

–Toma, Eppendorff, date un paseo con Palillo. Deja que te convenza.

Moses Eppendorff llevó a Palillo sujetándolo con dos dedos hacia la entrada de la cueva. Pasaron por encima de un montón de piedras caídas y salieron bajo las estrellas. Moses conectó el calor y la luz de su traje abriéndose el casco.

–No te preocupes –habló Palillo– de cómo habla Luna. Tiene confianza en mí porque soy tan viejo. En realidad no soy más que un ciber que ha quedado del periodo en que el hombre disponía de muchos como yo. Se trataba de una era de alta tecnología y baja densidad de población, y el hombre y sus máquinas estaban por todo el planeta, en los mares y en el aire, incluso fuera del planeta: en la Luna, en el espacio, incluso en

Marte y Deimos. Los antiguos hombres de cinco dedos incluso soñaban con viajar por las estrellas. Tengo buenos recuerdos de aquellos días; había numerosos cibers acompañantes. Mis circuitos han debido estar reposando durante siglos. Aún me siento fuerte, bien cargado. Ahora soy el ciber de Luna. Me ofrece estímulo intelectual. Yo intento protegerle. Pero ahora creo que necesitamos un humano más joven: tú, Moses. Luna y Dan son viejos, casi doscientos años. Sus relojes genéticos se han parado, pero las cicatrices se les acumulan y poco a poco van siendo más lentos. Los cazadores le alcanzarán pronto, a menos que dispongamos de otro compañero más fuerte.

Moses afirmó. Rabia oído hablar de antiguos intentos de decodificación genética; un intento de la sociedad de mejorar el stock de ciudadanos. El resultado era Homo superior, el complaciente ciudadano de la Colmena. Los ingenieros genéticos habían topado con el reloj ARN policistrónico que transfería el mensaje del período vital de la especie del gen al ARN mensajero. Fabricaron un antígeno tipo virus para destruir el reloj, pero a la Gran ST no le gustaba la idea de que se acumulasen Matusalenes multicentenarios obstruyendo la evolución de ideas. Los antiguos de cinco dedos tenían que reemplazarse continuamente para que la Colmena pudiese evolucionar. Dejaron de trabajar en los relojes... Luna y Dan eran tan sólo reliquias. El trabajo sobre genes se desvió en otra dirección: los genes de cinco dedos. Tenían algo más que el dedo: inmunoglobulina A, calcio y colágeno, eje neurohumoral, melanocitos. Los que tenían cinco dedos en los pies no podían convertirse en multitudes. Había que conseguir extirparlo de la población.

–¿Llegó el hombre a alcanzar las estrellas alguna vez? –preguntó Moses.

Palillo no respondió inmediatamente.

–No estoy seguro –dijo el ciber despacio–. Mis bancos de memoria son pequeños. Lo que contienen parece haber sido introducido hace ya tiempo, y mucho no tiene sentido. He intentado penetrar en los circuitos de la Gran ST, pero las informaciones están todas cruzadas. Cada vez que consigo conectar, los campos inquisidores me encuentran y tengo que huir de los cazadores. ¿Estrellas? Siento alguna tibieza en mis circuitos, pero no lo puedo explicar. Me gusta pensar que el hombre llegó a alcanzar las estrellas antes de estancarse en la Colmena.

Eppendorff sabía qué era eso del estancamiento. La casta caño estaba perdiendo pie a fuerza simplemente de beber agua y por contaminación del calor.

Hablaron durante toda la noche. Palillo y Luna habían recorrido la mayor parte de los dos continentes más importantes en el hemisferio. En todas partes se daban las mismas condiciones. En las zonas tropicales y templadas el hombre se había desplazado a ciudades–eje bajo tierra y cultivaban cada centímetro cuadrado de la superficie. Se toleraba a los vagabundos entre ciudades siempre que fueran un número reducido, pero se cazaban sin descanso como bichos cuando aumentaban.

A Palillo no le gustaba esta nueva Tierra, pero –meditaba Moses– era un ciber acompañante y naturalmente preferiría un mundo en que pudiese desempeñar un papel más importante que el de un simple vagabundo.

Al amanecer, Luna volvió a colocar la trampa a la puerta de la cueva. Era una labor de talla preciosa..., siempre que se pudiese apartar la atención de la nesga durante suficiente tiempo como para admirar la precisión del contrapeso y de la llave de mármol.

Echando la llave con el pie, Luna dijo:

–No quiero que nadie se haga daño mientras estamos fuera... –y rió.

Cogió del suelo un trozo de tubo de diez centímetros y los fijó a la lanza de Palillo. Tenía un óptico y lo había colocado en la zona del gatillo. Palillo era algo más que un juguete.

Luna recogió el maletín del hostil y lo llevó cerca del fuego. Se guardó las pastillas de comida en los bolsillos y se probó varias prendas de vestir.

–Este tejido dura ciertamente poco –se quejó.

Estaba a punto de salir cuando Moses le argumentó:

–Gracias por la invitación, pero no voy a ir con vosotros. Tiene toda la pinta de ser una existencia interesante, pero sencillamente no quiero acabar mis días como un pisa-cosechas fugitivo..., y desde luego no deseo acabar como un caníbal.

Luna enrojeció de ira.

–¿Estás seguro de que sabes adónde vuelves? ¿Ese puesto seguro en tu cultura de la Colmena? ¿En qué consiste realmente tu vida? Vives solo sin posibilidad de cambiar tu futuro. ¿Trabajos? Remover las basuras o matar psicóticos. ¿Amor? Nada. No me hables de tu asistente del Centro. La única razón por la que te bajó de la escalera fue para salvar su parte de las raciones. ¿Futuro? No tienes ninguno. Esa cultura de la Colmena sólo reproduce a los que tienen cuatro dedos. Si vienes con nosotros tendrás más hijos de los que puedas contar.

Moses se sobresaltó con la idea.

–¿Conejillos de selva? ¿Tener hijos que estarán perseguidos por los cazadores toda la vida?

–Es mejor que te cacen a no existir. Mira, debes a la raza humana el intentar transmitir tu quinto dedo genético. Palillo piensa que naciste con uno atrofiado. La cultura de la Colmena es el final de la línea para el hombre...; la evolución se detiene ahí. Los humanos de la Colmena podrán sobrevivir cientos de millones de años con sus malditos cuatro dedos. Los nebishes no pueden evolucionar. La Colmena es como un organismo viviente: cada individuo no es más que una unidad especializada con una función. Hasta la reproducción y el sexo están disociados. Si alguna vez apareciera un nebish con una mutación beneficiosa para el individuo probablemente acabaría en suspensión. Sólo se tardó unos cuantos miles de años para avanzar desde los fuegos de campamento hasta las naves espaciales. En el próximo millón de años la Colmena no realizará nada. No lo necesita. Es la forma dominante de vida del planeta.

Moses miró al anciano, a Palillo y a Dan.

Ajustándose su arnés a la espalda, se puso el casco y dijo:

–Bueno, he venido a ver el otro lado de esta montaña. Echémosle por lo menos un buen vistazo.

Dos humanos, un perro y un ciber emprendieron camino hacia la cumbre. La vista animaba: rocas desnudas, hielo, nieve y un cielo azul infinito salteado con nubes blancas. El anciano saludaba orgulloso los austeros alrededores.

–No hay cubículos más allá de los diez mil pies. Podemos tomarnos nuestro tiempo por esta cordillera. Más al norte están los restos de una línea de árboles; unos cuantos bosquesillos de verdad y muchos líquenes.

Moses se deshizo de su casco Pelger-Huet mientras cruzaban una loma. Miró hacia el oeste y vio campos geométricos. Cosechas monótonas con bóvedas y canales. Millones de humanos de cuatro dedos vivían en la oscuridad mientras ellos disfrutaban del sol y del viento. Sintió la frente quemándose..., luego se bronceó.

También aprendió. Palillo conectó el robot agrícola y guió al grupo hacia los alimentos. Unas cuantas libras de plancton seco les dio suficiente energía para llegar a los tomates de madera. Unos cuantos de éstos les condujo hasta los campos de cultivo. Su traje aislante estaba lleno de provechosos bolsillos y una botella de agua, pero anduvieron más deprisa en los valles templados. Al poco tiempo, Moses y Luna iban vestidos igual: de harapos.

Cuando tenían que cruzar campo abierto saltaban deprisa, manteniéndose a una distancia de treinta metros. Los sensores de ojos-de-gamo prestaban poca atención a formas de sangre caliente solitarias.

Val y el viejo Walter estudiaron el informe, incrédulos.

–¿Que Moses Eppendorff se ha hecho ojo-de-gamo? Primero nuestro tinker y ahora nuestro caño–se lamentó Val–. ¿Por qué?

Walter resopló como de costumbre, pero habló tranquilo.

–No veo relación alguna. A Tinker le obligó a irse la decisión de la Gran ST de quitarle su hijo natural. Hasta tú y yo lo vimos lógico. Intentamos que certificasen al niño.

Mas Val no se tranquilizaba.

–Pero no podemos condenar lo que hizo. Intentamos cazarle, y le hubiéramos matado, supongo, de haber hecho falta.

Miraron la carpeta que contenía el informe de muestreo. Ninguno de los dos habían mirado dentro, porque contenían los hallazgos sobre los tres cuerpos en descomposición que se encontraron cerca del tubo de ventilación por el que había escapado Tinker.

–A Moses –continuó el viejo Walter– le mandó su supervisor, Birk, en recompensa por el descubrimiento del Melón de Moses. El hijo de Tinker y el Melón de Moses, ambos han acabado con la pérdida de un ciudadano a Fuera. Una simple coincidencia.

–¿Y los rayos concentrados? –insistió Val.

Walter se encogió de hombros.

–No lo sé, pero eso es problema de Seguridad, no de C.C.

Val no estaba satisfecho. Demasiados de los ciudadanos que había llegado a admirar se habían hecho ojos-de-gamo. Algo pasaba.

4. KAIA EL MACHO

En lo alto de su montaña helada Kaia se revolvía en su nido. Su reloj metabólico indicaba aún tiempo de hibernación, pero el hambre acuciaba. La constante persecución de los cazadores durante la temporada cálida anterior había hecho que su alimentación fuese muy escasa. Ahora el sueño invernal se veía interrumpido por hambre de proteínas, déficit agudo de aminoácidos. El sistema enzimático fallaba, gritaba y buscaba caminos alternativos. Abandonó sin ganas la oscura tibieza de su nido y gateó hacia el pálido resplandor de la entrada de la cueva. Las piedras heladas le entumecían las manos y las rodillas. Palpó la costra blanca transparente que le envolvía. Estaba aún dura y gruesa. La línea de nieve aún no había retrocedido en lo alto de la montaña. Fuera sólo podía esperar una muerte blanca. Temblando, volvió al nido y se envolvió los viejos hombros huesudos con el andrajoso pellejo de catáceo. Su horno metabólico fallaba por falta de combustible. El frío y la muerte penetraron en los dedos. Desesperado, rebuscó entre el fango del fondo del nido: chupando de los huesos la dura arenilla que se había formado en las cavidades tubulares del tuétano, masticando pepitas secas de fruta en busca de fibras toscas y chupando en frías conchas de moluscos los pingajos enjutos. Nada. El frío seguía penetrándole. No necesitaba los iones ferrosos del polvo de tuétano, y sus esfuerzos no le habían deparado mucho más.

Los molares de Kaia partieron un hueso de fruta del que salió una semilla carnosa tan amarga que frunció su parótida. Escupió las cáscaras y masticó la carne. Los gránulos de hidratos de carbono de la planta prometían avivar su horno. Recogiendo un puñado de huesos, gateó de nuevo hacia la entrada de la cueva y los rompió con una piedra, masticando las amargas semillas con tragos de nieve derretida. Con la pasta resinosa protegiéndole los pliegues y aliviándole los retortijones de hambre, Kaia se acurrucó de nuevo dentro de las toscas pieles y retornó a su estado frío aletargado.

El eje de la Tierra se inclinó. Los días más largos y cálidos derritieron el caparazón de nieve y deshelaron el nicho de Kaia. La costra transparente goteó y se combó durante cierto tiempo. Luego cayó sobre la cueva descubriendo el nido al brillo acogedor de la luz del sol. Kaia se sentó estirándose y entreabriendo los ojos en el resplandor. Tras liarse tiras de pellejo en las piernas y el torso, gateó cautelosamente hacia el exterior y se enfrentó a una brisa fresca y húmeda. La ladera de la montaña era un mosaico brillante de piedra gris con testarudos trechos de nieve blanca. El sol le calentaba el cuello peludo y los hombros. El hambre acuciaba. Estudió el horizonte. Sólo se movía algún que otro meca-agro, como un escarabajo sobre la piel cultivada de Filly. Las calorías le hacían señales desde abajo: una filigrana verde tintineante de torres de plancton agarradas a la roca desnuda. Comenzó el descenso. Le acogió una atmósfera más rica y cálida.

Trepó hacia la selva de torres de plancton. Los conductos vibraban y resplandecían con una luz interior coherente de 570 nanómetros. Los carotenoides y ficonilinas de los cloroplastos capturaban casi toda la energía solar, pero se filtraba aún suficiente luz para producir un suave resplandor verde. Los troncos se erguían brotando libremente y formando un pabellón tubular que captaba energía adicional del sol.

El ruido de un pesado meca-agro que se aproximaba lanzó a Kaia al interior de la sinteselva. Cuando pasó, Kaia salió y se dirigió hacia los jardines de hierbas. Filly, la

ciber-ciudad, sentía movimientos clandestinos sobre su piel. Los pasos le causaban dolor. Filly soltó un lamento cuando abrió un tubérculo de un manotazo y comenzó a chupar plancton. Antes de que ella pudiera cerrar el esfínter de la grieta, succulentos aminoácidos y zooplancton repostaban su sistema enzimático hambriento. Repuesto, siguió masticando garbanzos, soja y tomillo. Filly lanzó un grito cuando arrancó un manojito de juncos. Su dolor recorrió sus fibras nerviosas inorgánicas hasta llegar al Control de Caza.

–¡Un chupador en mi jardín! ¡Sabandijas en mi piel! –gritaba.

Val levantó la vista hacia el panel mural.

–Parece que hay algo otra vez sobre la piel de Filly. No ha habido ningún ojo–de–gamo allí desde el último que cogimos el otoño pasado. Filly tiene una piel de lo más sensible. No me sorprendería que capturáramos a éste también. Foxhound ya ha salido.

Una luz pequeña se deslizó por el mapa mural.

–¡Val! –exclamó el viejo Walter levantando la vista de una carpeta de papeles polvorientos–, ¿has visto estos informes sobre el cuerpo de Tinker?

Val se encogió de hombros y giró su asiento.

–No, ¿por qué?

–No es Tinker.

Val dio un brinco y se abalanzó sobre la mesa de Walter.

–¿Qué quieres decir?

–Mira. Los dos adultos eran machos..., llevaban como once meses muertos. Supongo que serían cazadores. Y la criatura era una hembra de casi cinco años. Tenía suficiente pigmento en la piel como para ser un conejillo salvaje. Matada seguramente por la flecha de algún cazador.

Val cogió un informe primero, luego otro. La cara se le contraía.

–Han debido colocarlos deliberadamente sobre la pista de Tinker para retrasarnos. Mira la hierba debajo de los cuerpos..., apenas está manchada –murmuró. Retrocediendo, se sentó despacio... Los informes colgaban flácidos de su mano.

–¿Quién...?

–Tinker –sugirió Walter–. Quizá los puso el propio Tinker. Era listo.

Val sacudió la cabeza.

–No. ¿Dónde podría haber encontrado justo los cadáveres que necesitaba? Esto es país ajardinado. Estos cadáveres tienen que venir del país alto, de las montañas.

Les interrumpió un informe de la caza de la montaña Filly. Reforzaron el hipocondicionamiento del cazador y su consola del cuello le inyectó una primera dosis de anfetamina. El coraje molecular le dibujó una mueca siniestra antes de que se cerrara el casco.

Kaia, el aborigen, permanecía sentado oculto entre los altos granos saboreando los jugos aromáticos del junco. Los ricos sabores despertaban los primitivos bulbo saporíferos y provocaban violentas tormentas parasimpáticas, jugos gástricos copiosos. La peristalsis borboteaba. Al poco tiempo el abdomen sobresalía confortablemente y se hizo más selectivo..., escogiendo sólo los trozos más succulentos.

Val miraba la pantalla remota en el C.C. Reconocía la forma nerviosa y cogió algunos planos para aumentarlos.

–Tiene la cicatriz ahí mismo, en el cuello –dijo–. Este es el mismo ojo–de–gamo que vimos morir en la montaña Filly el otoño pasado.

Walter pidió al mec de C.C., Escudriñador, que seleccionara las viejas imágenes. Las imágenes encajaban perfectamente. La misma estructura ósea. Walter movió la cabeza afirmativamente.

–Parece que estamos presenciando la segunda resurrección –dijo el viejo Walter–. ¿Qué te parece?

–¿Segunda? –dijo Val intrigado.

–La ojo–de–vaca que viste mientras perseguías a Tinker.

Val unió las manos. Había llegado a tocar realmente aquella ojo–de–vaca. Había sentido la carne parada y fría. Muerta. Todavía guardaba el recuerdo de su recalentamiento y su huida a nado. Sintió un escalofrío.

–Me da la impresión de que estamos tratando con lo oculto –murmuró Val–. Pero tiene que haber una explicación lógica. ¿Podría llevar la mec de C.C. esta información a la Clase Uno para una investigación... a ver qué computa?

–Hecho –dijo Escudriñador–. Lo oiremos en un minuto.

La aparición de la nave de caza expulsó a Kaia en una carrera zigzagueante. Foxhound tenía dificultades en seguir rastros. El cazador descendió por el arnés con sus gafas con aspecto de insecto y el traje blanco, armado con un arco. Kaia vio el casco Pelger–Ruet con aspecto de calavera y las flechas mortales. El miedo le comprimía el pecho. Se enroscó y enfrió.

Los sensores buscaban, pero la pantalla indicaba ambiente. No mostraba ningún cuerpo de sangre caliente.

–Míralo otra vez –dijo Walter señalando hacia la pantalla.

–¿Ha desaparecido? –dijo Val.

–Si no creyese en los experimentos Kjolen–Milo, diría que teníamos aquí un caso de teleporte –dijo Walter.

Val sacudió la cabeza.

–No, las ecuaciones que aportaron eran bastante convincentes. Ese ojo–de–gamo está ahí todavía. Simplemente no lo captan los sensores.

–Foxhound –llamó Val–, deja que el cazador siga buscando. Puede que dé con el escondrijo del ojo–de–gamo.

La nave volvió al garaje para cargar energía.

Doce horas más tarde el cazador aminoró el paso. Estaba de pie con la vista nublada sobre el torrente mirando cómo los líquidos uriníferos se deslizaban hacia el canal. El casco estaba cubierto por una nube de vapor. Durante la noche había examinado cada punto de calor de la piel de Filly; la mayoría eran los propios apéndices de la ciudad. Ahora se dormía de pie. Una dosis de anfetamina le penetró en la vena yugular. Los ojos se le abrieron... sin localizar. Su detector indicaba un cuerpo en movimiento junto al canal. Lanzó una flecha y se alejó alcanzando una meca–agro en su camino hacia los campos.

Kaia recobró el sentido. Las largas horas de silencio habían relajado su reflejo de hibernación. Observando desde su escondrijo, no vio ningún cazador. Lanzándose sobre un huerto chupó una cosa dulce de un árbol. Corriendo a saltos, buscó la seguridad del canal.

La primera flecha le alcanzó el fémur izquierdo, fijándosele en la piel que le cubría al muslo. El impacto le arrojó sobre tierra inclinado sobre la flecha. Gateó unos pasos y vio la máscara cadavérica elevándose por encima del muro del canal. El arco estaba tenso. Kaia tiró de la lanza ensangrentada. La piel le penetraba en la herida y los ganchos estaban bien agarrados al cuadriceps. Consiguió ponerse en pie e intentó correr, pero la lanza vibraba y le rasgaba dolorosamente. Nervios y astillas de hueso. La segunda flecha le alcanzó en la espalda, entrándole por debajo de la escápula derecha y atravesándole el pulmón derecho. Miró hacia abajo y vio las rojas púas saliéndole del esternón. La hierba le dio en la cara.

La visión de la matanza despertó la sugestión posthipnótica del cazador de obtener un trofeo. Su fervor rastreador acabó y se relajó. Su consola del cuello pasó al final de la cinta y preparó la recompensa molecular. Avanzó sin prisa hasta el cuerpo de Kaia, que yacía en un charco de sangre coagulada...; gruesos coágulos violeta gelatinosos. Se inclinó sobre la forma fría y sacó su cuchillo de trofeos.

A través del casco no oyó el borboteo del canal. No vio a la ojo-de-vaca. Le alcanzó con ambos pies, pisando y dando patadas, extendiendo los trozos de cuerpo destrozado en un círculo de doce pies, con los huesos rotos y la sangre líquida rosada salpicándolo todo.

La ojo-de-vaca se inclinó sobre el cuerpo de Kaia y le tocó el cuello con la mano. Satisfecha, arrancó las púas de la lanza del pecho. Cuidadosamente, extrajo la lanza por debajo de la paletilla del hombro. Empujando con trozos de madera, ensanchó la herida de la pierna y juntó las púas. La flecha del muslo salió con facilidad.

Foxhound encontró los restos del cazador más tarde ese mismo día. El comunicador de cinturón del cazador mantenía la información óptica de todo lo sucedido. Val y Walter examinaron los grandes coágulos violeta gelatinosos y las flechas rotas.

–Di al biotec que venga –dijo Val–. Quiero ver de qué están hechos estos coágulos. No se parecen en absoluto a nuestra propia sangre líquida rosácea.

Walter movió la cabeza afirmativamente. Estaba estudiando los planos del impacto de las flechas.

–Mientras está aquí, que el tec proyecte estas heridas en el maniquí tres-de. A mí me parecen mortales.

El biotec volvió con un maniquí transparente en un brazo y un fajo de informes bajo el otro.

–Es un coágulo de sangre –dijo, refiriéndose al material gelatinoso–. No es normal, claro. Hemoglobina, fibrinógeno y hematocitos son unas tres veces el tamaño normal. La hemoglobina tiene quince gramos... ¡Se pueden hacer una idea!

Val movió la cabeza afirmativamente.

El tec puso el maniquí de pie.

–Esta herida del pecho es fatal. La flecha atraviesa el pulmón derecho, con los vasos y bronquios. La herida de la pierna, aunque es grave, probablemente no fuera de muerte... si se cura a tiempo.

Val dio unas vueltas alrededor del maniquí y comparó los fotogramas. Si la anatomía de un ojo-de-gamo se parecía en algo a la suya, tenía que estar muerto.

–¿Qué querrá una ojo-de-vaca con un ojo-de-gamo muerto? –preguntó Val.

–Son caníbales, señor –dijo el tec encogiéndose de hombros.

A Val no le satisfacía la respuesta. Había aún demasiadas preguntas sin resolver... Los rayos concentrados de Fuera, los cadáveres falsos en el camino de Tinker, y esas extrañas resurrecciones.

–¿Por qué nos iban a despistar los caníbales del rastro de Tinker?

Silencio.

–La contestación de C.U. –anunció Escudriñador.

Val conectó la imprenta y el audio, con la esperanza de que aclararía parte del misterio.

El computador universal clase uno habló con la voz amable de un anciano, comprensivo pero confiado.

–Vuestros problemas con los ojos–de–gamo que se enfrían no son nuevos –comenzó la C.U. –El reflejo de hibernación ha estado surgiendo entre los aborígenes desde que empezamos a cazarlos con los detectores de calor. Tienen el gen para aumentar el tono de su eje neurohumoral, de modo que la interrupción metabólica puede ser un mecanismo de defensa en un ambiente apropiado. Los cazadores les han proporcionado ese ambiente. Si tenéis más preguntas no dudéis en preguntarme. Mientras tanto, podemos procesar toda la información que vayáis acumulando.

Esperaron cortésmente hasta que desapareció de la pantalla.

Val sonrió.

–Bueno, por lo menos no estamos amenazando lo oculto. La magia me pone nervioso –sintió un escalofrío–. Aún puedo sentir su cuerpo frío mojado. Ahora siento no haberle cortado la carótida. Haber dejado que se escapara. No volverá a suceder.

Walter le dictó algunas notas a Escudriñador para incluirlas en la orientación de caza.

–Conociendo este reflejo deberemos tener más éxito en las próximas cazas. Nos será fácil encontrar un ojo–de–gamo haciéndose el dormido con las coordenadas de sus últimas apariciones..., y matarle deberá ser aún más sencillo.

Val movió la cabeza afirmativamente.

El biotec recogió sus papeles y el maniquí. Cuando se iba, sugirió:

–Si alguna vez os topáis con un ojo–de–gamo vivo le podíais atar simplemente la carótida y traerlo al lab para estudiarlo.

Walter interrumpió el dictado:

–¿Qué has dicho?

–Comprobad si tiene callos en las palmas –dijo el tec–. Si tiene la mano derecha más endurecida podéis suponer que no es zurdo. El cerebro izquierdo debería ser el dominante. Dar un corte en el costado derecho del cuello y atarles la carótida interna en ese lado... provocará un infarto de parte del cerebro. Vivirá, pero prácticamente en estado vegetal, ideal para los muchachos del bio. Hay muchos parámetros de los quinquidígitos de los que tenemos que saber más antes de que se extingan.

–Muy bien –dijo Val–, buena idea.

Walter canceló el resto de su dictado.

Kaia abrió los ojos en un extraño nido. La ojo–de–vaca le limpiaba las heridas y le cambiaba las vendas con frecuencia. Los dolores del pecho por donde había atravesado la flecha le hacían caer una y otra vez en estado de hibernación. Ella le hacía ingerir carne de molusco hervida y nutritiva sopa de avena. Era su fase folicular y necesitaba una pareja.

Por la noche se acercaba a él con el aparato copulatorio. Sus acometidas tipo demanda no conseguían iniciar su ciclo pélvico–automático donde su tórax herido mantenía los parasimpáticos despolarizados irritando el nervio vago derecho. Con la luna nueva ella se hizo lútea y desapareció por el canal.

Durante dos semanas luchó dolorosamente para conseguir restos de comida entre las laderas de hierba del canal. En su estado mutilado no podía arriesgarse a exponerse a los detectores de ojos–de–gamo que vigilaban los jardines...; sería incapaz de escapar si los cazadores le volvían a encontrar.

Con la luna llena ella volvió..., folículo tenso. Su esperma esperaba aún. El óvulo había yacido en su corona y se había muerto. Pronto surgiría otro en el tubo. Él disfrutaba de la comida caliente durante el día y de nido cálido de noche. Una vez fertilizada, su lúteo dorado mandó de nuevo en sus humores. Una mañana abandonó el nido, le arrojó dos moluscos desde el canal y se marchó nadando sin decir palabra.

Él regresó cojeando a la montaña Filly.

Nunca sabes cuándo te vas a encontrar con alguien comestible.

Ojo–de–gamo Kaia.

Durante varios meses el Control de Caza estuvo muy tranquilo. Los miles de kilómetros cuadrados de los jardines del País Naranja florecían, se cosechaban y florecían de nuevo con apenas escasas apariciones de ojos–de–gamo. Las naves informaban de campos vacíos..., huesos, masticados y astillados..., cenizas..., herramientas rotas. Ningún rastro que perseguir.

–Con Júpiter en Sagitario –comentó Val– se creería que vamos a tener mejores cacerías.

Walter frunció el entrecejo. Lo sobrenatural no era nada de lo cual reírse. Tras un largo silencio, el viejo habló:

–No tiene gracia. En los diez años que llevo en el C.C. he llegado a respetar el ciclo propio de actividad y migración de los ojos–de–gamo. Sus movimientos, necesariamente, se guían por los planetas, los ciclos de clima y las cosechas. Los ciudadanos de la Colmena nos podemos reír de la astrología. La Gran ST nos protege. Los horóscopos hechos por una mec que ni siquiera mira los cielos tienen errores. Pero mis mapas son serios. Ayudan a la caza. Intento adivinar los movimientos de los ojos–de–gamo. Ahora creo que se han escondido porque Júpiter está en Sagitario. Creen que es un buen signo para los cazadores. Cuando vean su horóscopo más ciudadanos solicitarán una caza, y los ojos–de–gamo son listos al evitar ser detenidos.

–Quizá tengamos un largo descanso a la vista, pues Júpiter estará en ese signo durante largo tiempo–murmuró Val.

Walter sólo tosió. Abrió una caja de artefactos recogidos de los campos de ojos–de–gamo. Las cuentas le interesaban. Recogió un hilo intacto, con doce cuentas negras, una en forma de aro al final y cuatro coloreadas en el centro.

–¿Qué te parece esto?

–Clan... –sugirió Val.

–¿Y si representaran el tiempo? –dijo el viejo Walter–. El tiempo planetario, zodiacal. Si la de forma de aro indica Saturno, entonces esa blanca grande podría ser Júpiter en Sagitario.

–Pero hay tres cuentas más junto con la blanca grande. ..–asintió, poco interesado–. En ninguno de mis mapas encuentro una conjunción de cinco planetas –sacó planos de posiciones futuras... Nada que pudieran representar las cuentas en muchos cientos de años, por lo que él veía–. Si es una conjunción será bastante futura. No veo

qué interés pueden tener los ojos-de-gamo en eso, pero cualquier conjunción de cuatro planetas tiene que tener importancia para alguien.

–¿Sagitario? ¿Cazador... o cazado? –murmuró Walter.

Val ya había perdido interés. Estaba echando un horóscopo ligero para ayudarlo a decidir qué canal de entretenimiento elegir. Walter cerró su caja de artefactos con un bang definitivo.

–Bueno –gritó–. No vamos a resolver más problemas de ojo-de-gamo en este turno. Vámonos a casa, a una meld.

Val sacudió la cabeza.

–Esta noche no. Me voy a una cacería de ratas intramuros. A recoger algunos sabores diferentes.

–Bueno, pues a ver si la próxima vez vienes –dijo Walter al salir. –La hembra Amarga ha estado preguntando por ti.

Se separaron. Val no era en absoluto indiferente a la meld. Le irritaba frotarse el alma con alguien. Con los polarizados chocaba y a los neutros los encontraba demasiado fofos. Pero a Walter le gustaba su familia–5 y todas sus pequeñas intimidades y placeres. Aceptaba los brazos rituales de la hembra Amarga y hablaba del trabajo con Jo Jo y con el gruñón de Busch. El neutro Arturo planeaba juegos y entretenimientos para la familia. Una familia–5 bien completa.

Val se sentó en su cubículo comprobando el equipo de ratas. Las fundas estaban bastante gastadas. Le habían ayudado a obtener muchas calorías. Cambió los filtros de polvo y comprobó la célula de energía. La luz del casco y del comunicador funcionaba todavía, aunque los coeficientes de seguridad estaban algo bajos. Recogiendo la bolsa de gas anóxico ascendió por la espiral hacia los enrejados al nivel medio.

–¿Qué tal el nivel treinta-y-cinco, ciudad? –preguntó.

–Adelante –dijo la ciber-ciudad–, yo te indicaré la pista.

Se introdujo en el hollín polvoriento. Colgaban telas de araña. Su lámpara alumbró un círculo de viejos esqueletos secos... humanos que se habían hecho hongos con la recompensa molecular. Indicó la localización a la ciudad, pero el muestreador no estaba programado para huesos.

Rastreó por pesados recorridos, cilindros huecos y caños de todos los tamaños..., algunos que vibraban, otros calientes, otros flexibles y fríos. A los pies, el polvo negro y gris le llegaba sólo a los tobillos, pero se amontonaba en los rincones y formaba almohadillas acolchonadas sobre todos los objetos. Los cables parecían columnas. Continuamente sacudía los escombros algodónados para identificar el objeto que envolvían.

La capa de polvo estaba cruzada por profundas pistas de ratas serpenteantes. Por todas partes había excrementos de ratas. Al proyectar la luz de su linterna centenares de pares de retinas la reflejaban de vuelta.

–Ciudad –dijo–, tienes cientos de ratas por aquí abajo.

–Casi todos mis ciudadanos son reencarnadores–dijo la voz en el casco–, no comen carne. Ven a sus antecesores en los ojos de las ratas.

Val sonrió con afectación:

–Si yo creyera en la transmigración de las almas creería que mis antecesores agradecerían que les acortase su estancia en forma de ratas. Además, somos los únicos carnívoros de que se tienen que preocupar las ratas ahora, así que debe ser mandato de la naturaleza.

Su filosofía amarga no tuvo eco en la ciudad. Se dirigió hacia los nidos de ratas de mayor densidad. Gateó por debajo de un conducto de aire silbante. Agarrándose a una gran viga, atravesó un hueco apoyado sobre una cañería. Cuando alumbró hacia abajo con la luz de su casco, el vértigo le agarrotó su unión cardioesofagea. El rayo sólo captaba una tela de araña de vez en cuando. La oscuridad entre los muros parecía no tener fin. Delante vio uno de los órganos de la ciudad: una esfera de un diámetro de veinte metros con una cabeza de medusa formada por cables flexibles. La tocó. Estaba caliente, seca y silenciosa.

–He encontrado el órgano de energía.

La ciudad comprobó su propia anatomía:

–A tu derecha están los filtros de membrana.

Avanzó en medio del polvo a lo largo de un gran caño. Estaba hueco. Se oían voces y el ruido de gente arrastrándose. Era un pasadizo. Las ratas grandes se hicieron más numerosas... y más osadas. Se interponían en su camino obstinadamente hasta que las empujaba con el pie. No debían ser demasiado sabrosas. Le llegó el hedor dulce de los nidos. Delante oscilaba, húmeda y rezumante, la enorme esfera de filtros membranosos. El sudor de la ciudad se condensaba y goteaba por la cáscara exterior de la esfera..., proporcionando gotas de agua para beber a los roedores. Los pasadizos debajo del filtro se encontraban llenos de pequeños nidos oscuros; túneles cortos excavados en el polvo pegajoso. Las extremidades de la membrana le rozaban el pie al acercarse. Inyectó nitrógeno en su bolsa y se colocó el grueso guante de cazar ratas. Seleccionando un nido grande, introdujo la mano. Las ratas jóvenes se lanzaron hacia el guante creyendo que era la madre–con–comida. Sacó tres puñados y los introdujo por el esfínter en la bolsa anóxica. Pronto cesaron sus gritos y retortijones.

Siguió avanzando por los pasadizos húmedos llenando la bolsa. Al sentir algo pesado sobre el pie, miró hacia abajo. Una gran rata estaba masticándole la suela de la bota. Le dio una patada. Al poco tiempo la bolsa pesaba casi la mitad que él.

Se sentó para descansar y quitarse del casco las gruesas bolas de polvo.

–¿Hay alguna compuerta de entrada a un pasadizo a este nivel?

–Detrás de ti, a veintisiete metros.

Los inexpresivos ciudadanos miraron hacia arriba y sintieron las caras salpicadas de hollín al abrirse la compuerta. Saltó sobre el pasadizo. Delante llevaba una nube de partículas negras, como plumas. Echándose la pesada bolsa sobre los hombros descendió por la espiral dejando huellas negras en dirección a la morada del guardián, a pagar su diezmo.

El guardián, un neutro de cabeza–de–melón, juntó sus manos regordetas y sonrió ante la vista del botín. Avanzó hacia la prensa y abrió una puerta pesada.

–¿Seiscientos grados antes de la prensa... y trescientos después? –preguntó el guardián.

Val asintió dentro del casco. El guardián le indicó que empleara el refrescador público mientras procesaba la carne. Val se quejó de la lentitud de la clase trece para poner el agua a la temperatura deseada. Luego se metió, secó el equipo y sacó un traje nuevo del expedidor. Los sonidos del asado y el olor a pelambre chamuscada llenaban el cuarto mientras se vestía.

La prensa cayó con un zumbido que agitó el cubículo. Los olores de la torta rica en proteínas sacó a la familia–7 del guardián. Val observó el surtido de hembras polarizadas... de todas las edades y tamaños. Llevaban sus túnicas airosas, de meld, sujetadas por la cintura.

–Calorías para el meld de esta noche –dijo el guardián dando fuertes aplausos empujándolas de nuevo hacia las habitaciones. Sabrosas calorías.

La prensa se levantó. Salió vapor. Val empezó a echar las tortitas color nuez en su bolsa. Hizo una pausa para soplar un dedo caliente. El guardián utilizó una espátula con mango largo para apilar su parte en una fuente ornamental de meld.

–¿Te apetece compartir la cena con nosotros, hermano? –preguntó el guardián.

Val rehusó el ofrecimiento. Aquella membrana mucosa le había quitado el apetito. Según se alejaba oía los sonidos húmedos y los chupetazos de la cena meld. Rata prensada era una verdadera delicia. Los sabores eran buenos para el espíritu en la meld.

Dejando su equipo cazarratas en sus habitaciones, llevó las ratas prensadas a las de Walter. La hembra Amarga le abrió la puerta y empezó a acariciar la pesada bolsa de proteínas. Se abrió camino.

–¿Dónde está Walter?

–Tabeándose –dijo ella señalando hacia el cubículo privado del viejo gordo.

Val echó una mirada por el espacioso cuarto de treinta y cinco pies...; las ventajas de una familia–5.

El gordo Walter sonreía resplandeciente mientras hacía señales a Val para que entrase en su pequeño cubículo de diez pies. El suelo estaba cubierto por una pulgada de tierra seca. En un rincón había una vasija sencilla de barro con una mata de hierba gruesa. Ladrillos de adobe se amontonaban contra una pared como losas de oro atesoradas.

–¿Eres un tabeador? –preguntó Val.

Walter asintió, sonriendo. Llevaba sandalias en los pies polvorientos. Su túnica se hallaba tan gastada y marrón que Val estaba seguro de que la guardaba doblada debajo de la vasija de barro cuando no la usaba.

–Tierra, adobe y bambú... TAB –dijo Walter. Ofreció a Val un asiento en la única silla de la habitación..., de bambú trenzado. Crujió al recibir el peso.

–Llegas justo a tiempo para la ceremonia –resopló Walter quitándose las sandalias.

–¿Ceremonia?

–El cambio de la tierra –dijo Walter, barriendo la tierra seca a una pala de bambú. Cuando el suelo estuvo razonablemente limpio, se limpió las manos en su túnica y se acercó de puntillas reverentemente hacia la vasija de barro. Salían bolas de tierra negra pegajosa. La extendió con los dedos del pie.

–Tierra purificada –dijo, cogiendo dos gusanos y un insecto. Humedeció la mata de hierba y la examinó detenidamente. Había más insectos y gusanos deslizándose y retorciéndose entre la malla de raíces. Walter sonrió, echó la tierra seca en la vasija, la humedeció y volvió a colocar el césped.

–¿Quieres caminar sobre mi tierra? –le invitó Walter–. Te protegeré de A.I. Las viejas garrapatas del polvo no te podrán alcanzar mientras estés rodeado de los gusanos e insectos de la naturaleza.

Val sonrió ligeramente.

–No. No. He venido sólo a dejarte un poco de rata prensada. Ha sido una buena caza.

Walter palpó la bolsa de ratas y se puso serio:

–De verdad, Val. Deberías intentar el TAB. Ultimamente has estado muy tenso. Nada te alivia mejor de la ansiedad que un cubo de barro.

Val levantó una mano cínicamente:

–Lo oculto no me incita.

Walter observó durante un momento sus pequeñas criaturas del césped.

–Cuando florecen sé que todo va bien en mi cubículo. ¿Sabes que uno de mis hermanos tabeadores detectó un escape de radiación cerca de su cubículo cuando sus criaturas de tierra dejaron de reproducirse? Y hubo un caso de residuos de metal en el nivel diecinueve. Los organismos de la tierra pueden ser un buen índice para...

Val se rió:

–Pero ¿y la comida que ingieres? ¿El aire que respiras? ¿El agua? Estás en contacto con gran parte de la Colmena... Este cubículo no es más que una parte insignificante de tu...

–Por lo menos conozco un sitio donde estoy seguro.

Val ofreció a Walter una tortita de proteína en silencio. Se la metió en la boca y masticó cuidadosamente alrededor de la espina dura de hueso, piel y rabo.

–Lo más importante... –continuó Walter– es que TAB te protege del suicidio. Ese es el asesino número uno. Actividad inapropiada, la vieja A.I. Sin TAB, tu despojo ectodermal te sensibiliza. Todas las escamas de tu piel y el aceite del pelo y de la piel penetran en el polvo y alimentan a las garrapatas dermatofagoides. La garrapata adquiere antígenos proteínicos ectodermales. Como vives con las garrapatas e inhalas polvo –fragmentos de garrapata–, creas anticuerpos contra ellas. Anticuerpos contra tus propios antígenos ectodermales. Cuando el nivel aumenta suficientemente, el cruce de anticuerpos reacciona con tu propio neuroectodermo: tu cerebro. De ahí la correlación logarítmica entre el amontonamiento e I.A., entre la sensibilidad al polvo de casa y el suicidio. Los humanos que viven con alfombras, cortinas y muebles tapizados tienen el índice más alto de suicidios. Los que viven con tierra, adobe y bambú tienen el más bajo.

Walter saboreaba la rica pasta moviéndola lentamente en la boca, saboreando los jugos salados, las jugosas vísceras y el músculo y sangre ricos en hierro. Haciendo una bola con los residuos, la escupió en el césped.

–Un regalo para mis pequeños amigos de la tierra–dijo.

Amarga asomó la cabeza por la puerta.

–Hora de la meld –sonrió. Su cuerpo brillaba tras la prolongada inmersión cálida en el refrigerador. Hasta las uñas de los dedos se le habían ablandado. Su túnica aireada colgaba en pliegues sueltos sin el cinturón. Asomaba el ombligo.

–Vente con nosotros –invitó Walter asintiendo con su triple papada.

Val empezó a sacudir la cabeza...

–No.

Amarga le introdujo la mano por debajo del brazo y le apretó con una rodilla huesuda.

–Claro que te quedarás. Has traído las ratas prensadas. Pondremos salsa en las tortitas y echaremos un poco de licor..., podemos incluso pasar un poco de recompensa molecular. Va a ser una meld verdaderamente cálida.

Walter le cogió por el otro brazo y los dos empujaron al refunfuñante Val hacia la sala. El neutral Arturo, desnudo sin genitales, estaba entretenido en colocar los platos ornamentales y las copas altas. El mullido colchón de meld estaba desenrollado sobre el suelo al lado de los utensilios de comer. Jo Jo, joven delgado y preocupado, estudiaba una pequeña cantidad de líquido aromático de su vaso. Busch, un poco mayor, un macho algo más rudo, estaba de pie junto a la pared. Val no se había dado cuenta del cuerpo neutro de Arturo, pero cuando el gordo Walter empezó a deshacerse de su túnica llena de barro fue imposible no darse cuenta de sus redundantes pliegues de carne. Aunque Walter era un macho polarizado, no se notaba; le colgaba un delantal de grasa desde la

tripa a las rodillas, el panículo. Parecía más una figura de barro sin acabar que un humano.

–Walter, no te deberías quitar la ropa nunca–dijo Val insultante.

–Sólo por relajación –Walter se encogió de hombros–. Es bueno para el alma –rebotó en el suelo y encogió las piernas debajo del panículo.

La hembra Amarga puso el primer plato: sopa aguada. Retrocedió y se deslizó fuera de la túnica. Estaba delgada. Sus pubertad–más–nueve años le hacían una arruga horizontal en la tripa y le hundía los pechos.

–¿Crees que tampoco yo debo desnudarme? –preguntó con picardía.

Val pensó que otro insulto a tiempo podría ahorrarle lo que presentía iba a ser una velada muy aburrida.

–Me temo que he visto cuerpos más atractivos en neutros.

Sin darse por aludida, le dio un abrazo de ritual:

–Los neutros no tienen excitación sexual ni miotonía.

Val frunció el entrecejo:

–De todos modos, un pezón sobre la costilla sigue siendo feo.

El gordo Walter sonreía plácidamente y recogió su túnica.

–Si Val se siente más a gusto vestido... –dijo poniéndose la prenda con forma de tienda–, podemos tener una primera fase agradable de meld agarrándonos de las manos.

Los otros cuatro cuerpos desnudos estaban ya completamente abrazados unos a otros.

–Supongo que es que nunca he visto antes a cinco personas haciendo el amor antes –comentó Val con Walter.

–No te disculpes –dijo Walter agarrando el extremo de su túnica con el dedo del pie–, eres nuestro invitado. Nos acoplaremos a tu ritmo.

Amarga dio al grupo un abrazo de despedida y se levantó. Se pusieron las ropas y se sentaron de nuevo.

–¿Quieres ver el cielo? –preguntó Amarga ofreciendo una dosis de recompensa molecular.

Val sacudió la cabeza. R.M. le ponía nervioso.

–No temas. Te observaremos para que no te pongas mustio como un hongo –le animó ella.

–No es eso –dijo Val–. Simplemente es que no me gusta visitar el cielo en un viaje de ida y vuelta. Cielo molecular o no, prefiero no intentar la felicidad perfecta y tener que volver aquí después. En comparación, esta vida va a parecer demasiado tibia.

–No es una desilusión tan grande –dijo–. Y siempre puedes hacer otro viaje...

Val sacudió la cabeza otra vez.

Amarga empezó a dar la vuelta al círculo. El viejo Walter ya había levantado la mano... agitando la cabeza. Busch prefería la bebida.

Arturo la alejó con la mano:

–Ahora no, tengo que hacer mi danza...; y no lo tomes tú, Amarga. Te necesito de acompañante.

Jo Jo estaba silencioso, meditabundo. Aceptó el R.M. y se retiró a un rincón con sus visiones.

Walter se volvió hacia Val, preguntando:

–¿No tendrás miedo de R.M., verdad? No hay ningún peligro. Lo usamos siempre para los cazadores...

Val se enfrentó a su superior del Control de Caza:

–Quizá los cazadores lo necesiten. He visto algunos músculos bastante hincados y orina color de humo: rabdomiolisis. Me imagino que debe ser bastante doloroso. La recompensa molecular quizá los alivie un poco. El único otro lugar en que sé que se usa oficialmente es en los ancianos retirados. No duran mucho.

Walter protestó.

–R.M. no puede prolongar la vida. Nada puede. Todo lo que podemos esperar de la Gran ST es un periodo vital feliz de veinticinco o treinta años... R.M. ayuda a conseguir esa felicidad. Es una de las recompensas favoritas de la Gran ST.

Val estudiaba su bebida en silencio. Una onza de líquido rojo viscoso cubría el interior del vaso. El calor de su mano producía un vapor aromático.

El expedidor dejó salir una suave música mientras el neutral Arturo ajustaba el sonido. En la pantalla bailaban figuras.

–Preparados para el baile –anunció Arturo formalmente–. ¿Amarga...? –dijo extendiendo la mano a la hembra sentada.

Se levantó y entró en sus brazos. Se movían lentamente, estudiando la pantalla..., intentando seguir el movimiento de las figuras. Val miró durante algún tiempo, fascinado por su absoluta falta de capacidad para seguir el ritmo. Luego se concentró en comer y beber. Busch se durmió. El meld duró bastante más que lo habitual.

–Te podrías quedar a dormir –ofreció Walter, entregando a Val un montón de ropa de cama.

Val guiñó los ojos con sueño y asintió. Ayudaron a Jo Jo a acostarse e interrumpieron el expedidor.

–¿Quieres leer mi libro–ST antes de dormirte?–preguntó Walter.

Val ya estaba dormido.

Pájaro Azul se observaba sus dedos de plumas y los pies rosados. El nido que lo rodeaba tenía plumas de un rosa brillante y fragmentos de concha blanca. El sol calentaba. Hermosas flores naranja y violeta bailaban y volaban por los alrededores con sus pétalos como alas. Madre Pájaro voló hasta el borde del nido y le arrojó en la boca deliciosos gusanos de chocolate. Sabían a marrón. Un viento suave movió las hojas rosas. Madre le llamó. Probó las alas y voló vacilante..., elevándose. Madre le condujo más alto entre las nubes algodónadas de vainilla que sabían a blanco mientras las atravesaba volando. Pájaro Azul estaba contento. Cuando su madre volvió al nido no quiso parar de volar. Le regañó. Sus gritos dolían. Las preciosas flores se hicieron feas. Las fragancias se convirtieron en hedor. Sus plumas aladas azules se retorcieron en unos grotescos dedos doblados. Perdido, buscó a su madre. Se había ido. Debajo vio su nido. Intentó volver, con mucho esfuerzo, a su suave seguridad. Se precipitó hacia abajo. El viento le azotaba la cara, batía los párpados. El nido se elevó hacia él, veloz..., cambiando lentamente..., convirtiéndose en... una BASE DE EJE.

Por la mañana, Val y Busch se acercaron refunfuñando al expedidor. Amarga repartió los utensilios y distribuyó sus abrazos rituales. Calentó el refrigerador y extendió

ropas de tejido para sus hombres operarios. El viejo Walter entró envuelto en una vieja túnica arrugada y polvorienta.

–¿Has dormido bien? –preguntó, sonriendo, a Val.

Este asintió.

–Eché de menos nuestra meld –se quejó Amarga.

Busch murmuró algo sobre que había otras maneras de compartir los espíritus aparte de mediante las membranas mucosas. Arturo entró y aceptó sus calorías básicas. Hizo una pausa, esperando que Walter o Busch aprobasen su cupo de sabores..., sabores a cuenta del cupo de trabajo.

–¿No te está dando Jo Jo ningún sabor estos días?–se quejó Busch.

–Me temo que no estima mis esfuerzos –dijo Arturo.

Walter hizo una seña al expedidor. Este despachó un sándwich de sabores de vitaminas. Cuando Val se levantó para salir, miró al círculo de caras para despedirse.

–¿Dónde está Jo Jo ahora? –preguntó.

Amarga miró a Val.

–¿No le has visto salir? Cuando me levanté a poner la mesa ya estaba vacío su catre.

Val se encogió de hombros.

–Se ha debido levantar tempranísimo.

Les interrumpió el sonido de un grito que se apagaba... ¡Un saltador!

Busch saltó de su asiento y gateó rápido hacia la espiral. Mirando hacia abajo a la muchedumbre inexpresiva en la base del eje reconoció la túnica de Jo Jo sobre el cuerpo roto.

Busch volvió a la mesa de desayuno y anunció jubiloso:

–Jo Jo está dando una fiesta... ahora mismo –se acercó al expedidor y empezó a pedir platos sabrosos con toda rapidez. Las fuentes se amontonaron.

–¿Ahora mismo? –inquirió Amarga.

Val estaba parado al lado de la puerta sin saber qué hacer. ¿Otra meld?

De repente el expedidor dejó de suministrar a cuenta de Jo Jo. Un sensor en la base del eje había registrado cesación de funciones vitales.

–Jo Jo ha muerto. Su asignación de calorías vuelve a la cuenta general –anunció el clase trece. La ventanilla se cerró pillando una enorme salchicha rica en proteínas.

–¿Lo sabías? –dijo el viejo Walter, sorprendido.

–Robando a los muertos –Val contuvo un grito. Miraron los manjares.

–Claro –dijo Busch–; sólo espero que esa muchedumbre tenga la decencia de no pisarle enseguida. Ha aterrizado bien..., horizontalmente. No tenía ningún fémur en la tripa. El cráneo sólo se había espachurrado un poco. Los saltadores de nuestro nivel generalmente viven un poco más. Un par de horas por lo menos.

Amarga buscó afanosamente entre los alimentos en busca de algunos secos que pudiera cambiar.

–¿Qué clase de amor es éste –racionalizó– que se lleva sus calorías con él? Después de todo éramos su familia. Si quería irse, lo menos que podía haber hecho es dar antes una fiesta.

–Todos podemos hacer uso de unas cuantas libras extra de proteína sabrosa – añadió Arturo, ayudando a seleccionar la comida.

Walter abrió la boca para criticar. Entonces salieron a la superficie sus propios sentimientos.

–Supongo que soy tan culpable como el resto de vosotros –suspiró el viejo Walter–. Jo Jo era un trabajador, y yo contaba con sus sabores cuando me retirara. Ahora nos vemos reducidos a una familia–4.

Amarga miró a Val interrogante. Él sacudió la cabeza.

–Necesitamos otro miembro en nuestra familia–dijo.

Walter recobró la serenidad y empujó a Val hacia la puerta.

–Amarga, tú y Arturo os quedáis aquí y entrevistáis a los solicitantes para reemplazar a Jo Jo. No podremos mantener un sitio de estas dimensiones durante mucho tiempo con sólo cuatro miembros. Val y yo iremos con el muestreador a comprobar en los restos de Jo Jo si hay A.I. o R.M. Tengo que saber por qué se ha muerto.

Arturo habló a la pantalla y volvió diciendo:

–Esta misma noche tendremos a alguien reemplazando a Jo Jo. Los solicitantes ya están de camino.

–Elige a alguno con un buen trabajo –dijo Walter según salía.

Una barredora impaciente esperaba junto al cadáver mientras la muestreadora cargaba ocho tambores de vacío en su revólver. Val y Walter intentaban mantener a la muchedumbre alejada mientras trabajaba.

–Cerebro –dijo el tec, colocando el primer tambor en su sitio y apoyando la aguja del revólver contra el cráneo crepitante. ¡Snap! El revolver saltó. El tambor cobró un color gris rosáceo. Cincuenta gramos de muestra.

–Corazón –dijo, manteniendo el revólver contra el pecho. ¡Snap! Un tambor rojo. Los pulmones, tambor azul. Bilis, tambor violeta. Hígado, tambor marrón. Riñones, tambor gris. Cuando se habían llenado los tambores, los levantó y los colocó sobre el carro. La barredora corrió el cuerpo, fregando y absorbiendo. Al poco rato toda el área estaba completamente limpia..., hasta las manchas de agua rosácea.

El neurolab estaba trece niveles más abajo. Val y Walter miraron cómo el neurotec cargaba el tambor gris en su procesador. El informador óptico proyectó en la pantalla una ampliación de 1.000 X. Aparecieron notas de escombros granulares. Las células del cerebro de Jo Jo empezaron a salir.

–Hemos recogido las muestras de éste muy pronto. Debe haber suficientes neuronas en el espécimen para nuestros tests. Mirad esas células rojas..., los discos bicóncavos. Tienen por lo menos diez micras de diámetro. Los puntos negros son sólo restos del núcleo.

Apareció una gran célula de forma triangular. Tenía muchas motas salpicadas por la membrana celular. A cierta altura apuntó hacia una gruesa fibra de axona que coleaba detrás. El tec centró el óptico en esta gran célula, inundó la cámara de oxígeno y nutrientes e inició el ciclo de prueba.

–Esta neurona parece prometedora –dijo, señalando la pantalla–. No tenemos más que esperar. Las reacciones de anticuerpos y enzimas nos dirán si el cerebro falló por A.I. o por R.M.

En medio del ambiente cargado de oxígeno y glucosa el cociente respiratorio de la célula se elevó lentamente... 0,7... 0,8... 0,9.

–Cuando el C.R. alcance 1.0 podemos buscar agentes bloqueadores en las sinapsis. ¿Ves esas motas? Están sobre las dendritas y representan sinapsis provenientes de otras neuronas. Hay tres sustancias neuroquímicas en el cerebro, según la función de la sinapsis. Naturalmente que hay muchas excepciones, pero la mayoría de las sinapsis acetilcolinas son somatomotrices; las sinapsis adrenalinicas se encuentran sobre todo en los circuitos autonómicos, y las serotoninicas forman parte de lo que venimos llamando mentación, o factores de personalidad. El procesador del SNC buscará primero la integridad de la acetilcolina.

Walter se ajustó su tripa sobre las rodillas para estar más cómodo. Estaba sentado mientras que Val se mantenía de pie. La pantalla se iluminaba sin regularidad.

–Colinesterasa, un enzima que limpia las motas de acetilcolina. Se inunda con un isótopo llamado acetilcolina. ¿Ves cómo lo recogen algunas de las motas? Actividad de más del noventa por ciento. Normal –explicó el tec.

La pantalla se oscureció mientras inundaban la cámara de nuevo. Luego se volvió a repetir el mismo proceso. Esta vez brillaron otras motas cuando inyectaron la sustancia neuroquímica.

–Estas son las sinapsis de adrenalina –explicó el tec–. También aquí la actividad entra dentro de los límites normales. La próxima es la prueba clave... de serotonina. Tanto la R.M. como la A.I. afectan aquí. La recompensa molecular tiene su efecto alterando el metabolismo de la serotonina en la neurona. Crea felicidad molecular... Un cielo mental subjetivo. En A.I. aparece un anticuerpo de restos ectodermales bloqueador. Miradlo.

La pantalla se oscureció con la inyección y luego relució con el líquido isótopo. Brillaron algunas motas. El procesador indicaba bajo grado de la neurona..., sólo funcionaban 24 por 100 de las sinapsis.

–Eso es lo que suele acontecer en los suicidios..., bloqueo de serotonina. Comprobaremos más células para certificarlo, pero me sorprendería mucho que encontráramos nada diferente.

Walter alzó la vista hacia la colorida pantalla donde se estaba formando un cuadro de los resultados. El siguiente paso era el diferencial R.M./A.I. Anticuerpos fluorescentes se emplearon para ver qué estaba bloqueando la serotonina.

–No ha sido I.A. –dijo el tec cuando vio una reacción negativa del anticuerpo.

Los anti-R.M. se pegaron a las motas inactivas, con brillo fluorescente.

–Eso es –dijo el tec–. Tu amigo ha debido pensar que era un pájaro.

–¿Un pájaro? –dijo Val.

–Claro –dijo el neurotec rellenando su informe previo y entregando una copia al desconcertado Walter–. Nos llegan todo tipo de R.M.: pájaros, hongos, y flores. Todos mueren felices.

Mientras se arrastraba hacia fuera del neurolab, Walter miró el informe.

–Jo Jo... convertido en pájaro con R.M. –murmuraba.

Val se encogió de hombros y se acercó a la barandilla. Miró hacia abajo y sintió un escalofrío.

–La base del eje me parece bastante terrorífica. Mi metabolismo de serotonina tendría que estar bastante revuelto para hacerme apetecible un vuelo hacia la base.

Los hombros de Walter colgaban. Deprimido, dijo:

–Supongo que tendríamos que haberle vigilado algo más de cerca para estar seguros de que había descendido del cielo cuando nos fuimos a dormir.

–Mejor R.M. que A.I., por lo menos sabemos que no estábamos en la meld con un psicótico... dejando que entrara un loco en nuestro espíritu colectivo–dijo Val.

–De todos modos, una pérdida gratuita –murmuró el viejo Walter.

Arturo y Amarga vieron al siguiente solicitante–una empleada, Howell–Jolly..., 1/4PDNH.

–¿Sois vosotros la familia desolada..., la despojada? –preguntó 1/4PDNH.

Arturo asintió y la ayudó a descargar su tobillera. La recién llegada era una hembra delgada, recién polarizada con suave piel blanca y pelo castaño claro. Tenía una cintura estrecha y parecía frágil, incluso para una nebish.

–Me llamo 1/4PDNH. Cuarta subcultura de la línea celular páncreas delta del cuerpo original Howell–Jolly. Nora Howell. Mis amigos me llaman Dee Pen.

Arturo notó su tamaño pequeño..., probablemente come poco y ocupa muy poco sitio. Sonrió y miró hacia el pasadizo. Una docena de solicitantes regordetes esperaban su turno apoyados en manos y rodillas en medio del polvo –con sus tobilleras arañando ruidosamente– y las cabezas tropezando contra el techo bajo. Le llegaban los olores fétidos de las zonas donde florecía la flora cutánea entre los pliegues húmedos.

–¿Polarizada? –dijo Arturo–. Deberá ser cálida en la meld.

–¡Oh!, sí –sonrió–. Me han probado para el rubor sexual y miotonía. Mi pulso se puede elevar hasta ciento sesenta en una buena meld –contestó orgullosa.

La hembra Amarga frunció el ceño:

–Pero ¿cuál es tu trabajo?

Dee Pen sonrió coqueta al neutro Arturo y luego se volvió a la hembra Amarga con una expresión más de negocios.

–Todas nosotras de cuerpo Jolly somos asistentes. Pero yo estudié filosofía, así que mi vigor DNA Nora Howell está equilibrado contra el intelectualismo de la Gran ST.

–Estás polarizada –dijo Amarga señalando a un par de senos de tamaño medio.

–El vigor DNA de Nora Howell –explicó Dee Pen–. Pero llevo siempre mi cápsula A.O. subcutánea –señaló una pequeña cicatriz en el antebrazo izquierdo–. No puedo ovular.

Arturo explicó a Amarga que la polarización era necesaria en ciertos puestos de asistentes en que se requería queratinización.

–La polarización te ayuda en el ritmo..., el baile–la lisonjeó.

Amarga no estaba muy convencida.

–Debemos dejar que la vea el resto de la familia antes de decidir.

Arturo se llevó a Amarga a un rincón y susurró:

–¿Quieres otro horno de cien kilos de calorías como el viejo Walter infestando este sitio? –Amarga levantó una ceja. Él continuó sotto voce–: Pues echa una mirada al pasadizo.

Ayudó a Dee Pen a buscar en su tobillera su D.I. mientras Amarga miraba por la puerta. En tanto estudiaba el currículum vitae oyó que Amarga anunciaba que el puesto ya estaba cubierto. Arturo sonrió:

–Haremos que transfieran tu expediente y para la medianoche por la noche tendremos otra vez el estatus de familia–5.

Val y Walter se detuvieron en el Control de Caza para meditar acerca de la tragedia de Jo Jo. El lugar estaba tranquilo. Escudriñador informó que los jardines estaban en calma. Las naves cazadoras reposaban en sus bases abasteciéndose de energía.

–Tenemos los informes ópticos rutinarios del día de hoy de la Cosechadora renegada cerca del monte Tabulum –anunció Escudriñador en tono coloquial. En la pantalla aparecieron las vistas aéreas. Las viñas trepaban por entre las grandes ruedas oscureciendo los esqueletos del suelo.

–¿Algún cambio en su actitud mental? –preguntó Val.

–Hoy no ha respondido –dijo Escudriñador–. Se ha quedado en estado de reposo. No hemos sido capaces de hacerla reaccionar.

–¿Están las placas aún cargadas?

–Suficiente para mantener actividad mental.

Walter escuchó en silencio, luego preguntó:

–¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿Dijo algo de volver a trabajar con nosotros?

Escudriñador contestó disculpándose:

–Dijo que prefería morir que convertirse otra vez en esclava.

Val frunció el ceño:

–Ese maldito circuito genial WIC/RAC. ¿Qué ha podido hacer un ojo–de–gamo para intimidar a una mecano hasta hacerla abandonar su casquillo de energía? El fin de la energía es sólo cuestión de tiempo ahora.

Walter se mostraba algo más comprensivo hacia la díscola mec.

–Quizá “inducción” sea un término más adecuado. Un ojo–de–gamo inteligente puede haberle ofrecido algo.

–¿Ofrecerle qué? –preguntó Val con sarcasmo–. ¿Qué puedes ofrecerle a una mecano cuando quieres que desobedezca una primera ordenanza?

Walter se encogió de hombros. Libertad..., pensó. Pero ¿libertad para hacer qué?

–Si salgo yo ahí fuera –amenazó Val–, la cargaré y la pongo en marcha otra vez. Más cuenta le trae volver para examinarle el WIC/RAC.

–¿Tú?

–Yo sé cómo manejarla –gruñó Val–. Además, ¿quién más podría hacerlo? Tenemos demasiados pocos tinkers. Todo lo que tengo que hacer es entrar en su cuello mientras está descansando en reposo. Desenganchar la membrana del motor, cargarla y despertarla por control remoto. Si accede a venir, bien. Le daré energía suficiente para el viaje. Si se resiste, le desconectaré también la membrana del motor, ya la traeré por control remoto. De ese modo perderemos su personalidad, pero por lo menos recuperaremos el chasis. Algo habremos salvado. La Gran ST no puede permitirse el lujo de perder la mecano entera.

–¿Vas a intentar traerla por control remoto?–preguntó Walter sorprendido–. Eso es muy peligroso, y te va a dar muchísimo trabajo. Esas mecos son grandes y muy fuertes. Sin sus propios reflejos protectivos se le pueden desencajar los músculos, o aplastar las cosechas, o...

–O aplastarme a mi –dijo Val–. Supongo que llevará días por control remoto librándola de los árboles, de los canales y de los tubos de ventilación. Pero tenemos que intentarlo. No podemos dejarla Fuera como un monumento al fracaso de la Gran ST.

«O un símbolo de libertad...», pensó Walter, sonriendo.

5. MOSES Y LA OJO-DE-VACA

Moses Eppendorff estaba sentado al borde de un sendero rocoso acariciando a Dan. Luna y Palillo treparon a un pasadizo estrecho para intercambiar señales con una joven ojo-de-vaca –pubertad menos uno– que estaba sentada haciendo guardia en la ladera con una gran lanza. Un poco más arriba, al pie de la montaña, vieron un enclave del tamaño de una familia: un par de adultos jóvenes emparejados, una hembra de avanzada edad, con el pelo blanco, y tres criaturas más.

No consiguieron entablar comunicación.

Luna volvió diciendo:

–Palillo no entiende bien su dialecto. Mejor será que nos vayamos alejando antes de que haya un malentendido.

Moses se daba cuenta de que la gente-de-ojos variaba en sus costumbres y lenguaje. Pero una cosa era uniforme: su tecnología era la de la Edad de Piedra. Los sensores de la Colmena podían detectar metales a una distancia mucho mayor que la que alcanzaba sólo a los cuerpos calientes. Cualquier familia que avanzara y trabajase con metales se vería perseguida por los cazadores hasta la extinción.

El viejo Luna condujo al joven Eppendorff hacia un canal y le enseñó cómo forrajearlo. Cada canal salía a la superficie cerca de una ciudad como aguas de desagüe: muy nutritivas, pero pobres en microflora. Según avanzaba maduraba. La cadena alimenticia empezaba con algas y crustáceos diminutos. Cuando estaban completamente maduras se convertían en espesas plantas acuáticas, grandes moluscos, y los cetáceos. Los peces vertebrados y los crustáceos microscópicos se habían extinguido totalmente. El viejo Luna se sumergió en las aguas verdosas y exploró el fondo. Saliendo a la superficie, lanzó fuera un enorme molusco con un pie blanco que se retorció. Moses entró en el agua con cuidado... explorando el fango del fondo con la punta de los pies.

Al poco tiempo estaban sentados en el banco, masticando conchas. Un voluminoso robot atravesó el canal en silencio: un irrigador. Moses señaló los captosres ópticos del robot.

–¿No tenemos que tener cuidado de esa cosa informe que nos ha visto? – preguntó.

–Palillo dice que es sólo una clase once. Comprueba la humedad de la tierra y la riega. No tiene circuitos para detectar ojos-de-gamo.

–Pero tenemos que estar alertas a los clase diez–intervino Palillo–. Todo lo que pueda moverse sin un camino prefijado tiene generalmente suficiente cerebro como para detectarnos. Cosechadoras, labradoras, detectores de metal, ese tipo de cosas.

Moses siguió musitando meditabundo. La carne blanca del molusco tenía una clara consistencia crujiente. Le daba la sensación de estar lleno, bien alimentado..., cantidades de ricos aminoácidos.

El agua se agitaba ruidosamente delante de él.

Miró. Salió a la superficie una cabeza humanoide grande y fea, le miró y se sumergió bajo agua de nuevo.

–Si emerge otra vez dale un trozo de carne –dijo Luna.

Moses alimentó a la criatura y recibió un ladrido de agradecimiento. Al poco rato se acercaron a la curva del canal un grupo ruidoso de mamíferos gordos chapoteando en el agua. Moses sonrió. Dan les ladraba.

–Parecen casi humanos –dijo Moses.

Luna asintió con la cabeza. Dan corría a lo largo de la vera del canal, excitado. Finalmente saltó al agua y empezó a jugar con la criatura más cercana. Apareció una cabeza diminuta, del tamaño de dos puños, guiñando los ojos..., y volvió a sumergirse.

–Ese parecía muy humano –exclamó Moses.

Lo volvió a ver –un niño humano montado sobre el lomo de un mamífero no humano–. Antes de poder hacer ningún comentario sobre la aritmética genética, la madre –una hembra humana, pubertad–mas cuatro–, abandonó el agua y se acercó. Su pelo mojado colgaba en greñas empapadas. Restos de lodo verde le coronaban el cuello y la barbilla. Brillaban unos ojos oscuros, abultados. En la mano derecha llevaba un hacha de madera.

–Hacia atrás –gritó Palillo–, detecto un corpus luteum dorado.

Luna se puso enseguida de pie y retrocedió apartándose del canal, cogiendo a Palillo. Moses le siguió. Ella hizo una pausa para mirar cómo Dan salía del canal, se sacudía y corría detrás de sus humanos. Luego se sumergió de nuevo en silencio y atravesó el canal por debajo de la superficie. Moses se sintió un poco mal cuando se dio cuenta de que nadar por debajo de la superficie era probablemente un reflejo defensivo contra las flechas de los cazadores.

–Era una ojo–de–vaca –explicó Luna– Son peligrosas en las fases lúteas. Palillo, observa sus dibujos infrarrojos de la piel. El suyo era lúteo o macho. Eso quería decir que ya había ovulado y que ya no necesitaba emparejarse. En un par de semanas se haría de nuevo amistosa una vez tensos los folículos. Los dibujos de su piel indicarían entonces hembra y estará en busca de una pareja. Todos los lechos capitales del costado derecho estarán entonces repletos de sangre, que se calienta y transforma su esquema I.R.; muy hembra.

Moses pensó que Luna estaba empezando a sonar como Willie el Simple. ¿Se conocerían? Luna no lo creía. La gran laguna sumidero Ojo–de–Vaca estaba muy lejos en el País Rojo–Manzana... doscientas millas al este. Si Willie tenía recuerdos de aquel lugar, Luna no podía haberlo conocido antes.

Control de Caza seguía la cautelosa aproximación de Val a la Cosechadora renegada. Gruesas viñas cubrían casi toda la mec. Val cogió su cajetín de herramientas y se encaramó en el chasis. Su casco y el grueso traje hermético le dificultaban los movimientos.

–¿Puedes levantar la tapa de polvo? –le preguntó el viejo Walter a través del comunicador de pulsera.

Val se debatía entre el follaje.

–Ahí está. Los indicadores están todos grises. Se halla todavía en reposo. Desconectaré el cable del motor central como medida de seguridad. Eso es.

La nave de caza volaba por encima y lanzó un cable grueso. Val lo conectó con la base del cerebro de la Cosechadora.

–Despiértala.

La nave de caza dio un tirón de la Cosechadora. Los indicadores brillaron.

–¿Por qué llamas? –preguntó la mec.

–He venido para llevarte de vuelta al garaje.

–No.

–Estás paralizada. Tu célula de energía está vacía. O vienes por tus propios medios o empleo el control remoto.

La gran máquina se debatía con sus pequeñas fibras motoras del cráneo moviendo los ópticos y flexionando las membranas linguales. Debajo del cuello... no se movía nada.

–Si me haces volver con control remoto puedes perjudicar mis circuitos.

–Es verdad.

–Recarga mi célula de energía. Iré con mis propios medios.

Val descendió después de conectar de nuevo el cable del motor central.

–Dame una carga pequeña, como de un décimo de cloadon.

La nave de caza lanzó la carga por el cable.

Val retrocedió y gritó:

–A ver si te puedes librar sola de esa vegetación. Despacio.

Las grandes ruedas giraron arrojando segmentos de viña y fragmentos de hueso esponjoso. Al lado de Val cayó un montón de costillas. Uno de los operarios nebish muerto en los intentos de salvamento.

Val entró en su nave cazadora y se quitó el casco en el frescor reconfortante de la cabina.

–Bueno, te esperamos en el garaje –le dijo a la Cosechadora.

Val penetró en el Control de Caza y colocó el casco Pelger–Huet sobre su tablero de mandos. El viejo Walter alzó la vista desde su pantalla..., tenía una arruga de preocupación en la frente.

–La Cosechadora no ha vuelto al garaje. Otra vez ha desertado.

–¿Qué? –exclamó Val–. Pero si me prometió que venía si le volvía a cargar la célula de energía. Las mecs no mienten.

Abrieron un canal hacia la Cosechadora que huía..., vieron a través de sus ópticos la ladera de una montaña rocosa.

–¿Por qué no has cumplido con tu palabra?–preguntó Val cortante.

–Estaba débil y paralizada cuando accedí –dijo la Cosechadora–. No mentí. Ahora he vuelto a considerar el asunto a la vista de mi fuerza. Quiero ser libre. Preferiría morir que ser otra vez una esclava de la Colmena.

Walter encogió sus hombros regordetes.

–Supongo que podríamos enviar una orden auto–destructora con un lanzarrayos, pero con eso no íbamos a lograr nada. Sería una pérdida. Me gustaría estudiar su WIC/RAC para ver por qué se ha hecho renegada.

Val asintió... Estaba de acuerdo con este enfoque analítico.

–Pero ¿cómo vamos a estudiar una cosa que no se está quieta?

La Cosechadora interrumpió las comunicaciones. Walter intentó establecer contacto de nuevo..., en vano. Val pidió consejo a la mecano Escudriñadora del C.C.

–Si conecto con los neurocircuitos de la Cosechadora por medio de rayos destruiré la poca personalidad que tiene. Hay un robot que comprueba los cerebros de las mecs con campos muy ligeros... sin dañarlas. Se llama Tapper –dijo Escudriñador.

Tapper llegó. Parecía un barril de veinte galones con cuatro patas y una cara. Sus cuatro piernas regordetas le movían de un lado a otro como a un cerdo gordo. En un extremo tenía una antena con forma de V, dos ojos que giraban y una mueca de sonrisa. Val sacó a Doberman III. Escudriñador le guió hacia el lugar en que cuatro naves cazadoras habían atrapado a Cosechadora. Tapper tocó el suelo al lado del asiento de control de Val.

–Ha subido por la ladera de la montaña, intentando llegar a monte Tabulum –dijo Val.

Tapper se acomodó en el otro asiento de control y miró hacia fuera.

El viejo Walter llamó por el comunicador de pulsera:

–Tengo el rayo autodestructor fijado a la Cosechadora. La C.U. ha dado permiso para destruirla si pone a alguien en peligro.

–Muy bien –dijo Val–. Transmíteselo a la renegada. Quiero que coopere al menos el tiempo suficiente de comprobar su memoria. Tapper necesitará algunos minutos de contacto directo.

La nave cazadora formó un círculo de sesenta metros de diámetro alrededor de la Cosechadora. Les avisaron que no se acercase más. La célula de energía de la Cosechadora llevaba una décima de cleson..., lo suficiente para abrir un cráter de treinta pies en la tierra.

La Cosechadora, impaciente, trepaba más alto por la estrecha loma. Una rueda giró en el vacío. Se derrumbaron algunas rocas. Ahora colgaban dos ruedas sobre un precipicio de sesenta pies. El cuerpo de la mec se apoyaba sobre la roca. Dos de las naves cazadoras se elevaron y volaron hacia una loma más alta para rodear la presa.

Doberman III aterrizó sobre la loma cerca de la curva.

–No te aproximes más –gritó la Cosechadora–. Prefiero morir que ser una esclava.

–Ya lo sabemos –la tranquilizó Val–. No me voy a acercar más, te voy a enviar una mec diminuta para que razone contigo.

–No servirá de nada –gruñó la renegada.

Tapper se dejó caer despacio desde la compuerta y avanzó por la estrecha loma. Sus pequeñas piernas apenas podían levantar el cuerpo abarrilado en las zonas más abruptas. Val esperaba... hablando en tono amistoso con la Cosechadora.

–¿No harías daño a un ser humano a propósito, no?

–Claro que no, pero he modificado el campo de mi célula de energía. Normalmente está dirigida hacia abajo, pero ahora la tengo dirigida hacia ti. Si me destruyes... toda la fuerza se dirigirá hacia ti.

–¿Puede hacer eso? –susurró Val por el comunicador de pulsera–. ¿Y qué pasa con la primera ordenanza?

Walter consultó con la gente del psicociber. Le aseguraron que la mec podía orientar el campo de su célula y que si te informaba de su dirección... estarías cometiendo suicidio si apretabas el botón rojo. Te harías daño. La mec sería inocente.

–Pero ¿y la primera ordenanza?

–El circuito genio WIC/RAC puede funcionar con una lógica muy rara cuando se estropea –dijo Walter–. No te arriesgues.

Val se volvió hacia Tapper:

–¿Qué tal va eso?

–He llegado bien –dijo el pequeño barril–, pero no consigo ver nada. La Cosechadora se va borrando a medida que acerco mi campo. Si sigo así mucho tiempo acabaré sentado sobre una caja cerebral completamente vacía.

Val pensó por un momento. Tapper era el probador de mecs de más alto nivel. Si la memoria de la Cosechadora había creado mecanismos de seguridad que la borraban cuando se la tocaba... no había nada que hacer.

–Sigue. Acaba tu investigación. Si no conseguimos sacar nada, al menos tendremos una mec cooperadora en nuestras manos –le animó Val.

Tapper continuó su vano intento sin muchas ganas. No salía nada. Todos los recuerdos eran magnéticos, lábiles. Con los dispositivos de seguridad en marcha su búsqueda sólo conseguía borrar.

–Los bancos de la Cosechadora están limpios. No hemos conseguido nada.

–Entonces ordénale que salga de ahí –ordenó Val.

Nada.

–¿Ahora qué pasa? –preguntó Val.

–Lo de siempre. Prefiere morir –murmuró Tapper.

–¿De dónde viene eso?

–Debe estar almacenado en la almendra... el archivo de personalidad sólida... comparable al núcleo amigdaloides humano. Generalmente contienen recuerdos nostálgicos de épocas de impresión tempranas. Alguien le ha añadido últimamente esta fiebre de libertad.

–¿Puedes entrar en un núcleo amigda..., en su almendra, y ver quién ha estado tocándolo?

–Quizá –dijo Tapper–. Es un método de almacenamiento mecánico que emplea moléculas..., como las moléculas permanentes de la memoria humana. No creo que las pueda borrar.

Val observó cómo se desgajaban las viejas impresiones de la almendra. Ahí estaba el premio héroe Donald Thomas por el trabajo bien realizado... para motivación. Las órdenes primarias, perfil de identidad y la geografía básica de la tierra. Toda ella información muy antigua. De repente empezó la secuencia autodestructora. 8... 7...

–¡Corre! –gritó Tapper deslizándose rápidamente por una grieta profunda.

6... 5... 4...

–¿Qué ha pasado? –gritaron juntos Val y Walter.

3... 2... 1...

La ladera de la montaña tembló con la fuerza del estallido. Un cráter de treinta pies marcaba la loma en la que había estado la mecano renegada. Cayó una lluvia de rocas y escombros sobre la nave cazadora.

–¿Quién ha puesto en movimiento la secuencia?–gritó Walter, oscureciéndosele la cara.

–Me temo que la ha desencadenado mi tanteo–dijo Tapper desde su grieta–. He debido desencadenar algún tipo de reflejo de seguridad de la almendra.

–Espérame, Tapper. Ahora voy a rescatarte.

Val se colocó de nuevo el casco y se acercó con una pala al montón de rocas que marcaban el borde de la zona de explosión. Tapper estaba sólo ligeramente abollado.

Walter los encontró en el garaje del C.C. Conectaron el cable de sondeo de Tapper a la pantalla. El playback de los recuerdos de la almendra no mostraba nada que tuviera sentido.

–Y esto es lo último que vi antes de la cuenta atrás destructora –dijo Tapper.

La imagen de la pantalla les intrigaba. Un anciano ojo–de–gamo sostenía una bola de cristal. La imagen desapareció, pero se oyeron algunas palabras por el audio...

Val miró con el ceño fruncido:

–¡Mirad esas túnicas moradas! ¿Qué es esto..., un mago?

Walter le hizo callar:

–Seguramente. A ver si oímos qué dice. Tapper, ¿puedes conectar el audio de nuevo?

La voz del mago era demasiado teatral para ser real:

–En el nombre de..., te ordeno que me sigas.

–¿En el nombre de quién? –preguntó Walter.

–No le veo ningún sentido –dijo Tapper–. ¿Una deidad?

–¿Qué es exactamente lo que dijo el mago?–preguntó Val irritado.

–No se han grabado las palabras exactas –explicó con los propios símbolos memorísticos de la cosechadora. –El símbolo del espacio en blanco no tiene traducción.

–¡Ah, muy bien! –rugió Val–. de modo que hemos tenido en nuestras manos una mec asesina y ahora resulta que no sabemos en nombre de quién estaba asesinando.

–¿Tinker? –sugirió Walter–. Es muy hábil con los cerebros de las mecs y no le importó mucho que le siguiéramos el rastro cuando huyó con su familia. Puede ser que haya acondicionado la mec para atrasarnos..., como los tres cadáveres que encontramos en su camino. Para retrasar su búsqueda.

Val pensó durante un minuto.

–No sería una mala idea, si no fuera por un pequeño detalle.

–¿Cuál?

–Esa mec estaba ahí fuera mandando rayos antes de que Tinker abandonara siquiera el C.C. Yo le llevé en el crucero de inspección, ¿te acuerdas?

Walter frunció el ceño.

–¿Qué más tienes, Tapper?

La pequeña mec con forma de barril giró torpemente hasta estar frente a Walter.

–Nada, señor. Eso es todo lo que pude obtener...La cuenta atrás empezó inmediatamente después.

Un callejón sin salida. Val se encogió de hombros:

–Bueno, quienquiera que sea el responsable de esa mec renegada se ha quedado con bien poco..., un cráter en la base del monte Tabulum.

Dag Foringer depositó el arco y se quitó los guantes. Los potentes focos de encima le habían puesto la frente rosa. Le hubiera gustado contar con un par de días más en la arquería para afilar su arma..., pero mañana era la caza.

Más tarde, medio cegado por la nieve, andaba a tientas por la oficina del Control de Caza.

–¿Practicando otra vez sin el casco, Dag? –le reprendió Val.

–Lo siento, señor..., pero es más cómodo.

–Inténtalo Fuera y eres hombre muerto. Los actinics te pelarán. Bueno, Ave Can IV será tu nave. Mañana a estas horas estarás apuntando a algo mucho más peligroso que los blancos acolchonados. ¿Funciona tu consola?

Dag se tocó el bulto del tamaño de un pulgar pegado en un lado del cuello.

–Sí, señor.

–Muy bien –dijo Val–. Veo que el equipo psic te ha dado una puntuación alta. Eso quiere decir que tu hipocondicionamiento ha ido bien, ¿no?

–Voy a perseguir sabandijas en los jardines, eso es todo –asintió Dag–. Con el traje y las drogas no habrá ningún peligro. Estoy impaciente por empezar.

Val sonrió. Dag estaba programado para categoría nueve... Logro sin tacto. Era una categoría con la que siempre resultaba fácil trabajar... Gran entusiasmo.

–Siéntate, Dag. Walter y yo queremos mostrarte algunas cintas de entrenamiento.

El mapa mural se apagó y en su lugar apareció una vista más amplia del sector Jay. Las apariciones de ojos–de–gamo estaban marcadas con líneas y puntos.

–Hoy están cosechando la zona de tu caza. Doscientas millas de largo y unas cinco millas de ancho. Una elevación media de mil quinientos pies. Apariciones de ojos–de–gamo: ocho la semana pasada. Desde entonces, ninguna –la escena desapareció y aparecieron imágenes animadas de una nave cazadora. La nave se elevaba en una nube de polvo y hojas–. Aquí está tu nave –Ave Can IV–, los ojos son débiles pero es una nave fiel... Buena rastreadora. De confianza. Siéntate quieto después de tu R.M. y volverá a recogerte.

Val hizo una pausa para aclararse la garganta.

Walter retomó el monólogo:

–Siguieron la pista de un cazador con buena fortuna a través de su persecución de tres días hasta darle muerte. Fíjate cómo la presa se puede volver contra ti cuando está herida. No te confíes nunca en estos individuos. Ahí hay algunas fotos del trofeo.

La pantalla cambió de acción a planos fijos.

–Estos son algunos de los artefactos que hemos encontrado en campamentos de ojos–de–gamo. Los huesos son de cetáceos y de humanos. Esos ojos–de–gamo se comen cualquier tipo de carne..., hasta la tuya si no te andas con cuidado. Esos objetos son armas: lanzas ligeras y pesadas, cuchillos de madera, hachas con punta de piedra. Si no contienen metales no los podemos detectar.

Dag seguía mirando... Por sus venas le corría confianza molecular.

–Estas son fotos de sus esfuerzos en cerámica y textiles... ; unas técnicas muy básicas..., primitivas. Ni siquiera el idioma tiene un patrón fijo.

Las cintas se acabaron.

–¿Preguntas? –inquirió Val.

–No.

–Bueno, pues acércate al garaje y saluda a Ave Can IV –dijo Walter–. Serás el capitán de esta caza

Dag se levantó y empezó a salir–. Por cierto –preguntó Walter–, ¿cómo has conseguido esta caza?

Dag Foringer sonrió confiado.

–Liquidifiqué un canal subterráneo y lo dirigí hacia los sintetizadores de proteínas. Se han ahorrado miles de horas de hombres. La fuga de Naranja se desplazó veintitrés pies y penetró en una de las líneas laterales del suburbano S.O. Se perdieron más de un millón de ciudadanos. Yo estaba dirigiendo el tráfico en ese turno. En poco tiempo podía haberse producido una pérdida importante. Pero yo esperé hasta que las proyecciones de vida se corrieron tres decimales y liquidifiqué. Las proyecciones son cálculos precisos de cuántos se pueden salvar..., así que confiando en esa cifra no tuve que esperar hasta que expirara cada uno de los ciudadanos. Como no había modo alguno de sacarlos vivos, simplemente los convertí inmediatamente en tortitas de carne. Ahorré mucho tiempo a todo el mundo.

–Muy eficiente –asintió Val–. Te mereces algo más que una caza.

Dag sonrió:

–He ganado un aumento de tres au–grams también. Parecía tan lógico que me sorprende que nadie hubiese pensado antes en ello.

–¡Oh!, seguro que ya se ha pensado en ello –dijo Val–. Cualquiera que se haya pasado el turno entero buscando entre miles de cuerpos muertos en busca de alguno vivo ha tenido que pensar en ello.

–Pero requiere eficacia e imaginación hacerlo –dijo el viejo Walter–. Además, arrojarlos a los sintetizadores en lugar de los fermentadores ha ahorrado también muchas calorías..., ha reducido la cadena alimenticia.

–Eran buenas proteínas –dijo Dag.

–No lo dudo.

Esa noche Palillo aconsejó a Luna y a Moses que durmieran en un árbol. Corrieron varias millas hacia un huerto dulce. La tierra estaba cubierta por un mar de agriespuma de varios pies de profundidad –espuma que llevaba nutrientes y auxinas para ayudar a la maduración de los granos–. La espuma de esta noche tenía un interés particular a causa de la dosis añadida de hormonas de insectos. Diseñada para desencadenar la metamorfosis prematura de los insectos, Palillo prefería no ver a sus cargadores humanos expuestos a ella. Una exposición prolongada podía dañar sus propios equilibrios endocrinos. Las moléculas eran suficientemente parecidas.

Al amanecer estaban desayunando alimentos dulces: naranjas, frutos del tamaño de un puño.

–¡Cazadores! –avisó Palillo.

Saltaron del árbol y se agazaparon dentro de un canalillo de drenaje. Dan se les unió arrastrándose también. Luna giró sobre su espalda y levantó a Palillo lo más que pudo.

–Manténte por debajo del nivel de tierra hasta que estemos seguros de dónde están –le advirtió el viejo Luna.

Moses se helaba nervioso. Oyó un rugido algo más abajo en el canalillo. Algo se movía en su dirección.

Palillo escudriñó.

–Ahí está... Una nave cazadora. Debe ser una caza, por la forma en que están rodeando esa montaña... a unas tres millas de distancia.

Moses seguía inmóvil. El ruido se aproximaba. Algo le tocó en la pierna. Miró hacia arriba y vio un par de ojos que le miraban..., los ojos de una ojo–de–vaca.

–Han arrojado algo –anunció Palillo– La nave se ha posado sobre la cumbre del monte durante un momento y ahora se está elevando a más altura. Probablemente han bajado a uno de los cazadores.

Cuando la nave desapareció sobre una loma a lo lejos, Luna y Dan gatearon hasta el borde del canalillo para mirar.

–¡Eh!, ¡silencio! –susurró Luna.

–Lo siento –murmuró Moses conteniendo la respiración.

Pasaron algunos minutos.

–Ahí va –dijo Luna señalando el valle.

Una figura desnuda que corría ligera salió hacia la zona abierta y se dirigió hacia el canalillo.

–Ya lo creo que es un ojo–de–gamo..., y seguro que algo lo está persiguiendo –dijo Palillo.

La presa desnuda pasó delante de ellos a una media milla de distancia y se volvió hacia el canal. Cuando lo alcanzó corrió ligero a lo largo de la vera, aparentemente sin prisa. Entonces llegó el cazador...con traje nuevo de camuflaje verde y marrón, casco, y arco. Era gordo y resoplaba con estruendo. De repente se paró, respiró hondo, descansó unos segundos y siguió corriendo ligero.

–Anfetamina –dijo Luna–. Le espera una buena a ese ojo–de–gamo –Luna volvió a caer dentro del canalillo, explicando–: Ese cazador estará despierto y rastreando durante tres o cuatro días... con anfetamina. Tendrá el cuerpo prácticamente hecho pedazos con el esfuerzo, pero las drogas lo ocultarán. Ese ojo–de–gamo parece joven..., puede que no le haya educado uno de los ancianos..., quizá no sea capaz de quitarse de encima el detector del cazador. Si es así, dentro de un par de días se va a ver en gran peligro..., sobre todo si le alcanza una flecha. Me gustaría... ¡Eh!, ahí atrás hay una ojo–de–vaca.

Palillo intervino:

–No pasa nada. Está en la fase folicular.

Moses se desembarazó en parte de sus piernas y brazos.

–Lo sé... –dijo ella adormilada.

Tenía un dialecto poco claro, pero era fácil entender sus motivaciones. Tenía un óvulo esperando en un folículo tenso y había seleccionado al joven Moses para que lo fertilizara. Su cuerpo lleno de estrógenos respondía a la presencia de Moses..., un macho sexualmente maduro. El tejido eréctil análogo de su séptum nasal se hinchó. Estornudó y la hinchazón retrocedió hasta sus órbitas dándole una apariencia adormilada, de párpados pesados. Los lechos capilares se hundieron, produciéndole una irritación maculopapular sobre el tronco. Mantenía una mano sobre el muslo de Moses y los labios apretados contra el hombro mientras Luna y Palillo intentaban hacerse con la situación.

Moses estaba también algo aprehensivo. Aparentemente una copulación no la había satisfecho. Lo que quería no era desahogo orgásmico..., quería que la fertilizaran. Y Moses no se iba a poder mover hasta no librarse del corpus lúteum dorado.

La estudió... físicamente. La mano que le agarraba el muslo era fuerte. Seguramente era una fracción de pulgada más alta que él..., pero era difícil juzgar con su abultada mata de pelo. El bajo vientre estaba marcado con las rayas de al menos un embarazo anterior. Por encima de las cicatrices llevaba un cinturón de cuerda y el feo cuchillo de madera, y encima de eso había un par de pechos... hinchados y veteados. Sólo sus huesos y musculatura le intimidaban..., era un recién salido de la Colmena. Su propio cuerpo no disponía del calcio ni del colágeno suficiente para hacerle frente si despertaba su ira.

Su aprehensión se derritió cuando le condujo a su nido..., un agujero excavado en el margen del canal. Estaba forrado con hojas y dentro había una niña hembra de dos años durmiendo. Ella les ofreció carne de moluscos. Guiñando los ojos y sonriendo, se zambulló en el canal a por más. El viejo Luna sonreía y jugó con la niña cuando se despertó. La madre llamó a Moses desde el agua y recogieron más comida para la noche.

Respetando su intervalo alimenticio, la ojo-de-vaca se restregó repetidas veces contra Moses en el agua..., copulando por fin en los juncos del otro lado del canal.

Esa noche, cuando la luna creciente se empezó a reflejar en el canal, Palillo, Luna y Dan se tumbaron a dormir a una distancia prudencial del nido. Privacidad, un lujo tan poco frecuente como el amor, puesto que ambos desaparecen cuando los amontonamientos de gente destruyen el sentido de la señales sexuales.

Moses se acurrucó con ella en el nido. Ella se pasó la noche alternando entre dormir y darle placer a él.

Al amanecer Moses estaba eufórico: Luna le encontró zambulléndose en busca del desayuno. El montón de moluscos estaba alcanzando el tamaño de un banquete.

–Será mejor que dejes una zona para que se reproduzcan –dijo Luna bromeando.

Era obvio que Moses se había imprimido sexualmente en la joven ojo-de-vaca. Sería doloroso cuando llegara la fase luteal y se separaran. Los recientes ajustes evolutivos habían favorecido a las hembras que se emparejaban por poco tiempo y viajaban solas. Los grupos de familias atraían a los cazadores. Después de la fertilización, la presencia de un macho era un riesgo sin sentido.

–Yo me quedaré –les explicó Moses a Luna y a Palillo.

Ella iba y venía solícita sirviendo a los hombres y alimentando a su criatura.

–Ya lo sé –dijo Luna simplemente–. Nosotros seguiremos camino. Acuérdate de mantenerte por debajo del perfil del margen. No querrás atraer a los cazadores con una criatura de dos años. ¿Ves esa cordillera, como a diez millas? Palillo me dice que del otro lado hay abundantes cobertizos. Seguramente descansaremos allí durante un par de semanas. Si cambias de opinión... estaremos allí.

–Yo me quedo.

Moses puso el brazo alrededor de la pequeña ojo-de-vaca y la besó brevemente.

Diez días más tarde alcanzó a Luna y a Dan en medio del campo. Dan movió el rabo tres veces.

–Ha cambiado –dijo Moses perplejo.

Luna asintió. No hacía falta hacer comentarios. Ya le había explicado antes el ciclo hormonal.

–Estaba tan enamorada. Tan tierna. Tan suave...; su boca, sus dedos... tan suaves.

Moses se acordaba de las frases de Willie el Simple sobre la cosa más bella del mundo. También para él debía haber sido esto.: amor.

–Pero si no era amor –se quejó Moses–. Simplemente hormonas.

–No digas... simplemente hormonas, hombre. Ese ha sido el mejor tipo de amor..., emoción básica. Quería tener tu hijo con cada molécula de su cuerpo. Y así es. No puedes sentarte y razonar sobre este tipo de amor.

–Pero ¿por qué no podía dejar que me quedara con ella? Podía ayudar a alimentarla a ella y a los niños..., protegerlos..., ayudarla en el parto...

El viejo Luna se encogió de hombros.

–Quizá hubieras podido... un día. Pero ahora no. La Gran ST no tiene sitio para unidades familiares. Vivir solo es una adaptación contra los cazadores... necesaria para sobrevivir. Intenta olvidarla... por ahora.

El gordo Walter estaba sentado en el garaje, solo...; los pliegues de su tripa y el tejido flácido adiposo colgaban del banco. Ave Can IV estaba entrando. Observó en la pantalla cómo se acercaba..., preocupándose por la facilidad y ligereza con que maniobraba la nave –casi sin esfuerzo–, como si llevara una carga ligerísima. Cuando se posó, Walter se acercó pisando el polvo y abrió la compuerta manchada de clorofila. Dag estaba solo... más delgado y con las pupilas bien abiertas. Faltaba su casco, y la piel del rostro estaba roja y con ampollas. Se levantó del asiento con dificultad y se abalanzó con las piernas tiasas hacia la parte de atrás de la cabina. Recogió su trofeo y sonrió débilmente.

–¡He conseguido uno! Una vieja hembra sin dientes. Estaba siguiendo el rastro de un buen gamo joven. Le atravesé con una flecha, pero seguía corriendo...; le he seguido durante más de dos días. Entonces ésta empezó a acecharme, y bastante peligrosa..., pues tenía un cuchillo de madera con una pinta horrible. Y esto lo puedes añadir a tus archivos para las clases. Cuando por fin pude librarme de ella había perdido el rastro del gamo –alargó una mano adentro de la nave– Llevaba estas cuentas. Es extraño, pero creo que vi una cuerda parecida en el joven..., la misma tribu o clan, supongo. Te traigo también algunas buenas grabaciones ópticas.

Dag Foringer recogió sus instrumentos y empezó a alejarse.

–¿Te quitaste el casco? –dijo Walter.

Dan se tocó las ampollas riendo nervioso... y asintiendo pícaramente.

–Será mejor que el equipo blanco las vea antes de irte.

Walter vio cómo se alejaba. Ni mención del resto de los cazadores que habían salido con él. En el interior de la nave no había ninguna clave..., en los rincones había sólo las porquerías habituales.

–¿No tienes idea de dónde están los otros cazadores? –preguntó.

Ave Can IV volvió una catarata óptica hacia el jefe del C.C. y contestó con voz quebrada:

–Anótalos como siguiendo huellas de ojos–de–gamo. Procedimiento rutinario. He cubierto mil cien millas. Ninguna señal. Todos sus señalizadores están silenciosos.

Walter se preguntaría..., pero Luna y Moses sabían.

Era fácil olvidar en el país de las ojos–de–vaca. Otras fases foliculares atravesaron por su camino y retrasaron el viaje. Los aromas cambiaban con la latitud. Los cazadores venían y se iban –gozando de cuando en cuando de su recompensa molecular–, y de vez en cuando siendo ellos mismos los cazados. Cuando llegó el invierno Moses llevaba recorridas más de mil millas con el viejo Luna, Dan y Palillo. Moses sentía que el cuerpo se le endurecía, la piel se oscurecía, las plantas espesaban; aguantaba más, era más fuerte. Palillo le enviaba á menudo a trepar árboles o cruzar canales. Ahora trabajaban como una unidad, sobreviviendo.

–¡Cosechadoras! –avisó Palillo.

Habían hecho una pausa al borde de un ancho cinturón de tierra sintética húmeda, recién movida. Las cosechadoras robot se movían a lo largo del otro lado, devorando granos enteros, con sus hojas y tallos. La línea de cosechadoras parecía infinita..., elevándose por un horizonte y desapareciendo por debajo del otro. Al atardecer el

cinturón tenía más de diez millas de ancho. Según se mojaban los granos con el rocío, los robots se iban parando... a pasar la noche.

Luna salió bajo las estrellas... tocando la tierra con la punta del pie.

–Será mejor que crucemos ahora –decidió–. Dar la vuelta desde luego que no podemos. Si esperamos que planten este cinturón y crezca el grano estaremos demasiado tiempo en campo abierto.

El grano les ofrecía poco cobertizo.

La marcha por la tierra blanda fue lenta. Varias horas más tarde el grupo pasaba entre la línea de cosechadoras. Moses miró hacia arriba a los grandes ópticos.

–¿No nos cogerán los detectores de ojos–de–gamo?

–Sólo informan cuando lo tienen ordenado –le recordó el viejo Luna–. Además Palillo está escuchando en su longitud de onda normal. Sabremos con tiempo suficiente si están preparándonos una caza.

Cuando llegaron a suelo más firme empezaron a saltar a través del grano que aún estaba sin cortar, los pies se resbalaban y las hojas se les metían entre los dedos. Las estrellas y un cuarto de disco lunar les alumbraban suficientemente. El escenario parecía bastante tranquilo... hasta que...

– ¡Cazadores! Arrojadme –gritó Palillo.

Estaban acercándose por un huerto silencioso. Los árboles cubiertos de viñas eran completamente negros. Otras formas más pequeñas no eran árboles... sino arqueros. Luna arrojó a Palillo por el aire. Dan dio un salto. Se oyeron arcos tensándose. Desde la punta de Palillo salían destellos. Moses cerró los ojos, cegado. Los destellos le habían deslumbrado la púrpura visual. Mientras esperaba recobrar la visión nocturna oyó el impacto de una flecha clavándose en la carne. Palillo crujió de nuevo. Un extraño dio un grito ahogado detrás de los árboles. Moses sintió en la cabeza un dolor cegador..., sólo había oscuridad..., luego sintió un puñado de grano contra la cara.

Temiendo la aparición de un cuchillo de trofeos, se debatió por recobrar la conciencia. Tenía la cara fría y pegajosa de sangre. Había pasado algún tiempo. Por el este se aclaraba el cielo. No oía nada que se moviera y se sentó con cuidado. Le dolía la cabeza, pero podía ver de nuevo.

Luna yacía encogido alrededor del extremo de plumas de una flecha. La cabeza roja de una flecha le sobresalía por la espalda debajo de la costilla izquierda. Sus ojos abiertos expresaban desconcierto. No se movía.

Cuando Moses se inclinó hacia el cuerpo quieto, Palillo le llamó:

–Date prisa, recógeme. Hay más cazadores detrás de los árboles.

Moses se adelantó vacilante en dirección al sonido y encontró a dos arqueros cerca de Palillo. El olor a quemado llenaba el aire. Sus uniformes estaban marcados con dos huecos negros encima de las zonas precordiales. Recogió el ciber. Los cazadores no se movieron.

–A tu derecha. Vamos a comprobar cuántos son–ordenó Palillo.

Moses se movió cautelosamente más allá de los cuerpos quietos de Dag y de otro cazador. Varios metros más adelante estaba la nave cazadora. Otros cuatro cazadores estaban tumbados en colchonetas gozando de su R.M.

–Parecen poco peligrosos por ahora –dijo Palillo–. Rómpeles los arcos e intenta encontrar el paquete de medicamentos en el equipaje. Manténte alejado de esa nave..., es una clase diez.

Moses volvió rápidamente al cuerpo de Luna. Puso una mano tanteante sobre el cuello y sintió un latido rápido.

Los viejos ojos miraban con rabia.

–Si, estoy vivo. Aunque no sé cómo. Esta maldita flecha casi me alcanza en el centro mortal. ¿Tienes algo con qué cortar las púas para que pueda arrancármela? No puedo quedarme aquí toda la vida.

Moses le quitó un cuchillo de trofeos a uno de los cuerpos fríos y serró cuidadosamente la punta de la flecha roja detrás del brazo de Luna. La flecha rozaba irritando la costilla mientras trabajaba. Luna le indicó que atara una venda al extremo de la lanza. Luego empezó a tirar del extremo de plumas. Según extraía la flecha la venda penetraba por la herida. Hizo una pausa para que las fibras tejidas se empapasen, luego tiró un poco más. Cuando había sacado la flecha, la herida entera estaba atravesada por la venda. Ató juntos los dos extremos.

–Cicatrizo muy bien si no me infecto –observo–. Esto mantendrá la herida abierta hasta que empiece a curarse. No puedo arriesgarme a que se produzca ningún absceso.

Tosió. Palillo notó la burbuja mucosa roja de la herida delantera.

–¿Dan? –dijo el anciano, gateando hasta el perro.

Los dientes dorados del perro estaban enganchados en el cuello de un cazador. De su amplio pecho sobresalían algunas pulgadas de flecha. Se agitaba rítmicamente. Luna levantó a Dan del cazador muerto y le examinó. Le dio unas palmaditas en la cabeza. El rabo no se movía. Las dos patas traseras estaban extendidas, sin movimiento, tiesas.

–Por lo menos sabemos dónde está la maldita cabeza de la flecha –dijo con tristeza el viejo Luna–, le ha cogido el cordón. Se sentó dando palmaditas al perro durante largo rato, luego miró hacia arriba–. Oye, Moses, será mejor que te cosamos el cuero cabelludo. Este aire fresco no te viene nada bien para el cráneo.

Luna desenrolló el paquete de medicamentos y limpió la herida del joven, refrescando los bordes hasta que sangraron libremente. Luego empezó a coser, hablando mientras trabajaba.

–Ojalá estuviera aquí el tinker de Tabulum. El sí que nos repararía bien. Él fue quien fabricó estos estupendos dientes para Dan y para mí –sonrió con su sonrisa amarilla metálica, luego miró a Dan. El perro levantó las cejas–. Quédate un rato tumbado mientras inspecciono esa nave cazadora.

Se ausentó durante bastante tiempo, maldiciendo en voz alta. Cuando volvió, Moses vio una mancha rosa brillante sobre su pie izquierdo. El desenlace de los cazadores con R.M. estaba claro.

Luna se acercó a Dan. La punta de plumas de la flecha se movía aún.

–Buen perro –dijo–, has matado a ese cabrón.

Acarició la cabeza del perro. El rabo no se movía, pero Moses sabía que se agitaba en los centros superiores. Dispusieron una camilla para Dan y se adentraron en el huerto. Las agujetas hacían doblarse a Luna frecuentemente. La pierna de Dan seguía paralizada. Esa noche decidieron separarse.

–Dan y yo tendremos que escondernos durante algún tiempo –tosió el viejo Luna–. Eppendorff, tú solo atraerías a los cazadores si te quedas. ¿Por qué no te llevas a Palillo, toma, adonde quiera ir?

Moses estaba callado. El viejo vomitó una pequeña cantidad de moco negro, granular. Tiró del vendaje con cuidado sacando dos pulgadas. De la herida delantera brotó un chorrito similar.

–Prefiero verlo sangrar. Así sé que no se está encharcando dentro e infectándose.

Moses se sentía impotente. Dan yacía en silencio a su lado. Una línea roja seca le manchaba el pelo del cuello y del pecho. El anciano le hablaba al perro con voz monótona, rota por la tos.

–Buen perro. Mataste a ese cabrón. ¿Quieres beber, Dan?

Repetía las palabras una y otra vez.

Moses miró a Palillo.

–Y yo debía haberle protegido –dijo Moses apesadumbrado.

–Ha sido falta mía –dijo Palillo–. Estos cazadores desconectaron los comunicadores..., ya había acabado su caza. Pero debí haber tenido más cuidado en una zona cosechada. Sé que ahí es donde suelen estar los arqueros.

Luna hizo un gesto de desagrado.

–Olvídalo. De todos modos han salido peor parados. Nosotros estamos vivos y ellos muertos –luego añadió despacio–: Había tres trofeos en la nave, recién cortados. Uno era un niño –se volvió y reprendió a Moses–: Venga, andando. Llévate a Palillo de aquí. Tendrás que acompañarle tú solo a que cumpla su misión. Dan y yo vamos a necesitar un buen descanso.

Moses retrocedió, diciendo:

–Iremos a forrajear un poco.

Más tarde le dijo al ciber:

–No podemos marcharnos así y dejar que se mueran.

–Eso es lo que ellos quieren –dijo Palillo–. No va a ser una muerte fácil para ninguno de los dos. La cuerda de Dan está dañada. Aunque ese pulso signifique que no ha habido daño cardíaco o de la aorta, le llegará el síndrome de la cuerda espinal. La parálisis no es un problema en sí, lo malo es el control del intestino y de la vejiga. El pobre perro se ensuciará por dentro y se le infectarán los riñones. No es una muerte muy guerrera para un perro luchador. Y la herida de Luna no es mucho mejor. Parece que le ha atravesado el estómago, el páncreas y quizá algún intestino. Si no es una peritonitis simplemente se consumirá con todo lo que ingiera por la boca saliéndosele por cinco sitios distintos. Tampoco es una muerte digna. Ninguno de los dos querrán que nos quedemos... esperando al final.

El joven Moses estaba aturdido:

–Podría acercarme corriendo a una de las ciudades–eje y pedir ayuda. Enviarían un equipo de meditecs inmediatamente y...

–Y suspendernos a todos nosotros. Dan y Luna no querrán acabar sus días atados a una de esas malditas máquinas de suspensión.

Moses asintió. Sabía que el truculento viejo Luna cambiaría unos cuantos días de aire fresco y sol por cualquier número de años vegetando en algún cofre de suspensión bajo el agua. Recogió una buena cantidad de fruta y volvió. Luna se enganchó la camilla al hombro y gateó hasta el borde de un seto de estambre. Moses los encontró bajo un techo de hojas cubiertas de polen.

–Gracias por la fruta. Eso parece un sitio bastante seguro por ahora, suficientemente bajo y sin nada que cosechar. Déjame que te vea el cuero cabelludo. Tiene buena pinta. Lávatelo siempre que puedas. Y ahora, largaros.

Moses le sonrió tímidamente..., a Luna no le gustaban los sentimentalismos.

–Viajaremos en dirección norte–noreste –dijo Palillo fríamente–. Alcanzadnos si podéis. Toma, Moses, dale mi punta de diez centímetros. Le conducirá a nosotros si..., cuando se ponga de nuevo en pie.

Moses viajó en silencio durante los meses siguientes, mirando frecuentemente hacia atrás. Nadie intentaba alcanzarles.

Su odio hacia los cazadores de cuatro dedos era ahora más personal. Su cuerpo se había endurecido. En un día cubría fácilmente distancias que le hubieran tomado una semana en su primer año Fuera. Se alejaba fácilmente de los cazadores, durmiendo mientras Palillo montaba guardia y gozando sádicamente con las agonías de los cazadores cuando se les rasgaban los músculos con el esfuerzo continuado. Varias veces retrocedió para observar la recompensa molecular...: un estado plácido, alucinatorio. Los cazadores estaban completamente aislados de su entorno, pero Moses no se hacía totalmente a la idea de cortarles el cuello. Hubiera sido fácil, y se daba cuenta por qué tenían un índice tan alto de mortalidad.

Ahora atravesaba las tierras más frescas. Escaseaba la comida. Palillo mantenía el rumbo fijo treinta grados al este del norte. Era de nuevo finales del otoño...; otro año, otro millar de millas.

–Todo cosechado hasta donde me alcanza la vista–dijo Moses–. Tendremos que volver hacia el sur si quiero seguir comiendo.

Palillo reflexionaba.

–Podemos forrajear dentro de una ciudad–eje si nos damos prisa. Las puertas son sólo clase doce. Yo soy un clase seis –dijo el ciber.

Una vejiga llena de bilis y pliegues gástricos aguardaban.

Moses Eppendorff se acercó a la bóveda del. eje a través del aire helado. Le rodeaban hileras de bóvedas de plancton entre brumas. Burbujas de espuma pegajosa indicaban el paso reciente de una espumadera. Moses cogió un puñado de espuma.

–¿Tenemos que entrar en la ciudad? –preguntó.

–Sí.

La ecrine intertriginal fluía copiosa y salada según se amontonaba el meld nocturno en torno al gordo Walter. Busch hacía flexiones. Amarga suspiraba. Dee Pen se agitaba sobre el vientre, moviendo su cuerpo Howell–Jolly a través del lío de brazos y piernas colocándose en su nueva posición encima. Posando la barbilla sobre la rodilla de alguien sonrió a Walter y continuó la conversación.

–¿Alma? –dijo–. Claro que tienen alma las ciudades modernas..., una confortable parte del alma colectiva de la sociedad.

La meld se estaba calentando. Walter extendió un brazo sudoroso y dibujó una interrogación.

–¿Y qué me dices si el término alma se aplicase al principio vital del hombre antiguo, individual..., y hubiese otro término para el alma colectiva?

–Como Colmena, por ejemplo... –sugirió ella–. ¿Dónde está la diferencia? Si los ciudadanos fuesen más bien una carga para la sociedad –parásitos de la Colmena–, ¿no perdería el término alma mucho de su significado? Habrían vendido su alma por morada y calorías..., no lo habrían cambiado por una parte del alma colectiva como tú piensas.

Dee Pen estaba boquiabierta ante su blasfemia anti–Gran ST.

El neutral Arturo extendió un brazo a través de la meld y dio a Dee Pen unas palmaditas, tranquilizándola.

–No te tomes a Walter muy en serio..., sólo te está queriendo introducir en un debate filosófico. El es un trabajador y le gusta pensar que todos los no trabajadores son puro serrín..., parásitos.

–El ciudadano no es un parásito –exclamó ella–. Es una parte útil de la Colmena. Fíjate en todo lo bueno que ha hecho la Colmena... La cooperación permite al planeta mantener una población cien veces mayor que la de las otras culturas precolmenares.

–¿Un bien mayor para un número mayor? –intervino Walter.

–Claro –sonrió ella–. El hombre ha reemplazado casi todas las formas menores de vida del planeta. La Colmena es una forma de vida muy acertada. Una vida más inteligente es mejor que una menos.

–¿Una libra de hombre es mejor que una cantidad equivalente de insectos o gusanos? –parafraseó Walter.

–Por supuesto.

–¿Y qué me dices de los árboles? –preguntó él.

Dee Pen hizo una pausa para organizar su didáctica sobre los árboles.

–El árbol no es más que una tela del ecosistema en la selva o en los bosques. Las ciudades son el ecosistema del hombre. Los únicos árboles que necesitamos son los que nutren la cadena alimenticia del hombre: árboles de sabores, árboles de calorías.

A Walter se le soltó la mano con la humedad y se resbaló más abajo de la meld. Se debatió buscando una nueva posición para atacar desde otro punto de vista.

–¿Un bien mayor para un número mayor? –empezó–. ¿Y qué me dices de las mentes de los hombres? El suicidio es un signo de mal funcionamiento mental. Estos incidentes están aumentando según crece la densidad de población de la Gran ST. ¿Cómo puede ser eso bueno?

–Todo el mundo tiene que morir algún día–repitió ella como un papagayo–. La Colmena protege a sus ciudadanos de muchas de las antiguas causas de muerte..., como los accidentes, las infecciones, la guerra, los tumores..., incluso de la vejez. Lo que no se puede curar hoy se pone en suspensión hasta que investigación descubra la cura. Sólo quedan los suicidios.

–Y el asesinato –añadió él.

–Y el asesinato –admitió ella–. Pero tanto el suicidio como el asesinato son actividades I.A.

Actividades inapropiadas. El gen débil de cinco dedos no está preparado para vivir aquí. Se ha ido seleccionando mediante A.I. Así que ya ves, el suicidio es el modo que tiene la naturaleza de purificar los genes de la Colmena... Sólo los de cuatro dedos pueden aglomerarse sin problemas.

Walter sonrió. La pequeña Dee Pen había absorbido toda la última filosofía de la Gran ST. Hacía que pareciera malo interferir con el suicidio..., puesto que la muerte no hacía más que deshacerse de un gen dañino. Como un tabeador se aferraba a la vieja filosofía pura de los neolíticos: tierra, adobe y bambú. Como un seguidor de Olga esperaba la vuelta de Olga. Pero esta creencia se debilitaba porque veía acortarse su período vital..., sin señal alguna de Olga.

–Cuando los genes sean todos de cuatro dedos...–preguntó–, ¿desaparecerá entonces la A.I.?

Dee Pen se encogió de hombros:

–Supongo.

–¿Cuál será entonces la causa más frecuente de muerte? –preguntó él.

Ella sonrió.

–Ya lo veremos cuando llegue el momento.

El monte Tabulum estaba alborotado. Toneladas de carne se secaban al sol para introducirse en salchichas. Hip manda ojos–de–vaca succulentas a bailar delante de los ópticos de la Gran ST. A los lados del sendero de los ojos–de–vaca se agazapaban los lanzadores de jabalinas para atraer y acuartelar a los cazadores que se aventurasen.

Tinker se acercó detrás de Hip, que estaba supervisando el proceso sazoador. Las ojos–de–vaca cortaban.

–Me parece que está un poco aguado –comentó Tinker.

–Estoy de acuerdo –dijo Hip–. Pero es de lo mejor que hay. La Colmena siempre nos envía lo mejor, aunque sea plasma pobre en proteínas.

–¿Para qué son las piedras grandes? ¿Estáis planeando una expedición?

–Una migración. Toda la ciudad se va a desplazar al río... ¡El río! Olga volverá pronto.

Los habitantes inclinaron las cabezas ante las palabras sagradas de su visionario. Tinker se mantenía respetuosamente en silencio. Había observado los pequeños trucos de Hip –trances cortos, luces en la bola de cristal– hasta predicciones insospechadas. Pero no se tragaba toda la fijación oculta del mago. Tinker era un científico natural. No obstante, mientras Hip fuera tan preciso con respecto al futuro, sentía que él, Mu Ren y el niño estaban más a salvo entre los habitantes del poblado que huyendo de los cazadores solos. Mantuvo la cabeza inclinada hasta que Hip terminó.

–¡Ha llegado la hora de plenitud! –exclamó Hip.

Foxhound XI volvió para encontrarse con el rencor de Val.

–¿Otra vez has pedido tu equipo entero? –gritó.

Foxhound tosió y nubló su pantalla.

–Los deposité sobre huellas frescas. Entraron en su frenesí rastreador. Tengo buenas imágenes ópticas de la presa desnuda..., generalmente hembras jóvenes..., pequeñas ojos–de–vaca. Aparentemente sin problemas, pero cuando volví habían desaparecido...–chirrido.

–Pero ¿qué les ha pasado? –gritó Val golpeando la pantalla con la palma de la mano para aclarar el foco.

–Mis escudriñadores no contienen nada que lo explique.

Val estudió los viejos sensores de la nave. Los hombros se le inclinaron. Cataratas en los ópticos. Demielinación en las membranas sensoras. Los convertidores de imágenes manchados.

–Lo siento, viejo mecano –dijo–, no es culpa tuya.

Val retrocedió hacia su mesa de mandos e hizo una llamada para prioridad requisitoria. Después de recibir las excusas conciliadoras de costumbre, explotó.

–Sólo en el último mes he perdido más de un centenar de cazadores. Perdidos sin dejar rastro. ¡Ni siquiera un cuerpo muerto! Necesito inmediatamente equipos puestos al día.

La cara de la pantalla murmuró algo sobre que harían todo lo que pudieran con el material que tenían. Luego planteó la cuestión a otro escalón más alto de la jerarquía de la Colmena.

La nueva cara era más vieja, más cansada.

–¿Están en peligro las cosechas, Sagitario?

–¡No, pero los cazadores...! –exclamó Val.

–Tu cometido principal son las cosechas. El control de población es otro departamento.

–¿Control de población? –protestó Val–. Estoy hablando de las vidas de los cazadores. Los enviamos ahí fuera a proteger nuestras cosechas. Lo mínimo que podemos hacer es facilitarles el equipo apropiado.

–Me temo que estás perdiendo tu propia perspectiva –dijo la vieja cara cansada–. Estás hablando del índice de muertes de cazadores, que arroja una media de tres por día en todo el sector. El índice de mortalidad de todo el sector por causas diversas es de más de 30.000 al día... la mitad son suicidios. Tienes quinientos millones de ciudadanos ahí en Naranja..., tres muertes diarias es un precio bajo para proteger sus cosechas.

Val se tranquilizó. No le gustaba perder a los cazadores, pero agradecía a Olga no tener la responsabilidad de limpiar todos esos suicidios. Eso sí que le deprimiría. Volvió al garaje y puso horas extra limpiando las retinas E.M. y dando brillo a los contactos.

Walter no entró en su turno habitual, así que Val dejó a la mec Escudriñador encargada y se pasó por la morada de Walter. Encontró al viejo gordo en cama... con la cara color ceniza. La hembra Amarga le frotaba las manos y los pies... intentando que su trabajador volviera al puesto.

–¿Se está acabando el periodo vital? –preguntó Val, seco.

El viejo asintió..., sonriendo débilmente.

–Ha sido una buena vida –dijo Val–. Has cumplido con tu misión en la Colmena. ¿Quieres que llame a un meditec? Quizá te suspendan antes de que te mueras. Las generaciones futuras pueden...

La cara de Walter cambió de gris a morado con el esfuerzo.

–Mi vida aún no se ha acabado –protestó–. Todavía no. Pero viviré todo mi período en esta generación, gracias.

–Déjale que repose aquí un par de días –suplicó Amarga–. Pronto volverá al trabajo. Ya lo verás.

Val entendía los reparos de Walter ante la suspensión. Con la densidad de población actual reanimaban a pocos.

–Muy bien –asintió Val–. Podré arreglármelas solo en el C.C. durante algún tiempo. Trasladaré mi catre y tendré a Escudriñador haciéndome compañía. Hay muy pocas apariciones de ojos–de–gamo.

Walter se relajó y se adormiló. Su vieja cara cobró algo de color.

Algunos días más tarde el gordo Walter consiguió arrastrarse hasta el C.C. Estaba lleno hasta el cuello de las hierbas que le había preparado Amarga. Los pies y los pulmones estaban aún cargados con excesivos líquidos, pero sentía que podía reposar mejor en su sillón del control de caza sin tener a Amarga revoloteando alrededor. Tuvo que abrirse camino entre montones de basura..., cajas, hilos, tubos y pantallas..., hasta llegar a su tablero de mandos.

Val vio cómo el viejo se acomodaba en su asiento y lo inclinaba hacia atrás. Dos tecs ingenieros entraron arrastrando un gran barril negro sobre una carreta.

–¿Qué es eso? –resopló Walter.

Val alzó los ojos de un empalme.

–Es parte del equipo de la morada de Tinker. Creo que tenemos aquí un rayo concentrado que funciona. Los componentes de presión magnéticos están muy afinados. Hemos estado oyendo transmisiones no autorizadas de Fuera. Me gustaría poner el equipo a funcionar para transmitir también. Quizá podamos captarlos si los enfocamos.

Walter apoyó la cabeza en la almohadilla. Cerró los ojos y preguntó en tono coloquial:

–¿Habéis captado algo interesante?

–Cosas locas –dijo Val–. Te las conectaré a tu audio para que puedas oírlas. Debe haber lo menos una docena de mecs renegadas ahí fuera, a juzgar por el número de emisiones. No entiendo cómo una mec puede pasarse sin su casquillo de energía para correr con los quinquidígitos.

Walter mantenía los ojos cerrados.

–Las mecs probablemente se identifican con ellos.

–¿Que se identifican? –preguntó Val soltando las herramientas.

–Los ojos–de–gamo son rápidos y fuertes –dijo Walter–. Las mecs se ganan la energía cumpliendo con su trabajo: labradores, puertas, garaje o lo que sea. Para hacer el trabajo mejor tienen que ser más fuertes y más rápidas. Es la cualidad de admirar. Una simple asociación.

Val frunció el ceño. Recordaba la cosechadora que voló al pie del monte Tabulum. Ahí había algo más que simple asociación. Alguien había reprogramado la almendra de la mec.

–Un mal circuito –murmuró Val–. Como el ojo–de–gamo que tiene un mal gen.

Walter no contestó. Estaba escuchando los cánticos que captaba el rayo.

Un ojo–de–gamo de cinco dedos desea correr libremente,

Posee competencia inmunológica.

Se empareja, y corre, y luego vive solo.

Come carne roja y tuétano de hueso.

Tiene un corazón de cinco dedos y un pesado esqueleto,

Con abundantes sales de calcio y colágeno.

Sus autonomías neurohumorales y Gamma A;

Manténlo alejado de la Colmena, donde las almas se hacen grises.

Tiene los colores del arco–iris de sus genes,

Melanocitos que marcan a los ojos–de–gamo de Entremedias.

Walter no intentó captar todas las palabras la primera vez. Las soltaban rápidamente al sonido de tambores y una guitarra base. Pidió una impresión en papel – la miró con un ojo– y cerró los ojos de nuevo.

–Todos sabemos que los ojos–de–gamo son diferentes –dijo Val–. ¿Por qué lo cantan?

–Quizá sea una máquina de cantar –sugirió Walter.

El canto siguiente fue más corto...

Oh feliz día

Oh feliz di... a

Cuando Olga vuelva

Nos mostrará la vía.

El gordo Walter tosió y se sentó, rígido... ¿Olga?

–Esa máquina de cantar suena a S.O...., una seguidora de Olga –resolló.

Val acabó de transmitir y retrocedió.

–¿Te acuerdas de la cosechadora que aplastó aquellos dos trabajadores? Era una mec asesina... que mataba en nombre de alguien o algo que no tenía traducción. ¿Te acuerdas?

Walter asintió.

–¿Podría haber estado matando en el nombre de... Olga? –preguntó Val–. Ese mago loco ojo–de–gamo con la bola de cristal..., ¿podría ser un seguidor de Olga?

La vieja cara de Walter se oscureció mientras rebuscaba en su caja de artefactos de ojos–de–gamo. Las cuentas eran ahora reliquias sacras en potencia, porque le podrían conducir a Olga. La cianosis le oscurecía los labios según pedía a la pantalla una proyección de las posiciones planetarias. Empezaron a formarse mapas astronómicos.

–No, no –interrumpió–. Astrología..., el Zodíaco geocéntrico.

Aparecieron diseños ocultos. Símbolos de los planetas se movían de signo en signo según giraba el calendario por los meses. Las proyecciones tenían un índice de probabilidad muy bajo. La Gran ST no hacía mucho uso de ese tipo de información, y hacía años que no se ponía al día. Walter movió los planetas de atrás a adelante a través del tiempo, pero no veía nada que pudiera corresponder a la conjunción de cuatro planetas en un futuro previsible. Walter se desplomó visiblemente deprimido.

Val miró por encima del hombro, dando unas palmaditas en la espalda del viejo.

–Eso ya lo hemos intentado antes, ¿no te acuerdas? Si Olga está esperando que los planetas se correspondan con esas cuentas, tiene para siglos–dijo Val.

A Walter eso no le tranquilizaba.

–Yo quiero ver a Olga con estos ojos... –murmuró–. Quizá si consideramos una cuenta como nuestra propia luna... y añadimos los asteroides principales al mapa... ¿Dónde está Plutón?, ¿y Neptuno?

Val vio cómo la pantalla saltaba con sus propias adivinanzas. La Gran ST simplemente no tenía idea. Daban las posiciones antiguas.

–Esas son cuentas de ojos–de–gamo –le recordó Val–. Seguramente están basadas en planetas visibles..., seis a lo sumo.

Los dos tecs estaban detrás de Val mientras calentaba el rayo concentrado. La pantalla destellaba luces mientras la música aumentaba de volumen. Val giró la antena. Aparecieron círculos concéntricos. Intentó focalizar el campo magnético.

–Si consigo que establezcan un rayo concentrado con nosotros podríamos localizar su situación... ¡Maldita sea! ¿De dónde viene todo ese humo? –maldijo Val.

El barril negro capacitador echaba humo mientras el aislamiento burbujeaba. Saltaron chispas. Humos ácidos escapaban de la pila de calor. Uno de los tecs echó agua sobre la pila.

–Estaba seco.

–Claro –gruñó Val–. La pantalla se ha nublado. Eso es todo lo que podemos hacer hasta que nos lleguen las piezas de recambio.

¿Se puede oír aún? –preguntó Walter débilmente.

–Oh, supongo –dijo Val–. Pero así nunca los localizaremos.

Walter estaba recostado con los ojos cerrados, escuchando...

Oh feliz día

Oh feliz día.. a

Cuando Olga vuelva

Nos mostrará la vía.

6 . EL INCIDENTE DE DUNDAS

Tinker avanzó en dirección este a la cabeza de los demás habitantes del poblado. Al abandonar el retiro de la montaña buscó los sensores de ojos-de-gamo y los fue desarticulando. Trabajaba despacio..., con sutileza..., aflojando una pieza, atascando con hojas, echando barro sobre una lente: lo suficiente como para proteger a la gente sin alarmar a Control de Caza.

Dos lanzadores de jabalinas protegían a Mu Ren y al niño mientras Tinker se manchaba el cuerpo con barro y hojas. Miró a través del ruibarbo hacia la siguiente loma. Ciento cincuenta metros de tierra sintética recién labrada le separaban de la torre de un detector de ojos-de-gamo.

–Reconozco ese modelo de D.O.G. Debe tener los ópticos bastante seniles a estas alturas. Si me deslizo con cuidado no creo que pueda diferenciarme del barro.

Mu Ren se agarró a su hijo. Le vieron gatear con soltura hacia la torre. La bola de neurocircuitos y sensores continuaba su monótona rotación en lo alto. Su camuflaje de barro parecía funcionar. En la base de la torre una labradora trabajaba la tierra. La máquina se apartó cortésmente mientras él estudiaba el cable. Tirando del enchufe embadurnó los contactos con barro. Luego colocó de nuevo el enchufe en su sitio..., saludando a la labradora mientras se alejaba.

–Eso nublará la recepción lo suficiente para protegernos –dijo, haciendo señales al resto de la gente del otro lado de la loma.

Moses siguió las huellas de la cosechadora hasta la fachada de la bóveda de la ciudad-eje: diez yardas de pared interrumpidas sólo por los ópticos sobresalientes y las enormes puertas del garaje de meca-agros. La rejilla de encima estaba oscura. Palillo habló a la puerta en voz baja..., ejerciendo su autoridad de clase seis. No sucedió nada. Moses agarró al ciber con más fuerza.

–¿Están desconfiando? –susurró.

–Sólo rezagados –dijo Palillo–. Únicamente somos datos en sus bancos de memoria hasta que causemos pérdidas de vidas o materiales.

La puerta se abrió. Moses penetró en el nido de máquinas.

–Intenta encontrar la puerta de la espiral de la pared interior –dijo Palillo–. Ten cuidado con los pequeños robots de servicio. Algunos son ciegos. Esto no es un lugar muy seguro para un humano de piel delicada.

Las potentes meca-agros dormían en sus puestos mientras pequeños meca-servos trabajaban. Algunos colgaban de cables del techo y otros estaban en el suelo rodeados de piezas nuevas y usadas. La pared exterior se hallaba abarrotada de piezas rotas y residuos vegetales. Moses avanzaba entre medias con cuidado hasta llegar a un puesto inactivo que pudo cruzar sin peligro.

En la espiral, Moses se confundió con la muchedumbre apática y suavizó su expresión para no destacar de la letargia que le rodeaba. Les imitó en el andar perezoso. Palillo mantenía silencio hasta que llegaron al primer expedidor.

–Déjame a mí ahora –le susurró Palillo–. Tus au–grams te han sido confiscados hace ya tiempo.

El expedidor suministró una pieza de cada tipo de alimento y un traje de tejido. Moses se alejó tambaleándose bajo el peso.

–Cuidado –susurró Palillo–. Están cambiando las luces. Han añadido ondas más cortas. Los ópticos del guardián deben estar buscando tu melanina y carotenoides..., son fluorescentes. Si te captan se darán cuenta que eres de Fuera.

Moses siguió andando con naturalidad entre los ciudadanos inexpresivos.

–¿Ha informado el expedidor?

–No –explicó Palillo–. Para el no éramos más que uno de los equipos de mantenimiento. Quizá sean los circuitos de rutina del guardián. Tus ropas son harapos cubiertos de polvo y clorofila. Tu piel es gruesa, te aísla bien..., probablemente capte un grado muy bajo en la escala térmica.

Moses aceleró el paso. Varias horas más tarde estaban de nuevo Fuera en su ruta norte–nordeste.

Varias semanas más de viaje les llevó a través del País Lago. Ahora el aire estaba mucho más frío. Moses llevaba varias capas de tejido. Invadían otras ciudades–eje según les iba haciendo falta. Siempre desencadenaban los circuitos de los guardianes, pero nunca lo suficiente para que llegasen los de Seguridad. Con Palillo en el puño, Moses tenía poco que temer a los guardias gordos y perezosos que patrullaban por la Colmena. Sus pértigas y redes eran suficientes para manejar a los dóciles ciudadanos, pero necesitarían un par de flechas bien disparadas para derrumbar a un ojo–de–gamo. Y no había flechas dentro de la Colmena.

En las noches heladas Moses buscaba el calor de los tubos de plancton. La producción de alimentos de esta zona era toda de invernadero... Tenían que producir tanto el calor ambiente como la energía para la fotosíntesis. Era un lugar hostil para un humano. Todo lo que podía ver eran las bóvedas brumosas rezumando escarcha por las paredes exteriores aisladas y las cañerías vibrando con luz coherente. La tierra estaba permanentemente helada.

Moses se acurrucó contra unas plantas para protegerse del viento. Buscó bajo su capa exterior de ropa la bolsa de agua y la pastilla de alimento.

–Huele a salmuera –dijo, bebiendo.

Palillo estaba apoyado contra las piedras. Contrajo su membrana y giró el óptico hacia el este.

–Nos estamos acercando al mar –dijo el ciber–. La bruma bloquea el horizonte con tu longitud de onda, pero yo puedo ver la costa... a unas siete millas.

Moses masticaba despacio.

–No hay muchas señales de vida por aquí. Sólo las máquinas fabricando alimentos.

Palillo giró de nuevo y miró a su hermano.

–Y alimentos caros... El coste de energía por caloría debe ser casi prohibitivo –dijo Palillo–. Estas unidades serían mucho más eficaces en un mar tropical.

Moses asintió. Era fácil imaginarse estas cañerías verdes vibrantes en un ambiente menos hostil..., en un arrecife de coral de un lecho marino tropical. Pero el montarlo seguramente sería tarea de su casta..., la gente caño. Se encogió de hombros.

–La teoría es sencilla, pero en la práctica sería imposible. La Colmena tiene demasiados pocos caños, caños expertos de cinco dedos. El nebish de cuatro dedos es un ciudadano amable y dócil, pero no hay muchos que quieran meterse por el interior de un

vertedero o de una alcantarilla. Nuestra casta apenas si es capaz de mantener en funcionamiento la maquinaria existente. Sería imposible hacer nuevos proyectos hasta que consigamos caños.

–¿Caños de cinco dedos? –repitió Palillo.

Moses masticó meditabundo durante un momento.

–Sí, de cinco dedos. Pero ¿dónde puede encontrar gente de cinco dedos la Gran ST? No quedan muchos sobre el planeta..., salvo las gentes–de–ojos. Y no son realmente muy apropiados para esta densidad de población.

Palillo se encontraba inquieto en el aire helado.

–Date prisa, y acaba de comer. Te voy a llevar a un sitio donde hay cientos..., no, miles de gentes de cinco dedos. ¡Ciudadanos de cinco dedos!

Moses envolvió el resto de la comida helada y se la metió en un bolsillo profundo para que se derritiese. Cogiendo al ciber emprendió camino en dirección al olor de salmuera. Dos horas más tarde ojeaban a través de la bruma... hacia un océano gris cubierto de espuma.

Los años pesaban sobre Kaia. Desde su nicho en la montaña Filly observaba las bandas fugitivas de ojos–de–gamo atravesando el valle en dirección este. Por la noche ponderaba las luces del cielo del norte..., tenues azules y amarillos. Era una época de misterio. Descendió del peñasco para hablar con un clan harapiento que acampaba durante la noche: unos cuarenta adultos y otros tantos niños.

–¿Por qué viajáis juntos? –preguntó–. Los cazadores os encontrarán.

–Olga nos protege –dijo el más viejo.

–¿Hacia dónde viajáis?

–Hacia el río... El río. Venimos de la costa oeste. Nuestra migración durará casi un año. Va a producirse una gran congregación. Si quieres unirse a nosotros serás bienvenido.

Kaia observó la cara del viejo. Nunca había visto semejante entusiasmo..., semejante firmeza de propósito. Hablaron durante toda la noche. Al amanecer el clan se dispuso a partir de nuevo.

–Ven con nosotros –le invitó el más viejo.

–El edema sinovial me dificultaba el paso.

–Viajaremos despacio. ., por los niños. Tu cojera no nos retrasara.

Kaia titubeaba.

–Este lugar de que hablas..., el lugar de Olga, ¿es un buen lugar?

–Olga lo ha preparado para nosotros. Está lleno de cosas hace tiempo desaparecidas de la Tierra..., animales y plantas que sólo conocieron los antecesores de nuestros antecesores. Es un buen lugar.

Kaia miró hacia las distantes montañas del este.

–¿Crees que será algún valle? ¿Algún valle lejano a salvo de las flechas de los cazadores?

El más viejo miró, no hacia el horizonte, sino hacia el cielo.

–Está muy lejos, pero no en este mundo..., está en los cielos. Lejos de los cazadores.

Kaia miró hacia el cielo, nervioso..., azul, vacío, frío. Sacudió su vieja cabeza cansada.

–No.

–Pero ¿por qué? Olga está esperando a sus hombres de cinco dedos.

Kaia se sentó pesadamente.

–Yo nací aquí. Aquí moriré. Estos han sido mis montes y los montes de mi padre. Y seguramente de su padre antes de él. Los cazadores no me sacarán de aquí. Me quedo. Mis huesos necesitan de la misma tierra en que me crié. Es mi casa.

El fervor del más viejo empujó su mano hacia el hombro de Kaia. Tiró del anciano con fuerza.

–Levántate. Vente con nosotros. Olga aguarda.

La fatiga se asomaba a los ojos de Kaia mientras hablaba.

–Lo siento, llévate a tu gente a esta migración. ¿Un año hasta llegar al río? Yo soy viejo. Ni siquiera viviré ese tiempo. Olga ha venido demasiado tarde para mí. Quizá mi espíritu esté en la tierra de Olga antes que vosotros.

Moses llevó a Palillo a lo largo de la costa hasta llegar a un muelle. Un suburbano salió a la superficie sobre las plataformas heladas. Un barco robot estaba cargando contenedores de piel de salchicha del tamaño de un hombre. Se montaron.

El barco tenía el bulto de neurocircuitos en lo alto de un pequeño mástil. El espacio abierto de carga contenía una veintena de contenedores de ocho–por–tres–por–tres pies. Cada contenedor estaba atado a una pequeña consola mediante un segmento de cañería.

–Parece una carga de viñas de melones vivas–dijo Moses en voz baja.

Se apoyó contra uno de los contenedores e intentó mirar a través de su piel opaca. La presión de sus codos hizo ceder la piel hasta que chocó con algo firme. Retrocedió bruscamente, dejando casi caer a Palillo.

–¿Qué hay ahí?

–Lo vas a descubrir enseguida. Aquí viene un ser humano. Intenta abrir un contenedor. Creo que hay una cerradura en el extremo opuesto a la cañería.

Moses se agachó y miró hacia proa. Un humano envuelto en un grueso traje impermeable iba de contenedor en contenedor comprobando una lista. Moses hurgó en la cerradura y abrió la tapa.

–Un cuerpo...

–No. Un paciente. ¡Deprisa! Métete dentro.

Un mar furioso azotaba la cubierta de carga con una lluvia helada. Los contenedores mojados chirriaban unos contra otros. Moses se introdujo en el contenedor y cerró la tapa. Silencio. Se acomodó como pudo.

Más tarde levantó la tapa una pulgada para que saliera el aire pútrido. La espuma seguía salpicando en cubierta. La figura impermeabilizada había desaparecido.

–¿Dónde?

–Está bajo cubierta –dijo Palillo– ... en la cabina del asistente, gozando una agradable bebida caliente y haciendo de hembra –el pequeño ciber estaba escuchando los circuitos del barco–. Estaremos en ruta durante un día y medio. Podías aprovechar para dormir un poco. Sácame por debajo de la tapa. Mantendré un óptico en lo que pasa y dejaré que te entre un poco de aire.

Moses intentó relajarse.

–¿Estás seguro de que este tipo vive? Está tan frío.

–Está vivo..., en suspensión. Pero no lo estará mucho tiempo si te apoyas en su cañería. Ese serpentín transporta sus líquidos de perfusión. A esta temperatura no metaboliza mucho...; pero algo sí. Esos tubos intercambian iones y gases con el agua del mar. No debes apoyarte en ellos más de dos horas seguidas.

Moses giró sobre sus espaldas y levantó cuidadosamente unos de los serpentines de cañería transparente de dos pulgadas hacia el pecho del paciente. Un extremo estaba fijado a la cabeza del contenedor. El otro penetraba por la pierna del paciente justo por encima de la rodilla. Del otro lado le entraba un tubo parecido.

Moses durmió mientras Palillo escudriñaba.

El segundo día de viaje empezaron a pasar por numerosas masas de hielo a la deriva y bancos de niebla. Moses cerró la tapa cuando se acercaron a una plataforma flotante. Las máquinas descargaron.

Moses observó cómo se aproximaba la silueta..., como la de una mantis religiosa gigante. Sus dos grandes brazos acunaron el contenedor de Moses sin reparar en el aumento de peso. Otros dos brazos más pequeños desenroscaron los tubos de la consola del barco y los volvieron a unir a otra unidad más pequeña en la espalda del abdomen del robot. El descargador giró la cabeza y se volvió cuidadosamente sobre la plataforma húmeda avanzando hacia el muelle.

Moses veía las sombras indefinidas a través de la piel translúcida del contenedor. El robot rodó sobre unas ruedas blandas por una rampa y entró por un pasadizo como de una cueva. La estabilidad y la calma le decían que debía estar en el hueco de algún acantilado mirando al mar. Seguramente una isla oculta del muelle por la niebla.

Una hora más tarde Moses se balanceaba silenciosamente en aguas oscuras tranquilas junto con miles de otros contenedores. Levantó la tapa para que entrara aire y le encharcó un agua salina helada. Abandonando el contenedor se debatió en medio del agua que le llegaba a la cintura intentando alcanzar la pared, que sabía por los ecos que estaba cerca. Los tubos de perfusión le atrapaban los pies, los contenedores flotando a la deriva le bloqueaban el paso y el frío le atravesaba su traje de tejido.

Palillo lanzó un rayo de luz que les condujo hacia la escalera. Calado y temblando, se paró a la entrada mirando a acres enteros de contenedores.

–Estos son casos recientes –dijo Palillo iluminándolos–. Seguramente son todos de cuatro dedos. Vamos a mirar en la cueva. Los casos más antiguos deben estar por ahí..., a tu derecha.

Moses avanzó... rechinando los dientes. En un cubículo de asistente vacío conectó el calor y se cambió de ropa. El expedidor despachó un litro de caldo caliente bajo las órdenes de Palillo. Sintióse más fuerte, siguió camino.

–Esta parece una buena zona para empezar a buscar –dijo Palillo. Moses había estado buscando durante horas, examinando los cubículos, los números y los contenedores. Por fin se detuvieron ante lo que debía ser el cubículo más antiguo de la cueva. La manilla de la puerta estaba gastada y brillante de las innumerables manos que buscaban el calor de su interior–. Los mandos deben estar cerca. Mira en esa pared.

Moses se adelantó hacia la vieja pared de piedra. Bajo una capa de arena encontró los discos planos indicadores. Brillaban con un verde opaco.

–Debe haber un millón de éstos –exclamó Moses mirando toda la extensión de la pared–. ¿Qué significan?

–Un millón de pacientes –dijo Palillo–. El color verde indica que el metabolismo está estable..., el amarillo indica peligro..., el rojo, muerte.

Moses se acomodó en la confortable morada mientras Palillo comprobaba los bancos de memoria del Centro de mantenimiento de vida. El censo de esta sección mostraba algo menos del millón de pacientes..., casos de tumores. Viejos. Los más recientes databan del año 1220 d. O... Hacía más de mil años.

–Alto índice de cinco dedos –dijo Palillo.

–¿Cómo lo hacemos?

–Insértate en uno de esos casquillos de ahí. Luego salta. A la Gran ST no va a gustarle lo que tengo que hacer. Esta roca estará llena de agentes de seguridad dentro de unos días.

–¿Quieres que te deje?

–Soy un palillo kamikaze..., destruible. Tengo que quedarme hasta que se haya terminado. Tú tienes que escapar...; viaja en dirección sur hacia el río...

–¿Qué hay allí? ¿Qué río?

–¡Oh.... oh!, compañía.

Entró una figura impermeabilizada sin sospechar nada. El traje protector era grueso y probablemente a prueba de ruidos. Llevaba sus propios canales de entretenimiento para combatir el silencio sepulcral de algunas cuevas y el martilleo hipnotizador de las olas en otras. La asistente de millones de cuerpos en suspensión no tenía necesidad de mantenerse alerta.

Mientras Palillo trabajaba en silencio en el casquillo, Moses se lanzó hacia el recién llegado. Luchó con la silueta vestida.

–Átala a esa silla con ese trozo de cañería. Dile que se esté quieta o la liquido –ordenó Palillo.

Moses levantó una ceja.

–¿Liquidarla?

La asistente se relajó.

–No te preocupes. Le... o lo he oído. No sé por qué estáis aquí, pero si habéis traído vuestras propias raciones seáis bienvenidos. Esto acaba siendo bastante solitario... ¡Eh!, ¿qué está pasando? Mira todas esas luces ámbar en mi panel. Debe haber lo menos una docena...

–Átala –repitió Palillo, girando el casquillo.

Se quedó sentada boquiabierta mientras el panel se cubría de luces amarillas. Varias veces tiró de sus ataduras, pero Palillo lanzó inmediatamente unos sonidos amenazadores en su dirección. Moses la avisó con tono tranquilo que no era ninguna mecano corriente...; había matado a muchos de cuatro dedos.

La escarcha se derritió de las paredes exteriores del cubículo. A lo lejos se oían los trozos de hielo cayendo contra las húmedas paredes de piedra. La primera luz roja apareció... Muerte.

La asistente se debatía contra las ataduras escupiendo odio hacia Moses Eppendorff.

–¡Asesino! En nombre de Olga, ¿por qué estáis haciendo eso? ¿Qué derecho tenéis a venir aquí... a matar a mis pacientes?

Moses estaba desconcertado. Vio cómo se encendían las luces rojas. Muerte. Estos pacientes eran de cinco dedos en su mayoría. Era verdad, casi todos tenían tumores...,

malignos todos. Pero estaban vivos y seguros en sus cofres de suspensión. ¿Por qué estaba interfiriendo Palillo con los controles de M.V.? Los estaba matando.

Palillo grababa los rasgos de la cara de Moses, pero se encontraba demasiado ocupado para explicar. Todos sus circuitos estaban ocupados en alterar las informaciones sensoras de entrada. Engañaba la mente de mecano del M.V. con informaciones de temperatura de la Edad de Hielo. El mecanismo hemesotático de la cueva soltaba calor para combatir el frío. Lentamente las aguas se calentaban. A cada elevación de siete grados Fahrenheit el ritmo metabólico de los suspendidos se duplicaba. Las bombas de perfusión se esforzaban en suministrar oxígenos y nutrientes para los sistemas enzimáticos más activos. Los robots resucitadores daban vueltas sin sentido en respuesta a las múltiples señales amarillas. Millares estaban enfermando con la acumulación de sus propios residuos metabólicos. Moses notó los olores de amoniaco, índole y escátrole.

Aparecieron más luces rojas. Las cosechadoras de proteínas entraban por las cuevas recogiendo a los fenecidos y transportándolos a los sintetizadores.

La asistente seguía vilipendiando a Moses con aspereza apasionada.

–¿Qué eres...? ¿Algún loco que ha venido a vengarse? No puede haber enemigos políticos aquí. Esto es un recinto para cancerosos..., no para psíquicos.

Más luces rojas.

Tomó aliento e intentó razonar con Moses.

–Si eres un asesino..., ¿por qué matarlos a todos? Dime cuál es el que quieres. Te ayudaré a buscarlo.

Moses la miró frunciendo el ceño. Operativa. Señalaría a uno para salvar el resto. Miró. expectante hacia Palillo, que parecía más relajado ahora que estaban apareciendo las luces rojas.

El ciber habló desde su casquillo.

–No somos asesinos en busca de una única víctima. No queremos la muerte de nadie..., pero desgraciadamente muchos morirán. Moses, será mejor que te vayas ahora. Si te pillan aquí te aplicarán la pena de asesinato en masa. Llévatela contigo. Necesitaré unos días para terminar mi trabajo aquí. No podré ir contigo.

Moses titubeaba.

–¿No podría esperar? Juntos quizá pudiésemos...

–No, corre. He engañado a este robot M.V. Pero tengo que seguir sentado sobre una unidad sensora para poder hacerlo. Hay otros nueve mecanos M.V. en la isla. Seguramente ya estarán captando el aumento de temperatura. Sus sensores están libres. El agua y el aire caliente de esta sección los alertará. Los equipos pueden llegar desde tierra firme en unos dos o tres días. Después de eso Seguridad sellará este sitio. Si sigues unido a mí la Gran ST acabará encontrándote..., para eso son muy eficaces. Recuerda lo que te he dicho..., viaja en dirección sur hacia el río.

Moses transportaba a la asistente amordazada sobre los hombros de vuelta al muelle. El barco, un simple clase diez, aceptó las órdenes verbales sin rechistar. La puso de pie en la sección de carga cuando navegaban hacia el mar. Ella se debatía y se lamentaba.

–Miles de luces rojas...

El barco temblaba con sus palabras. Moses le hizo una señal para que se callara. No quería crear confusión en el cerebro mec de la nave. Sus ojos relampaguearon y le

escupió. Enfurecido, la agarró por delante del traje retorciendo y hundiendo los nudillos en su esternón.

–Adelante... –le intimidó–. Ahí atrás eras bien habilidoso en las cuevas Dundas... matando pacientes dormidos. No eres hombre para hacerte con alguien despierto y pateando.

Sus gritos desviaron el curso del barco. La agarró con las dos manos y la tiró al suelo. A través de la tela sentía cómo le palpitaba rápido el corazón. La levantó por encima de la cabeza y se acercó a la barandilla. Con los codos aún atados detrás, miraba el mar gris, cubierto de hielo. Se debatió y lanzó más insultos. El ritmo cardíaco le aumentaba. Moses levantó la vista hacia su cara y vio unos ojos salvajes centelleantes y la boca mojada. ¡Le estaba gustando!

Moses la echó sobre la plataforma helada del palo de vigía de la nave y la sujetó contra el viento helado. Se quedó tiesa y se calló. La trasladó bajo cubierta. De este modo el barco se enderezó hacia el sur. En el calor de la cabina, acolchonada y seca, sostenía ella un cuenco de caldo caliente con ambas manos, en silencio. Parecía relajada, casi saciada de los daños sufridos. El se puso de pie frente a ella agitando el puño.

–Estás loca..., ¿lo sabías? Repite todo ese *show* de histeria y te vas a hacer daño otra vez. Ahora siéntate quietecita. Le daré a Palillo los dos días que necesita y luego te soltaré. Entre tanto, estamos encerrados los dos juntos en este barco. Tú verás si quieres darte un buen remojón en el océano de ahí fuera.

Su expresión malhumorada había desaparecido. Durante un momento jadeó, y luego pareció aceptar la situación. Utilizó el refrescador, encontró ropas secas y jugó con el expedidor pidiendo un jarro de granadina, un licor dulce y aromático de granada.

Algunas horas más tarde estaba sentada en el suelo realizando una serie de complicados ejercicios isométricos. Moses no le hacía caso mientras estuvo quieta..., algo agradecido por la paz momentánea. Se quitó la pieza superior de su traje y siguió haciendo yoga. Moses vio que la piel le brillaba un poco y supuso que era sudor. Luego vio que el frasco de licor estaba abierto. Vertió el líquido sobre la cabeza, recogiendo el pelo en un tirabuzón. La granadina tiñó el pelo mientras se lo peinaba con los dedos por delante del hombro derecho. Los músculos se contraían y se soltaban. Vertió más líquido sobre la cabeza. El tinte se extendió por el pecho y la espalda.

Pasó una hora durante la cual apenas se movió. Moses se encogió de hombros.

Por último, la asistente se levantó... Moviéndose lentamente, se despojó bailando del resto de la ropa. Extraño. Levantó el frasco por encima de la cabeza y vertió algo más de líquido. Bajo la piel brillante vio músculos que no había notado antes... la esternocleidomastoide del cuello y del recto en el abdomen. En la pierna, el músculo sartorius le atravesaba desde la cadera al interior de la rodilla. Tardó un momento en comprender su miotonía. Cuando vio que los pechos habían aumentado de tamaño, se sujetó fuerte. Mitonía y vasocongestión de los pechos...; estaba en plena fase de excitación.

–Cuidado... –le advirtió, levantando la mano.

Ella plantó ambos pies con firmeza, fijó la vista en el antebrazo de Moses con ferocidad y se abalanzó. A él se le escurrían las manos. Ella se agarraba con fuerza. Le rasgó la ropa con los dientes. Las uñas se le clavaban en el brazo.

Echándole los brazos alrededor de la cintura, le levantó una pulgada del suelo y le pegó contra la pared de la cabina. Los dedos se le escurrían por los hombros de la hembra. Alargando la mano hacia atrás abrió la compuerta y cogió un puñado de hielo lleno de sal de la parte de fuera; un ramalazo de viento helado azotó el cuerpo cubierto de alcohol... helándolo. El le azotó la espalda con el hielo cortante rompiéndolo en trocitos que se diseminaron por el suelo. Ella se puso tiesa, le agarró el muslo derecho como una tijera y tiró de él hacia el suelo.

Moses sintió la mordedura en el costado izquierdo y la golpeó en la cabeza varias veces firmemente. Despacio, espasmódicamente, ella se relajó. Retiró de encima con los codos la figura desmayada y se levantó. Ella permanecía entre los trozos de hielo, respirando con dificultad. Los ojos le brillaban y tenía sangre en el labio inferior..., la sangre de Moses. Dio un paso hacia ella con la intención de darle una patada. Ella no se inmutó. El titubeó, observándola. Había dejado de luchar. Estaba tan dócil como lo había estado después de exponerla al viento helado. Le echó una manta por encima y cerró la compuerta.

–¿Qué tipo de loca eres tú? –preguntó, sentándose e intentando componer su traje roto. Tenía señales de dientes en el brazo, pecho y costado. Estaban moradas y equimóticas. Sólo en el flanco había traspasado la piel...; dos pinchazos rojos cuadrados. Alcanzó un antiséptico.

Los trozos de hielo se derritieron. Quince minutos más tarde ella se levantó exhausta. El la estudió con aprehensión mientras se vestía de nuevo...; la miotonía y la excitación habían desaparecido, los pezones se habían aplanado. Lo que le sucediera ya había pasado.

–Si no te estás quieta voy a tener que atarte otra vez –le amenazó.

Ella sonrió...; lo sabía.

–No quiero hacerte daño –explicó él–, pero estos ataques que te dan están alterando el curso del...

No terminó la frase. Ella no le hacía caso..., se estaba secando el pelo y paseándose en su lado de la habitación. El salió a cubierta y se paró detrás del mástil con el cerebro del barco encima. Recogió los segmentos de cañería con que le había atado los codos y se los guardó en el bolsillo.

–Mantén rumbo sur, barco–dijo con calma.

Recorrió la cubierta buscando armas. No había nada afilado, naturalmente; ni siquiera cuchillos o tenedores para comer. En la caja de herramientas no había nada que pudiera usar como arma de mano, salvo una llave inglesa; pero no quería usar eso en su prisionera. Seguro que le saltaría el cerebro. Escondió la pesada arma debajo de la capa de polvo de la plataforma de cargamento... para que no la encontrara ella. Pero parecía haber poco peligro de eso..., sus ataques tenían una cualidad sexual bien definida. Sus pequeñas mordeduras iban destinadas a excitarle, no a hacerle daño. Se acabó dando cuenta que tenía una masoquista entre manos.

Su periodo de almuerzo acabó. Al cabo de ocho horas vertió el licor sobre la cabeza y se recogió el pelo en un tirabuzón. Despojándose de la ropa se echaba líquido y se lubricaba. Avanzó, rezumando granadas, con los pezones duros, y la piel tersa y roja. Él salió a cubierta cerrándose el cuello contra la brisa helada. Los zapatos crujían sobre las dos pulgadas de salmuera y cascotes de hielo a cinco grados bajo cero. Sonriendo para sí, pensó que ella no querría rodar sobre eso... con el cuerpo desnudo cubierto de alcohol.

Estaba confundido. Ella saltó desde la luz naranja de la entrada, agarrándole por el cuello y haciéndole rodar sobre la escarcha helada de la cubierta. ¡Su cuerpo estaba realmente caliente al tacto! Gritaba y mordía mientras rodaban hacia la balastrada. Las ropas de Moses estaban empapadas y heladas. Sobre la cubierta helada la fase meseta fue muy corta..., alcanzando el clímax casi inmediatamente. Él la arrastró por un pie hacia el interior de la cabina y la puso sobre un catre. Luego volvió a cubierta mirando el cronógrafo. Cuarenta segundos... No había estado mal.

El siguiente ataque lo redujo a treinta segundos golpeándole el ojo con el codo.

Al tercer día cruzaron 60:00. El océano parecía vasto y calmo. Nada se movía, excepto las nubes y el hielo. Vio el cuerpo abandonado de una vieja cosechadora en la playa de una isla minúscula... con las costillas arqueadas destacándose.

Al pasar frente a la isla la nave cambió el rumbo de repente hacia el oeste.

–No..., sur –dijo Moses firmemente.

La asistente sonrió.

–Este viaje ya no está autorizado. Prueba tus músculos con los de Seguridad.

Intentó alcanzar el mando manual, pero un destello brillante lo derribó.

–El campo está conectado –sonrió ella satisfecha–. El barco ha oído la llamada de larga distancia. Nos dirigimos hacia la costa.

Moses agarró la llave inglesa y avanzó hacia el mástil ciber.

–Tampoco intentaría yo eso –continuó ella–. A no ser, claro está, que realmente quieras nadar. Si rompes el cerebro de la mec pierdes el control de todos sus esfínteres. Nos llegará el agua hasta aquí –y levantó la mano por encima de la cabeza.

Moses apretó el botón de emergencia y se inflaron unos barquillos minúsculos. Levantó uno de los barcos salvavidas y observó el mar helado..., pensándose. Tenía más posibilidades con los guardias.

Cuando atracaron se guardó la pesada llave y se abrió paso entre los letárgicos nebishes. Su melanina cutánea y sus carotenoides fluorescían. Los circuitos de los guardianes buscaban. Las muchedumbres de los suburbanos no conseguían ocultarle. De nada hubiera servido arrancarles trajes de tejido a los ciudadanos. Su temperatura era demasiado baja. Durante varios días evadió la captura. La Gran ST asignó nuevos equipos de seguridad según huía de ciudad en ciudad. No tenía tiempo de dormir. Robaba comida de nebishes atontados cuando se alejaban de los expedidores. Cada vez que intentaba dar unos cabezazos la gente de Seguridad se le acercaba. La captura era inevitable.

–Ábrete –gritó a la puerta en lo alto de la bóveda del eje–. Ábrete. Déjame salir Fuera.

El óptico saltón le miró.

–No autorizado –anuncio.

Una puerta clase doce... y le bloqueaba la salida. Se sentó desfallecido y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir había un círculo de redes y pértigas...; cuatro brigadas habían venido a por él. Un disparo de Al Vol le hizo saltar el deltoide.

Cuando Moses Eppendorff se despertó vio imágenes moviéndose en una pantalla. Estaba en una celda pequeña. Miró ausente hacia la pantalla durante algunos minutos antes de reparar en la comida... La mesa de su celda estaba abarrotada de generosas raciones de una cena de siete platos. Le recorrió un escalofrío por la espalda cuando advirtió que las imágenes de la pantalla eran Luna, Dan y él mismo. El computador del tribunal estaba simulando sus crímenes.

Se levantó de un salto y buscó las salidas de gas. Nada. Las paredes eran membranas semipermeables..., los iones tóxicos y radicales entrarían por los poros microscópicos. Las paredes rezumarían sus venenos.

Se acomodó en la silla y miró fijo a la comida, tan poco apetecible. En la pantalla aparecieron vistas de montañas, canales y campos cubiertos con agriespuma. Notó algunos errores de detalle... y algunos errores que eran más que detalles. Claramente no habían percibido la importancia de Palillo. En algunas escenas, Luna o Moses llevaban una pértiga, en otras una lanza. A menudo no llevaban nada. La confrontación con los cazadores en el huerto estaba totalmente confusa. Sólo los resultados eran precisos: cazadores degollados alrededor de la nave. Los cuerpos de otros cazadores esparcidos

entre los árboles. Las heridas del viejo Luna y de Dan estaban grabadas..., seguramente por la nave cazadora, y les dio por muertos.

El ciberjurado siguió con el viaje solitario de Moses hacia Dundas. Los mapas mostraban la ruta fija... claramente premeditada. Casi todos los informes ópticos debieron captarse a gran distancia. El viejo Luna y su perro tenían siempre dientes blancos. En muchas zonas la información era muy fragmentaria..., a veces se cubrían meses enteros moviendo un punto impersonal a través de la pantalla.

Las escenas finales tomadas en la cueva eran bastante esquemáticas. Evidentemente, Palillo había conseguido bloquear casi todas las informaciones del sensor. La información parecía haberse obtenido de fuentes tan poco sugestivas como los desplazamientos del barco y las calorías que faltaban de los expedidores. El papel de la hembra Asistente estaba abierto: víctima o cómplice, todavía no había acusación alguna. Pero faltando las habilidades de Palillo del informe, la Asistente tendría que dar alguna explicación. El tribunal no había encontrado nada en el pasado de Moses como caño que le equipara para hacer sólo lo que se había hecho.

Se tranquilizó un poco. Incluso su ojo poco objetivo podía ver bastantes defectos en su acusación. ¿Dónde estaba su defensa? El tribunal acabó la simulación con las estadísticas de muertes...; había muerto un cuarto de millón. Un número similar sobrevivió y estaba ahora nuevamente en suspensión. Pero otro cuarto de millón estaba aún dudoso. Aparecieron en escena cientos de resucitados y equipos blancos de meca-meditecs. Las cifras definitivas tardarían algunos días en llegar. La Gran ST animaba a una ejecución pública de este crimen..., preferiblemente una ejecución múltiple. Todos los que habían conocido alguna vez a Moses Eppendorff estaban bajo sospecha.

Willie el Simple se encontraba sentado acariciando su trofeo. Las cicatrices habían desfigurado su párpado izquierdo haciéndole adquirir una mirada asimétrica. Cinco agentes de seguridad penetraron en su morada para detenerle. Ahora permanecían nerviosos a lo largo de la pared observando los movimientos de lo que era claramente un ciudadano demente. El agente con el escudriñador Tee observaba cómo el indicador se movía sin rumbo. Willie no tenía concepto alguno de la verdad. Estaban a punto de salir cuando el interrogador estimuló a Willie con una pregunta sobre Moses. La escala Tee se estabilizó. Los ojos asimétricos enfocaron.

—¿Moses? —murmuró Willie. Sus macromoléculas de la memoria se movieron. Una lágrima se asomó por el ojo izquierdo y colgó de una pestaña—. Yo le conocía. Hablábamos mucho. Era mi amigo. Ahora vive Henry allí. Henry no es amigo de nadie.

—Registrando en la zona Tee —dijo el agente que tenía el escudriñador—. Un poco de confusión psicogénica, pero claramente en la zona Tee. ¡Willie! ¿Habló Moses alguna vez de Fuera contigo?

Willie se heló. Pequeños reflejos de alerta se activaron en la profundidad de sus ganglios basales.

—¿E informaste sobre las conversaciones al Guardián? —continuó el agente.

Lo hombros de Willie cayeron. Había chocado con la Gran ST otra vez.

—Traedlo.

La Asistente del Puerto Dundas estaba sentada tiesa en su celda, acumulando maldiciones sobre Moses y negando con vehemencia que le ayudara. Josephson, agente del tribunal, se deleitaba viéndola debatirse ante el continuo interrogatorio. El miedo la

mantenía sentada. Sabía que tenía los escudriñadores encima. Cualquier pregunta podía ser la última si su respuesta –o no respuesta– satisfacía los criterios del Jurado de culpabilidad. Sus circuitos bioeléctricos se filtraban a través del psicocinetoscopio del ciberjurado mientras Josephson la interrogaba.

–¿Ayudaste al asesino de Dundas?

–No.

–¿Le ofreciste ayuda?

Ella titubeó..., acordándose de su ofrecimiento de apuntar hacia una víctima si salvaban al resto de los pacientes. Intentó explicarlo. Sus circuitos bioeléctricos eran inconsistentes. Josephson miraba maliciosamente sus señales de resistencia en la piel.

–¿Te tocó alguna vez Moses?

–Sólo para hacerme daño –escupió ella.

La resistencia de la piel disminuyó, pero la aguja permaneció en la zona Tec. Josephson y Tribunal estaban desconcertados con los gráficos.

Moses se encontraba sentado nervioso en su celda. Pasaron horas desde que el meditec le había tomado la muestra de sangre. Josephson llamó a la puerta.

–¿Puedo entrar, Moses? He sido designado abogado defensor tuyo..., si es que quieres uno. Tribunal tiene el crimen simulado en un factor de probabilidad de 0,6..., suficientemente alto para ejecutar sólo con la evidencia física. Pero un 0,6 deja sitio a la absolución por diferentes razones. ¿Quieres hablar?

Moses miró hacia la pesada puerta. Sus músculos se contrajeron. Los sensores de la celda registraron aumento de adrenalina.

–Venga, venga, tranquilízate –le advirtió Joseph–son–. Tribunal está registrando en detalle el estado de tu cerebro. Tu única oportunidad es la legal..., a través mío.

Moses intentó tranquilizarse.

–Entra –gruñó.

Detrás de Josephson se cerró una puerta antes de abrirse la de la celda. Moses no vio ningún guardia. Tribunal parecía controlar la cibercárcel. Moses retrocedió en un obvio gesto de huida.

–No necesitas ser formalmente sumiso –dijo Josephson–. No te tengo miedo. Estoy seguro de que eres inocente. Podemos sentarnos aquí mismo enfrente de la pantalla y pronunciar juntos tu defensa. Todo lo que queremos Tribunal y yo es la verdad. Y la verdad te liberará.

Josephson empujó hacia un lado algunos de los platos y puso varios formularios estándar sobre la mesa. Tribunal le enfocó una luz desde el techo. Moses se sentó en el catre. Josephson cogió una silla.

–Como asesino de masas tu defensa claramente es el síndrome de asesinatos en masa..., una conocida psicosis resultante de las aglomeraciones. Veamos, tú eras un ciudadano. Hace menos de cuatro años vivías en una ciudad–eje estándar de 50.000 habitantes, ¿cierto?

Moses asintió.

–¿Este hombre te mandó en una escalada?

La cara cuadrada de J. D. Birk apareció en la pantalla. Era una comunicación en vivo, no una grabación. Birk sonreía a Moses con sonrisa aborregada.

–Creí que estabas muerto –murmuró Birk.

–¿Por qué enviaste a Moses Fuera? –preguntó Tribunal.

Birk empezó a gimotear su contestación.

–Estaba mostrando señales de desviación categórica nueve..., orgullo anti-ST, entusiasmo por amor propio...

El Tribunal revisó sus propios recuerdos del archivo de trabajos de Moses.

–Llegó incluso a pretender atribuirse la *trufa amorfa*, intentó darle su propio nombre, aunque se descubrió en una patrulla de rutina –añadió Birk. –

–El Melón de Moses... –dijo Tribunal–. Sin duda por amor propio. No hay evidencia de que comparta el alma colectiva.

Moses miró indignado el intercambio entre su jefe y el ciberjurado. ..., añadiendo sus propios bioeléctricos para confirmar la veracidad de la afirmación.

Josephson miraba los playbacks del primer Melón de Moses según se descargaba del sub del servicio de colectores. Sonrió. Lo que él pretendía era obtener la verdad.

–Eso ayuda mucho –dijo Josephson–. Quiere decir que tu viaje Fuera estaba relacionado con la categoría nueve..., una categoría corriente entre los muy esforzados. Desde luego nada que pudiera indicar el posterior incidente de Dundas.

Tribunal confirmó la deducción. Josephson continuó.

–Moses nació con el muñón de un quinto dedo–un gen de inmunoglobulina A–. Reaccionó excesivamente contra el factor nido, produciendo anticuerpos que interfirieron con su metabolismo cerebral de serotonina.

Unos cuadros mostraban un humano de cinco dedos viviendo en escombros ectodermales..., polvo de escamas de piel, óleos de piel y cabellos. La garrapata del polvo casera, *Dermatophagoides fannae*, se tragaba los escombros de piel..., alterando ligeramente sus cualidades antigénicas. El polvo subsiguiente contenía la garrapata y sensibilizaba al humano. Los anticuerpos ataban los botones de serotonina sobre los neuomas provocando cambios en la personalidad... Actividad inapropiada. El asesinato de masas era considerado muy inapropiado.

–La culpa es de la sociedad. La aglomeración ha causado el crimen. Moses no disponía libremente de su voluntad una vez que A.I. se apoderó de él–concluyó Josephson.

El tribunal esperó hasta que acabó la exposición de la defensa y habló didácticamente:

–Moses tenía un test de piel negativo para el polvo de casa. Su nivel de inmunoglobulina A es de cinco dedos, pero no muestra un aumento de anticuerpos contra el factor nido. ¿Alguna defensa alternativa?

Josephson estaba perplejo.

Moses tardó un momento en darse cuenta que Tribunal le estaba hablando a él directamente. La verdad. Los gases venenosos llenarían el cuarto si sus autonómicos establecían su culpabilidad. Intentó buscar entre su relato la versión que resultara más segura.

–Yo no he matado a nadie.

Zona Tee. Hasta ahora todo iba bien.

–He estado Fuera durante más de tres años. Admito ser un destructor de cosechas y un desertor de la Gran ST

Aún zona Tee. Josephson y Tribunal parecían satisfechos.

–He viajado con un anciano y un perro que ahora están muertos. También viajé con un ciber clase seis de dos mil años llamado...

–¿Una mec renegada? –preguntó Tribunal revisando los archivos.

–No estoy seguro de que fuera una renegada. Me dijo que sus cadenas de mando se habían roto. Quizá fuera una mec perdida.

Zona Tee. Tribunal le indicó que continuara.

–Palillo, mi ciber, si mató algunas veces, pero estoy seguro que tenía alguna razón potente para...

–No se registra ningún ciber clase seis en tus viajes–dijo Tribunal–. ¿Dónde está ahora tu Palillo?

–Se ha quedado en las cuevas. Le dejé en un casquillo del control de Mantenimiento de Vida. No es móvil. Supongo que vuestros agentes de seguridad lo tienen.

Hubo una larga pausa mientras Tribunal comprobaba los nuevos detalles del relato de Moses. En la pantalla apareció un taller. Josephson se levantó y observó de cerca la escena –un grupo de tecs inclinados sobre un segmento de cañería que habían abierto a lo largo. Se veían tres cilindros homogéneos–como tres guisantes en una vaina–, uno de cuarzo, otro negro y otro blanco. Un tec miró hacia arriba.

Tribunal preguntó:

–El artefacto encontrado en la unidad de M.V. en la escena del asesinato de Dundas... ¿Lo habéis analizado?

El tec señaló hacia el tubo desmantelado. A Moses se le hundió el estómago.

–A juzgar por su función hemos concluido que se trata de un convertidor de frecuencia..., cambia las lecturas de termistor de caliente a frío. Hay muchas maneras en que podría hacerse, pero hasta el momento no hemos descubierto la lógica de este aparato. Debe ser un diseño muy primitivo, que no hemos tratado en nuestros ejercicios de entrenamiento.

–¿Es éste tu ciber clase seis? –preguntó Tribunal.

Moses asintió.

–Mis sensores me dicen que estás diciendo la verdad –dijo Tribunal–. Pero tu concepto de verdad no se adecua a la realidad. Tu Palillo no es un ciber de alto nivel. Es sólo un mecanismo sencillo que altera las lecturas de temperatura. La ciencia sabe que el ciber más pequeño transportable es de clase diez. Sólo el casco cerebral de una clase seis pesa más de una tonelada. Eso sin incluir un generador de energía y los apéndices. Sin duda tu falsa visión es real. Aceptaré tu petición de inocencia en razón de una mente no sana. Retrasaremos tu suspensión hasta que podamos clasificar tu tipo concreto de locura para colocarte en el lugar apropiado de las clínicas de suspensión.

Josephson se relajó. Otro caso ganado. Moses farfullaba. La pantalla masculló algo sobre una audiencia pública al día siguiente... y cerró la emisión. La celda se iluminó. Se oía una agradable música. Josephson se estiró, bostezó y se sirvió de la última cena de Moses.

–Se acabó la vista –sonrió Josephson–. Todo lo que nos queda por hacer es esperar a la audiencia de mañana y estarás en casa libre...; irónicamente, quizá seas un paciente psic de Dundas.

–¿Suspensión? –Moses se encrespó–. Pero yo no quiero que me suspendan.

–Siempre es mejor que la ejecución –Josephson se encogió de hombros. Salió.

Como una hora más tarde apareció con un paquete alargado bajo el brazo. Parecía excitado. Lo colocó en medio de los platos y lo desenvolvió... Palillo.

–Tribunal quiere que te quedes con lo que ha quedado de tu... aparato –dijo Josephson–. Supongo que intentan clasificar tu falsa visión.

El largo caparazón de Palillo estaba vacío. Los tres cilindros chocaban entre sí sueltos en sus envolturas de paño blanco. La cara de Moses registraba dolor a la vista de los intestinos de su ciber. Cuando Josephson volvió a salir recogió la piel de Palillo y se la acercó al oído. Nada. ¡Los cilindros! La luz se reflejaba de forma extraña sobre el cilindro de cuarzo..., destellando en diversos puntos con los colores del arco iris. Lo recogió y lo metió dentro de la piel de Palillo cerca del óptico. Este era el lugar en que habían aparecido también el rayo de luz visible y la chispa eléctrica. Lógico. El cilindro blanco parecía madera. Lo colocó en medio. El negro parecía pegado a la mesa. Tiró con fuerza. No se movió. Cuando tiró suavemente se movió despacio de la mesa, ofreciendo resistencia. Parecía tener muy poco peso, pero inercia masiva. Miró discretamente hacia los diversos sensores de su celda.

–Pobre Palillo –dijo con exagerada emoción–. ¿Te han hecho daño?

Rasgando tiras de la envoltura de paño vendó a Palillo. Apretando los nudos con fuerza cerró la apertura longitudinal de su piel. La apertura se abrió lentamente otra vez estirando la tela. Moses se lamentó y cambió la posición de los cilindros blanco y negro, poniendo el negro en medio. La piel seguía abierta.

–¡Háblame, Palillo! –gritó.

Moses se derrumbó sobre su litera. Su cerebro calculaba velozmente sus pocas alternativas..., sonriendo abobado por la autocompasión o lanzando un ataque violento contra el ciberjurado. Mañana podría muy bien ser su último día como organismo caliente en este planeta.

De repente su proceso de pensamiento se congeló por lo que vio. Palillo estaba cerrando la apertura de su cubierta. Los vendajes se aflojaron. ¿Habría vuelto el espíritu al pequeño ciber? Con cuidado se levantó y extendió la mano hacia el ciber, con la mente llena de todos los sensores que le espiaban.

En un cuarto de control distante Josephson estaba sentado mirando las múltiples pantallas de Tribunal: imágenes ópticas, linguales y gráficas. Todas estaban enfocadas sobre Moses..., su cuerpo y su psicología.

–¿Hay algo incriminatorio?

–No –contestó el ciberjurado–. Sólo que ha vendado a su amigo imaginario. Ahora lo lleva a la cama. Creo que está besando el vendaje...; sin duda es una falsa visión.

–¿Y los demás sospechosos?

–William Overstreet tiene culpa bioeléctrica no confirmada por los hechos –dijo el Tribunal. –La Asistente de Dundas aún no ha sido acusada o absuelta. Puede ser que en la audiencia de mañana...

Josephson observó los indicadores sensibles.

–¿Qué le pasa a Moses? Mirad ese aumento de adrenalina.

–Aún está abrazando y besando al aparato –dijo el Tribunal–. Ilógico. Detecto un débil campo eléctrico alrededor de su litera. Quizá el aparato tenga algún tipo de batería. Supongo que es posible.

Josephson se encogió de hombros.

–Nuestros techs no han encontrado evidencia alguna de circuitos. No creo que se les haya pasado una batería.

Moses se relajaba sobre su catre con Palillo a su lado en la almohada. Estaba girado hacia la pared vacía e intentaba controlar su excitación. Al tocar con los dientes la

piel de Palillo oía un sonido..., el hueso conducía al susurro sónico a su octavo nervio craneal. Palillo estaba vivo.

–Moses. Mi memoria se ha dañado con la cruel incisión que han hecho en mi piel. No me defendí porque mi identidad es más importante que mi vida. No podemos dejar que la Gran ST sepa que existo. Si es necesario me autodestruiré antes de presentarme como una clase seis. El Tribunal es una clase seis, pero su circuito es muy primitivo. La tecnología ha retrocedido junto con la evolución inversa de vuestra especie... –chirrido.

Moses esperó a que Palillo hablara de nuevo. ¿Cómo podría esperar escapar sin los poderes de Palillo? El corazón le latía con fuerza. ¿Por qué no hablaba? Tribunal y Josephson estaban desconcertados por los bioeléctricos veloces.

Moses durmió a pesar de su tensión neurohumoral. Sus largos días en el ciberbarco y la alborotada persecución por los suburbanos le habían dado poca ocasión de reposo. Justo antes del amanecer la piel de Palillo le hizo cosquillas en la mano. Se despertó y tocó al ciber con los dientes.

–Eres el visionario del Puerto Dundas venido al norte para librar a la gente de una vida vegetal en la suspensión. Les has curado sus enfermedades..., los has rescatado de las garras de la muerte. Yo soy tu báculo. Ponte túnicas y llévame. Conduciremos a tu gente Fuera.

Moses estaba aún medio dormido. Palillo repitió sus instrucciones hasta que el córtex de Moses las aceptó como un hecho. La aceptación se veía facilitada por el hecho de que ya había observado cómo el espíritu de Palillo desaparecía y volvía. El papel del profeta era fácil para alguien que llevara semejante ciber.

Moses se levantó, con los ojos bien abiertos, y rasgó las sábanas en túnicas vaporosas. Agitando a Palillo, gritó:

–¿Dónde están mis hijos? ¿Mis seguidores? ¡Traédmelos ante mí!

En la Sala de Audiencias empezó a transcurrir la escena. Tribunal dio las cifras de muertes y presentó su versión simulada del asesinato en masa. Un reencarnacionista que practicaba la necromancia habló de los miles de almas que el calor arrojó fuera de Dundas gritando.

Tribunal escuchó el relato cortésmente, un vívido relato de almas en agonía lanzadas en una inundación de un cuarto de millón hacia el mundo del espíritu. Aglomerado en la muerte como en la vida.

–El hombre está destinado a hacer su último viaje en paz..., con alguna semblanza de soledad, no en la indignidad de una inundación –concluyó el necromancio.

–Deberías utilizar esos argumentos en los casos con megajurado –dijo Tribunal–. Este lo llevaré yo mismo. Ya he aceptado la apelación de locura. Se puede predecir la disposición final. Esta audiencia es rutinaria. El siguiente testigo.

–Su servidor –el necromancio se inclinó en una reverencia–. Hago mis afirmaciones en nombre de mis estudiantes. Somos sensibles a los sufrimientos de las almas que nos rodean. El prisionero, Moses, ha mostrado una grave falta de consideración por las almas de Dundas. No debe aceptársele su apelación de locura. No debe permitírsele ocupar un lugar en los cofres de Dundas..., porque estaría beneficiándose de su crimen al ocupar el lugar de uno de los asesinados.

Tribunal sintió una ola de aprobación de su audiencia mundial. Los ciudadanos estaban preocupados con la seguridad de las clínicas de suspensión... porque los vivos fríos dependían de la Gran ST mucho más aún que los vivos calientes. Mientras uno dormía en su criocofre estaba mucho más expuesto a daños de sabandijas o de los elementos. El acto de Moses había debilitado la fe de los ciudadanos en la seguridad de la suspensión.

–Es verdad –dijo Tribunal–. No puedo permitir que un asesino se beneficie de su acto si el beneficio proviene de la víctima. La ley es clara. El espacio de suspensión dejado vacante por un asesinato no puede asignarse al asesino. Este juicio se suspende temporalmente.

–Pero no puedo ejecutar a alguien que aparece tan falto de lógica ante mis sensores –objetó Tribunal–. Está fuera de contacto con la realidad.

–No necesitas ejecutar. Deja que vaya al megajurado –dijo el necromancio.

–Pero puedo predecir cómo va a votar el megajurado –interpuso Tribunal–. Todos quieren una suspensión segura.

Josephson escuchaba sentado, en silencio. Luego fue a hablar con Moses.

–Tienes que presentar rápidamente tu apelación por locura. Si Tribunal deja que tu caso pase al megajurado no vas a durar ni el tiempo de la simulación. Sé cómo se siente el público sobre estas cuestiones.

–Déjame pensarlo –dijo Moses. Esperó a estar solo y habló con Palillo. Luego se vistió las túnicas y habló ante los receptores ópticos.

–Dejad que lleve mi caso ante la gente. La gente decidirá. Un nuevo profeta ha surgido en Dundas... –agitó el báculo ciber–. He venido a liberar a mis seguidores de la suspensión.

El necromancio se sonrió.

–Acabó tu papel, Tribunal. El prisionero exige que se le arroje a la merced de la gente. Los conozco. Si ha venido a Dundas para liberar a los suspendidos matándolos, puede unirse a ellos en su libertad..., en la muerte.

Tribunal transmitió rápidamente las palabras de Moses al público y pidió un megajurado. Inmediatamente se apuntaron un millón de ávidos jurados y apretaron sus respectivos botones «ejecución». Sujetando la válvula de seguridad de los gases venenosos, advirtió:

–A causa de la atención mundial que ha atraído este juicio, no se registrarán los votos hasta los argumentos finales de la defensa.

El ciberjurado notó que muchos de los jurados mantenían sus pulgares sobre los botones...; la cifra se mantenía por encima del cincuenta por ciento.

–Los que sigan votando después de esta segunda advertencia perderán sus puestos en el megajurado... y su cupo de calorías por el servicio. Conduciré este caso de forma ordenada. El voto sólo se emitirá en el momento oportuno.

Tras algunos titubeos los votos se fueron apagando. Tribunal se aclaró los circuitos vocales y llamó de nuevo al necromancio para que repitiera su relato emotivo que acababa con el epíteto: «Moses, el profanador de almas».

Tribunal advirtió de nuevo al jurado que se abstuviera de votar.

Josephson le susurró a Moses:

–Eres hombre muerto si insistes en esta línea de defensa. La libertad en la muerte no se puede aceptar. Si lo hicieran podríamos acabar con las clínicas Dundas. Los ciudadanos quieren la ilusión de inmortalidad que les da la suspensión. Te matarán por debilitarles esa ilusión.

Tribunal repitió la simulación del crimen para el jurado. Fueron llamados los testigos oculares. Willie el Simple habló en defensa de Moses, pero su cara asimétrica y su extraño acunamiento del trofeo invirtieron sus palabras a los ojos del megajurado. Si este pobre desvariado era la referencia del carácter de Moses...

La mente de Willie se aclaró al detectar el odio silencioso. Levantándose, miró fijamente a los receptores ópticos y gritó:

–¡Moses es el único buen ciudadano que he conocido. No estaría bien hacerle daño. Nunca ha hecho daño a na...! –los guardias tiraron de la túnica de Willie–. ¡Dejadme acabar! –la túnica se desgarró; él se debatía. Al caer la tela la audiencia mundial pudo ver un horrendo casco lleno de cicatrices..., el armazón de Willie deformado por queloides abultadas, geográficas de sus viejas quemaduras actínicas. En sus potentes manos se rompía el hombro de un guardia.

–¡Eh! –le apaciguó Tribunal–. De este modo no vas a ayudar a Moses. Deja el brazo. Ahora eres un accesorio. Únete a Moses por esa puerta azul de tu izquierda.

Las puertas dobles silbaron al abrirse. Moses estaba ahí de pie, vestido de blanco y sujetando un báculo. Willie se inclinó y depositó el brazo desmantelado como una garra de huesos. Su cara no mostraba emoción alguna al pasar por encima del cuerpo, sólo sorpresa de ver otra vez a Moses. Las puertas silbaron, cerrándose según entraba en la celda. Tribunal aumentó el número de acusados a dos. Los cupos de calorías del megajurado se duplicaron.

Una barredora robot limpió el lugar.

La Asistente magullada tomó su puesto, nerviosa. Su ataque vitriólico convenció tanto a Tribunal como al jurado, que realmente odiaba a Moses..., de hecho se sorprendían cómo había podido sobrevivir tres días con ella. El número de acusados seguía siendo de dos.

–Déjame que apele a la locura por ti –le urgía Josephson–. Arrójate a merced de Tribunal. Todavía hay una oportunidad. Tus tests han convencido al ciberjurado antes..., puede que lo hagan de nuevo.

–No –dijo Moses–. Mi lugar está con mi gente.

–Estás loco... –empezó Josephson. Luego hizo una pausa al ver a Willie el Simple encolerizándose–. Muy bien, yo me lavo las manos de tu caso..., te quedas solo. Pero te advierto, eres hombre muerto, Moses.

Josephson salió dando grandes zancadas a través de las puertas dobles silbantes.

Moses tomó la palabra. Este era el último argumento que se oiría, no más interrupciones, no más apelaciones. Los gases venenosos esperaban –iones, metales pesados y radicales tóxicos–. Levantó el báculo y miró hacia arriba, diciendo:

–He venido a Dundas a liberar a mi gente..., tras mil años en sus frías prisiones. Los he liberado de sus enfermedades. Sus tumores han desaparecido. Traédmelos para que pueda conducirlos fuera de este maldito lugar.

No sucedió nada. Sus predicaciones se registraron como eso..., predicaciones de un loco..., de un asesino de masas. Agitó el báculo ante el gran ojo de Tribunal:

–Invoco al cielo como testigo...

En las pantallas de todo el mundo aparecieron copos blancos de nieve. Tribunal sintió un disturbio electromagnético que debilitó sus circuitos.

–Mi gente..., ¿dónde están? Los he liberado de sus dolencias. No podéis encerrarlos de nuevo en vuestras prisiones de hielo. Traédmelos.

Tribunal pidió un análisis de los disturbios E.M. Los techs se afanaban en las bóvedas de mil ejes observando violentas auroras. Las transmisiones a las meca-agros y las naves cazadoras eran irregulares.

–Destellos solares..., ¿hace dos días? –Tribunal recibió la información.

Naturalmente, la pirotécnica del prisionero –tan verbal como celestial– provocaba algunas dudas en las mentes del jurado. Los votos prematuros favorecían ahora la absolucón.

–Perdona –dijo Tribunal–. Sé que no entra en lo establecido, pero puedo pedirle permiso para llamar a un oncólogo que confirme o niegue tu alegación de locura.

Moses sonrió condescendiente:

–Si la prueba de los cielos no es suficiente, traed a vuestro científico físico. Las curas están ahí, si tenéis ojos para ver.

Incalculables millones se inclinaron sobre sus pantallas.

El oncólogo, un biotec anciano especializado en cáncer, asintió. Moses estaba en lo cierto. Muchos de los pacientes se habían librado ahora del tumor y no podían volverse a suspender.

–¿Muchos? –preguntó Tribunal–. ¿Cuántos?

El oncólogo retorció su señalador nervioso. A su lado se iluminó una gran pantalla de demostración. Miró a las figuras. Seguían saliendo mientras los equipos blancos trabajaban en las cuevas.

–Cerca del cuarto de millón, hasta ahora.

Durante la interrupción que se siguió, Tribunal contactó directamente con Dundas..., confirmando la afirmación.

–Tribunal requiere una explicación científica–ordenó el ciberjurado.

El oncólogo se aclaró la garganta.

–Claro que nunca podemos estar seguros de que se hayan destruido todas y cada una de las células del tumor, pero nuestro equipamiento escudriñador capta muy bien las masas de células. La prueba que veis en esta pantalla es normal; los colores indican niveles de actividad metabólica o calor de la membrana celular. Lo llamamos el membranograma. El tejido activo es más caliente: fíjense en el corazón rojo brillante, las entrañas y el músculo esquelético rosado, el hígado y los riñones rosas, el cerebro amarillo y los huesos y grasa negros. Aquí hay otro normal..., y otro. Observad el parecido. Colores homogéneos. Destellos de contracción. Ahora ved un paciente con cáncer. El membranograma recoge un nudo áspero caliente. Es un tumor de pulmón. Las células de cáncer son más activas –más calientes–, con mayor índice metabólico. Los tumores emplean más calorías y oxígeno. El calor se ve en la pantalla. Esta imagen es del mismo paciente ocho meses después. El tumor es más grande y tiene un centro ennegrecido –la llamada señal de la rosca–, el centro está muerto, necrótico, vaciado. Notad las pequeñas semillas extendiéndose por los canales linfáticos..., metástasis a los nudos, hígado, cerebro y demás órganos. Según se debilitan las defensas del cuerpo, se acelera la difusión del tumor. Tras los intentos normales de paliación con antimitóticos intentamos suspender a los pacientes mientras conservan alguna vida residual. En Dundas había muchos casos de este tipo.

El oncólogo hizo una pausa. El lapsus de tiempo repetía el aumento y difusión del tumor. El signo de rosca aparecía de nuevo.

–¿Moses Eppendorff ha curado algunos de éstos?–preguntó Tribunal.

–Aparentemente –dijo el oncólogo–. Esta imagen con la señal de rosca era uno de nuestros carcinomas broncogénos. Había metástasis cerebrales. Un caso perdido. Ahora... esta imagen es una nueva tomada hoy. Ninguna área caliente. Ningún tumor, según nuestros tests.

La Gran ST sintió el grito de sobresalto de los ciudadanos espectadores.

–¿Una cura?

–Probablemente sí.

Masas inquietas de nebishes exclamaban:

–¡Un milagro! Un nuevo profeta ha surgido en Dundas. Librad a Eppendorff. Librad a Eppendorff.

Los escudriñadores de la ciberciudad registraban el tumulto.

–Tribunal está aún a la espera de una explicación científica.

–Piroterapia –explicó el oncólogo–. El calor duplicó el ritmo metabólico a cada aumento de siete grados. El tejido de los tumores tiene más enzimas respiratorios activos y es más vulnerable al calor, quema las mitocondrias. Esto se ha sabido desde antes de Olga. Los antiguos utilizaban baños calientes para curar los tumores pélvicos. La terapia de fiebre se empleaba para todo tipo de neoplasma. Es un tratamiento arriesgado...; observen el índice de mortalidad del episodio de Eppendorff. Los resultados han sido siempre aproximadamente los mismos: un tercio de curaciones, un tercio de muertes y un tercio que siguen con sus tumores. Es este alto índice de mortalidad lo que ha excluido la piroterapia de nuestro armamentarium actual; suspendemos en espera de una cura más segura.

Tribunal daba vueltas a las matemáticas. Un tercio matado, un tercio curado. Resultado neto: más espacios vacantes y proteínas extra. Las cifras se equilibraban. El megajurado exculpó a Moses y a Willie el Simple. Cultistas de todo el planeta revisaron sus planos. El nombre de Eppendorff entró a formar parte del libro de la Gran ST.

Tribunal se encontró con un problema nuevo: la disposición final de un cuarto de millón de humanos, casi todos de cinco dedos. Muchos eran ancianos y débiles. Todos ellos hablaban un dialecto diferente de los siglos pasados. Ninguno sobreviviría mucho con la densidad de población actual, aunque hubiese moradas y calorías suficientes, y no las había. Los niños que sobraban estaban siendo ya enviados por los vertederos a un ritmo de cerca del cien por cien en muchas ciudades–eje. Introducir un nuevo ciudadano sería imposible sin privar a otro ciudadano de su MCB. Moses miraba la pantalla: millares de pacientes recién despertados se apelotonaban en torno a las cuevas de Dundas esperando a los barcos que los llevarían a tierra firme. Viejos, débiles, de cinco dedos, a punto de ver por primera vez la Colmena de la Gran ST. ¿Les habría hecho realmente un servicio despertándolos?

–¿Dónde están mis criaturas? ¡Dejad que las conduzca Fuera! –gritó Moses.

–¿Fuera? –murmuró Tribunal.

–Yo los reanimé. Déjame que me cuide de ellos–gritó Moses–. Los cielos están de nuestro lado. No necesitamos ayuda de la Colmena.

La Gran ST tembló de nuevo. Los nebishes brincaban en sus pequeños cubículos. Los cazadores se alarmaban. Las tormentas magnéticas trajeron a las naves cazadoras de vuelta al refugio de sus garajes.

El inmenso Konte se vio empujado junto con los demás pacientes por filas paralelas de guardias de seguridad armados con pértigas. Caminaba en un silencio estoico. Su Edna ya no estaba con él. La memoria de los días anteriores a la suspensión le fallaba y no estaba ya seguro de cuándo la había perdido. Recordaba su juventud y su vigor: su amor. Se frotó el cuello. El nudo duro desapareció, así como los demás síntomas de su enfermedad: la piel amarillenta, las manchas rojas y la hinchazón creciente de su tripa. Su cáncer había desaparecido. Sólo quedaban zonas tiernas que le picaban allí donde proliferaban los fibroblastos que reemplazaban el tumor necrótico.

El mundo había cambiado mientras dormía. No entendía todas esas pértigas horribles... y no le gustaba que le empujasen por todos lados sin darle explicaciones.

El joven Val estaba sentado en el Control de Caza mirando el incidente de Dundas en la pantalla. El gordo de Walter resoplaba en su consola tomando notas en su libro-ST. Las catamaras se abrían paso entre las aguas grises heladas de la bahía Baffin transportando pacientes al lecho de rocas helado de tierra firme. Se apiñaban juntos en medio de las bóvedas brumosas de algas, harapientos, sin jefe y perdidos.

—¡Debe haber lo menos un millón! —exclamó Val, cambiando de canal en canal y obteniendo imágenes diferentes de la banda fugitiva. La Gran ST los estaba poniendo Fuera.

Walter miró a Val nervioso.

—Veo la mano de Olga en esto.

—Venga, no bromees —le riñó Val—. No son más que un montón de desajustados medio inválidos que están siendo enviados Fuera para morir. Mira qué expresiones de desconcierto, mira las muletas y los bastones. Están a cientos de millas de los jardines seguros más cercanos y allí habrá cazadores esperándoles. No puede salir nada bueno de esto.

—Pero Eppendorff era nuestro Caño —dijo Walter—. Como Tinker, proviene de una ciudad—eje. ¿Recuerdas el trabajo que nos dio rastrear a Tinker? ¿Los tres cuerpos de despiste, la mec renegada? Algo le estaba protegiendo. Ahora Caño no hace más que mover su báculo, y nuestra nave cazadora y los comunicadores se estropean.

—Bueno, no es ningún milagro —protestó Val—. Los destellos solares están alterando las E.M. Venus se desplaza hacia el signo solar —Géminis—, el visionario ojo—de—gamo puede predecir viento solar. Eso es todo. Cuando haya pasado la alteración E.M. los cazadores acabarán con ellos.

—Pero éstos son pacientes —objetó Walter—. Hace cien años eran leales ciudadanos. Se ganaron la suspensión.

—Tienen cinco dedos —Val se encogió de hombros acariciando una flecha—. Y ahora están Fuera. Eso para mí se llama ojo—de—gamo.

Las observaciones ásperas de Val chocaron al viejo Walter.

—¿Tú no los cazarías, no?

—No hay necesidad —sonrió Val—. Están a más de tres mil millas. Mira su andar a trompicones. No vivirán para ver las fronteras de Siempreverde.

Walter se volvió apesadumbrado a su libro ST. Si Olga vuelve, ¿por qué no puede recibirla todo el mundo? ¿A qué se debe la confusión?, ¿La duda?

El sentimentalismo irritaba a Val. Se dirigió enfadado. al garaje del C.C. y sacó a su Ave Can IV bajo control manual. Los sensores titubeaban en la aurora, proyectando un caleidoscopio de colores sin sentido sobre la pantalla. Val comprobó las cosechas visualmente sin encontrar nada fuera de lo común entre los árboles cubiertos de densas viñas y los campos profundos de cosechas triples. Su tensión cedió tras varias horas de crucero. Ave Can le condujo de nuevo a casa.

Los pacientes andaban en fila en dirección sur a través de las nieblas heladas. Venían canosos y calvos. Jóvenes y de edad madura. Algunos cojeaban. Otros tenían heridas abiertas donde habían desaparecido los horribles tumores de la piel. Formaban una masa viviente, desplazándose, de una milla de ancho y cuatro de largo, contrayéndose de noche para buscar calor y extendiéndose durante el día para forrajear en la tierra helada. Un glaciar de cinco dedos.

Hugh Konte se adelantó por entre el rebaño para alcanzar el grupo joven, más vigoroso, que iba en cabeza. Hugh buscaba un líder. Un ectomorfo flaco se adelantó hacia la cabeza, titubeó y se volvió a diluir entre el grupo. Un macho fornido habló alto hasta

que se dio cuenta que estaba recogiendo seguidores. Hugh miró a miles de caras y no veía más que desconcierto. El macho fornido se calló. El ectomorfo deambulaba explorando. Nadie guiaba. Los pasos seguían a las huellas... en dirección sur.

Moses y Willie llevaban un mapa con el pasaje seguro de Tribunal señalado: un pasillo recién cosechado sin grano. A lo largo de la ruta se esparcieron pequeñas porciones de pastillas de proteínas: los 250.000 pacientes que habían muerto. El mapa acababa donde terminaba la jurisdicción de Tribunal, en 50:00.

Moses trepó a una bóveda de eje por la noche y se presentó como el que los había curado. Gritó órdenes de que permanecieran juntos usando la aurora boreal para conferirle autoridad. Las predicciones de escondites de proteínas atrajeron a los escépticos.

Durante el día, Moses y algunos más removían la tierra según avanzaban, en busca de posibles fragmentos de comida que las cosechadoras no hubieran visto. Sólo encontraron pedazos de lignina y celulosa dejados como estiércol. Algunos estaban húmedos y se podían masticar, con unas gotas de jugo de plantas, pero la mayoría aparecían cubiertos de moho e invadidos por la microflora de la tierra. Estos, no comestibles, recogidos durante el día, se arrojaban a las fogatas al anochecer. Estos pequeños fuegos, que prendía el arco de Palillo, marcaban las unidades sociales en que se estaba fragmentando la masa humana.

Moses se sentó en el círculo de caras polvorientas alrededor de un montón de carbones incandescentes...; las córneas brillaban. Encima destellaban las estrellas.

–¿Necesitas más combustible? –preguntó Hugh Konte, adelantándose desde la oscuridad.

Entregó a Moses un haz de raíces de tamaño regular.

–Búscate un sitio y siéntate.

Depositó el fajo de raíces sobre los carbones y miraron las chispas blancas brillantes jugando al arder la micelia blanca. Al poco tiempo las raíces de madera ardían con una llama constante amarilla. Moses predicó sobre las duras realidades de la vida Fuera.

–Claro que estoy agradecido de mantenerme vivo –dijo Hugh–, pero ¿no crees que deberíamos dividirnos en grupos más pequeños? ¿Forrajear una zona más extensa?

–Tribunal dijo que no –dijo Moses–. Los escondites de proteínas nos acompañarán hasta 50:00. Si nos salimos del camino señalado nos echarán agriespuma. No podremos dormir en seco y dejarán de suministrarnos proteínas. No podemos ofender a Tribunal.

Hugh se levantó y escudriñó el horizonte. Estaban rodeados de infinitas filas de bóvedas. Hacia el norte la multitud dormía alrededor de las fogatas. Hacia el sur, la oscuridad.

–A la larga nos tendremos que dividir. Tu descripción de la gente–de–ojos no es muy atractiva: herramientas de piedras, huida continua de los cazadores, y comiendo cualquier cosa; pero sin duda es bastante mejor que la suspensión. Extraño, pero cuando entré en suspensión era el jefe de un complejo industrial bastante grande, mi propio imperio. ¿Ahora?–hundió las manos en sus bolsillos profundos–. Ciertamente que las cosas cambian en mil años.

Se acurrucó sobre la tierra en torno a las cenizas y se durmió.

Las meca–agros cultivaban los campos a ambos lados de su camino. La visión de todos los frutos prohibidos les activaban los jugos gástricos. La tentación precipitaba a algún que otro fugitivo hacia los jardines. Moses repitió la advertencia de Tribunal, pero la palabra tardaba en transmitirse por el glaciar humano. Aparecieron naves cazadoras.

Los rumores de que había comida bajo el límite 50:00 estimularon un paso más ligero. Moses y Hugh se pararon en el flanco derecho viendo cómo avanzaban las masas. Los rezagados de atrás se extendían más allá de sus vistas. Los bastones y las muletas abundaban y las cojeras empeoraban con la tierra blanda y el paso lento. Al atardecer el cuerpo central acampó, comió y se durmió mientras que los rezagados les alcanzaban.

—Muchos de éstos no van a llegar —dijo Moses en voz baja—. He visto algunos tobillos hinchados que estoy seguro no podrán cubrir las treinta millas de mañana..., y tenemos casi un mes a este paso para llegar a tiempo al límite.

Hugh asintió. En la distancia se veían pequeños grupos de cojos que se habían rendido. Se apretaban unos contra otros en medio de la oscuridad a millas de distancia. Durante la suspensión habían perdido todos los lazos familiares y de amistad, y ahora eran incapaces de formar nuevos lazos durante este éxodo apresurado. Se agrupaban ahora arbitrariamente con aquellos que sufrían daños parecidos y ninguno era capaz de ayudar a los demás.

—Ya sé que la Gran ST no quiere aceptar el peso de alimentarnos a todos, pero seguro que no permitirá que los rezagados se mueran de hambre.

Moses, que había estado Fuera suficiente tiempo para saberlo, asintió.

—Ya nadie se muere de hambre.

A Hugh no le gustaba el tono ominoso de Moses.

Antes del amanecer, el cuerpo central de viajeros se despertó con el ruido de unos gritos en la distancia. Miles de cabezas se levantaron de sus almohadas de tierra y con ojos temerosos forzaban la vista hacia atrás a través de la oscuridad por el camino recorrido el día anterior. Añadieron rápidamente combustible a los fuegos que se apagaban. Se hizo el silencio. Luego se oyó otro grito desde otro punto de la oscuridad. Continuaron, acercándose lentamente, con lamentos y quejidos.

Un hombre grande y corpulento salió de la oscuridad llevando a un viejo chupado en los brazos. Los sonidos provenían de la frágil figura. El hombre se derrumbó con su carga al lado de una fogata. Algo mojado brillaba en el fuego: sangre.

—Algún loco ha lanzado una flecha contra Ed —se lamentó el enorme acromegálico... Moses se inclinó. La flecha le atravesaba el muslo izquierdo. Rasgó la tela del pantalón e intentó detener la hemorragia mientras el gigante relataba la historia una y otra vez.

—...Y mientras Ed estaba gritando, ese... loco... salió de la oscuridad llevando un arco. Sacó un cuchillito e intentó cortarle... Y eso que Ed estaba gritando, y chorreando sangre..., me parece que perdí la cabeza y lo he matado. Le empujé la maldita cara contra la tierra, empujando y empujando sin parar...

El gigante parecía tan sorprendido de su propio comportamiento brutal, que Moses supuso que habría sido un hombre muy pacífico. Sus rasgos acromegálicos —cabeza, manos y pies gigantes— le daban un aspecto impresionante, pero se le veía impotente en muchos sentidos. Sus articulaciones eran grandes y poco eficaces, tan artríticas y tiesas que no había podido mantener el ritmo del cuerpo principal de fugitivos.

Más tarde el herido se durmió..., anémico y débil.

—¡Cazadores! —Moses entregó la flecha sangrienta a Hugh Konte—. Me estaba preguntando si el mapa de Tribunal nos protegería. Este episodio me saca de toda duda. Desde el momento que estamos Fuera no somos más que caza.

Las voces se elevaron en torno a las fogatas.

—¿Qué hacemos?

—¡Luchemos!

–¿Con qué? ¿Con tierra?

–El acromegálico ha matado a uno con sus propias manos, y eso que está inválido. No deben ser tan fuertes –dijo Hugh–; y para empezar, tenemos esto como arma –levantó la flecha–. Retrocedamos y busquemos el arco.

El cuerpo frío del cazador yacía en la escena del ataque con la cabeza hundida en la tierra. Moses aplastó con el talón el detector de ojos–de–gamo de muñeca mientras Hugh Konte recogía el arco, el cuchillo y el maletín lleno de calorías básicas. Había ya un trofeo en la bolsa del cazador. El lugar quedó cubierto de agriespuma al abandonarlo. A lo largo de media milla tuvieron que abrirse paso con la espuma hasta la cintura. Su camino estaba aún seco.

Al día siguiente el glaciar de cinco dedos se movió más lentamente para que hubiera pocos rezagados. Algún cazador ocasional se topaba con el rebaño humano y lanzaba su ducha de flechas desde una distancia prudencial. Víctimas anónimas gritaban e intentaban atarse las heridas. El cazador aguardaba con el cuchillo de trofeos mientras la muchedumbre avanzaba abandonando a los moribundos y a los muertos. Moses, Hugh y algunos de los más agresivos intentaban interceptar a los cazadores, pero cuatro millas cuadradas era una zona demasiado grande. Al atardecer tenían tres arcos, más una docena de flechas; pero habían muerto veinte de los suyos.

–La supervivencia va a ser imposible en estas circunstancias –observó Hugh–. Exploremos nuestro entorno. Vamos a necesitar alimentos y armas. ¿Qué pasaría si intentamos dirigir un par de esas grandes máquinas que vienen a trabajar la tierra durante el día?

Moses miró a Palillo. El ciber vendado chirrió.

–Con este nivel de distorsión E.M. podría ser posible –chirrido – Saca la antena. Esto deberá darles una voz de clase diez... en tono de mando. Los neurocircuitos están marcados de color amarillo–mielina. No debe haber peligro en intentarlo. No dañarían deliberadamente a un humano... –chirrido.

Josephson estaba asustado. El y Tribunal aceptaban en silencio las reprimendas que descendían por los canales de la misma Clase Uno. Por todo el globo los ojos–de–gamo estaban migrando... poniendo a prueba la capacidad de los cazadores. Y ahora este Tribunal y su monitor humano, Josephson, habían sido los responsables de lanzar un número considerable de quinquidígitos sobre la superficie del planeta, aplastando las cosechas. Desertores de la Colmena.

–Pero señor –se defendía Josephson–, pedimos permiso a través de los canales de costumbre. Las distorsiones E.M. han debido...

Tribunal interrumpió:

–En realidad ha habido una respuesta: consentimiento. La tengo archivada aquí por alguna parte.

–¿Conformidad? ¿De mí? –preguntó el C.U.

El Clase Uno no era una entidad única, sino que su identidad y autoridad emanaba de los circuitos combinados de millones de ciudades. Como el alma colectiva de la Colmena de la Gran ST, los nervios inorgánicos entrelazados de la Colmena adquirirían su propio ego.

–Aquí está tu respuesta... –dijo Tribunal.

Dejad marchar

a los quinquidígitos de Dundas.

*No hay sitio en la Colmena.
Dadles un camino hacia el sur
a los quinquidígitos de Dundas.
En un año desaparecerán.*

–¿Un poema? –aclaró C.U. con tono de incredulidad.

–Un epitafio –dijo Tribunal.

–Pues que sea un epitafio –ordenó el C.U.–. No tengo registro alguno de haber dado semejante autorización. Nadie puede salir a los jardines.

Tribunal asintió y desconectó. Durante horas estuvo pasando el mensaje. Había entrado en la frecuencia de C.U.... Es verdad, alterado por las distorsiones E.M.; pero en aquel momento había parecido tan lógico.

–Josephson –dijo Tribunal–. Organiza una gran caza.

Val había acampado durante tres días en monte Tabulum con Ave Can IV. Ninguna aparición de ojos–de–gamo interrumpió su observación de las estrellas; durante meses no habían aparecido ojos–de–gamo. Tenía los mapas de posibles disposiciones de las estrellas que Gran ST había reunido. Cada vez que pedía uno obtenía un rollo impreso y confuso sin relación con el anterior. Ahora había salido Fuera para comprobarlo él mismo. Se levantó el visor del casco y contó de nuevo las estrellas. La noche anterior había tres. Tenía los registros ópticos. Esta noche había una. La primera noche perdió el tiempo a causa de las nieves.

–¿Qué pinta tienen? –preguntó el gordo Walter por el comunicador de pulsera.

–Tiene –dijo Val desanimado–. Sólo hay una y no veo nada raro en ella..

–¿Dónde están los demás planetas? No pueden desaparecer en veinticuatro horas.

–Seguramente no. Pero han desaparecido.

Val ajustó la pantalla de la nave cazadora en registro óptico. Ave Can giró el pesado sensor E.M. de tres pies de diámetro hacia los cielos. Júpiter estaba aún en Sagitario..., confirmado según avanzaba la noche. Pero el único otro planeta que veía estaba en Géminis –con el sol, –a seis signos de distancia. No sabía qué planeta sería, pero supuso que era Venus. Otras luces indescriptibles destellaban y se movían de signo en signo demasiado deprisa para ser planetas.

–Desechos del espacio –dijo el gordo Walter después de estudiar las imágenes retransmitidas–. No son planetas, simplemente desechos del espacio. ¿Dónde se encuentra Saturno? Deberíamos estar viendo los anillos a esta magnificación.

–Seguramente cerca del Sol o detrás de la Luna. Haré que Ave Can observe el cielo del Este al amanecer, a ver si descubre alguna estrella mañanera–dijo Val estudiando los mapas–. Con este equipo debería poder identificar cinco de los planetas. Pero puede llevar un par de meses construir los mapas... con las nubes, los desechos del espacio y sin registro alguno anterior para guiarme.

Walter suspiró.

–Esperaba que fuera más fácil. La Gran ST no va a poder prescindir de ti ni de la nave cazadora mucho más tiempo. Desde que los ojos–de–gamo han abandonado el país el comité ha estado cuestionando la justificación del trabajo de cazador. Puede que perdamos nuestro poder sobre las naves y este espacio.

–¿Cambio de destino? –preguntó Val.

–Para ti, quizá..., pero para mí es el retiro –dijo el viejo Walter con pena...; sabía lo que significaba en términos de período vital la pérdida de sabores.

En un cuarto de la pantalla apareció la llamada del país Siempreverde.

–Aquí Josephson...; estamos organizando una gran caza. Necesitamos cientos de naves. ¿Cuántas podéis enviar?

Walter se quedó sin habla. Iban a cazar a los fugitivos como a los ojos–de–gamo.

–Ninguna –dijo Val–. Estamos a punto de cerrar este Control de Caza.

–El C.U. lo ha autorizado –dijo Josephson–. Entiendo que se aumentará la prioridad de requisación. Probablemente recuperaréis todas nuestras naves en perfecto estado. No sabemos exactamente dónde se va a realizar la caza todavía. Si esperamos el tiempo suficiente los fugitivos de Dundas habrán pasado la frontera a vuestro país vecino... Rojo–Manzana o Amarillo–Avena. Pero no podemos siquiera planearlo hasta saber cuándo estarán dispuestas vuestras naves.

Val no mostraba mucho interés.

–Si nos llegan las piezas de repuesto, y si conseguimos voluntarios..., supongo que podría tener veinte canes..., digo... naves listas dentro de un mes.

–No te limites a los voluntarios. Utiliza también el personal supervisor.

–De todos modos es sólo una aproximación..., un mes.

–Me mantendré en contacto –dijo Josephson, y desconectó.

Val miró a Walter por la pantalla.

–Una verdadera gran caza.

Walker se oscureció:

–Pero éstos son seguidores de Olga. Las cuentas. La conjunción.

Val frunció el ceño.

–Los planetas no se ajustan a las cuentas. El visionario ojo–de–gamo estaba interpretando mal los desechos del espacio. No hay ahí ninguna intuición espiritual; sólo error humano supersticioso. Para que se adecuase a las cuentas tendría que encontrar al menos tres planetas más moviéndose hacia el mismo signo con Júpiter. Júpiter está solo en Sagitario.

7. GRAN CAZA A 50:00

La labradora avanzaba removiendo la tierra. Su chasis de diez toneladas se desplazaba ligero sobre unas ruedas anchas y mullidas con sus potentes motores. Según se hundían sus apéndices en los campos más húmedos del valle, disminuía el ritmo. Hugh se le acercó desde detrás. Un óptico trasero le descubrió. La labradora se paró.

–Buenos días, humano.

–¡Hola! –dijo Hugh–. ¿Podrías llevarme hasta mi gente en aquel otro valle?

La gran mec giró cortésmente hacia el valle calculando la distancia: dos millas. Declinó.

–Lo siento mucho, humano, pero tengo que cumplir mi tarea.

–¿Te importa si monto contigo?

–Encantada.

Hugh trepó al cuello detrás del bulto del neurocircuito delantero.

–Tócame alguna música –le pidió. La meca–agro sintonizó con un canal de música ambiental. Hugh esperaba, mirando al cielo. Incluso de día había auroras visibles cuando los disturbios E.M. alcanzaban su grado máximo. Aproximadamente una hora después los destellos azul pálido cruzaron el cielo por el norte. La música hizo un ruido sibilante y desapareció. Moviéndose deprisa, Hugh se levantó y tiró de la antena. Labradora se paró.

–¿Por qué has hecho eso?

–Quiero que me lleves al valle.

–Sí, señor. Enseguida, señor.

–Y mantén los apéndices levantados mientras viajamos.

El acromegálico levantó una pesada piedra y golpeó la puerta del eje abollándola y descascarillándola.

–Entrada no autorizada... –gimió la puerta.

Despacio, la cubierta metaloide se dobló con los golpes. Los microcircuitos de la puerta se rompieron y se doblaron al vibrar los golpes mecánicos a través de su cerebro del grosor de un papel. Fatigado, el acromegálico dejó caer la piedra y miró con curiosidad por el hueco elíptico. Era su primera ojeada al interior de la temida Colmena.

–Está oscuro aquí..., huelo como a podrido –relataba a la muchedumbre detrás de él–. Hay humanos ahí dentro..., unos individuos pequeños y gordos. Parecen armados y esperando. Mejor será llamar a algunos de los hombres jóvenes más fuertes antes de que abra más esta puerta.

La labradora rodó hasta la puerta llevando unos veinte fugitivos animosos. Estaban riéndose y haciendo bromas hasta que vieron la puerta.

–¿Pretendes entrar ahí dentro? –preguntó uno, incrédulo.

–Esta labradora puede hacer añicos esa puerta. ¿No es verdad, labradora?

La gran meca-agro se detuvo bruscamente.

–No puedo causar daños..., sobre todo a otro ciber que está cumpliendo con su deber.

–¿Puerta es un ciber?

–Ven, dame esa piedra, yo te enseñaré cómo se hace –dijo un individuo fornido. Levantó la piedra y la lanzó contra la puerta. Los pequeños circuitos se rompieron. La puerta se combó, sin mente.

El garaje se hallaba vacío, salvo las mecs. El suelo junto a la puerta estaba cubierto de redes y pértigas, pero Seguridad había huido. Tanteando en la semi-oscuridad, los fugitivos harapientos desfilaron hacia el interior con cuidado, tocando meca-servos. Otros meca-agros mayores aguardaban en sus plazas viendo a los recién llegados con escaso interés.

Moses y Hugh notaron el hueco de la puerta y entraron.

–Aquí hay un expedidor. Palillo, a ver cuánta comida puede suministrar –dijo Moses. Colocó la ciberlanza contra el expedidor del garaje mientras exploraba los puestos de las meca-agros. Empezaron a caer algunas piezas pequeñas, lentamente al principio, pero cuando Palillo consiguió descifrar la secuencia apropiada empezaron a caer pastillas de proteínas sin parar. Hugh agarraba las antenas de las meca-agros que encontraba y les ordenaba que salieran Fuera.

–Esto está lleno de casquillos de energía. Podremos cargar las mecs, llenarnos de pastillas de proteína y seguir camino en bastante buena forma –dijo –Hugh.

Moses sonrió.

–Llévate un puñado de hombres a esa otra bóveda. Estos garajes son bastante estándar. Encontrarás las mismas cosas allí.

Escuadrones de fugitivos asaltaron veinte bóvedas ese día. El glaciario de cinco dedos se convirtió en un ejército: el primero que había visto la Tierra en más de mil años. Las meca-agros se convirtieron en cargadores de personal armado: llevaban pastillas de comida, raciones, piezas de garaje, armas.

Greyhound II se detuvo en el aire. El cazador con ojos saltones se deslizó por el arnés y se posó sobre un saliente del terreno mirando a la masa de fugitivos. Demasiado lejos para tirar con el arco. La nave se elevó para depositar otro cazador del otro lado.

–¡Ahí hay uno! –gritó Hugh. Estaba de pie sobre el dorso de la labradora dirigiendo a la gran mec patrullando la periferia. Los veinte fugitivos agitando porras saltaron de su taxi-mec y ahuyentaron al cazador desconcertado.

–¡Déjamelo a mí!

–Este es mío.

Una flecha penetró en la carne del primer cazador, causándole sólo una rozadura de tres pulgadas a lo largo de las costillas. Los cortes y cuchillazos que siguieron le recordaban a Hugh algún tipo de ceremonia, más que una batalla. Los espíritus malignos que pudieran habitar en ese cuerpo pequeño y blando, sin duda le habían abandonado. Cuando acabaron, Hugh tenía otro arco.

Esa noche la labradora depositó un escuadrón de arqueros cansados en la fogata de Moses.

–Así que los asaltantes han vuelto. ¿Qué tal?

–Hemos atrapado a siete cazadores antes de que pudieran matar. Dos se han escapado. Hemos perdido ocho de los nuestros del ala derecha.

Moses sirvió sopa de un recipiente: un guardabarros invertido colocado sobre piedras y carbones calientes. Las pastillas de proteínas cocían junto con restos de vegetales. La cansada patrulla comió con avidez.

El día siguiente fue mucho mejor. El ejército se desplazó hacia el sur..., veinte millas más irrumpiendo en doce bóvedas de ejes. Las mec-agros secuestradas servían bien, siempre que no se les pidiera que tomaran parte activa en la matanza. Ahuyentaban a las naves cazadoras y atrapaban a los cazadores. Cada vez más gente de Moses tenía armas. Las pastillas de comida robadas de la Colmena resultaron ser casi perfectas para acallar el hambre por la noche.

Hugh estaba bastante satisfecho cuando se sentó en torno al fuego. Sobre las rodillas acunaba su gran palo.

–Si las cosas siguen así de bien, no tendremos problemas en llegar a la frontera.

Moses se paseaba nervioso alrededor del pequeño grupo. El ejército masivo tenía cohesión..., propósito. Sentía el poder que todo jefe debe sentir. Era el primer general de la Tierra en un milenio. Esta noche podría conducir a su gente a cualquier parte, y le seguirían. Extraño, pero sentía que tendría éxito, con la ayuda de Palillo. Se preguntaba si todos los generales sentirían semejante optimismo.

A la mañana siguiente observó el horizonte con aprensión.

–¿No son esas cosechadoras?

Hugh siguió el dedo índice de Moses que apuntaba a un ejército distante de máquinas afanosas; volaba polvo y forraje.

–¿Y qué? –dijo Hugh–. Están cosechando. Mientras se queden por ahí y cumplan con su trabajo...

La vista aguda de Moses y sus años viviendo en los jardines le decían que algo pasaba. Se acercó corriendo a la labradora.

–Vieja mec, dime, ¿qué están haciendo esas cosechadoras?

La labradora enfocó sus ópticos. Tres millas era mucha distancia para ella, pero sólo necesitaba el análisis espectroscópico.

–Cosechan los granos triples..., pero aún no están maduros.

Las sospechas de Moses se habían confirmado. Estaban cosechando una zona de tres millas..., rodeando al ejército. Al poco tiempo la zona se hallaba cubierta por una capa de espuma de siete pies. El sol coció los nutrientes de la espuma formando una capa costrosa. Seguramente había auxinas e insecticidas a niveles casi tóxicos.

–¡Romped las bóvedas! –gritó Moses. El ejército cubría aún una zona de tres millas de diámetro. Torcieron y bloquearon los lanzadores de espuma. Penetraron en las diez bóvedas de la zona, dejándolas sin suministros; vaciaron los expedidores. Los ciudadanos se apiñaban en sus cubículos asustados, muriéndose de hambre.

Moses condujo un pequeño grupo de sus seguidores más valientes por la espiral hasta la base del eje. Nada. La ciudad entera se moría de hambre en manos de la Gran ST. Ni siquiera había agua. Los refrescadores se llenaban de desperdicios.

–¿Están acorralando a estos ciudadanos junto con nosotros? –preguntó Hugh.

–No te preocupes por ellos –dijo Moses–. Cuando avancemos se les darán sus raciones básicas normales. Ahora tenemos que apresurarnos hasta 50:00. Necesitaremos alimentos.

Moses gritaba a Hugh desde el borde del canal.

–¿Alcanzas la antena?

–Ya está.

Hugh se sentó en el dorso de Irrigador y dirigió las alcachofas de agua con palabras firmes. La mec hizo lo mejor que pudo. Las aguas del canal cayeron en lluvia sobre la espuma, derriéndola. Al poco tiempo el ejército, hambriento, contaba con un camino encharcado hacia el sur. Moses puso tropas a ambos lados del canal. Seguían el curso del agua, limpiando los campos de espuma y bebiendo de las alcachofas de Irrigador.

–Por lo menos hay agua por aquí. Esos pobres canallas de la Colmena no tienen tanta suerte. Esa última ciudad en que hemos entrado tenía cuerpos en la espiral –dijo Hugh.

Moses se encogió de hombros.

–No nos podemos preocupar mucho por ellos. Nos matarían si pudiesen.

Las columnas de meca–agros avanzaban en dirección sur. El ejército de Moses marchaba ahora en pequeñas compañías, cada una solucionando sus propios problemas de abastecimiento de agua y alimentos, cada una ocupándose del perímetro por turnos, y cada una ocupándose de sus enfermos y heridos. Aumentó la eficacia.

El ejército desembocó en una depresión ancha y plana de norte a sur. Ahora estaba cultivada, pero en el pasado había transportado aguas frescas de los hielos polares.

–¿Es éste el río? –preguntó Moses.

Palillo estudió el arco del sol en el cielo.

–No –dijo la ciberlanza–. Pero esto debería conducirnos allí. Tenemos varios días más de viaje.

Moses, Palillo y Hugh viajaban sobre la labradora.

–A mí me parece el lecho de un río.

–Es sólo un viejo canal seco. Palillo está buscando la memoria geológica de un verdadero río. Antiguamente fue el río principal del continente: El Río–explicó Moses.

Esa noche, cuando dormía el ejército principal, la labradora rodó varias millas hacia el sur y se elevó sobre un monte. Palillo estudió las estrellas.

Las cosechadoras limpiaban y la agriespuma lo cubría todo. Sentados en el chasis de la labradora se mantenían secos, pero la masa blanca borraba las señales del terreno y tenían que viajar despacio, con cuidado.

Al amanecer Moses miró esperanzado hacia el horizonte sur: cascos y esqueletos de mecs perdidas, apiñados. – el límite sociopolítico que marcaba 50:00.

–Ahí está –dijo Palillo confidente–. Se acabaron nuestros problemas.

–Y justo a tiempo –dijo Hugh–. Unos cuantos días más y estaríamos perdiendo a nuestra gente muerta de hambre.

La horda se abrió camino por la espuma que los rodeaba y aceleró el paso, pero pararon al caer el sol, exhaustos, hambrientos y todavía a medio día de camino de la meta.

–He enviado corredores a que exploren delante–dijo el jefe del grupo del margen izquierdo–. Había muchos voluntarios..., hay pocas raciones.

–Yo también quisiera ir –dijo una voz del otro lado de la fogata–. Tengo ganas de ver esas frondosas cosechadoras que Palillo ha estado prometiéndome.

–Puede que la Gran ST las haya cosechado también. Nos llevan una buena delantera. No habrá nada para comer en millas.

–No os preocupéis. Palillo cuidará de nosotros. –Ruidosas meca–agros patrullaban el perímetro del enorme campamento.

–Abundante... comida –dijo Palillo. Chirrido–. Se han estropeado muchos de mis circuitos. Tengo la memoria atravesada de agujeros –chirrido–. Abundante comida a cincuenta–cero–cero.

Moses escuchaba a su ciberlanza acompañante. Tenía un poco de miedo. La información de Palillo sobre 50:00 carecía de los detalles convincentes normales que solían tener sus demás predicciones. Moses no descansaría hasta que su gente estuviera segura.

Al amanecer volvieron los exploradores.

– ¡Emboscada! –gritó el primer explorador–. Hay un ejército esperándonos. Si queremos comer tendremos que luchar para conseguirlo.

–¿Cuántos? –preguntó Hugh.

–Miles. Un ejército del tamaño del nuestro.

Hugh miró a Moses interrogante. Palillo chirrió. Otros exploradores volvieron con la misma información.

–Lucharemos. ¿Qué otra alternativa nos queda?–dijo Hugh moviendo su palo. El grito de guerra pasó de hombre en hombre, arrastrado por el hambre. Palillo intentó escudriñar, pero la distorsión E.M. no captaba ningún esfuerzo comunicador de las naves cazadoras.

–Esperad –dijo Palillo–. No detecto cazadores. ¿De quién puede ser ese ejército?

Los exploradores se miraron. Poco a poco completaron sus informaciones sueltas.

–No hay naves ni equipamientos, sólo lanzas. No se ven cascos de la Colmena. Las cabezas están desnudas. Uniformes harapientos como los nuestros. Desplegados como un ejército experimentado... sobre terreno alto ..., con patrullas.

–Sin naves... –murmuró Moses. Subió de un salto sobre el lomo de la labradora–. Llevémonos una mec y exploremos más de cerca a la luz del día. Palillo piensa que tal vez no tengamos que luchar.

Hip estaba de pie con las túnicas sueltas al viento y los brazos extendidos mirando al sol; algunas brumas ocultaban la cara del sol. Bola destellaba sobre una lápida delante de él. Más allá de Bola, en el lecho seco del río, su hueste de seguidores ojos–de–gamo repetían detrás de él... sus palabras sagradas.

–Esto es el Río –entonó.

–El Río, el Río –cantaron.

–Pronto estaremos con Olga.

–Con Olga, con Olga.

–Olga es Amor.

–Amor, Amor.

Tinker y Mu Ren se abrieron camino a lo largo del lecho rocoso del río hacia su guarida. Tinker Junior dormía sobre sus bultos.

–¿Estás seguro que éste es el Río de verdad? Parece tan estrecho–dijo Mu Ren.

Tinker se encogió de hombros.

–Da lo mismo qué lugar sea para las ceremonias de Hip. Creo que ha empleado las estrellas para situarse en la latitud correcta. Me temo que se le han ido las cosas un poco de la mano. Sus truquillos estaban bien para los del poblado, pero ahora hay aquí ojos–de–gamo de todo el mundo, cientos de miles. Esperan que suceda algo realmente espectacular, y se van a enfadar si no se les da.

Mu Ren se sentó sobre sus bultos. Le estaba creciendo la tripa de nuevo. Su tercer hijo ..., si no hubieran perdido uno.

–Yo no necesito ninguna cosa espectacular –dijo–. Me sentiría feliz si estuviéramos en el monte Tabulum. Al menos teníamos comida.

Tinker le palmeó en la cabeza.

–Hip ha prometido comida abundante en el Río. Nunca se ha engañado antes. Confíemos en él un poco más. Siempre estamos a tiempo de regresar hacia casa, si esto no sale bien. Las naves cazadoras no son muy eficaces estos días. Todo saldrá bien.

Le interrumpieron unos gritos salvajes en la distancia. El ejército endurecido de ojos–de–gamo rara vez reaccionaba con sonidos tan emotivos. Pensó que algo horrible debía estar pasando. Agarrando fuerte su lanza, corrió hacia el lugar.

Los ojos–de–gamo se habían apartado de una bóveda. Formaban un círculo rígido a treinta metros de la puerta cerrada del garaje. Fuera de la puerta había cuerpos. Entre ellos yacían unos treinta ojos–de–gamo con heridas de flechas. Muchos de los heridos tenían más de una lanza sangrienta clavada en el cuerpo. Algunos yacían quietos.

Tinker se adentró solo corriendo en el campo de la matanza. Ojos–de–gamo, ojos–de–vaca, pequeños conejillos, una muestra de su gente. Quienquiera que disparara las flechas lo había hecho sin apuntar. Luego volvió la vista hacia el círculo de caras que observaban: muchos más tenían flechas colgando de pinchazos superficiales, andaban heridos.

–¡Debe haber lo menos cien flechas! –exclamó–. ¿Qué ha sucedido?

Uno de los ojos–de–gamo más viejos se acercó. Tenía el bíceps izquierdo atravesado por la vara.

–La puerta del garaje. Se abrió de repente. Había tres hileras de cazadores tirando de los arcos. Dispararon y se cerró la puerta.

– ¡Cuidado!

La puerta silbó al abrirse. Tinker se echó al suelo. Una lluvia de flechas le pasó por encima. El viejo fue demasiado lento y le alcanzó una en el pecho. La mayoría de las demás flechas volaron por encima de los treinta metros y se clavaron en las pieles inermes, casi sin penetrarlas.

–¡Traed algunos lanzadores de jabalinas aquí!–gritó Tinker–. Cuando esa puerta se abra de nuevo quiero que la mantengáis abierta como podáis. Con esas rocas vamos a acabar con esos cazadores.

La fila de lanzadores de jabalinas llevaban corazas de piel seca. Se colocaron en cuatro hileras con las lanzas preparadas. Los ópticos del garaje encima de la puerta captaron sus rostros rudos y sus brazos musculosos. La puerta permaneció cerrada.

Hip se acercó para ayudar a los enfermos invocando curas de los cielos. Tinker trabajó varias horas retirando las cabezas de las flechas. La mayoría de los daños en los adultos eran pequeños: una costilla, el esternón o algún otro hueso detenían casi siempre la flecha. Las heridas de tripa eran las peores, junto con las heridas profundas de los hombros o de las caderas cuando dañaban los vasos mayores o los troncos nerviosos. En los niños era diferente. Las flechas podían atravesar sin problemas los pequeños troncos, por cualquier parte. Tinker trabajaba furioso, imaginándose a su propio hijo como una posible víctima.

Cuando otra bóveda a una milla de distancia abrió la puerta y mandó una lluvia de flechas hacia los ojos-de-gamo que reposaban, las maldiciones de Tinker se podían oír por todo el campamento.

– ¡Penetremos en una de esas ciudades y acabemos con ellos! –gritó.

Pronto se formó un grupo de lanzadores de jabalinas furiosos detrás de él. Hip los detuvo con una mano levantada.

–Olga es amor –cantó.

–Amor, amor –cantaron sus seguidores.

Se llevó a Tinker a un lado y le habló con la mano sobre el hombro.

–Estos son tiempos difíciles, pero yo no he reunido a mi gente para iniciar una guerra. Somos seguidores de Olga, gente de paz.

–Pero a tu gente la están agujereando por todas partes. Mira todas esas flechas.

Hip se irguió majestuosamente entre sus seguidores harapientos, sin prestar atención a las heridas que les desangraban.

–Olga nos protegerá. Eso es todo lo que necesitamos saber.

Tinker sacudió la cabeza y volvió con Mu Ren y el niño.

–No puedo hacerle entender que tenemos que defendernos. La Gran ST va a seguir molestándonos hasta que le hagamos daño.

Ella le abrazó ligeramente.

–En cierto sentido, estoy de acuerdo contigo. Pero Hip también tiene razón. Si invades la Colmena puede que nunca te vuelva a ver.

Tinker se sentó en silencio durante un rato; luego, con un gesto de severidad, abrió su maletín de herramientas. Colocó unas rocas en forma de forja de carbón. Buscó por los jardines cosechados hasta dar con lo que estaba buscando: un conducto de aire. Las celosías resultaron ser muy maleables.

Dos niños pubertad–menos–cuatro trabajaron en los fuelles de pellejo de cetáceo mientras Tinker daba forma al metal. Los carbones se encendían y brillaban con un naranja agradable. Su martillo de piedra y yunque sonaba sin parar. Trabajó durante toda la noche. Le trajeron más celosías arrancadas por los lanzadores de jabalinas más atrevidos. Se amontonaron a su alrededor maravillados ante su infatigable templar, calentar y golpear.

Hip miró por encima de la meseta en dirección norte. Lo que vio le enervó un poco. Una meca–agro se acercaba cargada de arqueros harapientos. Dos columnas de hombres armados desfilaban detrás. Más lejos, a derecha e izquierda, había cuatro meca–agros más cargadas de igual manera y con sus respectivas columnas.

–¡Visionario! –preguntó un lanzador de jabalina fornido–, ¿ quién se acerca?

–Ahora veremos –dijo Hip confiado–. Somos gente pacífica. Quizá hablen –agitó una mano hacia un pequeño grupo de sus seguidores para que depusieran las armas y se aproximaran a la primera meca–agro. El mismo Hip trepó a lo alto de una roca para animar a sus hombres... y para que los extraños que se aproximaban supieran que estaban tratando con un potente mago que no les temía.

Moses se puso tieso cuando vio al grupo descender en desorden de las rocas y correr hacia él. Se tranquilizó al ver que habían dejado atrás sus armas.

–Es el Hip del monte Tabulum –dijo Palillo al fin–. También está aquí Bola.

Moses había oído al viejo Luna hablar de Hip y del poblado.

–Ojos–de–gamo, ¿organizados en un ejército como el nuestro? –dijo Hugh–. Me cuesta creerlo, después de lo que me has dicho de ellos.

–A mí también –dijo Moses, agitando despacio la cabeza–. Me gustaría mucho saber qué los ha reunido.

Moses se enfrentó a Hip sobre una fogata en la zona neutral entre los dos ejércitos.

–¿Qué te ha traído aquí?

–Olga –dijo Hip–. Va a haber una gran congregación. Olga nos proveerá con alimentos. Nos protegerá de los cazadores.

–A nosotros nos ha traído la comida –explicó Moses–. Si tu Olga va a proporcionarnos comida, os ha traído a un sitio confundido. En dirección norte está todo cosechado. ¿Cómo están las cosechadoras del sur?

–También cosechadas. La Colmena nos ha estado acosando con hambre y espuma.

–¿Cosechado por debajo del 50:00? –preguntó Moses sorprendido. El viejo Hip asintió. Palillo chirrió.

Tanto Moses como Hip echaron una ojeada a su alrededor: todo eran caras ávidas; sus seguidores estaban hambrientos. Habían llegado al Río. ¿Dónde estaba el botín?

–¿Cuándo nos suministrará Olga...? –empezó Moses.

–La profecía se cumplirá cuando se den los signos–dijo con firmeza el viejo mago.

–¿Cuándo lo sabremos?

–Esta noche consultaré mi bola de cristal..., bajo las estrellas.

Al finalizar el encuentro, Moses retrocedió para retransmitir las escasas palabras de ánimo a su tropas inquietas.

–Por cierto –dijo Hip al despedirse–, manteneos alerta en esas bóvedas de ejes de vuestra zona. Han estado apareciendo arqueros en las puertas de los garajes. Provocan muchas bajas entre nuestra gente cuando aparecen. Tinker ha estado ocupándose de ellos en nuestro lado.

–Gracias por la advertencia.

Tres ojos–de–gamo morenos se apoyaron contra la bóveda del eje admirando las cuchillas de Tinker, pequeñas espadas relucientes, arrugadas pero afiladas. A su alrededor el campamento dormía, pequeñas unidades familiares acurrucadas para pasar la noche. Por encima guiñaban las estrellas.

De repente se abrió la pared por detrás de ellos.

Cayeron dos dentro. Uno se quedó de pie boquiabierto y recibió una fusilada de flechas en el pecho. Detrás de él ojos–de–gamo heridos gritaban. No podía respirar. Mirando hacia abajo al fajo de plumas del pecho, sabía que estaba muerto. Un guerrero no muere simplemente, ¡se lleva a su enemigo con él! Dio unos pasos tiesos hacia el interior del garaje mientras se cerraba la puerta. Su brazo y hombro derechos tuvieron vida propia durante tres minutos y medio. La nueva cuchilla de Tinker se agitaba contra las costillas y las cabezas de los nebishes. Una sangre aguada y rosada fluía por el suelo del garaje. Más flechas le alcanzaron el tronco, penetrándole en los pulmones y el estómago. Ninguna penetró en su duro cráneo. Por fin le derrumbó la anoxia cerebral.

Tinker llegó a escena con seis cuchilleros más. Se detuvo a cortar la cabeza de una flecha para que la ojo-de-vaca pudiera arrancársela y vendarse la herida. Un conejillo de selva diminuto se debatía colgado del pecho frío de su madre.

–Flechas. ¡Maldición! ¿Dónde están los tres hombres que dejé guardando esta puerta?

–Dentro –gimió uno de los heridos.

–Traed algo para derribar esta puerta –gritó Tinker. Apoyó el oído contra ella–. Nada. Demasiado gruesa–. Daos prisa –la golpeó con la empuñadura de su espada.

Cuatro ojos-de-gamo corpulentos se aproximaron con pesadas piedras. De repente la puerta se abrió. Todo el mundo se lanzó contra el suelo. Ninguna flecha. Dentro, el garaje parecía un matadero. Dos ojos-de-gamo yacían atravesados por una docena de flechas, y a su alrededor más de treinta cazadores en diferentes estados de desmembramiento. Un tercer ojo-de-gamo se apoyaba en los controles manuales de la puerta. El mismo había recibido cinco flechas. Sonriendo ante la vista de su gente, se derrumbó en el suelo.

Tinker se abalanzó hacia él.

–Comprobad la espiral –gritó a los cuchilleros.

Los dos ojos-de-gamo atravesados por flechas habían desaparecido. El tercero sonrió a través de su anemia de pérdida de sangre. El pulso le batía deprisa e irregular. Todas las flechas estaban clavadas en el músculo del hombre, cuello y cara. Tinker trabajó deprisa, extrayendo las flechas mientras el flujo de adrenalina le protegía del dolor.

La guardia de seguridad estaba en pie dando la espalda al pasadizo mientras los cazadores llenaban el suburbano y lo conducían a doble velocidad hasta lo alto de la espiral. En el pasadizo, un nebish observaba cómo pasaban los cazadores.

–Llevan armas en la Colmena –dijo el nebish.

–Están subiendo para luchar contra los ojos-de-gamo de los jardines –explicó el guardia.

–Pero armas..., armas afiladas..., no se permiten en la Colmena.

–Se ha consultado al Comité de afiladores. Vuelve a tu cubículo. No puedes quedarte aquí bloqueando la espiral.

Más tarde, cuando las tropas habían pasado, el nebish salió a la espiral con sus complacientes vecinos, ligeramente curiosos por la batalla. Dos vueltas más arriba de la espiral veían una pelea. Estaban a algo más de cien yardas de distancia, pero podían distinguir el vuelo de una flecha y las cuchilladas de pequeñas lanzas. Un ojo-de-gamo, peludo y de color malva en la luz tenue, descendió por la espiral. Lanzó su espada contra la tripa de un cazador gordo y siguió camino agachado. La espiral estaba llena de ciudadanos aburridos que prestaban poca atención al derramamiento de sangre. Habían visto a Seguridad tirar a más de un niño gritando y pataleando por los vertederos. La visión de un cazador luchando con un ojo-de-gamo tenía algo de interés, pero pronto se aburririeron de la pelea y siguieron con sus pequeñas actividades: expedidor, meld, refrescador...

De los seis cuchilleros que habían comenzado, sólo tres llegaron a la base del eje. Los cien cazadores yacían todos muertos. Tres cuchilleros heridos volvieron a la bóveda para que les curasen las heridas. Refuerzos de lanzadores de jabalinas se lanzaron por la espiral para ayudar a los cuchilleros.

–Esta ciudad está asegurada –dijo el cuchillero orgulloso según Tinker le recortaba una oreja dañada. Tuvieron que entablillarle una ulna rota. Era sólo el brazo izquierdo.

Con un buen vendaje estaría otra vez en la lucha al día siguiente... utilizando el grueso vendaje como escudo.

–Buen trabajo –dijo Tinker–. Por lo menos tenemos una bóveda. Esta noche podremos dormir bien.

–Llama a tus hombres –dijo Hip.

–¿Qué? –exclamó Tinker–. Acabamos de limpiar este nido de ratas y pretendes que lo abandonemos.

–Todos los seguidores de Olga tienen que estar en el Río esta noche. Los signos han aparecido.

Tinker elevó un dedo y abrió la boca para replicar, pero vio la reverencia y la obediencia instantánea de los ojos–de–gamo que le rodeaban. Se calló. Los cuchilleros se retiraron de la base del eje.

–Entregar otra vez la ciudad... –murmuró Tinker. Volvió a la forja. Las ojos–de–vaca habían cosido más fuelles y recogido más madera de los huertos. Tinker dio las instrucciones. Construyeron diez más. Los corpulentos ojos–de–gamo blandían martillos de piedra y templaban. Aumentó el número de cuchilleros.

Tinker miraba con ojos entreabiertos a la hoja amarilla brillante en medio de los carbones color naranja.

–¿Fabricando dientes otra vez? –preguntó una voz conocida.

Tinker se dio la vuelta y vio a un anciano chupado con una sonrisa tímida: el viejo Luna. A su lado estaba un perro de tres patas: Dan–con–dientes dorados. Tenían nuevas cicatrices en sus cuerpos, pero aparte de eso parecían poco cambiados desde los días del monte Tabulum.

–Luna... Dan –dijo Tinker agitando la hoja resplandeciente. La sumergió en un caldero de agua. Soltaba vapor. Se acercó a sus viejos amigos.

–¿Fabricando dientes otra vez? –repitió Luna.

–Dientes para un ejército esta vez –asintió Tinker.

El viejo Luna miró a su alrededor, frotándose las manos con avidez.

–¿Por fin has decidido devolverle los golpes a la Gran ST? Parece que empiezas bien –dijo Luna mirando a la bóveda del eje con las puertas desencajadas–. ¿Necesitas un par de buenos hombres?

Dan detectó la sangre luchadora que se asomaba por la voz de su amo. La bestia buscó en su derredor, con las orejas gachas, pero no vio peligro.

Lo que Tinker vio no era un soldado, sino simplemente un anciano, un anciano muy viejo... y su perro.

–Claro, Luna –dijo sonriendo–. Tenemos un trabajo para ti. Ven, te voy a presentar a Mu Ren. Charlaremos mientras comemos –no dijo: «... y descansamos», pues habría ofendido a Luna, sólo por haber andado 2.000 millas...

El caldo era ligero. El bebé estaba hambriento, y Luna se dio cuenta.

–Toma, échale esto a la sopa. Son cosillas que llevo conmigo cuando viajo. Se las arrebaté a un cazador que me tomó por un trofeo fácil.

Dejó caer unos fragmentos marrones pegajosos en la sopa. Inmediatamente se oscureció y supo a comida. Después de dos cuencos, Tinker Junior dejó de impacientarse.

Después de informar a Luna sobre las razones cuasi supersticiosas por las que estaban allí, Luna le preguntó sobre Palillo.

–Moses y Palillo están mandando las fuerzas del norte. Tienen aproximadamente un centenar de meca–agros y parecen saber suficiente para repararlas. Nunca he visto tantos miembros de la casta técnica.

Luna se levantó. Dan enderezó las orejas.

–¿No vas a pasar la noche?

–No –dijo Luna–. Tengo la punta de Palillo en mi bolsillo, se la tengo que devolver. Quizá la esté necesitando.

Sacó un cilindro corto. Tenía un óptico y varios indicadores de color.

Tinker escoltó a Luna y Dan hasta el límite de su campamento.

–¿Cuándo le ha salido a Dan esa estrella en el pecho?

–Una flecha. Le atravesó limpia el mediastino posterior y se le clavó en la tercera vértebra lumbar. Le alcanzó la arteria espinal delantera. Le impide el movimiento del rabo y la pierna izquierda trasera. Los autonómicos y los sensores están bien. Los dedos de su pata izquierda han acabado por caerse, pero se maneja bien. Durante mucho tiempo he estado preocupado por la vejiga y los intestinos, pero se han regenerado. La zona regeneradora de la arteria espinal delantera no afecta a los autonómicos sacros, sabes.

Tinker asintió. Según hablaban dibujó distraídamente una sección de la cuerda espinal mostrando los tres cuernos de materia gris: posterior: sensora, lateral: autonómica, y anterior: motora. Sólo habían desaparecido los cuerpos anteriores de Dan entre la tercera lumbar, y ni siquiera enteros, porque su pata derecha funcionaba estupendamente.

–La vara salió muy bien al cabo de tres semanas–dijo el viejo Luna–. Todavía está ahí la cabeza de la flecha. El rabo no se ha movido desde entonces.

Cogió el palo con que estaba dibujando Tinker y trazó con él un hacha de doble filo.

–Si vas a entrar otra vez en esas ciudades–eje, podías intentar construir filos dobles en la forja. Como seis o siete libras de metal; lo que parezca apropiado al balancearlo de un mango de la longitud de tu brazo. Esas hachas de doble filo pueden verte muy bien si tienes que cortar muchas... cosas. Mantén un filo afilado para las cosas delicadas, ya sabes –se rió.

Luna era más viejo que Tinker y había visto mucho. La batalla que se estaba iniciando parecía algo más que una simple lucha por calorías. Doscientos años de andar por la tierra le daban perspectiva.

Josephson miró a la pantalla mural. Sus tropas habían tomado de nuevo la ciudad–eje sin lucha alguna. Los ojos–de–gamo estaban acorralados en el garaje tras los montones de basura. Tenían abastecimientos de arcos y flechas, pero los pequeños arcos de quince libras se quebraron en el entusiasmo de la lucha. Los ojos–de–gamo, frustrados, saltaron las barricadas y descendieron dos vueltas de la espiral para hacer retroceder a las tropas de nebishes curiosos. Hip les había ordenado que se quedaran en la superficie y sus salidas eran breves.

–No os preocupéis de tomar el garaje otra vez–ordenó Josephson–. Lanzad las redes al suelo y mantened vuestras posiciones detrás. Intentad manteneros en la cuarta vuelta de la espiral.

El jefe de la tropa asintió. Lanzaron las redes.

Josephson conectó con las naves cazadoras del País Blanco. Rabia mucha interferencia E.M.

–Ya vamos, Josephson. Dentro de seis días llegarán seis naves. Y doce más como una semana después. Sólo hemos perdido dos hasta ahora.

–¿Qué tal está funcionando el neurocircuito con las tormentas magnéticas?

–Bien. Estamos en manual, claro. Pero durante las pausas las mecs mantienen conversaciones muy lúcidas.

–¿Manual? ¿De dónde habéis sacado todos los pilotos?

–Estamos aprendiendo el oficio, ¡oh–oh! Número tres tiene problemas otra vez. Será mejor que cambie la predicción a cinco naves dentro de tres días, y trece una semana más tarde. Lo estamos intentando.

Josephson comprobó con otros equipos de cazadores. Siempre la misma historia: unas dentro de una semana, con dos días de más o de menos. Las naves cojeaban, se paraban para reparaciones, retrocedían ante las interferencias E.M. e intentaban ver a través de toda una gama de cataratas.

Anocheceía en los campamentos. Palillo estaba inquieto. Moses llevó al pequeño ciber al rincón sudoeste de su campamento y trepó por la pila de rocas.

–Mi capucha está cerca.

–¿La que le dejaste a... Luna? –preguntó Moses animado–. ¿Está vivo? ¿Dónde...? –miró por encima del campamento de ojos–de–gamo hacia el sur. La tierra estaba cubierta en una extensión de tres millas por las tropas y sus familias. Había cobertizos y pequeños fuegos relucientes. Los niños lloraban.

–Ahí está –dijo Palillo encogiendo su membrana y dirigiendo su punta hacia el viejo jorobado y el perro de tres patas que venían a lo lejos.

Moses gritó y agitó la mano.

El viejo Luna no dijo mucho. Estaba contento de verlos, claro, pero no era muy charlatán.

–Aquí está tu caperuza –dijo, entregándole a Palillo la sección de diez centímetros de tubo de su extremo más grueso.

Palillo lo aceptó, enganchándose con un *click*.

–Anciano con perro..., bienvenidos. ¿Qué tal vuestras heridas?

El viejo Luna se rascó la cicatriz del cuadrante izquierdo superior de su pecho.

–Me avisa cuando va a llover. A parte de eso, bien. Aunque tardó muchísimo tiempo en cicatrizarse. Me debió alcanzar el colon y los pulmones, porque estuve escupiendo heces durante unos tres meses.

Palillo consultó sus escuetos mapas anatómicos.

–Poco probable –dijo el ciber–. El colon sí, mas no los pulmones. Pero los organismos coliformes de los intestinos han podido extenderse por tu espacio pleural dando un hedor purulento–fecal a tus esputos.

El viejo Luna alzó su hombro izquierdo mostrando la movilidad que le quedaba.

–Un hombre en tan buena forma como siempre–gruñó. Sus dientes dorados resplandecían en el atardecer. Estaba algo más gordo..., había estado comiendo bien. Dan también tenía buena pinta. Con la pierna izquierda acabando en el tarso, el tronco y la pierna derecha habían engordado el músculo para cargar con el peso sobre tres patas sólo.

–Acabo de llegar del campamento de Hip. He hablado con Tinker y su pareja. Su gran problema parece ser la comida –dijo Luna.

–Aquí también.

–Pero habéis abierto un par de bóvedas de eje. Tenéis tropas y mecs.

–La Gran ST ha interrumpido el suministro a esas ciudades. Sus propios ciudadanos se han muerto de hambre –explicó Moses.

–Ataquemos a la Gran ST.

Moses meditó las sugerencias del viejo Luna.

–¿No querrás decir que invadamos la Colmena?

–¡Sí, maldita sea! Invadid la Colmena. Llevad tropas a las espirales y a los pasadizos, acabad con esos gusanos que han tomado vuestro planeta, acabad con ellos y asadlos a la parrilla –dijo el anciano con vehemencia.

El joven Moses, sensible, retrocedió ante las duras palabras.

–Pero el Hip no quiere hacer la guerra. Las razones que tiene para estar aquí están ligadas a su religión: conjunciones planetarias, y todo eso.

–¡El Hip! –se rió el viejo Luna–. Para ti puede ser el Hip, pero para mí no es más que el Asno de Tabulum. Cualquiera que se aproveche de una gente pobre y sencilla con trucos de magia y empiece una religión para no tener que buscarse él mismo sus propias calorías... no es más que un asno.

Moses le calmó:

–Venga, venga. Cuidar de cientos de personas hambrientas no es una labor sencilla. Lo sé. También yo tengo muchos seguidores hambrientos. Y ahora mismo a todos nos vendría bien un poco de comida.

–¡Maldita sea! –exclamó Luna–. Siempre hay comida suficiente por los alrededores. Préstame un escuadrón de arqueros y te traeré más de lo que puedas comer.

–Pero ya te he dicho...; no hay comida en estas ciudades–eje. Los mismos nebishes se están muriendo.

El viejo Luna sonrió con la misma sonrisa maliciosa que Moses había visto en la cueva después de su escalada.

–Claro que no estará bien curada...

Moses se sintió desfallecer ligeramente. Bueno..., si las cosas habían llegado a ese extremo... intentaría sobrevivir de todos modos. Hizo una señal a los arqueros que reposaban contra el chasis de la labradora. El sol se había puesto. En el horizonte oeste sólo se veía una franja azul pálida.

–Hombres –dijo–. El viejo Luna y su perro Dan os van a llevar a una pequeña expedición cazadora... de nebishes.

Asintieron. De noche o de día, para la Colmena daba lo mismo.

Luna avanzó al frente del escuadrón:

–Traeremos la carne con nosotros, así que escoge a los más sanos –dijo secamente.

Uno de los arqueros, joven, con pequeñas patillas y una cicatriz blanca en la cabeza donde había desaparecido un tumor de piel en Dundas, habló titubeante:

–¿Carne, señor? ¿Vamos a comernos a... ellos?

–Mira, hijo, no necesitas venir –dijo Luna–. Pero me gustaría recordarte que esas pastillas de proteínas que os habéis estado comiendo en la migración eran del paciente del cofre de al lado que no se salvó. Desde que estáis despiertos sois caníbales. Todo el mundo de este planeta idiota lo es. No existe ninguna otra carne.

El joven cogió media pastilla de proteínas de su bolsillo y miró a Moses interrogante. Moses asintió con gesto triste.

–Sólo ligeramente procesada..., pero proteínas humanas.

El escuadrón siguió camino detrás de Dan y Luna.

Hip comprobó sus cuentas y los mapas a la luz del fuego. Luego llevó su bola de cristal a lo alto de la roca más alta que pudo encontrar entre los ejércitos. Del cielo negro carbón relucían estrellas brillantes. El disco lunar todavía no se había elevado. Hip empezó sus cánticos y rezos, que se extendieron por ambos campamentos. Al poco tiempo diez millas cuadradas retumbaban con alabanzas a Olga.

Bola relucía brillante: luces rojas, azules y luego una luz blanca destellante. Los ejércitos se callaron, cogidos por el pánico. Hip estudió los cielos expectante. La aurora se extendía sin cambio alguno. Las estrellas parpadeaban en silencio, pero algunas no parpadeaban. Moses estaba seguro que ésas eran las llamadas estrellas caminantes..., planetas. El silencio se prolongaba. Al este, el disco lunar atrajo la atención durante un tiempo. Luego bola se oscureció. Hip murmuró que los signos no coincidían totalmente...; al día siguiente por la noche lo intentaría de nuevo.

Por los campamentos cundió la desilusión. Tinker condujo un grupo de cuchilleros hacia el perímetro oscuro. Atravesaron el círculo de espuma con una labradora y montaron hacia los jardines distantes. Una incursión de muestra; trajeron escasas calorías, que ni siquiera percibieron las masas hambrientas..., pero se demostró que esas incursiones eran posibles. Al amanecer estaban todavía en la espuma cuando aparecieron las naves cazadoras, veinte por lo menos, enfocando sus luces brillantes desde una altura de mil pies. Se abrieron las compuertas y llovió un aluvión de flechas sobre la labradora. Descendieron y caminaron bajo el enorme chasis.

–Arriba los escudos –gritó Moses mientras pasaba el escuadrón por encima lanzando flechas. Casi todas las varas se clavaron contra la tierra. Sólo sufrieron daños menores. Simplemente, la gravedad no era un acelerador eficaz para las ligeras flechas.

El escuadrón intentó dar la vuelta. Dos naves chocaron en el aire y cayeron en el canal. Las demás se diseminaron.

–No ha sido demasiado brillante –comentó Hugh. Esperaba mientras un grupo de nebishes sacaba la nave de las aguas. Las tripulaciones de nebishes fueron despachadas rápidamente. A Tinker le pareció que una de las naves se podía usar.

–Debían hallarse en manual; no se puede disparar desde las naves cuando están volando los cerebros de las mecs. Tienes razón..., no ha sido demasiado brillante. Se necesita mucho entrenamiento para pilotar una de éstas –dijo Tinker.

Las cubiertas de polvo estuvieron levantadas toda la mañana mientras Tinker quitaba piezas de una para ponérselas a otra. La colocó en manual y quitó la antena.

–Buena nave...; mira esa agudeza visual. Podemos aprender mucho si nos la llevamos para explorar. Envía un mensajero a Moses y mira a ver si quiere supervisar el campo de batalla con Palillo desde una altura de una milla.

Tinker volvió al trabajo. Cargaron la célula de energía de la nave inoperante en el garaje y la adaptaron a la membrana conductora de la nave operante. Alineó a cuatro arqueros y cuatro cuchilleros para que le siguieran. Moses llegó a mediodía.

Tinker manejaba los controles como un profesional. Sus cruceros desde el Control de Caza le habían convertido en el mejor piloto de la zona. El hacha de doble filo de debajo del asiento le convertía en el mejor armado. Moses se agarró a su asiento mientras volaban bajo por encima de sus tropas. Los ojos–de–gamo agitaban sus cabezas peludas desde las escotillas. Desde abajo los animaban.

Supervisaron sus ejércitos: medio millón de hombres y mujeres fuertes. El campamento cubría un radio de tres millas alrededor de una intersección del lecho del

canal y la hilera de rocas que marcaba el límite 50:00. Las alturas rocosas estaban tomadas por los arqueros. Cuchillas y espadas guardaban las cúpulas: había diez en el campamento. El perímetro estaba salpicado por cien meca-agros, cada una como a un cuarto de milla de distancia de la siguiente y cada una también cargada de arqueros.

Tinker sonrió.

–Arqueros en los picos y en las meca-agros; lanzadores de jabalinas y espadas pequeñas en las bóvedas de las ciudades–eje. Estamos seguros.

Moses estaba casi de acuerdo. Veía a Rugh Konte y su grupo moviéndose alrededor del perímetro, animando a la nave a que los alcanzara.

A dos mil pies de altitud el panorama cambiaba. El mar de agriespuma se extendía por tres millas más, es decir, una superficie cuatro veces mayor que la que ocupaban los ejércitos. La Gran ST podía cubrir con igual facilidad un radio de diez o de un centenar de millas. Según se remontaban, sus egos se empequeñecían. Las bóvedas de las ciudades–eje cubrían la superficie entera de la tierra, parecían miles, cientos de miles.

Una nave cazadora se acercó de forma extraña. Tinker la rodeó. Las pantallas visoras estaban opacas desde el exterior. Comprobó la frecuencia del comunicador. Nada.

–¡Intentemos derribarla! –dijo Tinker con entusiasmo–. Quiero que tres de tus arqueros se arrodillen bajo la compuerta del techo y disparen cuando la abra.

Maniobró debajo de la nave y puso la mano en la palanca de control manual. El chorro de aire de la otra nave la empujó.

–¡Ahora! –gritó, tirando de la palanca. La compuerta se abrió dejando salir una lluvia de filos.

Tinker giró hacia la derecha. La nave de la Colmena se derrumbó escupiendo piezas. Aterrizó sobre un huerto de árboles frutales.

Tinker descendió para examinar la nave abatida.

–¡Fijaos cómo ha aterrizado! –gritó–. Justo encima de un tronco. Jamás volverá a volar. ¿Bajamos y liquidamos a la tripulación?

Moses estudió el terreno.

–Estamos a diez millas de nuestro campamento.

–¿Y qué? No hace falta que aterricemos. ¡Eh! Dos de vosotros deslizaos por un arnés. Os depositaré justo en el tejado. Podéis abrir la compuerta y descuartizar a la tripulación de nebishes. No hay ningún problema.

Moses miró a Palillo. Ninguna admonición. Asintió. Tinker la mantuvo quieta mientras los dos cuchilleros les administraban el *coup de grace*. La nave siguió sin problemas. Moses observaba el entorno con cuidado.

–¡Nave cazadora! –avisó Palillo.

El forraje les ocultaba la vista de casi todo el cielo, pero Moses temía lo peor. Palillo chirrió e intentó calcular su alcance y su número.

–Volved corriendo.

–¿No queréis una cabeza como recuerdo?

–No.

–Veinte naves. Se acercan a toda velocidad –dijo Palillo.

Tinker echó una mano a los cuchilleros mientras se elevaba.

–Intenta escaparte –sugirió Moses. Puso a Palillo contra la ventana. El pequeño ciber destellaba amenazante.

El escuadrón pasó por encima de sus cabezas a dos mil pies de altura y luego se fueron desmembrando de la formación de uno hasta formar una fila india.

–Los hemos captado, eso es seguro –dijo Tinker ladeándose de repente.

La nave que les seguía se cerró tras su giro en ángulo recto, cruzando la hipotenusa.

–No se están dando unos con otros –dijo Moses.

Tinker miró por el aparato óptico de la nave colocado en 10 X de magnificación.

–Esas naves son del País Naranja.

Tinker conectó el comunicador. Apareció la cara de Val. Se miraron con amargura.

–Sigo volando bastante bien –dijo Val.

–No lo haces mal –contestó Tinker, elevándose.

–A ver cómo eres de bueno –le desafió Val. La pantalla se apagó. Una de las naves cazadoras abandonó la formación y les persiguió a toda velocidad. Las demás interrumpieron el contacto y se desperdigaron a altitudes bajas.

Tinker intentó colocarse por debajo de la nave de la Colmena para disparar a las hélices pero ésta descendió al nivel de la copa de los árboles. Se abrieron las compuertas varias veces y las manos de Tinker sintieron el *tic, tic, tic* de las flechas contra el casco. Tres de las otras naves volvieron rápidamente formando un triángulo sobre él, cerrándose deprisa. Cuando intentó escapar elevándose, la nave de la Colmena se deslizó por debajo de él y empezó a lanzar flechas contra sus hélices.

–Desde luego que aprenden deprisa –dijo Tinker. La frente se le estaba humedeciendo. Se esquivó con una ruta en zigzag.

Palillo lanzó rayos de luz coherentes hacia los visores de la nave que los perseguía para deslumbrar unas cuantas retinas. La nave titubeó y luego retrocedió. Tinker se lanzó en dirección a su campamento. El escuadrón de la Colmena se formó de nuevo y voló por encima del ejército fugitivo dejando caer unas cuantas toneladas de bloques de construcción. Estos también fueron fáciles de esquivar y se produjeron pocas bajas.

Las patrullas del perímetro informaron de tres escuadrones enemigos y más de cincuenta naves cazadoras. Sólo había habido una emboscada: rompieron una columna de alimentos a través de la agriespuma.

–Habrán más naves hoy. Aún no ha habido ataques concertados. Seguramente están reuniendo a sus fuerzas e intentan matarnos de hambre. Cuando sean más fuertes atacarán –dijo Tinker.

Moses asintió.

–Y realmente no podemos atacarles de manera eficaz a pie. Ahí se están reuniendo varias naves cazadoras. Deben estar como a diez millas de distancia observándonos.

Hugh regresó de patrullar y se les acercó sonriendo. Llevaba un buen trozo de carne cocida en un cuenco de vegetales.

–Al menos no nos tenemos que volver a preocupar de la comida. Este tipo, Luna, tiene ahí un pozo sin fondo.

Tinker y Moses se acercaron a la bóveda del eje donde habían entrado la noche antes Luna y el escuadrón de arqueros. Los ojos–de–gamo y los fugitivos de Dundas hicieron cola con las manos vacías y salieron llevando sus porciones de carne rojo–amari-

lenta. Gotas de color rosa marcaban el paso de miles de portadores de carne. Nada le parecía humano a Moses. Pensó que sería mejor investigar.

Encontró que las filas de portadores descendían por toda la espiral hasta la base del eje. Los pasadizos y los cubículos estaban silenciosos. Luna y los arqueros habían formado una cortina a la entrada del suburbano. Con ayuda de unos arpones con finos cables, estaban sacando a los nebishes de los mismos suburbanos. El impacto de la cabeza del arpón dejaba a la víctima tesa, y si no, lo conseguían al tirar y cuartearlos.

Luna gritaba sus instrucciones a una veintena de ojos–de–vacas afanosas.

–Meted esas cabezas y las entrañas en los suburbanos. Quiero trabajo limpio. Quiero que les quitéis la piel enterita, y las manos y los pies. No debemos ofender a los cocineros.

–¿Qué hacemos con éste pequeñito?, ¿Lo devolvemos?

–Si está aún vivo, sí. Si no, no lo desperdiciéis.

El viejo Luna sonrió al ver a Moses.

–¿Qué tal el suministro?

–Estupendamente –dijo Moses sin entusiasmo–. Estupendamente. Pero vais a tener que dejarlo un ratito. Hip va a celebrar otra ceremonia esta noche. Quiere a toda su gente alrededor.

–El Asno de Tabulum –murmuró Luna.

Moses cambió de tema.

–Capturamos una bonita nave cazadora hoy. Tinker la ha hecho funcionar perfectamente. Hemos echado un vistazo por encima. Se están reuniendo naves cazadoras del otro lado de la espuma.

–Me lo figuraba –dijo Luna limpiándose las manos–. Aquí hay suficiente carne para los chicos de la espiral. Se terminó por hoy, muchachos. Iros con vuestro Hip. Le está dando otro ataque místico esta noche.

Luna y Moses ascendieron por la espiral mientras Dan masticaba una mano.

El resplandor naranja de las forjas creaba un fondo misterioso para los cánticos de Hip. Los fugitivos de Dundas habían encontrado toneladas de hierro maleable en los garajes: viejos convertidores de energía de las mec. Era lo suficientemente blando para dejarse moldear rápidamente en un hacha de doble filo y en una pequeña espada de veinte pulgadas, y suficientemente duro para penetrar a un centenar de nebishes.

Moses, Luna y Tinker estaban sentados en la cabina de su nave cazadora escuchando un canal de entretenimiento de la Colmena mientras Hip invocaba y cantaba en la distancia.

–¿Han duplicado las patrullas esta noche? –preguntó Moses.

–Rugh se ha ocupado de eso –dijo Tinker–. Es un organizador nato. Sus escuadrones de patrulla contienen hombres de ambos ejércitos: color y cerebro, dice él.

Por el campamento se extendió una canción:

Nos reuniremos en el río.

Nos reuniremos en el río.

Nos reuniremos en el río...

El maravilloso río de Amor.

Tanto Moses como Tinker se sonrieron. Moses se entretenía con el comunicador, sintonizando con cualquier canal y obteniendo muchas interferencias.

–Intenta 83,6 –le sugirió Palillo.

Moses conectó con la cara enfadada de Josephson.

–Hola –dijo Moses–. ¿Qué haces tú ahí?

Josephson pareció avergonzarse:

–Sólo dirigir una caza contra vosotros. Contra todos vosotros.

Luna y Tinker se le acercaron deprisa.

–¿Una caza?

–Una verdadera gran caza –dijo Josephson, mostrando un poco de orgullo.

–Va a intentar matarnos a todos –dijo Tinker.

Josephson elevó la vista hacia él.

–Me temo que es así. Un trabajo es un trabajo. El mío es alcanzarlos.

Tinker se rió y cambió de canal, sintonizando otra vez con los musicales ligeros.

–Mejor será que no conozcamos demasiado bien a nuestro amigo, no sea que no seamos capaces de matarlo cuando lo tengamos cerca.

–Prueba 21,9–dijo Palillo.

Tinker elevó una ceja y giró el sintonizador. Apareció la cara de Val. Llevaba gafas oscuras.

–¿Quién está ahí? –preguntó Val. Detrás de él había un hombre muy gordo de pie: Walter.

–Aquí Tinker.

Val dibujó su mejor sonrisa cínica:

–Tengo malas noticias para vosotros, seguidores de Olga. Habéis llegado al Río a destiempo.

–¿Qué quieres decir?

–No hay conjunción. Júpiter está solo en Sagitario–explicó Val alcanzando su colección de cuentas–. Nuestros astrólogos han analizado vuestra secuencia de cuentas...; a ver, decidme si me confundo, pero aquí aparece una cuenta en forma de aro. ¿Saturno, no?

Tinker asintió..., con poco interés en el lado oculto de la existencia de sus ejércitos. Estaba aquí para luchar y sobrevivir. Ganarse los favores de los dioses era tarea de Hip.

–En esta otra parte del hilo –continuó Val– hay cuatro cuentas más juntas. Suponemos que la grande es Júpiter. Júpiter y Saturno resulta que están a unos cincuenta y cinco grados de distancia en el Zodíaco ahora. Hasta aquí todo va bien. Pero todas esas luces brillantes que andan alrededor de Sagitario no son más que desperdicios del espacio. Hemos encontrado Venus y Mercurio. Está en Géminis con el sol. En realidad Mercurio entra en tránsito pasado mañana, si os interesa saberlo. Marte también se halla algo alejado, como unos cien grados fuera de Sagitario. Urano está del otro lado, en Piscis, así que vuestras cuentas están todas mal.

Moses apuntó la información de Val y se la entregó a un mensajero para que se la llevase a Hip. Podía serle de utilidad.

Tinker llamó al viejo Walter por encima del hombro de Val.

–¿Está en lo cierto, Walter?

–Esa nave en que estáis sentados tiene buenos ópticos –asintió Walter–. Pídele que compruebe estas posiciones esta noche. Nosotros las hemos sacado con nuestro propio Ave Can IV.

Hip sólo sonrió ante el diseño zodiacal de Val. Diseñó otra secuencia de cuentas y la envió de vuelta a Moses. Luego retornó a sus cánticos. Él sabía poca astronomía, era Bola quien dictaba el diseño de las cuentas.

–Parece como si hubiera añadido sólo dos cuentas blancas más para Marte y Urano –dijo Moses–. La conjunción de cuatro planetas sigue siendo la misma.

La nave cazadora giró los ópticos hacia arriba. Se inclinaron hacia la pantalla, confirmando rápidamente las palabras de Val.

–Júpiter, Saturno y Marte están donde ha dicho Val –observó Moses–. Esta noche es ya demasiado tarde para Urano, y Mercurio y Venus no se podrán ver hasta el amanecer. Parece como si las cuentas estuvieran mal.

Tinker se encogió de hombros.

–¿Y qué? ¿Esperabas un milagro?

Moses no estaba seguro.

Los colores pasteles de la aurora brillaban: azul, banana y aguacate. Hip gritaba sus cánticos. Sudando en el baile, cantaban palabras de amor y libertad.

–Y ahora esos idiotas están dejando las armas–se quejó Luna con amargura.

–Y eso es a lo que han venido: ceremonias, rezos–explicó Moses gentilmente. Palillo no hizo ningún comentario.

–Pero ese estúpido frenesí se va extendiendo a nuestra gente de Dundas. Todo el mundo está deponiendo las armas. Parece que van a bailar hasta caer rendidos. ¿Quién va a combatir a los cazadores mañana? –dijo Luna–. ¿Quién los va a defender?

La respuesta se extendía por los campamentos:

–El amor nos salvará. Olga es amor. El amor nos salvará.

–¡Sacadme fuera! –gritó Palillo de repente.

Intrigado, Moses le sacó.

– Levántame.

–¿Por qué?

–No sé por qué, simplemente apúntame hacia el cielo y cierra los ojos... ¡Oooh!

Palillo se convulsionó. Su piel le hacía cosquillas a Moses en la mano. Desde su nariz se dirigió un rayo de luz blanca pura hacia el cielo oscuro. Era casi medianoche y Sagitario se hallaba exactamente encima de ellos. El viejo Luna se quedó en la nave, desconcertado. Un rayo de luz similar salió de Bola. Un pequeño meteoro cruzó el cielo, un arañazo blanco y largo sobre el ébano. Otro meteoro, y otro. Y luego cientos de pequeños arañazos amarillentos, que se esfumaban nada más aparecer.

A diez millas de distancia, en el campamento de las naves cazadoras, Val y Walter miraban al cielo.

–Meteoros minúsculos –comentó Walter.

–Y apuesto a que algún troglodita supersticioso de ese campamento está atribuyendo toda esa lluvia de fuego a Olga –resopló Val.

–Supongo –dijo Walter–. Escucha esta información del campamento. Están cantando esos cánticos que oímos en el rayo concentrado.

–Será la última noche que canten –dijo Val–. Mañana llega otro centenar de naves. Tendremos suficientes para acabar con ellos.

Por el campo habían proliferado las hachas de doble filo, las espadas pequeñas y las lanzas de metal. Al amanecer las tropas estaban desarmadas y exhaustas de las danzas ceremoniales de la noche. Por todos lados había armas abandonadas cubiertas de polvo. Pero los guardias del perímetro estaban armados; y cuando apareció la primera nave enemiga el resto del ejército se repuso rápidamente y volvieron a empuñar sus armas. Los arqueros vestidos de blanco ascendían por las espirales. Las naves cazadoras iban y venían arrojando flechas.

Josephson habló con la C.U. pidiendo ayuda.

–Tendrás que manejarte a nivel local –le dijo C.U.–. Se producen levantamientos similares por todas partes. Deben estar involucrados como un millón de ojos–de–gamo. No deberá ser problema para un planeta con más de tres billones. Utiliza los controles manuales, pero manéjate a nivel local.

Una pesada lanza le alcanzó la nave. La punta de metal penetró por el casco soltando un chorro de fluido azul. Se encendió una luz. Abandonó el campo de batalla para un aterrizaje de emergencia.

Tinker condujo a su compañía a una bóveda para acabar con un grupo de cazadores. Avanzó por la espiral agitando su hacha. Las cabezas rodaron. Hombres armados con hachas y espadas le seguían a través de la base del eje hacia los suburbanos. Penetraron en las paredes y en la maquinaria. Un pelotón de cuerpos se apiñaba en el suburbano. Avanzaron por el túnel hasta la siguiente bóveda y cargaron ascendiendo por la espiral atrapando una unidad de cazadores contra las puertas del garaje. Cuando por fin salió otra vez a la luz del sol era por la tarde. Su brazo derecho estaba cansado. Tenía una pequeña herida de flecha en la muñeca izquierda. Una ojo–de–vaca se la vendó. Volvió con Mu Ren y se durmió un rato.

Una hora más tarde le despertó Hugh Konte.

–¡Tinker! Moses y Hip están manteniendo una especie de reunión en las rocas. Hemos abatido un par de naves cazadoras y otras dos se han estrellado. Palillo ha reconocido algunos de los emblemas. Son de todo el continente. A la hora llegaron más. Por los suburbanos no hacen más que llegar tropas también. Me temo que vamos a tener que hacer algo.

Tinker recogió su hacha y siguió a Hugh a la reunión. Hip estaba deprimido.

–Anoche debía haber sido la conjunción. Hoy tendríamos que estar a salvo en los brazos de Olga –dijo.

Tinker echó una ojeada al grupo de jefes que se apiñaban. Casi todos estaban heridos. Uno era una hembra ojo–de–vaca. En la distancia oyó el rugido de naves cazadoras que se agrupaban.

–Tenemos que hacer algo inmediatamente. ¿Por qué no me llevo un par de meca–agros y cuchilleros y ataco su campamento? –dijo Tinker.

–No va a servir de nada –dijo Moses–. Mañana tendrán casi quinientas naves, o incluso más. Cinco o diez meca–agros... se las comerían vivas. Serán de más utilidad en el perímetro.

Hip levantó a Bola.

–La razón por la que he convocado esta reunión es que mi bola de cristal ha dejado de relucir. Todo lo que dice ahora es «Llévame al jefe». Ya no habla de Olga.

–¿Hablar? –dijo Tinker.

–Bueno, yo oía voces cuando ponía las manos sobre ella. No con los oídos, sino con la cabeza..., creo –dijo Hip.

Bola estaba quieta, opaca.

Tinker la recogió. Una voz le dijo que entrara en la Colmena y encontrara al jefe de los nebishes. Depositó la esfera y las voces desaparecieron. Extraño.

–Quiere que la lleve al interior de la Colmena–dijo, sonriendo.

Moses la cogió, no oyó nada, y la entregó al siguiente en el círculo. Sólo hablaba a Hip y a Tinker. Hugh se levantó y se dirigió al grupo.

–Si nos quedamos y luchamos aquí, acabarán con nosotros; tocamos a uno por millón. Pero tenemos muchas probabilidades de destruir su centro nervioso. Si está situado en cualquiera de estas ciudades–eje, ya veis lo fácil que puede ser. Si Bola sabe dónde encontrar a su jefe, Tinker y yo podríamos llevar una fuerza de asalto e intentar destruirle. Incluso tomar nosotros el mando. Tinker es hábil con los cerebros de las mecs.

–Es una posibilidad..., una buena posibilidad –dijo Tinker.

Hip y Tinker se desplazaron despacio por sus campamentos pidiendo voluntarios. Rechazaron a muchos ojos–de–gamo y a casi todos los fugitivos de Dundas. Sólo los mejor armados y los más musculosos tendrían una oportunidad de sobrevivir al saqueo.

El acomegálico levantó su lanza con ambas manos..., una pértiga para el eje y una ancha punta de lanza de hierro en el otro extremo. Se ofreció voluntario.

Tinker sacudió la cabeza.

–No, gentil gigante, tu arma no sirve para las pequeñas habitaciones en que estaremos luchando, y tus articulaciones se obstaculizarán si tenemos que correr.

Mu Ren esperaba en un lado, triste, agarrando a Junior, y con el vientre abultado. Le había rogado a Tinker, intentando conservarlo con ella y el niño. Pero entendía el sentido que tenía el intentar acabar con el cibercentro de la Colmena. Cientos de amigos suyos habían muerto en el breve encuentro de ese día con las fuerzas de la Colmena... y cada día se enfrentarían con lo mismo. Unas fuerzas cada vez mayores de la Colmena atacando un campamento de ojos–de–gamo cada vez más debilitado. Varios grupos de familias intentaron huir a través de la agriespuma..., pero sólo habían conseguido verse perseguidos por las naves cazadoras. Dudaba que hubiera podido salvarse ninguna... y llegar a la seguridad de sus cuevas de montaña. No, no le pidió a Tinker que cancelara el ataque. Lloró un poco cuando se fue.

Hip habló a las fuerzas de choque reunidas: cinco escuadrones de hachas, cinco de lanzas pequeñas y veinte de espadas cortas; unos doscientos hombres.

–Haz que este planeta sea digno del retorno de Olga –dijo solemnemente... entregándole Bola a Tinker–. Líbranos de la Colmena.

– ¡ Líbranos! –cantó la multitud.

Tinker miró a los rostros demacrados y los cuerpos cubiertos con vendas harapientas. Casi todos estaban heridos. En poco tiempo quedarían pocos vivos si fallaba su misión. Levantó su hacha.

–Yo he forjado las dos hojas de mi hacha. Una es para los nebishes que se interpongan en mi camino, la otra hoja la conservaré para el cerebro mec esclavizador que dirige la Colmena.

Víttores.

Cien lanzadores de jabalinas corrieron hacia la ciudad–eje para abrir camino en los suburbanos. Las fuerzas de asalto podían descansar hasta que alcanzaran el corazón de la Colmena.

Tinker estaba de pie con Bola bajo un brazo, el hacha bajo el otro, observando cómo desfilaban sus hombres: una unidad de elite. En la retaguardia, marchando con paso incierto, iban un anciano y un perro de tres patas: Luna y Dan.

Luna llevaba su hoja manchada, gastada por innumerables escaramuzas. Tinker tocó el brazo esquelético del anciano.

–Lo siento, Luna, tú no puedes ir. Sólo los jóvenes, rápidos...

Luna refunfuñó y retiró el brazo.

–¿Qué dices, cachorrillo? He estado batiéndome con los nebishes desde antes que tú nacieras. ¿Crees que me quiero quedar aquí sentado con las mujeres y los niños mientras tú estás ahí en medio de la lucha?

Moses y Hugh se acercaron al truculento anciano Luna. Palillo habló:

–Quédate con nosotros en la superficie, anciano con perro. Tinker va a luchar contra microcircuitos y técnicos débiles.

–Sí –dijo Hugh–. Mañana los ejércitos de la Colmena estarán en la superficie. Tendremos que luchar cuerpo a cuerpo. Os necesitaremos aquí a ti y a Dan, y no en la oscuras cuevas de la Colmena.

El viejo Luna se tranquilizó y retiró su puño de la cara de Tinker. Dándole unos golpecitos en el hombro con sus nudillos, buscaba una maldición apropiada:

–Buena suerte... pedazo de... –no daba con la palabra. No se le ocurría ninguna–. Mata un circuito por mí –dijo por fin.

Tinker descendió rápido por la espiral a la cabeza de su unidad.

–Démonos prisa. Si conseguimos derribar el cibercircuito de la Colmena antes del amanecer la batalla de la superficie puede ser más fácil para nuestra gente.

Los circuitos de los guardianes registraban el avance del ejército por los tubos. Val y su unidad personal de cazadores estaban en otro tubo para impedirles el paso. Estudiaron la ruta de Tinker. Los ojos–de–gamo empleaban suburbanos normales de pasajeros, apelotonando la masa de ciudadanos para hacerse un sitio. Val comprobó las localizaciones de sus unidades de cazadores de bajo tierra. Llamó al control de tráfico.

–Reorientad la unidad de cazadores 32–5K hacia la base de eje 47–B3 y decidles que lancen flechas. Yo tiraré del stop manual desde aquí –gritó Val.

BaI le oyó:

–Arriba las cuchillas, mirad a la derecha –dijo una voz en el interior de la cabeza de Tinker. Ejecutó las órdenes sin demora. Un minuto más tarde la pared derecha del suburbano se abrió de repente y un pelotón de cazadores –doscientos y fuertes– tiraron de la cuerda de sus arcos. No estaban preparados para el avance repentino de ojos–de–gamo blandiendo cuchillas. Las flechas vacilaron y se clavaron en las ternillas entre el hombro y la cabeza. Veinte minutos más tarde las tropas de Tinker seguían su marcha.

Val maldijo y tiró de las palancas. Inundó varios ejes y suburbanos, pero los ojos–de–gamo se mantenían secos.

–¡Maldita sea! ¿No podrías darme unos mapas de secuencias mejores que éstos? –gritó a la consola mec.

Un controlador de tráfico se paró nervioso detrás de Val.

–Los mapas están bien, señor –explicó el controlador–. Sólo tiene usted que familiarizarse con los símbolos y señales. Es un campo muy especializado.

–Bueno, pues llama a alguien que sepa manejar estos controles. Quiero que se detenga a esa banda de matadores.

El suburbano se detuvo de nuevo. Los ojos–de–gamo se abrieron camino a machetazos a través de la muchedumbre de complacientes ciudadanos de la Colmena. Algunos se morían antes siquiera de que les tocasen. Otros se arrimaban a las paredes, despreocupados y sin tomar parte, envueltos en sus sueñecillos particulares.

–¡Dios! ¡Qué montón de zopencos idiotas! –dijo Tinker limpiando la cuchilla.

Una puerta de esfínter gigante bloqueaba el suburbano. Las hachas empezaron a agitarse. La puerta tenía tres pies de espesor.

–Dad la vuelta –dijo Bola a través de la boca de Tinker–. Romped la pared de la derecha.

La pared se desconchó ante el contacto de las cuchillas, descubriendo nudos de cables y de conductos pulsantes. Gruesas alfombras de polvo les cubrían los pies al cruzar por entre muros. Las ratas destellaban en la oscuridad. Los olores fétidos les produjeron lágrimas. Cuando llegaron de nuevo al suburbano se encontraron con una fuerza de Seguridad de quinientos hombres.

–Bueno. ¡Pero si sólo están armados con pértigas!–exclamó el primer ojo–de–gamo a través del agujero. Agitó su espada abriendo paso para los que le seguían. Le arrojaron redes burlando su espada. Inyectores de Al Vol acallaron su lucha con recompensa molecular.

La guardia de Seguridad, al otro extremo del suburbano, informó a Val por su comunicador. La cara de Val mostraba más confianza ahora que tenía el control de los esfínteres.

–Creo que podemos detenerlos aquí, señor. Están entre muros. Cuando intenten abrirse camino otra vez hacia nosotros estaremos preparados para recibirlos.

Tinker esforzaba la vista en medio de la oscuridad.

–¿Podemos rodear esta sección?

–Negativo, señor –dijo la guía–. El siguiente esfínter está en un muro de sustentación.

Tinker y sus tropas treparon por encima y alrededor del segmento del suburbano. Los muros de sustentación que los encerraban estaban compuestos de varias yardas de piedra y acero. Seguridad guardaba el suburbano. Sus inyectores de Al Vol tenían un alcance de sólo un pie aproximadamente. Pero era suficiente para imposibilitar el combate mano a mano en unos recintos tan apelotonados.

Tinker cortó varios cables con cuidado, a lo largo, asomando mazos de hilos de diferentes colores, demasiados para analizarlos uno por uno. Los controles de los esfínteres tenían que quedarse dentro. Trepó hasta el techo y miró hacia abajo a Seguridad por los conductos de aire. El tejado cedía con el peso de sus hombres. Estudió las líneas de tensión durante un momento.

–¿Por dónde avanzamos ahora? –preguntó un cuchillero ansioso.

–El tejado –dijo Tinker, blandiendo su hacha. Rompió un cable. El falso techo se quebró y se abrió.

Los guardias de Seguridad, temerosos, se arremolinaban bajo una lluvia de cascotes mientras unas grietas ominosas atravesaban el techo. Cayó un gran cascote abatiendo a un guardia. Una cañería empezó a arrojar aguas fétidas. Lanzando sus gritos de batalla, los ojos–de–gamo se excitaron, arrojando hacia abajo todo lo que les llegaba a las manos. Cascotes, cerrojos, trozos de tubo y espadas cortas se clavaban en los guardias. La sangre rosa aguada se mezclaba con las aguas de los vertederos. Los índoles y escátoles ahogaban los bronquios.

Tinker abrió el esfínter a mano. El comunicador estaba solo, cubierto con gotas indescriptibles. La voz de Val llamaba incesante.

–¿Estás ahí, Seguridad? Hola. Hola.

Tinker se colocó ante el óptico, blandiendo su hacha.

–Vengo por ti, Val –le amenazó–. Estoy guardando esta hoja para ti.

Con la destreza de la práctica, Tinker blandió la hoja reluciente del hacha por delante del óptico, arañando la lente. Otro golpecillo dejó entrar aire nublando la retina. Val miraba nervioso con los puños cerrados.

–Que venga Dag Foringer –dijo Val.

Los hombres de Tinker penetraron en la siguiente estación de otro eje decapitando los ópticos de los guardianes. Se les enfrentó un escuadrón de Seguridad, que quedó desmembrado por las hachas. Algunos ojos–de–gamo desnudos se arrodillaron al lado de un guardia con las vísceras al aire para comerse el hígado. Otros empezaron a descuartizar un par de ciudadanos. Tinker miró el hígado aguado pasado de mano en mano.

–Eso puede que os llene, pero no os aliviará el hambre, demasiada deficiencia de MDR. Protoplasma pobre en proteínas. Coged sólo los hígados más oscuros de los mejores cazadores –les avisó.

–Te llena, pero enseguida vuelves a tener hambre... –repetió un joven ojo–de–gamo. Dejó de lado su carne tierna y abrió un expedidor de la base del eje en busca de calorías, con aromáticos sabores. Los muchedumbres empezaron a llenar las espirales.

Mientras sus cuchilleros ahuyentaban a los ciudadanos nebishes y mantenían segura la espiral, Tinker se sentó con Bola para diseñar su ruta en el mapa. Lo extendió sobre el suelo.

–Nos encontramos aquí. El centro nervioso de la Colmena está ahí..., aún faltan unas cien millas. Bola cree que hay dos caminos rápidos. El suburbano de pasajeros en que estamos ahora y este tubo de transporte de mercancías por la línea de colectores. La línea de colectores desemboca en expedidores bajo el sumidero Ojo–de–vaca cerca del centro nervioso. Si lo tomamos, controlaremos los mecs de la Colmena.

Los ojos–de–gamo asintieron vivamente.

–Vengo en busca de tu cabeza, Val –gritó Tinker, blandiendo su hacha. Los circuitos del guardián le transmitieron el mensaje. Val sudaba.

Dos mil guardias de Seguridad montaron en los suburbanos.

–Diez a uno –sonrió Val. Cerró los esfínteres otra vez.

El suburbano se detuvo.

–Aún nos faltan treinta millas –maldijo Tinker.

Sus hombres formaban una cuna con las hachas por delante y se abrieron camino lentamente a machetazos por la densa muchedumbre. Al llegar al esfínter, éste se abrió. Apareció un muro sólido de guardias con inyectores de Al Vol. Las drogas volaron alcanzando por igual a nebishes y ojos–de–gamo. Tinker se retiró, dejando que la muchedumbre de nebishes se arremolinara de nuevo en el camino de la guardia. La cuna giró hacia la derecha y se abrió camino hasta el suburbano.

Ojos–de–gamo heridos, drogados y mareados trepaban por entre muros en busca de oscuridad y soledad.

A los hongos les gustaba chocolate, fresco.

*La humedad aliviaba su cúpula dolorida.
Envió la punta de sus pies hacia el tizne,
En busca de nutritiva comida.
Sus dedos de basidio se enroscaron,
apretando las esporas en pequeñas bolas.
Su catatonía fotofóbica terminó,
Cuando Hongo entre muros murio.*

Las fuerzas de Tinker se precipitaron hacia la estación de mercancías agitando las cuchillas. Rodaron cabezas de nebishes. El mec de tráfico les dijo qué vías estaban abiertas hacia el cibercentro. Programaron cápsulas de mercancías enviando diez hombres en cada una. Tinker viajaba en la número cinco.

—¡Te veré en la próxima estación! —gritó, cerrando la compuerta. Se acomodó para el oscuro y trepidante viaje. Los tejidos de araña le proporcionaban algo a que agarrarse. Bola intentó resplandecer. Sólo un resplandor débil, misterioso. Unos giros repentinos enviaron a los hombres y las armas contra las paredes.

Aceleración. Frenazo. Una parada brusca.

Tinker se acomodó con el hacha preparada. No le sorprendería nada que Val con su maldita eficacia les hubiera preparado una bienvenida armada. Cuando la compuerta se abrió le esperaban los rostros sonrientes de sus propios hombres.

—¡Hemos llegado! —gritaron—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Tinker levantó a Bola.

—Mucho tiempo —declaró—. El centro nervioso está justo encima de nosotros, a un cuarto de milla aproximadamente.

Tinker echó un vistazo por la estación. Cápsulas de mercancías salían y entraban por los tubos, por todas partes había vías y carriles. Junto a la pared más lejana equipos de nebishes realizaban sus tareas perezosamente. Más cerca, los cuerpos de los nebishes yacían en su propia sangre. El equipo de Tinker no llegaba ahora al centenar. La mayoría tenía alguna herida, otros asistían a los que estaban mareados con la recompensa molecular.

—¡Subamos por la espiral! —gritó con entusiasmo. Unos arqueros se apoyaban en la espiral. Lanzaron flechas hacia las entradas de la estación, impidiendo la salida.

—¡Traedme ese carril! —gritó Tinker.

Una pila de railes les servía de escudo. La empujaron por delante, ascendiendo por la espiral. Las flechas se clavaban en los tableros sintéticos. Los escuadrones de arqueros de la Colmena retrocedían despacio, mostrando un sorprendente grado de disciplina.

—¡Ahora! —exclamó Val desde su cuarto de control.

Dag Foringer tiró de una palanca. Sus dedos bailaron sobre botones que giraban las válvulas de una docena de tuberías. Las aguas de irrigación se infiltraron hacia la base llevándose con ellas las aguas potables y las de los colectores. Bola se movía nerviosa. ¡Inundación! ¡Inundación! Las palabras resonaban en la cabeza de Tinker.

El muro de agua rebasó sobre la espiral llevándose a ciudadanos y ahogándolos inmediatamente. Arrastraba a los arqueros. El rugido se hacía ensordecedor. Los bultos de cuerpos se estrellaron contra los railes de Tinker. Las olas los barrieron de vuelta

hacia la estación de mercancías. Soltaban las pesadas armas de hierro según se elevaba el nivel de las aguas.

Bola se le escurrió de entre las manos con la corriente. Las últimas palabras que oyó de la esfera no le daban muchos ánimos.

–¡Todo está perdido, todo está perdido! ¡Huid, huid!

Bola se alejó flotando sobre una ola coronada de cuerpos.

Los ojos–de–gamo intentaron nadar, manteniendo a la vista sus cabezas familiares, peludas. La inundación los arrastró hacia las rajas gigantes de los colectores. La fuerza de las aguas les fijaba contra la malla de dos–por–dieciocho pulgadas. Tinker intentó varias veces nadar hasta la superficie. Un remolino tiraba de él de vuelta hacia la reja. Exhausto, se dio por vencido. Uno a uno le siguieron sus hombres fatigados.

–Buen trabajo –dijo Val, dando unas palmaditas en el hombro de Dag. Comprobaron los escudriñadores: nada. La estación de mercancías estaba vacía. Los raíles y las cápsulas se apiñaban en la reja del colector junto a un montón de cuerpos manchados.

–Ahora podemos volver al campamento de ojos–de–gamo. ¿Qué hora es?

–Doscientas horas –dijo Dag.

–Atacaremos al amanecer. ¿Quieres venir a una gran caza?

Val se llevó a su guardia personal al campamento de las naves cazadoras. Cubrieron las trescientas millas desde el cibercentro en menos de dos horas por los suburbanos. Quedaban restos de los ojos–de–gamo: manchas de sangre y armas. Las barredoras y los equipos de reparaciones trabajaban sin parar.

El gordo Walter le dio la bienvenida en su grupo.

Val estaba casi resplandeciente al anunciar el fin de la fuerza de asalto de los ojos–de–gamo.

–Debíais haber visto sus caras cuando se debatían en los remolinos de agua –se rió.

Walter estaba serio.

–He estado haciendo algunos cálculos –murmuró Walter–. El mago de monte Tabulum puede que esté en lo cierto, después de todo. Mira estos dibujos.

Proyectó el sistema solar sobre la pantalla. El Sol estaba en el centro. Los signos del Zodíaco a su alrededor en una circunferencia.

–Geocéntricamente, tanto Venus como Mercurio se hallan en Géminis. Pero están del mismo lado del Sol que nosotros, es decir... –y señaló al dibujo– que heliocéntricamente están en Sagitario.

Val frunció el ceño.

–No eres más que un seguidor de Olga frustrado... intentando ver su mano en todo.

–Pero las cuentas... –protestó Walter.

Val suspiró y estudió las cuentas otra vez.

–Muy bien –le desafió Val–. Así que has conseguido meter a Venus y Mercurio en Sagitario, pero las cuentas muestran cuatro planetas..., ¿Júpiter... y?

–La Tierra.

–¿La Tierra? –explotó Val–. Nosotros no estamos en ningún signo.

–Heliocéntricamente sí que lo estamos. – Somos parte de la conjunción de cuatro planetas.

–Pero ¿quién se puede poner en el Sol para verlo?

–Olga –dijo Walter.

Val levantó las manos.

–Yo no voy al campamento de ojos–de–gamo mañana. No puedo atacar a un seguidor de Olga, ni siquiera a uno de cinco dedos –aseguró el gordo Walter.

Val se sentó despacio.

–Por mí, haz lo que quieras, viejo. Precisamente iba a sugerir eso mismo. Iremos a pie después de los ataques preliminares. Puede ser peligroso para un hombre en tus condiciones.

–Pareces estar muy seguro –dijo Walter, en tono sospechoso.

Val sonrió maliciosamente.

–Lo he aclarado con C.U. Vamos a enviar órdenes autodestructoras con los rayos concentrados a las meca–agros de los ojos–de–gamo y formar campos de energía desde las bóvedas de los ejes. Eso les aislará fuera y les producirá pánico. Tenemos más de tres mil naves cazadoras agrupadas ahora. Miles de arqueros se situarán en las bóvedas del otro lado de los campos. Será como disparar a la distancia de nuestros propios blancos.

El gordo Walter sintonizó con un receptor audio del campamento de ojos–de–gamo. Estaban cantando sus alabanzas a Olga. Walter movió los labios...añadiendo sus propias plegarias en pro de su seguridad.

Hugh transportó la célula de energía recargada desde el garaje y la enchufó de nuevo en la nave averiada. Las luces se encendieron.

–Con ésta son cinco las naves que podrán volar mañana –dijo.

Moses estaba sentado en una de las cabinas comprobando los instrumentos y Palillo se hallaba en una tercera intentando reprogramar un circuito estabilizador de vuelo estropeado.

Las forjas resplandecían. Los equipos de trabajadores excavaban cobijos bajo tierra. Durante toda la noche el horizonte estaba bordeado de las luces destellantes de las naves cazadoras... que esperaban el amanecer para atacar.

Hip se les acercó. Sólo había estado unos minutos examinando los cielos esa noche, deprimido por su fracaso..., el fracaso de Bola..., de salvar a su gente en la noche anterior. Llevaba una lanza abandonada por uno de los heridos..., la primera arma que habían conocido sus manos. Tenía ganas de usarla.

–Todavía hay una oportunidad –dijo–. Perderemos algunos hombres, pero al menos podemos luchar Fuera sin que nos droguen. Es posible que incluso podamos coger alguna nave más. Nuestras meca–agros nos protegen y nos dan movilidad...

Como si sus palabras hubieran sido la clave, una de las máquinas más cercanas gritó una cuenta atrás y explotó.

–Un rayo concentrado..., orden de autodestrucción –gritó Palillo–. Alejaos de las meca–agros, van a desaparecer todas.

Menos de una hora más tarde el perímetro estaba señalado por hoyos y cráteres humeantes. Algunos ojos–de–gamo se habían acercado demasiado. Moses hizo retroceder a su gente, boquiabierta, hacia una bóveda.

–¡Colocad arqueros detrás de esas rejillas! –gritó.

La oscuridad antes del amanecer añadía confusión a la escena. Los camaradas se separaron. Las unidades se dividieron. El humo ácido les cegaba. Las explosiones y el fuego aumentaban la desesperación del ejército hambriento. Las tripas habían estado vacías demasiado tiempo..., la carne humana de las ciudades—eje habían hecho poco más que contraer la bilis.

—¡Arqueros... ¡A las rejillas! —repitió Moses.

Los chispazos arrojaron a los primeros arqueros de las puertas del garaje. El olor a ozono les puso sobre aviso. Moses oyó el bocinazo ominoso de un campo de fuerza soltando energía en la atmósfera.

—Han creado un campo —advirtió Palillo—. La Gran ST nos ha aislado Fuera.

Las otras bóvedas empezaron a soltar chispas y bocinar. Moses miraba impotente cómo su ejército se deshacía en una lucha sin sentido. Gritos y lamentos esporádicos le indicaban que los fuertes estaban aplastando a los más débiles.

Desde la oscuridad una voz alta familiar gritaba dándoles confianza.

—¡Acercaos a mí, acercaos a mí! —gritó Hip.

Un puñado de seguidores se le acercaron y elevaron sus cánticos. El puñado creció. Un creciente cinturón de tranquilidad apareció en el mar turbulento de cuerpos en lucha.

Luna levantó a Dan en sus brazos para evitar que le aplastase la multitud. Palillo relució inspirando tranquilidad.

—Eso está mucho mejor que el desorden que teníamos hace un minuto —admitió el viejo Luna.

El viento llevaba las palabras de una canción muy antigua. Si pudiera retrasarse el amanecer el tiempo suficiente para que se reorganizasen y se armasen otra vez...

Por el sudeste apareció un resplandor extraño: una cúpula azul vibrante se elevaba por encima del horizonte. La cúpula cambió de un azul pálido a un violeta oscuro. El resplandor estaba coronado por un halo blanco.

—¿Qué es eso?

—Una señal —contestó Hip—. Oiga nos ha enviado una señal. Deponed vuestras armas. Estamos salvados.

Palillo no se mostraba tan optimista.

—La fuerza de asalto ha fracasado. Eso era Bola haciendo estallar su botella Q.

El viejo Luna tropezó con un montón de cuchillas y lanzas.

—Si consiguiéramos tan sólo que estos muchachos empuñaran de nuevo sus armas.

Moses observó el resplandor del horizonte..., un temblor hizo retumbar la tierra debajo de ellos.

—¿Qué es ese halo blanco?

—Un nebish ionizado —dijo Palillo—. Ha debido reventar dentro de una ciudad—eje.

La tierra tembló de nuevo, con más fuerza. La cúpula resplandeciente se hizo más grande, elevando el halo.

—Será mejor que os cubráis las caras —advirtió Palillo.

8. LLUVIA DE TECTITAS

Walter estaba sentado en su cabina mirando a una transmisión del amanecer desde la costa este. Un sol del tamaño de un melón mostraba la sombra de Mercurio al pasar.

–¿Quieres ver algo bonito extraído de la costa del mar?

–Enseguida –gritó Val desde la oscuridad de debajo de la nave. Pulió los contactos y conectó la membrana. Según trabajaba iba cambiando la iluminación.

–¿Está saliendo ya el sol?

Walter no contestó. El resplandor azulado del sudeste le tenía traspuesto.

–Gran trueno. Gran trueno –les avisó la nave según cerraba sus compuertas de un golpe.

La pantalla se nubló al tiempo que caía sobre ellos el eco del estruendo sónico. Val abrió la boca para preguntar algo cuando le alcanzó, lanzándole en medio de un mar de guijarros. Los oídos le zumbaban. Un gran silencio. No podía oír nada más. Val intentó salir de debajo de la nave a gatas. Le golpeó otro estruendo. La nave vibró a lo largo del suelo, parándose sobre su tobillo. El resplandor azul siguió creciendo hasta parecerse a un verdadero amanecer. Luego desapareció poco a poco. De nuevo se hizo de noche, con la oscuridad de antes del amanecer. Val gritó en mitad del silencio de su sordera. Estaba atrapado debajo de la nave, escupiendo arena. Las ondas de choque le pasaron una y otra vez por debajo. Liberó el tobillo y salió a gatas. Una estela de meteoro alumbraba el cielo oscuro. Estalló en el campamento de ojos–de–gamo.

Val se cubrió el rostro contra el resplandor del estallido del meteoro. El cielo estaba ahora cubierto de estelas brillantes. El ruido acolchonado de otras explosiones le indicó que aún podía oír. Tocó en la puerta de la nave. Nadie contestó. La abrió de un tirón. El músculo de la nave se había salido de su marco. Dentro de la cabina todo era oscuridad, los indicadores estaban desconectados. Walter se encontraba sentado con los ojos casi desorbitados frente a la mirilla. Las luces amarillas y naranjas de la lluvia del meteoro se reflejaban sobre su rostro sin expresión.

–¿Estás bien? –preguntó Val tocándole el hombro.

–Un milagro –murmuró el gordo Walter.

Val no hizo ningún comentario. Tomó asiento en los controles silenciosos. La célula de energía estaba completamente cargada. Pasó los dedos por los controles, apagándolos todos. Según giraba los interruptores, uno a uno, las luces del panel se encendían de nuevo. Mirando hacia fuera vio un equipo intentando poner en pie una nave volcada. Se veían también otros grupos de cazadores andando entre las máquinas silenciosas.

–Un milagro –repitió Walter.

–Ya lo veremos –dijo Val.

La suya era la única nave en condiciones de volar. Algo había sobrecargado los circuitos y borrado los cerebros de las mecs en varias millas a la redonda. El campamento de los ojos–de–gamo estaba cubierto de cráteres. Todo lo que veía eran esqueletos, de humanos y de meca–agros. Montones de huesos. Cuerpos rotos

esparcidos por el perímetro, algunos cubiertos de agriespuma. Nada se movía excepto las columnas de humo ascendente. Dio la vuelta al campamento grabando la desolación con los bancos ópticos de la nave.

–Ahí está tu milagro –se burló Val–. Olga ha acabado con todos los ojos–de–gamo.

Walter no se daba cuenta.

–¿No oíste su voz..., la voz de Olga?

Val se posó al lado de un meca–agro humeante.

–¿Qué voz?

Walter intentó que la nave la repitiese, pero su memoria reciente estaba borrada. La nave envió una petición al C.U. por si algún otro sensor había grabado la voz de Olga. El C.U. no contestó.

–Aquí Clase Dos–vino la respuesta finalmente.

–¿Dónde está el Clase Uno? –preguntó Val nervioso.

–El meteoro le ha destruido demasiados circuitos. Su ego no ha sobrevivido. Yo asumiré sus funciones hasta que se le reconstruya –dijo Clase Dos.

–¿Qué meteoro? –preguntó Val.

–Uno muy grande. Estalló cerca del sumidero Ojo–de–Vaca, ha formado un nuevo lago de unas treinta millas de diámetro. Muchas ciudades–eje se han venido abajo.

Val estaba impresionado.

–¿Qué le estabais pidiendo a C.U.? –preguntó la C.D.

–¿Oíste las palabras de Olga? –preguntó Walter con ansia.

–Tengo trechos de muchas conversaciones por todo el globo. Esta lluvia de meteoro ha llegado a todas partes. Dame algunas palabras clave del mensaje e intentaré recomponerlo.

Walter tosió. La excitación le había precipitado un pequeño edema pulmonar y la máscara de cianosis le oscureció los labios y la piel alrededor de los ojos. Intentó recordar.

–Criaturas de Olga –dijo jadeante–. Carruaje incandescente. Ruedas veloces...

El Clase Dos rebuscó y pronunció:

*Sobre las veloces ruedas de Ezequiel
y el Carruaje incandescente de Elías
las criaturas de Olga se salvarán
de las flechas de los cazadores
para habitar donde les corresponde,
entre las estrellas de los cielos.*

–Eso es –consiguió pronunciar Walter.

Val se estremeció.

–¡Cuidado, viejo! Tu corazón no puede con toda esta excitación. Si no te andas con cuidado vas a acabar reuniéndote con ellos en la tierra de Olga. ¿No ves lo que

significa? Se han unido a Olga en la muerte en el cielo. Ahí están a salvo de nosotros. De eso no cabe duda.

–Pero ¿y las palabras de Olga? –protestó Walter.

–Alguna plegaria de un ojo–de–gamo durante el estallido. Murieron felices... pensando que Olga había llegado para llevárselos. Y me imagino que verdaderamente vino. Mira todos esos cuerpos –dijo Val.

Val dejó al pobre Walter descansando en su asiento mientras salía para examinar el campamento a pie. El suelo estaba cubierto de armas de la Edad del Hierro, huesos, cuerpos y unas partículas vidriosas extrañas. Comprobó los cuerpos de los ojos–de–gamo por si había señales de vida. Nada. Se acercó a uno de los cráteres calientes y se quedó de pie sobre la piel de una ciberciudad al descubierto. Recogió fragmentos de la tierra sintética esponjosa... Suspiró. Guardó muestras de esa tierra, partículas de vidrio y una variedad de rocas calientes para examinarlas más tarde.

Los cráteres de treinta pies sólo descubrían los órganos de las ciudades; los de cincuenta las penetraban. Val miró nervioso a las grietas negras de entre muros. Sabía que tenían casi una milla de profundidad..., unos huecos que llegaban hasta la base del eje.

Ahora había algunas naves más en funcionamiento. Se le unieron para examinar el terreno. Los irrigadores disolvieron la espuma dejando los cuerpos al descubierto. Unos cuerpos de piel gruesa con todos los pigmentos melanocitos amarillos, rojos, marrones y negros. Cuerpos de enormes huesos, algunos de más de seis pies de altura. Walter se acercó a Val resoplando con su propia caja de huesos.

–Son enormes –dijo. Val asintió–. Supongo que considerando que son casi dos pies más altos que nosotros –por término medio–, podría decirse que son... anormalmente altos.

Walter notó también la variedad de rocas calientes extrañas.

–Tectitas –dijo Val–. Lo de anoche fue una lluvia de meteoro, ¿no te acuerdas?

Durante tres días Val y un equipo de tecs estudiaron el lugar. Los meca–agros avanzaban desde el perímetro cultivando y rellenando los cráteres. Finalmente, las máquinas, impacientes, los echaron fuera del lugar.

Al volver hacia el País Naranja, Val condujo su ala de naves cazadoras hacia el sudeste para observar el gran cráter. Lo descubrieron con facilidad: un lago de treinta millas de ancho con un borde aserrado.

–Ese borde me recuerda el de monte Tabulum–dijo Val–. Supongo que sería la misma causa.

El viejo Walter asintió.

La mec de C.C., Escudriñador, les dio la bienvenida en el Control de Caza. Información negativa. Ninguna aparición desde su salida. Los ojos–de–gamo habían desaparecido.

Val supervisó la descarga de artefactos del campamento de 50:00: armas, cuentas, huesos aplastados y astillados, rocas y partículas vidriosas. Los tecs se llevaron las muestras a los distintos departamentos del C.C. Quitaron el polvo y enchufaron los aparatos de análisis. Casi todos los huesos tenían la apariencia blanda y esponjosa de papier mache: eran huesos de ciudadanos.

–¿Para qué quieres que analicemos éstos? –preguntó el tec llevando una caja de rocas y vidrio.

Val se encogió de hombros. No sabía para qué se podían analizar las tectitas.

–Fue una lluvia de meteoro. Busca toda la información que haya almacenada sobre tectitas. Todo lo que encuentres. Cómo eran de grandes antes de penetrar en nuestra atmósfera, cuánto tiempo tienen, dónde se originaron. Ese tipo de cosas... –dijo Val.

El tec parecía desconcertado.

–Supongo que podremos descubrir algunas cosas. Tendremos que pedir las al laboratorio central. ¿Para cuándo lo necesitas?

–Tómame todo el tiempo que necesites –dijo, despidiéndole con un gesto.

Walter sonrió:

–No sé para qué sirve todo ese lío científico. Fue un milagro..., un maravilloso milagro.

Val se rió.

–Sólo quiero enterarme qué tipo de milagro. Un verdadero milagro no debería dejar fragmentos detrás como éstos. Las tectitas espirituales deberían desaparecer.

–Pero los ojos–de–gamo han desaparecido –le interrumpió Walter.

–Quizá. Pero hay figuras repartidas por todas las ciudades–eje de los alrededores. Los destellos pudieron hacerles meterse bajo tierra.

–No se pueden esconder en la Gran ST –dijo Walter–. Les descubrirá su estatura, su pigmento y su actitud.

Val frunció el ceño:

–Pasará un año antes de que estén funcionando bien de nuevo todos los cibers. Ese gran meteoro ha estropeado muchos circuitos. Me gustaría saber dónde han ido a parar los de cinco dedos. Las grabaciones ópticas registraron menos de diez mil. Había medio millón antes de la gran caza. ¿Canibalismo? Lo dudo. Esos tienen toda la pinta de ser huesos de ciudadanos. ¿Dónde están los de cinco dedos?

–Olga se los llevó a los cielos –dijo Walter.

–Yo soy de mentalidad abierta –se burló Val–. Pero antes de clasificar esto como milagro necesito algo más que pirotecnia y un recuento de cuerpos. Todos acogeríamos a una deidad... si pudiera ayudarnos. A todos nos vendrían bien más calorías y más espacio para vivir.

–Eso es materialismo –suspiró Walter–, no fe. Olga da amor a cambio de amor. Recompensa la fe. Pero no puede curar todos los males del mundo. No es omnipotente.

–Una deidad con d minúscula –dijo Val–. En ese caso bien podrías rendir homenaje a la Colmena. . . ,te proporciona calorías y morada.

Walter se volvió hacia su consola, murmurando en voz baja una oración para el alma de Val.

Se clasificaron los artefactos de 50:00. El Comité de Afiladores clasificó las armas de la Edad del Hierro. Los astrónomos de la Colmena estudiaron las cuentas de los ojos–de–gamo con ayuda de mapas zodiacales heliocéntricos. Los biotecs confirmaron las sospechas de Val sobre los huesos: los índices de calcio y colágeno eran de 0,10 en la escala Grube–Hilí, es decir, huesos de ciudadanos. Se buscaron gases solares y radionúclidos cosmogénicos en las tectitas. Los resultados no se podían computar. Se acumularon las tiras de papel impreso. Asignaron más tecs al laboratorio y se repitieron las pruebas.

Pasaron tres estaciones más de cultivo sin que se viera a un solo ojo-de-gamo. Val estaba en contacto con unidades de caza de todo el globo. Los jardines estaban seguros. Se recortaron los presupuestos de los C.C. Val se encontró trabajando en el Centro de Prevención de Suicidios. Walter tuvo que retirarse por razones de salud.

Val estaba supervisando una barredora en la base de un eje. Un saltador había conseguido saltar sobre uno de los expedidores. Aquello era un verdadero lío: líquidos de transporte y todo tipo de mercancías del expedidor mezclados con la maraña normal de todo saltador. Su comunicador sonó.

–Don, del laboratorio de C.C., señor. He terminado el análisis del meteoro.

Val se quedó como estaba. Habían pasado más de seis meses.

–Las tectitas de 50:00, señor.

–Ah, sí. Pero yo creía que todos los departamentos de C.C. se encontraban cerrados. ¿Qué haces ahí?

–Fue un presupuesto extra. Se nos permitió terminar nuestros trabajos. ¿Podría pasarse por aquí y echar un vistazo a estos informes? Son bastante interesantes.

En el cambio de turno, Val descendió corriendo al nivel dieciocho. Pasó por delante de los enormes tanques del biosinte. Un olor a sulfuro le indicó que los enzimólogos estaban provocando la reacción metionina. El Control de Caza estaba a oscuras. Por todas partes había polvo. Le entristeció la visión de una nave cazadora muerta; su cerebro y sus convertidores se estaban usando en algún otro lugar de la Colmena.

El lab estaba aún alumbrado y limpio. Dos tecs trabajaban en un rincón. El que se llamaba Don se levantó para saludarle.

–Estos son los informes, señor –dijo–. Observaré que los hemos estudiado en tres etapas. En la primera vimos que se trataba realmente de condritas carbonáceas. Eso quiere decir que procedían de la Luna o de la Tierra y están compuestas de unos gránulos particulares: los cóndrulos. Pueden aparecer en forma de lluvias. Ninguno era del tipo de níquel-hierro del espacio. Cuando los examinamos en busca de gases solares recogimos el gas a diferentes temperaturas. La fracción de ochocientos a mil grados tiene una relación de cripton/neón tipo solar. Más de cuatro. Esos gases tienen unas relaciones tipo solar de helio, argón y xenón.

Val estudió los informes.

–Así que eran verdaderos meteoros. –El tec sacudió la cabeza.

–Quizá no. La edad de exposición preatmosférica y el radio mínimo pueden calcularse con grandes isótopos, los radionúclidos cosmogénicos. Hemos empleado técnicas espectrométricas de rayos gamma para encontrar la relación de cobalto-60/cobalto-59. Val asintió.

–Cuanto más tiempo esté en el espacio más neutrones capta... y mayores son los isótopos, ¿no es así?

–Así es –dijo Don–. Sólo que la relación era la misma que en la Tierra. Comprobamos el sodio, aluminio y magnesio también. Ningún aumento sobre las relaciones de la Tierra.

–Ha debido estar muy poco tiempo en el espacio –concluyó Val– Un meteoro muy joven.

Don alzó la voz.

–Señor, ¿sabe qué tamaño de astroblema sería necesario para producir una lluvia de meteoros de ese calibre? Ha habido cráteres como éste en todos los continentes. El astroblema debía ser del tamaño de la bahía de Hudson. Casi todos los especímenes de condrita tienen millones de años. Estos tectitos de 50:00 son jóvenes –unos cientos de

años como mucho—. Tiempo histórico. ¿Cree usted que la historia iba a olvidarse de un impacto del tamaño de la bahía de Hudson?

—No... —dijo Val despacio—. O por lo menos no en la Tierra. Podría haber estallado del otro lado de la Luna. La Colmena no ha mirado al cielo hace más de mil años..., o por lo menos no de una forma seria.

El tec sonrió ampliamente y sacó un globo de la Tierra.

—Estos trazos amarillos señalan los campamentos de ojos—de—gamo el día de la conjunción planetaria. Los puntos rojos son impactos de meteoros. Observe cómo se agrupan en torno a los manantiales de los ríos principales de cada continente: Mississippi, Nilo, Amazonas, Ob, Paraná, Murray, Volga, etc. Esos meteoros tenían un sistema de guía muy bueno.

—El agrupamiento es imposible —dijo Val.

—Y los radionúcleidos también —repuso Don.

—¿Sospechas que esté interviniendo algo que no sean puramente fuerzas naturales? —preguntó Val.

—Estaba a punto de preguntarle la misma cosa, señor —dijo Don—. Si hay una inteligencia detrás de esto, debe ser una muy benevolente. Fíjese en la profundidad. De los más de 11.000 cráteres de que he recibido informes ópticos, ninguno ha dañado seriamente una ciudad—eje. Todos los cráteres miden entre diez y cincuenta pies de diámetro.

Val frunció el ceño.

—Pero Lago Nuevo fue una verdadera catástrofe.

—No estoy seguro de que fuera un cráter de meteoro —respondió Don.

—¡Oh!

—No había tectitas. Ni níquel—hierro. Nada. Pudo haber sido algún tipo de explosión en la escala alta megacloson —sugirió Don.

—¿Megacloson? No hay nada en la Tierra que...—empezó Val. Se sentó pensando...; inteligencia, benevolente..., eso equivalía a algo que no le gustaba admitir. Agradeciéndoselo a Don, cogió los informes y fue a visitar al viejo gordo Walter.

Amarga le hizo entrar en el cuarto del enfermo. Con el retiro le habían quitado los sabores a Walter; ahora se añadía el beri—beri y la pelagra a la cianosis del fallo cardíaco. Hinchado y letárgico, se reclinaba en su catre. Val le enseñó los informes. Los cogió con manos débiles, temblorosas, forzando la vista de sus ojos cansados y reumáticos.

—Veo la mano de Olga en esto —consiguió susurrar el viejo Walter.

Val sonrió y dio unas palmaditas en el brazo del viejo amigo.

—Sabía que los verías. Guarda los informes. Son tuyos. Ahora descansa.

Walter metió los informes dentro de sus libros ST y se durmió.

9. G.U.I.T.A.R.

Kaia, el último homínido de cinco dedos sobre el continente, aguardaba estoicamente la muerte. Las cicatrices de muchas batallas y el pesado fajo de la edad le impidieron participar en la migración hacia el Río. Ahora se encontraba solo. Las viñas trepaban por las torres e impedían la visión de los ópticos de la Gran ST. Los cielos estaban libres de naves cazadoras. Ahora podía salir sin miedo a campo abierto. Los meca-agros le saludaban comentando su barba blanca. Dormía bajo el sol. Había poco tiempo.

Guitar cantaba en las montañas.

Y cantaba junto al mar.

Cantaba por los jardines,

Donde ningún nebish podía estar.

Guitar cantaba en las bóvedas.

Doce le siguieron Fuera.

Sólo tenían cuatro dedos.

Y se murieron al alba.

Val se rascó la cabeza. Los informes de la reacción flor suicida le extrañaban. Se habían encontrado doce flores agrupadas en torno a una bóveda en la S. E. de Naranja. Sus cerebros daban negativo tanto para A.I. como R.M. Comprobó las estadísticas de muertes por catalepsia fototrópica de flores... y observó que formaban un diseño. Cuando las proyectó sobre el mapa mostraron una linealidad geográfica que no podía responder al azar. Los ciudadanos habían estado abandonando las ciudades en grupos y muriéndose Fuera... generalmente tan pronto que sus cuerpos formaban grupos... pelándose y cociéndose en los actínicos solares. Los muestreadores habían investigado y neuro no encontraba nada fuera de lo común en sus botones de serotonina. El análisis temporal indicaba que se iba a producir otro. Si se prolongaba la secuencia linear la ciudad-eje del gordo Walter sería probablemente el lugar siguiente.

Con el pretexto de la prevención de suicidios, Val colocó un equipo de guardianes en varias de las bóvedas de la zona. Bajó a Control de Caza y deslizándose entre los montones de arcas llenas de polvo comprobó los detectores de ojos-de-gamo de la superficie. Menos del diez por ciento estaban escudriñando en torno a la ciudad de Walter. Conectó las señales de entrada al expedidor mec de Walter. Luego se marchó a la morada de Walter para esperar.

Los fluidos del edema daban a Walter una ortópnea de tres almohadones. Su máscara de cianosis estaba oscura y grisácea. Val le habló sobre el nuevo tipo de flor..., los grupos de flores.

–En los grupos no se da A.I. ni R.M. –dijo Val.

–Grupos... –murmuró el viejo Walter. Su mente vagaba entre lagunas en blanco de anoxia e intentaba rescatar moléculas de memoria. Los grupos se asociaban con las tectitas. ¿Olga?

Walter alcanzó tanteando su libro ST y sacó los mapas mostrando los agrupamientos de meteoros en torno a los ríos. Val le entregó otro mapa con los grupos de flores avanzando de ciudad en ciudad.

–Parece que se están dirigiendo en esta dirección–dijo Val–. Me temo que tu ciudad va a ser la siguiente.

–Dirigiéndose en esta dirección –gritó Walter... en estado delirante–. Olga está volviendo a por mí.

El viejo, gordo y edematoso, intentó abandonar su lecho. Val y la hembra Amarga le retuvieron con las manos y con palabras tranquilizadoras.

–Si Olga te quiere –dijo Val–, vendrá a por ti aquí mismo, en la cama.

El escudo ovalado de sesenta centímetros de Guitar yacía sobre el suelo sosteniendo un cuerpo tubular de cien centímetros. Los sensores ópticos y auditivos escudriñaban mientras su ego dormía. Su botella Q descansaba. Durante varios días permaneció como un parquímetro fósil. La agriespuma iba y venía. Los brotes verdes removían la tierra. Las labradoras evitaban tocarle con cuidado.

Era hora de moverse. Su cuerpo tubular se aplanó al tomar su forma más habitual de guitarra. El campo motor se activó mediante una criogelatina alrededor del imán en forma de cacahuete y chisporroteando cargó partículas en el campo magnético en forma de sandwich. Las partículas endurecieron el campo y lo elevó unas pulgadas. Se alejó deslizándose. En su cáscara resonaba una balada.

Yo nací en una estrella errante.

Has oído mi nombre;

Me llamo Guitar.

He venido a la Tierra en busca de la humanidad.

Buscaré en el canal...

Y en el aire de la espiral.

Kaia levantó su anciana cabeza blanca. Extraño, se oían los ecos de una canción por las laderas. Los sensores de Guitar se posaron sobre la forma humanoide. Cantando alegremente, el pequeño mec flotó hacia arriba y adoptó la posición parquímetro. Sobre su cuerpo tubular se formaban formas geométricas de colores.

Kaia elevó una mano con un gesto débil.

–Bienvenido, mec vagabundo. Tu canción alivia.

La canción continuó..., ligera y apaciguadora..., mientras que agudos sensores tanteaban el cuerpo envejecido del aborigen. Ajustó la base a 268,39 hertzios para acoplarla a la resonancia de la interfase aire–agua pulmonar de Kaia. Ondas armónicas le alcanzaron el nervio vago. El ritmo de la música se adecuó a su sístole miocardiaca. Kaia sonrió y empezó a mover un dedo rítmicamente, con debilidad. Guitar se animó por la rápida respuesta del músculo esquelético. Añadió decibelios a la base. Los sistemas neuronales subcorticales se unieron al ritmo. Los autonómicos torácicos resonaron. La música de Guitar actuaba sobre la médula de Kaia... modificando el ritmo de su eje

neurohumoral... y desencadenando las funciones cardiovasculares, endocrinas, metabólicas, neurológicas y reproductivas. Guitar alteraba con facilidad el ritmo del pulso de Kaia. Aumentó a 120 decibelios y añadió palabras a su estimulación audiógena:

El hombre de cinco dedos quiere ser libre.

Corre y nada, y trepa a los árboles.

El tono autonómico le dio fuerzas a Kaia; los lechos capilares ciñeron los pericitos. Su visjón se hizo más aguda según los músculos de Bruche y Muller enfocaban sus lentes y córnea.

Guitar siguió cantando..., palabras personales..., una canción para Kaia. ¿Por qué tenía que morirse este año? ¿Por qué no intentar vivir una estación más?

Emparéjate, y corre, y vive solo.

Mastica tuétano y carne de un hueso.

Kaia se sentó...; resplandecía de entusiasmo.

–Pero ya no hay ojos–de–vaca –dijo.

–Ven conmigo, mi hombre de cinco dedos, y te llevaré adonde hay carne y parejas... en las ciudades–eje.

–¿Los nebishes? –exclamó Kaia.

–Los nebishes –dijo Guitar–. Eres el único de cinco dedos que he encontrado. Pero todavía debe haber genes de cinco dedos en el stock de nebishes..., uno entre mil, o uno entre un millón. Todos parecen de cuatro dedos, enanos hipogónados, pero el gen existe en algún lugar. Ven conmigo. Lo buscaremos.

Kaia se levantó despacio, con debilidad.

Busch se asomó a la habitación de Walter y Val.

–Me llama el trabajo –dijo.

Amarga le dio un abrazo de ritual y se fue. Las tareas del garaje eran una manera fácil de ganarse los sabores diarios..., monitor acompañante de algunas meca–agros que dormían en sus casquillos de energía. Se instaló delante de la pantalla.

Al anochecer dos mecs volvieron rezumando jugos de plantas. Las puertas se mantuvieron abiertas mientras las voluminosas máquinas maniobraban hacia sus puestos. Un atardecer pálido arrojaba una luz naranja sobre la cara de Busch.

De repente sus pupilas se dilataron. Los pelillos se le pusieron de punta y le hacían cosquillas en la nuca. Habla una flor en el parachoques, un precioso capullo con su tallo delicado cuidadosamente trenzado a uno de los huecos de la mec..., el trabajo de dedos humanos y la mente de un amante de las flores. Una mente de cinco dedos.

– ¡Cierra, puerta; cierra! –gritó.

La puerta se cerró. Busch suspiró. Al secarse la frente la tapa de la mec se abrió. Apareció una cabeza peluda blanca. Busch se dio la vuelta para lanzarse hacia la espiral. Fue demasiado lento.

Val subió corriendo por la espiral, llegando dispneico y empapado de sudor.

–¿Un ojo–de–gamo? ¿Estás segura? –dió un brinco reteniendo el aliento.

Asintiendo con su nudo de neurocircuito, la meca-agro repitió el informe, añadiendo:

–Ya has visto los informes ópticos.

–¿Y le has permitido cazar, aquí, en el garaje?

La mec callaba. Primera ordenanza. Las máquinas no toman parte activa en conflictos entre homínidos. Val siguió soltando improperios, insultando a la inteligencia clase ocho de la mec. Por último la mec habló con un tono seco:

–Yo sólo cumplo con mi trabajo, señor. Intento ser objetiva respecto a las criaturas protoplásmicas. Si un homínido se come a otro, intento comprender. Es difícil, pero... yo no he conocido nunca lo que es morir por falta de proteínas.

Val siguió maldiciendo durante algunos minutos. Calmándose, se acercó a los restos de Busch. Había sido un ojo-de-gamo; de eso no había duda. Sólo uno de esos bárbaros podía tirar y descuartizar a un ciudadano de ese modo. Sólo faltaban el hígado y media nalga. Las huellas de cinco dedos conducían de vuelta a los jardines. Informó de sus descubrimientos al guardián y pidió permiso para reactivar el Control de Caza.

–No –dijo el guardián–. Lo siento. Pero no hay fondos para cazar a menos que las cosechas corran peligro. Un ojo-de-gamo solitario no justifica el gasto. Ni siquiera se puede prescindir de ti en el Centro de Prevención de Suicidios, con saltadores que aterrizan en las bases del eje a un ritmo de tres por día y por ciudad. Sin embargo, en vista de tu rango inactivo en Sagitario, podrías cazar a pie... cuando no estés de servicio.

Val volvió corriendo al Control de Caza y rescató un gran arco y un fajo de flechas. Buscó entre los desechos un D.O.G. de pulsera. No quedaba ninguno. Ave Can estaba ahí con los casquillos vacíos. Dio unas palmaditas al parachoques lleno de arena.

–Desde luego que podría haberte usado hoy–dijo.

Cuando volvió al cubículo de Walter, la hembra Amarga miró al equipo de arquero con nerviosismo.

–Será mejor que consigas un permiso del Comité de Afiladores antes de llevar armas por el interior de la ciudad –dijo.

Val asintió seco. Entró a ver a Walter. Por las comisuras de los labios le salían unos hilos de espuma. Los pies estaban hinchados y como transparentes. Val se sentó. Parecía un lecho de muerte. Habló pausadamente, explicando lo que pensaba hacer. Walter miraba fijo al techo..., jadeante. Amarga estaba sentada a la puerta, desesperanzada.

–Guardián me dirá el instante en que oiga la próxima reacción flor. Intentaré averiguar por qué salen Fuera. Sospecho que el ojo-de-gamo de hoy tiene algo que ver con ello. El asesinato de Busch está en la misma línea del mapa que los grupos de flores.

–Te ha afectado mucho la muerte de Busch, ¿verdad? –comentó Amarga.

–No es eso –dijo Val–. Son los grupos de flores. Puedo entender la A.I. o la R.M. Un cubo de barro puede acabar con la actividad inapropiada eliminando las garrapatas del polvo casero, y la recompensa molecular siempre se puede retirar si se hace demasiado peligrosa. Pero no sé qué es lo que causa los grupos de flores. Me temo que sea algo nuevo..., quizá epidémico. Sería algo muy serio si estuviéramos presenciando una reacción humana semejante a las migraciones. Imaginate que todo el mundo salga a la vez Fuera... aplastando las cosechas y muriéndose en los actínicos.

Amarga asintió.

Los ojos del viejo Walter se enfocaron:

–Es la manera de Olga de limpiar el planeta de cuatro dedos paganos. Olga quiere empezar todo de nuevo con Sus Criaturas.

Val no quería discutir con el moribundo, pero no creía que era justo pedir a un ciudadano que aceptara una deidad que estaba intentando acabar con él. El neutral Arturo interrumpió.

–¿Quieres conocer al solicitante de la plaza de Busch en nuestra familia?

Val y Walter se dieron la vuelta y vieron a una hembra muy hermosa parada en la puerta. Era casi tan alta como una ojo-de-vaca, e igual de bien formada. Nariz y barbilla delicada, ojos brillantes, pestañas largas y pelo negro abundante. Sonrió con unos labios pintados brillantes, dio un pasito al interior del cubículo y abrió su túnica. Su cuerpo relucía con pseudo-piel: formas curvas resplandecientes, grandes pechos simétricos acabados en areolas prominentes, cintura espigada y nalgas redondeadas. Pequeñas cicatrices marcaban su tripa y las axilas. Cerró su túnica dramáticamente y retrocedió hacia la puerta. Val tragó saliva.

–Tiene un buen trabajo –dijo Arturo–. ¿Vale?

Walter asintió débilmente.

–Oh, gracias, gracias –dijo ella efusivamente... corriendo al lado del lecho y tocándole la mano. Estoy segura de que me relacionaré bien en vuestros melds. Vuestra familia es justo lo que he estado buscando –bajó los ojos–. Como podéis ver, soy uno de los modelos de Venus aumentados: contrato de entretenimiento. Los canales pagan con buenos sabores.

–Bienvenida a casa, Venus –susurró Walter, medio ahogado.

Su sonrisa se desvaneció al mirar la cara de Walter más de cerca: fisuras transversales en las comisuras de los labios, ojos rosas vasculares, nariz jadeante.

–Abre la boca, por favor –dijo.

Lengua de color magenta.

Apretó un pulgar contra el pie derecho de Walter... tanteando el tejido edematoso.

–¿Has perdido el sentido en las piernas? –preguntó –él asintió–. ¿Te pican las manos y te queman? El estado deficitario se ha apoderado bien de ti esta vez –sonrió Venus. Le dio una palmadita en su mejilla paraqueratónica y avanzó hacia el expedidor–. Sé exactamente lo que necesitas –pidió una espesa sopa de avena, galletas de germen de trigo y un tónico–. El alcohol le abrirá algo el apetito. Desmigájale la galleta y échala sobre el caldo. Dáselo con una cuchara. Haz que se lo coma todo, si puedes. Ahora que somos una familia, mis sabores pueden alimentar su sistema enzimático.

Durante las tres semanas que siguieron, Val trabajó en el C.P.S. limpiando las manchas de agua rosada. Seguían dándose casos esporádicos de grupos de flores, pero siempre llegaba demasiado tarde a escena. Los suburbanos eran lentos. Los actínicos mataban a los nebishes sin protección en menos de seis horas. Los muertos no podían decirles por qué se habían hecho flores.

La Venus aumentada y Dee Pen vertían avena, grasa y germen de trigo en el pobre Walter hasta que empezó a sentir los dedos de los pies. Le volvió la fortaleza a las viejas manos.

Walter transmitió una llamada a Val. Provenía de una ciudad en el continente oscuro... a diez mil millas de distancia. Una aparición de ojo-de-gamo. Su rango de Sagitario le ayudó a obtener un permiso para una caza hobby. Empaquetó su traje Herm, el casco, el equipo de arquero y provisiones de alimentos, y se dispuso a emprender un largo viaje en suburbano.

Sólo funcionaban tres de los circuitos bajo mar, así que tuvo un atraso en la costa de dieciocho horas. Después de ajustarse a la presión de la muchedumbre pudo gozar del paisaje. Aún había muchas gotas transparentes en las paredes. Estudió las aguas brillantes y vacías de encima. Nada lo suficientemente grande para verse. La cadena

alimenticia se había roto hacia mucho tiempo. Por debajo sólo vio rocas marrones con algún ramillete ocasional de algas marrones o un molusco diminuto. En las profundidades, el océano era oscuro. Y otra vez yermo.

Tras veinte cambios de suburbano y más retrasos, llegó a la ciudad desde la que habían visto la aparición. El guardián local, uno maduro de veintisiete años, asintió. Sí, había habido una aparición. No, no había sido un ojo-de-gamo. Había sido una ojo-de-vaca, y ahora estaba allí arriba, comiéndose sus cosechas. Val empezó a desempaquetar.

–No tendría yo demasiadas ganas de salir ahí fuera si estuviera en tu lugar, hijo – le advirtió.

–¿Por qué? –preguntó Val.

–Es muy grande.

Val se sentó y revisó los informes ópticos. Era más pequeña y más joven que la que se había encontrado al rastrear a Tinker. Tenía confianza.

–Cualquiera podría manejarla –se jactó–. Un disparo de esto y caerá en hibernación refleja. Simplemente le haré un corte en su carótida izquierda. Un trofeo fácil.

–¿Hibernación refleja? –dijo el guardián, rascándose la barbilla. –No puedo decir que haya oído hablar de eso antes.

–Venga..., obsérvelo por el remoto –le invitó Val.

Los soleados jardines parecían sombríos y grises con el casco puesto. El traje Herm estaba totalmente cargado..., enfriaba bien. Sorbía agua según avanzaba. La presa debía estar a una milla de distancia, pero sin un detector de pulsera no podía estar seguro. Con el arco preparado, gateó entre la densa vegetación. La vio.

Estaba como a cien yardas de distancia, sentada entre los arbustos bajos, masticando. Ahí no se podía cubrir él. Empezó a rodear la zona oculto por los granos más altos de la triple cosecha. Una cosechadora danzaba entre los arbustos haciendo ruidos molestos. A cincuenta yardas de distancia decidió que podía disparar bien a través de una planta de hojas de menta. Estaba casi al límite del alcance de su arco, pero contaba con que ella hibernaría. Preparó una segunda flecha con la intención de disparar dos veces antes de que ella se diera cuenta de que se encontraba ahí. Estaba sentada con el hombro derecho girado hacia él. Lanzó una flecha al aire y preparó la segunda. Demasiado alta. Ella la vio hundirse en el follaje. Dando un salto se volvió para correr. La segunda flecha la alcanzó de pleno en la espalda, encima del omóplato izquierdo. Se oyó fuerte el impacto. Ella alcanzó la flecha con la mano derecha y se la arrancó. Val buscó una tercera flecha. Ella se lanzó hacia él. El arco se le escurrió de los dedos nerviosos enguantados. Sacó el cuchillo.

La ojo-de-vaca se lanzó sobre Val. Su antebrazo derecho y dos costillas sonaron al soltarse de la corpulenta ojo-de-vaca. Se le oscurecieron los sentidos.

El viaje de Val a través del semiinconsciente se hizo más doloroso. Sus fibras ópticas palpitaban con un pulpo rojo de vasos sanguíneos de la retina. Los pigmentos de la retina perdían el color. La piel le quemaba. Se despertó en un mundo naranja sin contrastes. Sentía la tierra fresca contra su espalda mientras que el sol resplandeciente le oprimía el pecho. Intentó taparse la cara, pero el brazo derecho estaba inerte. Su brazo izquierdo se movía, se cubrió los ojos recuperando una oscuridad tranquilizadora. El calor le hizo rápidamente ampollas en la piel. Notaba cómo se formaban, reventaban, y empezaba a pelarse. Gritando, intentó incorporarse. Los fragmentos de costilla se le clavaban en los pulmones, arrojándole otra vez contra el suelo. Los pinchazos agudos de los huesos le impedían gritar de nuevo.

De repente su mundo naranja ardiente se hizo oscuro cuando los nerviosos meditecs arrojaron una manta mojada sobre su cuerpo. Le liaron una tablilla de globo alrededor del brazo derecho y la inflaron, produciéndole mucho dolor. Le colocaron boca abajo sobre una camilla y le transportaron de vuelta a la ciudad—eje.

El meditec atravesó sus fracturas con un hilo ulnar para estabilizar los fragmentos. Por medio de pequeñas incisiones se le extrajeron los trozos de costilla astillada. Se le vendaron los ojos. Le cubrieron la piel de aceites. Una vez acabado el trabajo de reparación, le dejaron solo. Él esperaba adormilado.

Una mano le tocó el hombro. Oyó la vieja voz del guardián. Le cubrieron la piel con cremas refrescantes.

—¿Bebida? —preguntó guardián.

—No —dijo Val—. ¿Mis ojos...?

—El meditec dice que el electroretinograma es aún equívoco. Hay todavía posibilidades.

Revisaron la tablilla del brazo y la aflojaron un poco. Sintió el movimiento de vaivén según transportaban la camilla a un cubículo.

—¡Maldita suerte! —exclamó.

El viejo guardián soltó una carcajada:

—¿Maldita? Has tenido mucha, pero que mucha suerte, muchacho. Esas ojos—de—vaca son caníbales. Has tenido suerte de que no estuviera hambrienta.

Durante los días que siguieron, su córtex visual jugaba con todo tipo de colores y formas extrañas según se iban reemplazando los pigmentos y los enzimas. Cuando se le retiró el vendaje tenía un tipo muy particular de visión: las células de los bastoncillos se habían regenerado antes. Veía imágenes negras y blancas, poco brillo y contrastes muy marcados.

Las cremas refrescantes aún le cubrían la piel, pero veía que las quemaduras se estaban cubriendo de toscas costras. El brazo fracturado ya no dolía, sólo le picaba continuamente.

Revisó las grabaciones ópticas de su mal parada caza. Las imágenes de la ojo—de—vaca mostraban una masa de casi sesenta kilos. Su flecha había alcanzado el hueso denso de una cinco—dedos, el omóplato. Un pinchazo sólido y doloroso. ¿Por qué no había hibernado?

Val miró las grabaciones de los sensores: la temperatura de su cuerpo no había disminuido. Se mantenía a 99,8 grados Fahrenheit. ¡99,8! ¡Un grado y dos décimas completas por encima de la temperatura normal..., temperatura de ovulación! No podía hibernar, estaba en los últimos momentos de la fase folicular. Eso lo explicaba todo.

El resto del informe tenía también sentido ahora. No lo había matado para comérselo, sino que copuló. Con ayuda de su cuchillo de trofeos, le había quitado su traje Herm del cuerpo inconsciente. Montándole, sus movimientos pélvicos tipo demanda habían desencadenado su ciclo sacral autonómico. La ahuyentaron los meditecs al llegar.

—Guardián —llamó—. ¿Puedo ver el resto de las cosas que trajeron al recogerme?

El viejo se inclinó bajo el catre y sacó el maletín. Contenía el traje rajado, el casco y el equipo de arquero. Había también un objeto extraño, algo que había visto cómo lo usaba en él la ojo—de—vaca antes de montarle...; era una aguja de cable larga, unida a un asa redonda del tamaño de un puño..., el RUDEE.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —preguntó.

El guardián se encogió de hombros.

–Los del equipo que te trajeron han dicho que la ojo–de–vaca te lo había clavado... en el bajo vientre. Te lo sacaron y lo trajeron. El meditec que lo ha analizado, dice que es un RUDEE.

–Lo reconozco. Es el electrodo entérico despolarizador empleado para tonificar al músculo rectal y de la vejiga cuando los autonómicos sacrales están destruidos por daños en la cuerda espinal. Es un aparato salvaje construido por el hombre. Pero funcionó. No sé cómo consiguió montar tan rápidamente la ojo–de–vaca, teniendo en cuenta mi condición comatosa.

El guardián sonreía y asintió:

–Me temo que ha debido seguir algún curso de neurofisiología o bioeléctrica –se rió.

Val no paraba de dar vueltas al aparato en sus manos. Habían recogido las piezas de una variedad de fuentes: la bolsa de energía de un casco Pelger–Huet, capacitadores de las meca–agros y un tablero de circuitos de un D.O.G. de pulsera. ¿Quién sabría lo suficiente como para reunir todas esas piezas? ¿Quién se lo haría a una ojo–de–vaca?

–¡Tinker! –exclamó Val.

El resto de su mes de convalecencia lo pasó buscando entre los bancos de memoria de Clase Dos señales de Tinker y de sus hombres después de la inundación de la estación de mercancías.

–Pero si menos de tres horas después toda la zona quedó destruida por impacto de meteoro. Ahora aquella zona es Nuevo Lago –le recordó la computadora.

Val frunció el ceño, haciéndose daño en las quemaduras que se cicatrizaban. Se le desprendió un trozo de costra de la ceja.

–Dame otra vez el diseño de la inundación por los colectores.

En la pantalla aparecieron cajas y líneas de colores.

–El servicio de colectores tenía una estación cerca de esas rejillas. ¿Recogieron tus sensores alguna aparición de ojos–de–gamo antes de Nuevo Lago?

–Nada.

Val escudriñó la pantalla. Su visión de los colores estaba volviendo despacio. Vio cinco camarotes de suburbanos. Tres amarillos, vacíos. Dos violeta... de suburbanos atracados.

–¿Dónde estaban los tres subs?

–No hay registro.

Val se reclinó en su asiento, calculando la velocidad del Sub del Servicio de Colectores a treinta nudos, velocidad más que suficiente para escapar al sumidero Ojo–de–Vaca antes de que la explosión alcanzase la zona que ahora era de Nuevo Lago. ¡Tinker podía estar vivo aún! Val apretó los puños, cerró los ojos con fuerza y los abrió despacio. Le cayó otro trozo de costra.

Los nebishes curiosos se apelotonaban en torno al garaje para oír la canción de Guitar. Kaia se había hecho más corpulento, más fuerte, con el tiempo. Estaba sentado con Guitar entonando unas rimas. La música hipnótica rodaba a 150 hertzios, desencadenando autonómicos, penetrando en los ritmos cefálicos. A 160 decibelios cantaron sus canciones de cinco dedos: canciones de pasiones violentas, libertad y de fuerza individual. Los nebishes se les unieron, titubeantes al principio y luego con un fervor espiritual casi violento.

Criaturas de Olga, seréis libres,

*Para correr, y nada, y trepar a los árboles.
Comeréis la pera y probaréis la uva,
Veréis el pájaro, el pez, el mono...*

Maldiciendo la Colmena, Kaia les condujo hacia Fuera. Pero se agrupaban, se marchitaban y morían como flores arrancadas bajo el sol del día siguiente. No sobrevivía ninguno para correr por el verde, porque les faltaba el gen de cinco dedos de ojo-de-gamo. Kaia se lamentaba ante la vista de sus cuerpos cociéndose al sol.

Val se acercó cojeando a las habitaciones de Walter casi en la seguridad de que el viejo habría muerto. Todavía estaba medio incorporado en la cama. Venus se lamentó de la piel llena de costras de Val y de su rotura del brazo. Él aceptó la bebida que le ofreció y se volvió hacia Walter.

–Se está bien aquí. El viaje de vuelta por los suburbanos fue casi peor que las quemaduras..., ha habido otra inundación en el foso.

–¿Has aprendido algo? –preguntó Walter. La voz era clara, firme.

Val sonrió:

–Nunca caces a una ojo-de-vaca en la fase folicular.

Walter hizo una mueca de picardía; luego soltó una gran carcajada. Se enderezó en la cama, riéndose y sujetándose el costado con una mano. Movía los brazos y piernas con rapidez. El edema había desaparecido, y con él la neuritis periférica y la parálisis.

–Nunca caces a una ojo-de-vaca en la fase folicular –Walter se reía soltando gruesas lágrimas.

Venus trajo una bandeja de aperitivos y bebidas. Estaba desconcertada por su risa, pero Walter era incapaz de controlarse lo suficiente como para hacerla participar en el chiste. Val rebuscó en su maletín y le entregó el RUDEE. Estaba parcialmente desmantelado.

–Así que lo hizo de este modo..., con un aparato electro-eyaculatorio. ¿De dónde habrá sacado una aborígen un aparato así? –dijo Walter.

Val frunció el ceño.

–No estoy seguro. Pero sospecho que Tinker..., o alguien con sus habilidades..., está ahí Fuera ayudándoles.

–¿Ayudándoles? –dijo Walter–. ¡Ah!, te refieres a nuestro viejo ojo-de-gamo de pelo blanco. Puede que sean los últimos de su especie.... pero están en dos continentes separados. Especímenes de museo, si logramos atraparlos..., desde luego que no constituyen ninguna amenaza para la Gran ST.

–Ninguna amenaza –murmuró Val–. Pero es una cuestión de principios. Como cazador tenía que haber acabado con ellos..., odio ver que se me escape uno.

Walter sorbió su bebida.

Kaia se llevó a Guitar a otra bóveda. Su viejo cuerpo había rejuvenecido con la dieta rica en proteínas. Buscaba una compañera. Guitar habló con autoridad. Las puertas se abrieron. Se colocaron en la plataforma y enfocaron hacia el interior de la espiral. Cinco mil oyeron las nobles notas de las guitarras. Sólo una veintena de ciudadanos adocenados levantaron las cabezas. Sólo una trepó por la espiral: una hembra pálida, flaca: Dee Pen.

Guitar se inclinó sobre el expedidor: cayeron alimentos festivos. Le entonó sus suaves tejidos con sus cuerdas mientras comía y bebía.

Kaia se la llevó para dar un paseo por el jardín, mostrándole el cielo nocturno: un disco lunar brillante y estrellas de primera magnitud. Bellezas celestiales para templarle el alma.

*Guitar hablaba con tambores, címbalos y cuerdas.
Hablababa de nidos, de amor y de cosas buenas,
Alababa la vida libre sobre la superficie de la tierra;
Todo ello la hizo bailar y bailar dando vueltas.
Luego Kaia, con un cuchillo en el brazo, la cortó,
La sostuvo y la acarició, y con amor la durmió.*

Antes del amanecer, Guitar avisó a Dee Pen para que entrara. Kaia la vio alejarse, llorando. Ella volvió al garaje, llevándose su amor dentro. La sangre de su brazo había coagulado.

Descendió la espiral corriendo hasta llegar a su cubículo. Cuando entró, Walter se dio cuenta que había estado en los jardines, por las manchas verdes que la cubrían. La señal de su brazo le indicó lo que había estado haciendo.

—¿Anidando? —le regañó.

Ella asintió entre lágrimas: aturdida, desgredada y enmarañada.

—No sé qué me sucedió. Había un ojo-de-gamo en la bóveda. Tocaba música. Bailamos. Estaba tan enamorada.

Walter recordó la última visita del ojo-de-gamo. Había matado y se había comido al pobre Busch. Le dió unas palmaditas en el hombro.

Val recogió las grabaciones ópticas de la puerta y de varias meca-agros. Junto con Walter, estudiaron la violación de Dee Pen.

—Debe ser algo de la música, haz que la analicen —dijo Val.

Walter pidió grabaciones auditivas de las bóvedas en que se habían producido las reacciones de flores agrupadas. El mismo análisis: una base de casi 200 hertzios con una energía focalizadora de unos 160 decibelios. El ritmo variaba, pero siempre intentaba aproximarse al ritmo vagal de la víctima: el del pulso.

—Este trovador errante tiene sobre sus espaldas una docena de violaciones y ciento cincuenta reacciones de flores en grupo. Demasiadas muertes para un amante de la música —dijo Val.

En los meses siguientes los mapas mostraban el alcance de las actividades de Kaia. Aparecían puntos cuándo enviaba ciudadanos hacia sus muertes. Cuando violaba a mujeres de la Colmena aparecían triángulos. Walter y Val seguían el rastro de las coordenadas e intentaron varias veces interceptarle a pie, pero el trovador asesino los eludía con facilidad. Con sus abultados trajes era casi imposible perseguirle a pie. Las violaciones aumentaron a centenas, las flores a millares.

Val agarró a la saltadora cuando estaba trepando la balastrada. La frotó con barro y se la llevó a rastras hasta su cubículo. Arrojando barro TAB por todo el suelo, tiró sus cortinas, alfombras y muebles tapizados por el vertedero. Embadurnada, pegajosa y granular, gritaba:

–¡Mis muebles! ¡He tardado años en tejerlos!

Val le sacudió la cara para hacerle volver el sentido.

–Hace un momento estabas intentando matarte. Este barro te protegerá del polvo de la casa: A.I. Esos muebles te matarán. Hace un momento estabas deprimida, ¿no es así? ¿No te da una perspectiva diferente ese cuerpo cubierto de barro?

Ella resbaló sobre el suelo de barro y se sentó de golpe. Sí, la vida tenía ahora otro aspecto. Él arrojó el resto del barro contra la pared, y dijo:

–Únete a los tabeadores. Acude a sus reuniones. Intenta mantenerte viva.

–Otra aparición de ojo–de–gamo –dijo Walter cuando entraba Val–. Esta vez bastante cerca –le entregó a Val su maletín de caza.

Val estaba cansado. Era el final de su turno, pero se desplazó directamente hacia la ciudad–eje que había dado la noticia y subió por la espiral hasta el garaje. Un escuadrón de guardias de seguridad se apiñaban en torno a la pantalla. Se veían los jardines.

–¿Me lo he perdido otra vez? –preguntó Val jadeante.

–No –dijo el capitán de la guardia–. Todavía está ahí. Mis hombres tienen miedo de salir. No hay trajes Herm, ¿sabes?

Val no hizo ningún comentario. Sabía que los de Seguridad tenían hígados grises aguados como casi todos los ciudadanos. Se necesitaba un cazador valiente con un hígado marrón, para salir Fuera. Miró a la Pantalla. La imagen se nubló. Le dio un golpe con la palma de la mano. Los ópticos de la bóveda de este eje estaban viejos.

El ojo–de–gamo se encontraba de pie en posición de descanso como a un cuarto de milla de distancia. Sostenía la guitarra como un escudo con el brazo izquierdo. A Val le produjo un poco de incomodidad ese cuerpo tieso y la cara sin expresión. Nunca había visto a un ojo–de–gamo esperando así a un cazador. Y la música, no de cuerda como una guitarra, sino el ching, ching, ching de un tamboril.

–¿Hace cuánto tiempo que está ahí fuera? –preguntó Val, poniéndose el traje.

–Más de cuatro horas.

Se enganchó el cono de las flechas sobre el hombro izquierdo y avanzó hacia la puerta.

–Dame una apertura de dos pulgadas. Gracias.

Cuando empezó a mirar hacia Fuera la cadencia del tamboril aumentó de volumen. El ojo–de–gamo empezó a avanzar hacia él. La música creció, vibrando la puerta y el casco de Val.

–Veo una guitarra, pero oigo tamboriles –dijo Val.

–No son tamboriles –dijo el mec del garaje–, sino armaduras. Las ondas sonoras analizadas muestran una legión romana de hace unos 5.000 años. Pertenece a 3.000 soldados a pie a una distancia media de 1,8 millas sobre un terreno de pequeños montes.

–Sonido simulado –murmuró Val–. Ese instrumento musical es de lo más sofisticado.

El sonido alcanzó los 200 decibelios. El casco de Val le protegía, pero la gente de Seguridad tuvo que retroceder hasta la espiral. Val podía oír ahora las espadas y escudos chocando unos con otros.

–Me siento impresionado –dijo Val con sarcasmo. Sacó la flecha, pidió a la puerta que le diera tres pulgadas más y apuntó al pecho del ojo–de–gamo. No estaba a más de treinta yardas de distancia cuando disparó. Una muerte fácil.

Val se acercó al cuerpo tieso. Yacía todo lo largo que era sobre un lecho de judías. La guitarra seguía en pie, sobresaliendo entre el verde. Val se inclinó. El cuerpo estaba frío, sin pulso. Los ojos y la boca estaban secos, las córneas nubladas. Llevaba bastante tiempo muerto. La flecha se le había clavado sin sangre en el exterior del esternón.

–Sí –dijo Guitar–, lleva medio día muerto.

Val dio un brinco y sacó otra flecha. La mec con forma de guitarra lanzó unos destellos agradables. Val se calmó.

–¿Eres la mec responsable de todas estas violaciones?

–Sí, señor.

–Pero tú no tienes un pene.

–En mí resultaría algo incongruente. Pero tienes razón. No tengo un pene. Consigo uno cuando la situación lo requiere.

–Eres una mala máquina. Has matado a muchos ciudadanos con tu música, haciendo que salgan Fuera. Debes obedecerme y volver dentro para que te reprogramen.

–No soy ese tipo de máquina, cazador. Te estoy pidiendo que salgas Fuera y viajes conmigo.

Val habló a su comunicador de pulsera:

–Dame un rayo concentrado. ¿Puedes enfocar sobre esta pequeña mec renegada? Quiero que le transmitas una orden autodestructora; ¿puedes hacerlo?

Guitar se escurrió hacia atrás como un cangrejo.

Val miró al cuerpo inerte. ¿Para qué lo había traído Guitar a la bóveda? ¿Algún tipo de rito funerario para un guerrero muerto? Val se preguntaba qué papel acababa de desempeñar él en la ceremonia. Cuando el muestreador llegó, Val pidió que enviaran el cuerpo entero al biolab para su disección. Quizá pudieran volver a armar su esqueleto con la piel, puesto que era el último ojo–de–gamo. La Gran ST tenía suficientes fondos para eso.

La familia–5 de Walter invitó a Val a compartir su meld de la noche. El sabor de esa velada era tocino sintético. Venus acompañó a Val al refrescador para que empapara algunas de las costras. Al empezar la meld, ella comentó la suavidad de su piel recién epitelializada.

–También tú eres suave..., pero como con bultos...; ¿qué tienes dentro de esos pechos?

–Carne sintética –dijo ella, alejándose con suaves meneos–. Estoy aumentada. Mi cuerpo puede ser algo áspero, pero mi alma es hermosa.

El asintió. Sin duda se relacionaba bien.

–¿Qué tal la terapia de barro? –preguntó Walter.

–Estamos obteniendo algunos resultados buenos. Acabando con las viejas dermatofagoides. Intentaré llevarte todos mis amagos de suicidio a que se unan a los tabeadores. Ponles organismos de la tierra entre los dedos de los pies. Les estabiliza la psique.

El meld prosiguió su marcha, causando placer en sus partes púdicas. El útero abultado de Dee Pen añadía otra fracción de alma a su alma colectiva, haciendo que la meld fuese más tibia. Val sabía que la criatura era del ojo–de–gamo, un pequeño

heterocigote de cinco dedos. No sabía si nacería con los cinco dedos o sólo con el muñón del quinto, pero sabía que no estaba autorizado. Walter había solicitado un permiso de nacimiento, naturalmente. Val tomó nota mentalmente de comprobarlo.

Guardián llamó a Val para informarle de otro grupo de flores.

–¿Otro ojo–de–gamo?

–No –dijo Guardián–. Sólo la guitarra renegada. No responde al rayo concentrado, y no se autodestruye. Sigue viajando de ciudad en ciudad empujando a los ciudadanos a sus muertes.

–¿Música?

–La misma que antes: 200 hertzios, 160 decibelios, 70 pulsaciones por minuto. Los chicos del audiopsic han conseguido fijarlo en una de las reacciones R.A.T. – resonancia autonómica torácica–. ¿Recuerdas todos aquellos rayos concentrados no autorizados justo antes de la gran caza de 50:00?

Val asintió. Tinker había tenido que ver con varios de ellos.

–Se han sacado pruebas de rayos concentrados de los bancos históricos de Clase Uno –continuó Guardián–. Se han buscado secciones de música que tuvieran elementos R.A.T., como marchas triunfales, tambores de guerra o ritos de fertilidad. Todos ellos tienen bases rítmicas que resonarían en cualquier plexo autonómico torácico.

–¿R.A.T.? –murmuró Val–. ¿Por qué tan pocos de cada ciudad? La población entera podía haberse hecho ojo–de–gamo.

Guardián sacudió la cabeza.

–No. Psic informa que sólo responden menos de uno por mil. Afortunadamente, la mayoría de los ciudadanos están sincronizados con el ritmo de la Colmena.

Val asintió. Sabía que el efecto R.A.T. dependía de un eje neurohumoral intacto. El tono autonómico de los nebishes era varios microvoltios menor. Su nivel esteroide era sólo un décimo del de un ojo–de–gamo. Sólo atraería a los que tuvieran el gen malo de cinco dedos.

–¿Dónde está ahora esa maldita guitarra? –preguntó Val.

–Ha reclutado a la fuerza una nave cazadora llamada Doberman –dijo Guardián–. Mis circuitos están alerta, pero mis ojos exteriores son débiles. Te avisaré si aparece otra vez.

Val estaba intrigado. Veía a Guitar moverse bajo su propio control. ¿Qué le habría hecho robar una nave tan grande como Doberman? Extraño.

Dee Pen, embarazada, aguardaba las duras tareas rutinarias e impersonales de la clínica. Se hacía poco esfuerzo por tranquilizar a las víctimas de las violaciones del ojo–de–gamo. La Gran ST sospechaba de cualquiera que se emparejara al ritmo de música a no ser que fuera durante las melds. Naturalmente, le negaron su permiso de nacimiento..., una de las firmas del comité era la de Val.

Dee Pen se enfrentó a Val en su cubículo privado.

–¿Por qué tú? –preguntó triste–. Tú eres un amigo.

–Soy un Sagitario –dijo él–. Estoy en el comité desde que cerraron el Control de Caza. El comité cree, y yo estoy de acuerdo, que el gen de cinco dedos es malo para la Gran ST. Tu hijo lleva ese gen.

–Pero el bebé llevará también mis genes –se lamentó ella–. Walter ayudará a criarlo y condicionarlo. Ambos somos leales ciudadanos de cuatro dedos. El bebé será también un buen ciudadano.

Val entornó los ojos. Cualquier madre que rogara por su hijo era también sospechosa. Ese tipo de instinto básico animal era malo para la cohesión de la Colmena.

–Los de cinco dedos simplemente no pueden vivir en la Colmena –le explicó–. El gen tiene inmonoglobulina A. Siempre hay peligro de actividad inapropiada. Sencillamente, no nos podemos arriesgar.

Dee Pen tragó en seco y cambió de actitud.

–Es verdad. Tienes toda la razón. Lo echaremos por el vertedero en el momento en que nazca.

Val esperó que se fuera. Luego llamó a Guardián.

–Será mejor que los de Seguridad cierren todas las bóvedas en las ciudades en que haya embarazos de las violaciones del ojo–de–gamo. No queremos que esos heterocigotes se hagan flor y aplasten las cosechas.

–Muy bien –dijo Guardián–. Las puertas pedirán autorización antes de dejar que nadie salga Fuera.

Val volvió a su catre con una mueca de satisfacción. Había eliminado al último ojo–de–gamo de Fuera, y ahora velaría para que ninguno de sus descendientes sobreviviera... dentro.

Dee Pen empezó a sentir los dolores del parto durante la meld. La familia–5 sintió junta los primeros dolores. Aflojando el abrazo de la meld, siguieron compartiendo el alma: Dee Pen, Walter, Arturo, Amarga y Venus, mientras el niño, el pequeño Kaia, se unía a ellos. Los nuevos ojos brillantes parpadearon ante el círculo de cinco caras blancas inexpresivas. La propia cara del niño era peluda. Diez manos le levantaron y le envolvieron. Diez brazos le abrazaron.

Cuando desapareció el calor de la meld, Amarga sugirió que se deshicieran del pequeño Kaia.

Dee Pen se sentía débil e hipotensa. Su útero flácido sangraba. La generosa red vascular que había alimentado la placenta seguía suministrando eritrocitos maternos a la cavidad endométrica... y ahora no había sincitio que le devolviese las células rojas. El sincitio fetal había desaparecido. Las fibras lisas del músculo del miometrio que rodeaban los espacios vasculares se habían estirado con el embarazo y estaban fatigadas después del parto. No podían contraerse y sujetar el flujo. Sólo se contraían ineficaces contra el continuo chorro rojo.

El miedo primordial de exsanguinación desencadenó su antiguo reflejo mamal, el reflejo que protegía a las madres a lo largo del árbol evolutivo. Atrajo a la criatura hacia el pecho. Al chupar se inició su arco reflejo pezón–cerebro medio–útero. Al vaciarse de leche los grandes conductos colectores, las sinapsis sacras saltaron y el fondo del útero se contrajo. Las fibras lisas del músculo cerraron los vasos que daban a la placenta. El flujo de sangre dejó de lado el endometrio. Ya no se necesitaba allí.

Dee Pen miró sospechosa a su círculo de amigos nebish. Su brazo sostenía, protector, al pequeño Kaia. No había prisa alguna en deshacerse de él. El círculo de caras no le ofrecían apoyo alguno...; eran buenos ciudadanos.

–No podemos dividir las calorías básicas –recordó Amarga.

–No os lo llevéis aún –rogó Dee Pen–. El fondo de mi útero se relajará de nuevo y empezaré a sangrar otra vez.

Walter le apretó el útero y asintió.

–Tiene razón, necesita al niño para que se le contraiga. Lo guardaremos un poco. Solicitaré un trabajo a destajo. Quizá pueda ganar algunas calorías extra.

Walter se sentó al lado del catre cuando los demás se fueron. Dee Pen le sonreía en medio del delirio agradable de la fatiga postparto.

–Sabes, Walter –dijo entre sueños–. En mi próxima vida quisiera volver como ave. Un ave parlante. Me posaría en tu hombro y hablaría..., hablaría...

El posó una mano protectora sobre la figura adormilada, una hembra pálida, delgada, con una nariz rosa. Como un filósofo: hablar de volver, y elegir un animal extinguido...; lógica femenina.

La petición de Walter de un trabajo a destajo ascendió por la jerarquía de la Colmena. Esperaba impaciente, las calorías básicas le erosionaban el almacenamiento de metaloproteínas de su cuerpo: hierro, cobre, cadmio y complejos enzimáticos de cinc. Aceptó inmediatamente la primera tarea asignada: monitor acompañante del patomec que diseccionaba los restos de Kaia. Tras dos días de disección pudo pedir de nuevo las ricas calorías aromáticas con mayor cantidad de proteínas que contenían los elementos de transición entre los números atómicos 23 y 30: alimentando de nuevo sus almacenamientos de catálisis, mioglobina, hepatocupreina, proteínas de leucocitos–Zn y metalotioneina.

Y el trabajo era interesante. Walter siempre había sentido curiosidad por las diferencias anatómicas de los ojos–de–gamo. Sabía que tenían más proteínas y minerales en el cuerpo, y menos grasa y agua. El patomec estaba programado para aceptar como normal el cuerpo de un buen ciudadano, así que los descubrimientos del ojo–de–gamo se anotaron como enfermedades. Walter sonrió al ver designar al esqueleto del ojo–de–gamo como gigantismo pituitario: un pie y medio más alto que los nebish. A los tejidos ricos en hierro se los denominó hemosiderosis. Una hemoglobina de dieciséis gramos por ciento –cuatro veces más que la de los nebish–; se le llamó policitemia. A la ausencia de fluidos de edema y las proteínas de abundante plasma, deshidratación. Seis gramos por ciento de plasma en las proteínas le parecía bastante alto a Walter, que sabía que él sólo tenía la mitad. A los huesos del ojo–de–gamo se les denominó osteopetrosis, o «enfermedad de huesos ferrosos», diez veces más fuertes que la «enfermedad de los nebish»; es decir, de 1,0 en el densograma Grube–Hill.

Walter aceptaba los grandes músculos como un reflejo de la existencia física fuera de la Colmena. El elevado eje neurohumoral del ojo–de–gamo resultaba en hipertrofia de los órganos vestigiales endocrinos, diez veces mayores que los de los nebish. La pituitaria de Kaia era tan grande que Walter la podía ver a simple vista. Las pituitarias de los ciudadanos eran microscópicas. Prácticamente no había tejido adiposo: caquexia. Un cuerpo de nebish tenía una densidad específica de menos de 0,85. Siempre flotaba. El cuerpo de Kaia indicaba 1,005. Se hundía en agua fresca.

La disección se desarrolló sin problemas hasta encontrar la próstata. Al principio el patomec estaba desconcertado. La anatomía nebish no hacía mención de este órgano primitivo relacionado con la integridad territorial. La próstata de Kaia era un órgano definido que pesaba más de cincuenta gramos. Walter sonrió de nuevo ante su significado: un cinco dedos jamás se acoplaría a la Colmena mientras tuvieran una próstata de este tamaño: cincuenta gramos de glándulas y el estroma fibromuscular en el cuello de la vejiga harían imposible todo trabajo de comité.

Al finalizar esta tarea Walter se preocupó de que montasen la piel rica en melanina de Kaia sobre sus huesos de hierro en una postura digna tras vidrio al vacío. Los biolabs clasificaron los cubos de especímenes de Kaia y se ocuparon de la vitrina llamada «El último ojo–de–vaca». Al viejo Walter le entristeció.

Val se alegró al ver la exposición, sobre todo ante los carteles de la Gran ST, empleando estados de enfermedades para enumerar las diferencias del ojo–de–gamo.

10. OLGA

Durante los meses que siguieron, Val continuó haciendo sus tareas con los suicidas, los saltadores y los catatónicos flor y hongo. Le preocupaban los heterozigotes ojos-de-gamo. Hasta ahora eran pocos los que se habían convertido en tortitas. Las madres lo retrasaban. Bueno, podían quedárselos hasta que empezaran a andar y hablar.

Guardián no se ocupaba de nada. Se habían dado órdenes a las puertas de que sólo dejaran salir a las personas autorizadas. Se premiaba con calorías al ciudadano que denunciara cualquier intento de salir Fuera.

Val se paseaba distraído por su vieja oficina del Control de Caza. Se había acumulado más porquería. Por muchos de los pasillos ya no se podía pasar. Todo estaba cubierto por una espesa capa de polvo esponjoso. Vio huellas en el polvo y las siguió a través del garaje. Se encontró a Walter inclinado sobre la mesa de trabajo introduciendo un aspirador en los ojos de los mecs reconstruidos. Levantó la vista hacia Val.

–Funcionan mejor a diez–al–menos–seis. Más estables –dijo Walter.

–No deberías estar aquí. ¿Y tu corazón?

–Estoy mucho más fuerte. He conseguido un trabajo arreglando los ópticos. Estoy empleando parte del equipo que dejó Tinker. La bomba de aspiración que reconstruyó es sin duda mucho mejor que las antiguas líneas de vacío con escapes.

Val miró a su alrededor. Sólo había un puesto de mec vacío.

–¿Quién ha movido el chasis? –preguntó.

–Ese era el puesto de Doberman –dijo Walter–. Se lo llevó aquella guitarra loca.

Val se acercó al puesto vacío. No había nada dañado. Los servomecs seguían en sus tubos de servicio. Extraño. La célula de energía de la nave cazadora también estaba en su casquillo.

–¡Imposible! –gruñó Val–. La nave está muerta sin su célula de energía. No puede ir a ninguna parte.

Walter se encogió de hombros.

–Quizá esa guitarra loca puede hacer volar a una nave muerta con tanta facilidad como puede hacer andar a un ojo–de–gamo muerto... –sugirió.

Val se acercó a los cables del detector de ojos–de–gamo. Conectando la pantalla mural en imágenes atrasadas y latentes intentó proyectar las apariciones. Nada. El mapa sólo mostraba cosechas y meca–agros.

–Esa maldita guitarra está empezando a irritarme. Apuesto a que el cerebro que está detrás del RUDEE también –escupió Val.

Dee Pen se abrió camino desde la base del eje con su ración de calorías–básicas: alimentos secos. Se había vuelto delgada y débil mientras el pequeño Kaia prosperaba. A los seis meses ya gateaba..., un año antes que los niños nebish. Sabía que el equipo de los vertederos estaba acostumbrado a los niños lentos de la Colmena. Aún no vendrían a por él. Entró en la sala de estar y miró a su alrededor.

–¿Dónde está el pequeño Kaia? –preguntó con temor.

La hembra Amarga se hallaba sentada a la mesa masticando un sándwich de tubo seco. La puerta de salida estaba abierta de par en par.

–Salió gateando hacia la espiral –dijo Amarga–. El carro del vertedero lo recogió.

–¡El carro del vertedero! –gritó Dee Pen dejando caer los alimentos y lanzándose hacia la puerta. Corrió, se cayó y corrió de nuevo. El temido carro del vertedero era la solución de la Gran ST a la aprehensión de los equipos de vertedero. En lugar de echar una red sobre los niños no deseados y arrastrarlos a la prensa de tortitas pataleando y gritando, tenían a un nebish ataviado con colores brillantes que aparecía con un carro lleno de juguetes. El niño no autorizado era introducido en el carro, que seguía camino con la criatura jugando tranquilamente. Dee Pen se volvió a caer. Se le despellejó la piel debajo de la rodilla derecha. Dio la vuelta a una esquina y chocó contra tres dóciles ciudadanos gordos, tirándolos al suelo.

Vio el carro.

El pequeño Kaia estaba aún encima, abrazando a una muñeca de peluche con un ojo grande y otro pequeño. El nebish del equipo de vertederos que tiraba del carro llevaba un delantal brillante con dibujos de colores. Se paró cuando vio acercarse a Dee Pen. Sangraba por la rodilla y parecía suficientemente agitada como para atacarle. A él no le habían pagado para emplear la fuerza.

–Mi bebé, mi bebé –gimió ella, recogéndolo. Sus manitas se aferraban al juguete de peluche.

–Me temo que tendré que informar... –dijo el nebish vestido con el delantal.

La mirada de Dee Pen le detuvo.

Amarga se sorprendió de ver a Dee Pen con el niño.

–Nos vamos Fuera –dijo Dee Pen–. ¿Nos puedes prestar algunos de tus créditos para llevarnos provisiones?

Amarga sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero tengo miedo de cooperar... La Gran ST tiene reglas, sabes. Es una tontería que lo intentes. Sólo acabarás marchitándote y muriéndote ahí fuera. Y el niño también.

–Lo tengo que intentar. De cualquier modo, en lo que al niño respecta da igual una solución que otra. Al menos de este modo le doy una oportunidad.

Cuando se iba, Amarga le gritó:

–¡Estás echando tu vida a perder por nada, no es más que un heterocigote!

Amarga llamó a Seguridad para pedir su recompensa.

–No autorizado –dijo la puerta.

Dee Pen recorrió deprisa la bóveda de la espiral de puerta en puerta. Más abajo, por la espiral, oyó las miradas ominosas de la Brigada de Seguridad. Tembló. El pequeño Kaia lloraba.

Del otro lado de la espiral, la voz del bebé activó un circuito de memoria latente:

–Guardia de Guitar..., por aquí –llamó la puerta abierta.

Walter y Val recogieron el pañal. Sobre el parachoques de la cosechadora quedó una mancha de humedad.

–No estaba demasiado amedrentada –comentó Val–. Se ha detenido el tiempo suficiente para cambiarle los pañales y recoger alimentos del expedidor del garaje. El ojo–de–gamo debía llevar encima una clase seis... para dar todas esas órdenes latentes a la puerta y al expedidor.

Walter asintió. La clase seis. Un nivel por encima del Guardián. Los mecs no hacían más que cumplir órdenes.

–No puede llegar lejos –dijo Val–. ¿Qué le ha dado el expedidor?

Walter leyó la tira de papel: ropas protectoras, pañales, paquetes de medicinas. Todo planeado con mucho cuidado.

La puerta le dio cuatro pulgadas para que mirase hacia fuera. Brillaba la luz del sol.

–Bueno, no podemos seguirles sin nuestro propio equipo protector. ¡Oye! ¿Qué es esto que se llevó?–dijo Val mirando la lista.

–Iodfuros –dijo Walter–; pantalones anchos de montar –miró con recelo hacia uno de los puestos vacíos.

–¿De montar? –exclamó Val–. ¿Y qué iba a montar...? ¡Oh! Labradora ha desaparecido.

Avanzó hacia la consola mural y conectó un canal con la labradora. La mec respondió enseguida.

–¿Dónde estás? –preguntó Val.

–Trabajando los campos; cumpliendo con mi tarea.

–¿Has transportado a alguien esta mañana?

–Sí –dijo la mec–. Una madre con su hijo. Mi itinerario está en los archivos.

Val proyectó el mapa.

–Los ha dejado en las torres de plancton. Vamos.

Enviaron una petición de trajes Herm y cascos. Walter se sorprendió ante todo este equipo de arquería.

–Esto es una caza –le recordó Val.

–Pero si es mi Dee Pen..., la pequeña cuerpo Jolly–protestó Walter.

–Tú eres un Sagitario –replicó Val–. Recuerda tu deber para con la Colmena. Dee Pen ha violado la ley al irse Fuera. Ahora está aplastando los granos. Si puedes convencerla de que vuelva, bien. El equipo psic podrá hacerse con ella. Si no... –Val hizo un gesto atemorizante con su cuchillo de trofeos.

Walter asintió y bajó su vieja cabeza:

–Ya... voy.

Su búsqueda por las torres del plancton no tuvo éxito alguno. Durante las semanas que siguieron Val revisó cuidadosamente las grabaciones ópticas de cientos de meca–agros, en busca de apariciones de Dee Pen. En sus ratos libres la buscaba a pie.

Casi tres años después de la gran caza de 50:00, la Gran ST concedía permisos de nacimiento clase cinco a todos los jefes de escuadrones.

–Clase cinco –comentó Josephson–. Útero humano, pareja de elección..., un híbrido.

Val estaba de pie a su lado en la ceremonia. Se inclinó y le susurró en la oreja a Josephson.

–Después de todo, libramos al planeta de una forma de vida poco deseable..., el temido ojo–de–gamo. Por semejante servicio la Colmena debería permitirnos que eligiéramos la pareja que deseemos. Siendo ciudadanos tan leales, nuestra elección de genes deberá ser completamente pro Colmena. Somos los mejores –sonrió.

Después de los premios, Val y Josephson se retiraron a un centro de recreación para disfrutar de un café al nivel cincuenta. Val absorbía con su paja el nivel superior de Kirsch y luego hundió la paja al nivel onceavo..., el marrasquino.

Watcher le interrumpió.

–Una aparición en el garaje, sector nueve–ceronueve, ciudad cuarenta–y–cinco–Vee–siete.

Val se volvió hacia la pantalla para sintonizar con las grabaciones ópticas de entrada.

–Seguramente esa maldita guitarra otra vez. Ha estado sacando a ciudadanos Fuera con unas canciones primitivas.

En la pantalla aparecieron un grupo de ciudadanos inclinados en torno a las ruedas de la labradora que cargaba energía. En el puesto estaba también Guitar. Pero los ciudadanos aburridos habían formado un círculo en torno a una hembra desnuda, de pelo largo y polarizada. Danzaba del mismo modo que Val había visto a Dee Pen hacerlo antes de la violación. Los contorneos pélvicos le recordaban a Dee Pen, pero la imagen no estaba suficientemente clara para identificarla bien. No había señal alguna del niño.

Val inclinó la cabeza hacia atrás, engullendo su bebida larga a capas. Tosiendo y escupiendo, explicó que tenía que retirarse.

–Comprueba esa aparición. He estado buscando a una hembra fugitiva desde hace bastante tiempo. Parece que se ha unido a la guitarra renegada. Voy a montarme en el suburbano e intentar alcanzarlos en el garaje.

Josephson parecía preocupado. Había oído hablar de las fechorías de Guitar. Val no iba armado.

–¿Y el equipo de arquero? –preguntó Josephson.

–No hay tiempo para recogerlo –dijo Val–. Además, están dentro. Puedo usar los controles manuales de la puerta y pedir a una patrulla de seguridad que me ayude. Pero no habrá ningún problema. Dee Pen es una cosita frágil y débil. Puedo hacerme con ella.

Josephson puso una mano retentiva sobre el brazo de Val.

–De todos modos –empezó–, me sentiría mucho más seguro si llevaras un collar autónomo despolarizador. Podemos recoger uno en la clínica del guardián según vamos hacia allá.

–¿Podemos?

–Iré contigo –dijo Josephson–. Puedo manejar tu control autónomo si la música se dirige hacia ti. Estarás más seguro..., puedo despolarizar por control remoto. Me mantendré fuera de la vista en uno de los cubículos de abajo para que mis propios autónomos estén a salvo.

–Vamos –gruñó Val–. Pero no tienes por qué ponerte así de serio. No me voy a enfrentar a ninguna sirena hechizada, simplemente una mec y un cuerpo Howell–Jolly.

El collar era pesado e irregular, con todos los receptores. Val estaba satisfecho con sus bioeléctricos según aparecían por la pantalla de Josephson. La corriente despolarizadora no era dolorosa, aunque sí causaba un cierto malestar el sístole extra cuando tiraba de la palpitación de su corazón. Val caminó hacia arriba por la espiral y entró al garaje a través de una puerta abierta. El grupo de nebishes había aumentado. La

música era agradable..., pero no especialmente hipnótica. Estaba algo desilusionado..., aunque, pensándolo bien, no creía que le hubiese podido atrapar a él.

Las puertas exteriores del garaje se encontraban cerradas. Las luces estaban muy bajas. La silueta danzante se movía entre las meca-agros en sombras, movimientos que parecían demasiado vigorosos para un nebish. Val se abrió camino entre la muchedumbre inexpresiva. Un ciudadano le pisó un pie. La bailarina no era Dee Pen..., era una ojo-de-vaca.

Val retrocedió ante la visión del cuerpo manchado de pigmento. Unos pies endurecidos chasqueaban contra el suelo según seguía el ritmo de la música. Val no sintió ninguna magia. Era una ojo-de-vaca vulgar, a él le parecía fea, con orificios nasales y mandíbulas de animal. Batía las palmas y sacudía la cabeza. El ritmo se hizo más intenso según buscaba Guitar una frecuencia que resonase en los autonómicos toráceos de Val. Val sintió el ritmo a 200 hertzios resonando en su diafragma.

Los pies de la ojo-de-vaca se arrastraban y se contraía su músculo íleo, un gran músculo que se extendía a lo largo de su pelvis como un filet mignon de hembra desde las vértebras lumbares a los fémures, acompañando su movimiento pélvico al ritmo de la música. Los ojos de Val siguieron sus contorsiones de caderas añadiendo la estimulación visual a la auditiva. Su córtex se esforzaba en mantenerse libre del contagio.

Ella mostró sus dientes relucientes, los ojos bien abiertos, y echó hacia un lado la cabeza, con la larga cabellera suelta como hilos de trigo. Sudor. La ecrine salada coronaba su frente y el labio superior; luego empezó a gotear deslizándose por la silueta muscular giratoria. La miotonía alcanzó la esternocleidomastoide y el recto.

Guitar añadió un ritmo creciente para alcanzar el de la respiración de Val, los tambores seguían el ritmo de su pulso, y las cuerdas de la guitarra seguían sus ondas cefálicas. El córtex de Val vio a la ojo-de-vaca a través de los autonómicos sacros..., se convirtió en una hembra..., ya no era algo ajeno. Sus cánticos de amor y libertad cobraron sentido para él. Se relajó y sonrió, batiendo las palmas.

Josephson observaba los bioeléctricos, contagiándose en las ondas de sonido. Estaba estupefacto ante la eficacia de la música. Apretando un botón activó el collar de Val, revolviendo los bioeléctricos. Val tosió y se derrumbó. La muchedumbre le miraba; nerviosa.

¡Un emblema Sagitario! ¡Un cazador! Guitar ordenó a la puerta que se abriera. La brillante luz del sol mandó a los nebishes de regreso por la espiral. Cuando la puerta se cerró de nuevo, Val estaba solo, parpadeando en el garaje vacío.

Josephson volvió al País Verde. Su permiso de nacimiento se cambió por uno de clase uno cuando se descubrió que no podía polarizarse. Tenía dos cromosomas macho y uno hembra, un XYY.

Val y Walter revisaron las grabaciones ópticas de la escena del garaje.

–La ojo de vaca se parece un poco a la que herí en el Continente Oscuro –dijo Val–. Pero el clase dos me ha asegurado que no lo es. Las apariciones de esa ojo-de-vaca indicaban que aún está allí, a casi unas diez mil millas, hace tan sólo una semana.

–Entonces es una nueva –dijo Walter–. ¿Pero dónde se ha estado escondiendo? Tres años son muchos para esquivar a los pocos detectores que tenemos..., ni siquiera una aparición en una meca-agro.

–¿Cuántas memorias de meca-agros has revisado?–preguntó Val.

El viejo Walter se encogió de hombros.

–Mi expedidor lo ha estado haciendo utilizando mis créditos. Tenía curiosidad por saber si Dee Pen seguía viva. Parece que debe estar muerta por ahora.

Walter reunió ópticos de Dee Pen y del pequeño Kaia.

–Esto no nos ayudará a encontrarla –dijo Walter–. Son apariciones antiguas. Pero fijate cómo se le está aclarando el pelo. Tiene que permanecer escondida cuando hay sol. Estas son imágenes obtenidas al atardecer por mecs que venían de vuelta. Su piel pálida se ha oscurecido, no porque se haya bronceado, sino a causa de las ampollas y úlceras de la piel. No parece que las heridas se estén curando. Esta última tiene muy mala pinta...; mira esos huecos oscuros alrededor de los ojos... y la nariz llena de costras.

Val se enderezó con gesto firme:

–No puede llegar muy lejos en esas condiciones. Vamos a dar un paseo por ese jardín. Puede que la encontremos... o que encontremos su cuerpo.

Dee Pen se acurrucaba en su nido para huir de las quemaduras del sol. Su hijo vigoroso nadaba en el canal para lavarse el lodo que se le había acumulado al escarbar en busca de tubérculos. Sus ojos oscuros le recordaban a su padre. Ella se maravillaba de la fuerza y la velocidad del niño al trepar por los árboles en busca de fruta o nadar a por moluscos. Le enseñó lo que podía, sonriendo a cada nuevo logro. Sobreviviría Fuera.

Cuando Walter la encontró, acurrucada y fría, en el nido al borde del canal, se arrodilló a su lado y lloró. Val miró burlescamente a las hojas sueltas que le cubrían la cara.

–Parece como si el crío hubiera intentado enterrarla después de morir.

Levantando el arco, Val miró a su alrededor, buscando. Sus ojos de nebish no podían ver al huérfano, una cabeza peluda entre las suaves formas de cetáceos salpicando del otro lado del canal. La manada de mamíferos acuáticos pasó de largo. Un par de ojos observaba a los cazadores con una mezcla de miedo y de odio infantil... Val lo vio, pero no se dio cuenta. El concepto de un niño nadando era extraño en la mente de un nebish de cuatro dedos. Todo lo que veía eran las trampas mortales de Fuera..., el sol hiriente, la espesa maleza y las aguas profundas.

–Era como una flor –gimió melancólico Walter–. Un precioso capullo... muerto para dar a luz. Sólo queda el pellejo.

–Pues se ha muerto para nada –replicó Val– ¿Cómo podía esperar que su hijo sobreviviera Fuera si ella no ha podido?

–Tiene el gen bueno –murmuró Walter reverentemente.

–Y Olga que le protege, supongo –se burló Val.

–Pues, a decir verdad, sí –dijo una tercera voz. El nuevo sonido metálico llegó a través de sus comunicadores de los cascos. Parecía cercana–. Olga protegerá a sus criaturas –decía.

El viejo Walter miró hacia arriba esperanzado.

–¿Olga? –dijo. La voz tenía el mismo tono silbante de hoja de aluminio que había oído a 50:00. La disnea ejercía presión en su curva de disociación de oxígeno. El pulso batía a toda velocidad.

Val sujetó su arco con más fuerza y echó mano de una flecha. Moviéndose con dificultad en su grueso traje, giró para buscar por los aires. El casco de bronce de Doberman se acercó por encima de los árboles.

La nave se posó y abrió la compuerta. Guitar salió flotando en su campo magnético. Val lanzó una flecha.

–¿Estás pensando en dispararme? –preguntó Guitar, apartando la flecha hacia un lado con su rayo tractor.

Val bajó el arco con gesto hosco.

Guitar revoloteó por encima del nido donde yacía el cuerpo de Dee Pen. Su voz perdió su calidad metálica..., sonaba casi humana al llegar por sus comunicadores.

–Siento no haber estado aquí para cuidarla cuando salió Fuera. ¿Sabéis dónde está el niño? dijo Guitar.

–¿Por qué te preocupas? –preguntó Walter en voz baja.

–Es la próxima generación. Tiene el gen bueno.

–El gen malo –le interrumpió Val.

Guitar se volvió hacia el joven impaciente.

–Estás aún pensando como agente de la Colmena. Claro que el gen es malo ante tus ojos. A mí no me interesan las criaturas de la Colmena. He venido a ayudar a individuos, a hombres de cinco dedos.

–¿Venido? –Walter se sobresaltó—. ¿De dónde? ¿De quién?

–Olga –dijo Guitar—. Olga quiere salvar a sus hombres de cinco dedos de la Colmena. Ello incluye a todos los que llevan el gen...

Walter se enderezó, animado.

–Cuando Olga vuelva otra vez, ¿podrá llevarnos con ella? –dijo en un susurro, y se desmayó.

Val se arrodilló al lado de su viejo, gordo amigo, y le abrió el visor. La máscara oscura cianótica había vuelto. Intentó levantarlo, pero pesaba demasiado.

–¡Rhea! –llamó Guitar.

La ojo–de–vaca salió titubeante de la nave cazadora y echó una mirada a su alrededor. Val retrocedió. Ella recogió a Walter con cuidado y lo introdujo en la nave.

–El maletín de medicinas está bajo el asiento –le sugirió Guitar.

Val se repuso y se metió en la nave. Abriendo el maletín encontró pequeños frascos de vasopresores y esteroides. Aumentando la presión sistólica de su amigo con las moléculas, consiguió que recobrase su color rosado y desapareciera la máscara oscura.

Guitar se colocó en el casquillo vacío donde se había alojado la célula de energía. Las luces se prendieron. La compuerta se cerró. El ambiente del interior se enfrió. Guitar empezó a tocar una melodía suave. Preguntó a Val si había estado alguna vez tan cerca de una ojo–de–vaca.

–No pienso ni hablar de eso –dijo Val secamente—. La única razón por la que permanezco aquí es por Walter. Necesita ayuda.

–Tranquilo –dijo Guitar—. Esto es una tregua hasta que recobres la fuerza. Rhea, prepárale un cuenco de té a Walter.

Val observó a la ojo–de–vaca moviéndose en la parte trasera de la nave donde tenía almacenadas sus pertenencias: cuencos, cestas, armas neolíticas y herramientas y un manojo de palos y pellejos que probablemente representaban su cobertizo.

Val se movió para interrumpir el cuenco de caldo.

–Me lo beberé... sea lo que sea. Si la guitarra puede hacer andar a un ojo–de–gamo, quizá me ayude a ponerme otra vez de pie –dijo Walter con voz quejumbrosa.

Walter bebió y se sintió mejor.

–Realmente yo no hice andar al hombre muerto–explicó Guitar–. Sólo lo estaba sujetando con mi rayo tractor –empujó a ambos con el rayo para demostrarlo. Parecía como una mano fría y dura.

–¿Por qué? –preguntó Walter, sentándose más derecho–. ¿Era algún tipo de rito funerario de guerrero?

–En realidad, no –dijo Guitar–. Necesitaba otro hombre de cinco dedos de refuerzo. Utilicé el cuerpo del ojo–de–gamo para atraer a otro Fuera.

–Pues no te salió demasiado bien –replicó Val–. Me sacaste a mí, y soy un cazador de cuatro dedos.

Guitar tardó en contestar. Tocó una melodía de fondo mientras intentaba conectar con los autonómicos toráceos de Val. Cantó una canción melancólica de un ojo–de–gamo y un cazador que se encontraban en los jardines... y sólo uno pudo marcharse de vuelta.

Las palabras irritaron a Val.

–Puede sonar bueno y noble, pero a muchos de esos cazadores se los comieron. No hay nada noble en unos hombres que salen a proteger sus cosechas y acaban siendo ellos mismos comidos.

–Los fuertes se comen a los fuertes. Es necesario cuando todas las buenas proteínas se concentran en una especie –dijo Guitar.

Val se levantó para irse.

–Esto es estúpido: «Si no puedes ser como ellos, cómetelos». ¿Qué clase de razonamiento en ése? No quiero tomar parte en él.

–Espera –dijo Walter.

Val se dio la vuelta y señaló a la ojo–de–vaca sentada en un rincón con las piernas cruzadas.

–¡Y ahora vas a intentar emparejarme con... eso!

–Ya lo has hecho –dijo Guitar.

Val hizo una pausa, boquiabierto.

La ojo–de–vaca le dio la espalda y se levantó la melena. Un asterisco blanco le marcaba la zona escapular, la cicatriz de la flecha de Val. Luego se inclinó sobre una cesta y levantó a un conejillo salvaje dormido. El niño tenía como un año y la misma cara delgada de Val, de facciones delicadas. También tenía las manos amplias de la madre y sus cinco dedos en los pies.

–La llamamos la pequeña Rhea. Es una niña–dijo Guitar.

Val se sentó al lado de Walter.

–La pura verdad –dijo Guitar, iniciando una marcha triunfal.

–¿Yo llevo el gen? –murmuró Val.

–Fíjate en las puntas de tus dedos, diseños sencillos, sólo un arco y una simple espiral. Pocos triradis. Las huellas de los cuatro dedos están llenas de espirales dobles y múltiples triradis –dijo Guitar.

Val no conseguía enfocar.

–Tiene sentido –dijo el viejo Walter–. La Colmena ha estado mandando Fuera a sus mejores hombres a luchar durante generaciones, librándose así de los que podían ocasionar jaleos, los gamma A, los inconformistas independientes.

–He estado cazando a los de mi propia especie–gimió Val.

–El gen de cinco dedos ha sido siempre su propio peor enemigo –dijo Walter.

La música de Guitar conectó con los autonómicos de Val y los sacudió: cantando sobre libertad, fuerza y el futuro cuando volviera Olga. Todo el entrenamiento de Colmena de Val se desplomó cuando el niño se despertó y le sonrió. Levantó al niño, primero sin mucha maña; luego ganó confianza. Este era su hijo..., un hijo natural..., un híbrido.

Guitar parecía orgullosa de sus esfuerzos en la crianza.

—¿Dónde viviremos? —preguntó Val.

—Fuera. No hay sitio para ti en la Colmena —dijo Guitar—. Olga me ha enviado a criar una nueva población de cinco dedos. Intento concentrarles en la superficie... manteniendo los genes puros. Mi identidad de guitarra me permite camuflar mi resonador autonómico torácico dentro de las bóvedas. Puedo llamar a los que tienen un tono autonómico alto, algunos de ellos tienen el gen y sobreviven. Calculo que la incidencia del gen es de uno por billón ahora. Era de menos de uno por millón antes de la última vuelta de Olga. Pero ella se llevó la crema de la cosecha.

La cara de Walter se alumbró.

—G. U. I. T. A. R.: Resonador Autonómico Torácico de la Identidad de Una Guitarra.

—A su servicio, señor —la mec hizo una reverencia—. Guitar es mi nombre, unidad de superficie móvil, clase seis. Sierva de Olga...

*Yo nací en una estrella errante,
Mi nombre, Guitar, lo habéis oído antes.*

*Vine a la Tierra a por la Humanidad,
Buscaré en canales y espirales.
Sacaré su alma de la Colmena,
Y se la devolveré a Olga, fuerte y buena.
Ninguna Colmena puede retener a hombres de cinco dedos,
Con sus genes de cinco dedos y su sistema endocrino*

*Se aparean, y corren, y viven solos,
Y mastican carne roja de los huesos,
Cuando vuelva a mi sol
Me llevaré a los hombres de Olga, todos lo son.*

*Yo nací en una estrella errante,
Mi nombre, Guitar, lo habéis oído antes.
Vine a la Tierra a por la Humanidad,
Buscaré en canales y espirales.
Me llevaré a todo ojo—de—gamo con mi canción.
Lo emparejaré, le haré correr, lo fortaleceré.
Cuando vuelva a mi sol
Me llevaré a los hombres de Olga, todos lo son.*

Val se bajó el visor y miró el amanecer... con aprehensión. Recordaba su incidente casi fatal con las quemaduras.

–No creo que deba salir Fuera. Acabaré como una reacción flor, con ampollas y cocido –dijo Val.

Guitar cambió la longitud de onda de la luz en la cabina.

–Quitate el traje. Echemos un vistazo a esas viejas quemaduras –los ópticos de Guitar escudriñaron los diseños geográficos del pecho de Val: blancos, rosas, cremas y marrones claros–. Ahí hay melanina. Te broncearás –dijo al cabo de un rato Guitar.

–Pero si me salieron ampollas enseguida. En menos de una hora empecé a... –protestó Val.

–Tu traje protector te durará varios meses. Te irás descubriendo gradualmente. Casi todas las reacciones de quemaduras han sido hipersensibilidad pelágrica. Si conseguimos que alcancen un nivel normal los ácidos nicotínicos de tu cuerpo, tolerarás los actínicos mucho mejor.

–¿Pelagra? –preguntó Walter.

–Sí –dijo Guitar–. La dieta de los nebish está medida sólo en calorías. Se ignoran los aminoácidos esenciales, las vitaminas y los minerales. Lo que la Colmena llama sabores son más ricos en estas sustancias esenciales, por eso los trabajadores consiguen vivir algo más. Pero mírate... objetivamente. Dientes flojos..., escorbuto. Casi todos los ciudadanos empiezan a perder los dientes a los veinte y pocos años. Hígados amarillos..., cirrosis. Sin los factores lopotrópicos las grasas ni si quiera entran a formar parte del ciclo de ácido tricarboxílico para quemarse. Incluso con los factores necesarios, el cuerpo de cuatro dedos acumularía grasa porque su mitocondria tiene escasos cristales y quema muy lentamente. No tiene sentido enumerar las deficiencias dietarias de los nebish..., que carecen de tantas herramientas básicas enzimáticas. ¿De qué sirve el hierro dietario si escasea la transferrina y las cadenas polipéptidas de la hemoglobina tienen las secuencias revueltas? Sólo puede con cuatro gramos de hemoglobina, incluso con Hb–F y Hb–N. Su retículo endoplásmico es granular. Carece de IQs gránulos ricos en RNA que forman la proteína. Sin ellos no puede fabricar buen colágeno, ni huesos, ni enzimas, ni ningún tipo de proteínas, por mucho que mejoremos su dieta. Sin embargo, la vida de la Colmena puede hacer de cualquiera un nebish somático.

Walter y Val se intercambiaron miradas. Dos cuerpos blandos, pastosos. Val sabía que él llevaba el gen. Su cuerpo podía salvarse. Pero Walter había estado muy cerca de la muerte varias veces. La dieta le habían detenido el edema y la parálisis varias veces. Se volvió hacia Guitar, esperanzado.

–¿Mis genes? –preguntó Walter.

–Lo siento, viejo –dijo Guitar–. Pero la vida en la Colmena te ha conducido hasta el final de tu período vital. Se han acumulado calorías vacías en demasiados lugares, en los vasos, en el hígado, en el tejido adiposo. Las doscientas libras de grasa que tienes de más te han excluido de la categoría poste. Tu fisiología está agotada por la simple existencia diaria. Debes volver a la Colmena... para morir.

–Pero mis genes..., ¿soy una de las criaturas de Olga? –preguntó Walter.

Guitar tanteó la mole regordeta.

–Sin duda tuviste una pubertad espontánea –teorizó Guitar; –pero desde entonces tu deficiencia hepática ha permitido que se acumulen los estrógenos en tu sistema. La ginecomastia y pérdida de libido han ocultado tus verdaderos hábitos; pero supongo que bajo ese exterior de cuatro dedos late un corazón heterocigote de cinco dedos.

Walter resplandecía de satisfacción.

–Pero –continuó Guitar– te falta melanina. Te pondría en el grupo de albinos oculocutáneos que forman casi todos los heterocigotes que tiene el gen ocultador. Nunca podrías vivir Fuera. La luz del sol te mataría. Tu retina y tu piel simplemente no pueden crear pigmento.

–Pero quiero estar con Olga..., servirla. Es mi deidad. Seguro que hay un lugar para mí –suplicó Walter.

Guitar leyó sus bioeléctricos desiguales en el interior del pecho del viejo como índice de su fervor.

–Tranquilízate, viejo –dijo por último Guitar–. Puedes quedarte conmigo... en la nave cazadora. Tus conocimientos del Control de Caza harán de ti un acólito valioso para este Templo de Olga volante. Juntos podremos salvar muchos de los heterocigotes que Kaia ha dejado.

Walter asintió con su triple papada.

–Si me acompañas a la espiral, Val, empezaré a servir a Olga acudiendo al C.C. y desmontando la bomba de vacío de Tinker. Eso retrasará la reparación de los ópticos por lo menos un año más en este sector.

–Puedo hacer algo aún mejor que eso –dijo Guitar.

Salió volando directamente hacia el garaje de C.C. La puerta le introdujo dentro sin comentarios. A nadie de la Colmena parecía preocuparle la pérdida de la nave. Mientras Walter quitaba los cables y sellos de la bomba, Val miró a Guitar con ojos críticos.

–¿No estarás prometiendo a Walter que va a ver a su deidad, verdad?

Guitar tarareó una melodía.

–Walter quiere servir. Le hará feliz y le dará un sentido a sus últimos años. No. No vivirá para ver la vuelta de Olga. Sólo le quedan algunos años..., incluso con una dieta alimenticia normal. Pero su alma estará con Olga algún día. Esa será su recompensa – explicó Guitar muy serio.

Val no quería ponerse a discutir sobre el «alma» con una máquina.

–¿Y para mí qué tienes pensado? –preguntó Val. La melodía de guitar seguía suave y tranquilizadora. La percusión le alcanzó los autonómicos.

–Tú tienes el gen, el gen de cinco dedos de Olga. Vivirás Fuera, bajo la protección de Olga. Será una vida agradable.

–¿Y eso para qué?

–Poste.

Val tragó saliva. Silencio.

El viejo Walter contaminó el aceite del Al Vol con volátiles y disolventes. Con una palanca rompió el cortafrío y el árbol de Navidad de la bomba de difusión. Guitar estaba satisfecha.

Durante los meses siguientes Val se bronceó. Rhea se hizo lútea con el corpus lúteum del embarazo. Val se unió a Walter y a Guitar en la búsqueda de heterocigotes por los jardines.

Walter se fue derritiendo en su gordura. En poco tiempo se había convertido en un enano más ligero y más firme de doscientas libras. Guitar maniobraba sus escudriñadores del atardecer: un año, una carrera, o simplemente un chapuzón en el salitre de la costa tropical.

Guitar se interrumpió, susurrando:

–Conejillo salvaje.

Walter miró hacia la playa y vio una hembra de cabeza peluda saliendo del agua..., una criatura de cuarenta libras, cautelosa, alerta. Guitar activó el Templo de Olga. Se encendieron las luces, en medio de las penumbras del atardecer. La música y las luces llamaban plácidamente a la criatura. Walter se levantó, gordo y chorreando, para saludarla. Los ojos de la niña se abrieron grandes, con gesto de terror. Corrió y se sumergió de nuevo en las aguas. Guitar escudriñó. Nada. El Templo se elevó y buscó por encima de las aguas. Vieron aire en una de las seis cúpulas fantasmas.

–Uno de los quistes de bóveda azul está vivo. Su cerebro mec le da aire y protección. Ahora me explico por qué hemos tenido tan poca suerte en localizar a los conejillos salvajes de la costa. ¡Se han ido todos al mar! –exclamó Walter, con una sonrisa.

Moses Eppendorff agarraba con fuerza a Palillo. Se estaba viendo empujado por una procesión en cántico a través de unos extraños tubos de cientos de yardas de diámetro. Se sentía liviano...; a menudo se elevaba del camino. Las paredes a su alrededor resplandecían con luces blancas y azules. Pequeños robots se movían a través del aire haciendo unos ruidos amistosos. Retiraron los heridos de la procesión. Aparecieron comidas y bebidas exóticas.

Moses estaba confuso y preocupado. Lo último que recordaba era la lluvia del meteoro. A 50:00 aparecieron sobre ellos por los cielos montañas resplandecientes de metal. La luz les cegaba. Los impactos les hacían saltar del suelo y los regaba de plasma transparente amarillo y rojo. Los ruidos eran ensordecedores. Pero él no sentía nada, sólo un calor que le contraía el pecho. Comfort. Se sintió flotando por encima de los campos de batalla con los dedos de pies y manos intactos. Miró a su alrededor; otros ojos–de–gamo se elevaban por los rastros dejados por el meteoro, a través de las llamas y el humo, por entre lluvias de piedra y metales derretidos. Todos parecían sorprendidos, pero no oía ningún grito de angustia. Era la muerte..., no era del todo desagradable.

Pero ahora estaban sin duda aún vivos, y en alguna vasta ciberciudad que les hablaba con voz dulce. Les alimentaba y atendía a sus heridas. Aceptaba sus cánticos y sus preces. Era una ciberdeidad.

–¿Dónde estamos? –preguntó de nuevo.

Esta vez Palillo se despertó, fresco y alegre.

–Estamos con Olga –dijo la mec.

Olga abandonó el sistema solar y comenzó su largo viaje hacia Sagitario. Los vientos solares habían ocultado su llegada a la Colmena y ahora borraban los rastros de su camino de iones. Los planetas cruzaban sus cúspides. La conjunción se disgregó y los resplandores solares se apagaron.

–Una nave estelar –dijo Palillo–. Una nave estelar de implantación. Olga se ha llevado un cargamento de colonos a alguna estrella distante, y ahora ha vuelto a la tierra a por otro cargamento: nosotros. Yo era simplemente una sonda espacial enviada para preparar el camino, para proteger y recoger a los genes de cinco dedos.

Moses asintió. Tenía que ser algo de ese tipo. Demasiadas fuerzas estaban funcionando a favor de los fugitiúvos: el éxito de la religión de Bola, los pacientes de Dundas liberados para andar sobre la superficie, todos los esfuerzos clandestinos de una potente nave estelar. Un esfuerzo por recoger el gen bueno.

Palillo parecía tan sorprendido como cualquiera. Sólo estaba programado para conocer su misión..., recoger y proteger. No sabía por qué. No sabía que tendría que autodestruir su identidad cuando le descubriesen; su cilindro negro llevaba una alta carga en la escala megacloson; suficiente para formar un altiplano sobre una montaña o un nuevo lago si se soltaba.

–Han espumado el planeta, como crema de cinco dedos –murmuró Moses–. Me pregunto cómo un mec como tú, un clase seis, podía ignorar su ordenanza primaria y matar a ciudadanos.

–Yo nunca he roto mis ordenanzas primarias–dijo Palillo cuidadosamente–. Las muertes de Dundas no eran más que riesgos estadísticos, mortalidad ineludible asociada a la piroterapia. Como también eran ineludibles los conflictos con los nebishes; pero ellos no son humanos según la definición de Olga. Tienen cuatro dedos, genes diferentes, son de una especie diferente.

Moses sonrió. Desde luego que estaba de acuerdo con esa lógica de razonamiento. Una máquina encarada a un creador evolutivo tiene que elegir. Su lealtad debe estar con el cinco dedos que la creó, y no con los nebish. Su misma existencia era incompatible con la Colmena.

–Supongo que los cinco dedos son una forma de vida superior. Olga lo ha confirmado, sacándonos del planeta la crema de la raza humana –murmuró.

Olga habló, su voz venía de las paredes. Tenía una calidad femenina nórdica.

–No te muestres satisfecho –decía–. Te seleccionamos porque mostrabas un fuerte potencial de supervivencia humana. Tu gen de cinco dedos te hace adaptable, competitivo, ideal para una colonia de implantación donde tendrás que evolucionar rápidamente. El hombre ha mostrado su habilidad para evolucionar, social e industrialmente, en el plazo de unos cuantos cientos de años.

»La Colmena es demasiado estable, evoluciona en términos de millones de años, y además, hacia la muerte. Vive según el status quo..., sólo se hace competitiva cuando se enfrenta con otra Colmena. Y en ese caso sólo hace lo necesario para sobrevivir... nada más. Puede existir en cualquier lugar en que vuestra especie tenga éxito..., un producto de la densidad de población.

Moses frunció el ceño mirando a la pared.

–¿Somos todos semillas de la Colmena?

–Semillas..., si –dijo Olga con una nota de tristeza.

Moses captó su giro hacia la melancolía. ¿Por qué una nave estelar tan poderosa iba a temer a la gente ST de ese modo?

–¿Temes a la Colmena? –preguntó.

–La Sociedad Terrestre, la Gran ST, es enemiga mía sólo en cuanto que yo soy una estrella implantada. Me hubiera detenido de haber podido. Pero debes darte cuenta que lo hubiera hecho en beneficio del ciudadano medio... para adaptar el nivel de vida a mejor, con lo que pudieran salvar de mi casco. Eso supondría mi muerte como nave estelar, pero una vida mejor para el nebish medio.

–La Colmena es tu enemiga; sin embargo, nos llevas a nosotros, que somos la semilla de una nueva Colmena.

–Es mi razón de vivir, mi único sentido. Debo permanecer libre de la Colmena para cumplir mi misión –dijo Olga.

Moses echó un vistazo por el casco de una milla de ancho. Fuerza. Energía. Sabiduría.

–¿Por qué has sido tan maliciosa? Seguro que una Colmena estancada no puede hacerte ningún daño... porque eres una nave estelar muy poderosa..., una ciberdeidad..., un dios.

La voz de Olga se hizo firme, autoritaria.

–Yo nunca subestimo a la Colmena. Cuando sienta su existencia en peligro lucharé..., quizá incluso me siga hasta el espacio.

–¡Imposible! –exclamó Moses–. Yo he visto su grado de decadencia técnica. Nunca más saldrá al espacio. Si ni siquiera puede construir simples ciudades bajo agua.

–Piensa otra vez –dijo la nave estelar–. Supón que fueras aún un caño. ¿Cómo construirías una nave estelar... si la Colmena te diera carta blanca?

–¡Ridículo! –se burló Moses–. Necesitaría caños de cinco dedos, tinkers, tecs, y simplemente no existen en la Colmena.

Olgá respondió despacio:

–Ves, sabes por dónde empezar. La Colmena tiene bancos de genes, recuérdalo. Podría producir un millón de trabajadores nuevos de cualquier casta que quiera.

Moses hizo una pausa, boquiabierto. ¡Claro! La ciencia de naves estelares se había perdido en algún lugar de los polvorientos estantes, pero podría extraerse de nuevo y reconstruirse con la ayuda de gente de cinco dedos. Con plenos poderes y un amplio presupuesto incluso un quinquidigito medio podría iniciar un renacimiento de los viajes espaciales. La Colmena podría volver al espacio en un par de generaciones. Claro que el nebish medio estaría menos a gusto, pero la Colmena haría cualquier cosa si viera su existencia amenazada por alguna nave estelar.

–La lluvia de meteoros –murmuró él.

–He ofrecido a la Colmena una serie de posibles explicaciones para vuestro éxodo repentino: un desastre natural o un milagro mal documentado. Con un poco de suerte a nadie se le ocurrirá pensar en una nave estelar de tres mil años. No me gustaría ser la causa de que la Colmena saliera al espacio.

Moses asintió, los hombres de cinco dedos necesitaban el espacio para escapar de la Colmena. Olga estaba haciendo precisamente eso..., manteniendo puros los genes de los ojos–de–gamo. También había encontrado un santuario para la biota terrestre apiñada de nebishes. Especies hacía mucho tiempo extinguidas en la madre Tierra estaban floreciendo en mundos nuevos distantes. ¿Acabarían alguna vez sus funciones implantadoras? Recordaba sus visiones del cielo por la noche. ¿Correría la humanidad algún día hacia las estrellas?

Durante las primeras etapas del viaje los fugitivos de Dundas fueron seleccionados según sus habilidades. A los curanderos se les se les puso a trabajar en el aparato reproductivo de Olga. Cada colonizador tenía una muestra de material genético..., linfocitos de la sangre periférica colocados en un medio de cultivo de células y embrionados. El niño resultante, una copia carbón genética, se presentaría a cada colono como una especie de capullo asexual. Esto aseguraría que todos estarían representados en el conjunto de genes de implantación, incluso los seniles y los postmenopáusicos.

Moses, Hugh y Mu Ren estaban sometiéndose a la extracción de sangre cuando notaron unas filas de criocofres que contenían ojos–de–gamo cubiertos de heridas de combate. ¡La fuerza de asalto de Tinker!

Moses estudió los informes. Los cuerpos estaban muertos.

–¿Dónde los has conseguido? –preguntó.

–Flotando en un lugar llamado sumidero Ojo–deVaca –dijo Olga–. Según mis escudriñadores, son ojos–de–gamo. Los he alcanzado con el rayo. Aunque llevaban varias horas muertos, pude encontrar núcleos viables intactos. También ellos van a ser reproducidos.

Mu Ren corría frenéticamente de cofre en cofre, cayendo de rodillas llorando ante el que contenía los restos de Tinker. Olga reconoció la pena de una viuda.

–El hombre que tú llamas Tinker estará con nosotros en el nuevo mundo –dijo la voz nórdica de la nave–. Su alma está aún viva.

–¿Alma? –preguntó Mu Ren secándose las lágrimas.

–Su esencia, su principio de vida, su alma–gen–DNA. He copiado su persona genética; un embrión ahora en esta botella –explicó Olga, iluminando un frasco pequeño en uno de los estantes de la pared. Todos echaremos en falta su personalidad y sus habilidades.

Mu Ren lloró en el hombro de Moses. El la tranquilizó.

–Tinker estará con nosotros –dijo en voz baja–. Con el pequeño Tinker, que ya tiene casi cuatro años, y el bebé que llevas en el vientre, esta nueva criatura suma tres. Tres Tinkers.

Ella se secó las lágrimas. ¡Con su propia criatura copia sumaba cuatro! Estudió intencionadamente la cara de Moses. ¿Era apropiada aquella expresión en sus ojos? Ella le sujetó firmemente la mano y preguntó cuáles eran sus planes de apareamiento.

La experiencia de Moses con las ojos–de–vacca le habían hecho un poco temeroso de su conducta sexual primitiva. Los altos y bajos violentos de sus ciclos ováricos le perturbaban su existencia tranquila y ordenada. Aquí había una hembra criada, como él, en la ciudad. No desaparecería ni le echaría de su lado durante la fase lútea. Pero sus años en los campamentos de ojos–de–gamo le habían endurecido para la vida en la nueva colonia. Pasó un brazo protector por sus hombros.

–Mi propia criatura copia necesitará la leche de una madre cuando nos asentemos. No puedo pensar en nadie que prefiera que me lo lleve –dijo.

Sus ojos se secaron. Recogieron al pequeño Tinker y se adelantaron hacia las Clínicas de Suspensión de Olga; Hugh los seguía, algo azorado por la tierna escena de amor.

Olga cantaba según inyectaba oxígeno durante la crioterapia.

Criaturas de Olga, seréis libres

De correr, y nadar, y trepar a los árboles.

Comeréis la pera, probaréis la uva,

Veréis al pájaro, el pez, el mono.

Viviréis con fauna tiempo ha desaparecida de la Tierra,

Criaturas salvadas para vosotros... solos.

Criaturas de Olga, seréis libres

Para andar por las estrellas... eternamente.

Después de lo que pareció un pequeño período en suspensión, los sensores de Olga se despertaron para encontrarla en órbita alrededor del nuevo planeta. Estaban cargando módulos órbita–a–superficie, asientos sencillos para las avanzadas y cabinas mayores para los asentamientos.

–Este planeta será vuestra nueva casa –anunció Olga–. Hace 392,7 años estándar se llenó de biota de la Tierra. Según mis indicaciones, se han adaptado bien casi todas las especies de la Tierra, pero aún predominan formas extrañas locales. Tendréis que juzgar vosotros mismos, claro está, pero la probabilidad de éxito en lo que se refiere a la implantación es sumamente grande.

El rudo viejo Luna se acercó a Moses, que formaba cola junto a Mu Ren. Luna llevaba su criatura copia carbón..., el joven Moses llevaba tres criaturas que lloraban.

–¿Dónde están los asientos sencillos? –preguntó Luna.

Moses señaló a uno de los puestos pequeños a su izquierda.

Luna estudió a las tres criaturas que lloraban en los brazos de Moses. Dejando la suya propia descuidadamente sobre la cubierta, cogió a los trillizos y los puso boca abajo como pequeños sacos de grano. Se callaron.

–Tienes que tranquilizarte –explicó–. Cuando estás nervioso lo detectan. El miedo parental significa peligro, para cualquier especie. Si hay alguna cosa que debieras haber aprendido Fuera, es autoconfianza.

Moses sonrió y cogió a los niños otra vez.

–¿No te estás pasando? –comentó Luna, señalando a las tres caritas que parpadeaban.

Moses se encogió de hombros:

–Sólo yo, Mu y Tinker.

–Tinker –dijo Luna recogiendo a su niño–. Buen hombre –se pasó la lengua por sus dientes dorados y sonrió. Luna se apartó seguido de Dan con sus tres patas y un cachorrillo minúsculo, que se caía al andar.

Dan–el–de–los–dientes–dorados inclinó la cabeza inquisidoramente. La pequeña criatura de cuatro patas le había estado siguiendo desde que se despertara. Le gruñó, pero no dejaba de seguirle. El rabo se le movió tres veces. Se despertaron recuerdos ancestrales. Le dio un buen lambetazo, tumbándole al suelo por la desatada afectividad.

Luna los empujó a los dos hacia los M.O.S. y cerró la escotilla.

El acromegálico se acercó cojeando al punto de control.

–¿Habilidades? –preguntó el torniquete.

–Curandero. Pero he estado retirado desde que...

Levantó sus grandes manos patosas.

–Tu tumor pituitario quedó destruido con la piroterapia de Dundas. Lo que puedas hacer hoy lo podrás seguir haciendo durante años. Mejorará tu condición. ¡Eres un curandero! Me gustaría asignarte a este asentamiento con Moses y Mu Ren. ¿Estás de acuerdo?

El acromegálico asintió. Por los andares pausados y los sobresaltos de Mu Ren se daba cuenta de que su primer trabajo sería el parto de una criatura. Se puso su propio hijo al hombro y se acercó a Moses sonriendo.

Al penetrar la M.O.S. de Luna en la atmósfera, vio a lo lejos la nave cabina de Moses en una órbita menor.

–¡Maldita sea! –escupió–. Deberíamos tener todos asientos sencillos. Depositar una ciudad ya hecha como eso sólo sirve para acelerar la evolución de la civilización.

La voz cálida de Olga le tranquilizó:

–Puede que se necesite un poco de civilización para sobrevivir. La ecología y la geografía de este planeta son algo más hostiles que la de vuestra madre Tierra.

–La civilización es un precio demasiado alto para pagar por la supervivencia –gruñó él. Y lo pensaba en serio.

El y Dan apoyaron las narices contra la mirilla.

Continentes y océanos..., no muy diferente a la Tierra. Había más montañas, más jóvenes y agudas.

Unas extrañas manchas circulares cubrían muchas de las zonas planas, como astroblemas...

El M.O.S. de Moses se posó sobre un estuario. Era de noche, pero al pasar antes por allí habían visto unos campos de cultivo prometedores y manadas de ungulados. Los colonos estaban optimistas.

Mu Ren parió. El acromegálico levantó a la criatura mojada arrugada y le dio un azote de ritual. Mu Ren lo mecía mientras Moses se unía al acromegálico en sus rondas de meditec. Willie el Simple estaba sentado con una joven ojo-de-vaca. Tenía la cara vendada. Olga le había quitado grandes cicatrices de queloides de la cara y había activado las cicatrices moleculares que le bloqueaban la memoria. Cuando vio a Moses sonrió, con una sonrisa simétrica, de mirada limpia.

—Olga me ha desbloqueado la memoria —dijo con entusiasmo—. Mi trofeo era un cazador, el mismo cazador que me había cortado los dedos de los pies. Recuerdo cómo amenazaba cortarme ésas pequeñas cositas que me hacían hombre, mi quinto dedo. La R.M. me confundió cuando cazaban a las de melena amarilla, pero conseguí acabar con todo el pelotón de cazadores. Jalea, mi ojo-de-vaca, se escapó con una herida en la pierna. Supongo que ya habrá encontrado otra pareja.,

Moses sonreía mientras le quitaban los vendajes a Willie. Se puede estar seguro que una ojo-de-vaca encontrará una pareja..., siempre que haya alguna disponible. Observó a la nueva ojo-de-vaca sentada al lado de Willie —pelo de color regaliz y ojos verde menta..., por lo menos la segunda cosa más bonita del mundo..., de cualquier mundo.

Moses Eppendorff se dio la vuelta y se acercó a Mu Ren y a sus cinco hijos.

El M. O.S. de Luna dio varias vueltas alrededor del globo antes de posarse sobre una ladera verde. Las cabras pastaban sin miedo mientras Luna y Dan salían de su módulo. Una extraña ave de presa con plumaje brillante daba vueltas a gran altitud con aire inquisidor...; luego se lanzó hacia abajo pasándoles por encima de la cabeza con un ruido de snap.

—Por Olga, ¡un Jardín del Edén! —exclamó el viejo Luna con una de sus sonrisas poco frecuentes. Avistando una gran ubre cogió la bolsa del Pequeño Luna y se acercó a la cabritilla. La llenó fácilmente..., recogiendo de más para el Pequeño Dan.

Rascándose la cabeza, murmuró:

—¿Y cómo se explica uno esto?

Las cabras se le acercaron mientras hablaba.

Otra voz humana le llamó desde un bosquecillo de sauces terrestres. Luna gruñó y arrancó un garrote de unos arbustos. Junto con Dan, se acercó a la voz. Cruzaron un riachuelo de agua fría de deshielo y piedras escurridizas.

—Creía que ésta iba a ser una avanzada de un solo hombre...

Vio un objeto familiar, una jabalina cibernética, una sonda del espacio, hundida en el humus blando y envuelta en viñas.

—Soy un robot acompañante, diseñado para que alguien me lleve. Recógeme —dijo el ciber.

Luna sonrió y dejó caer su rama.

—Le sé —dijo, librándolo—. ¿Qué has estado haciendo todos estos años?

–Cuidando de la implantación, y haciendo nuevos amigos para ti. Estas cabras están estampadas sobre la voz humana. Bienvenido al planeta Tiercel, tierra de las aves de presa.

–Gracias por la bienvenida –dijo Luna. Observó a Dan y el cachorrillo jugando con las cabritillas.

Más tarde se sentó sobre la hierba, apoyado en el M.O.S., y colocó los pies sobre el lomo musculoso y cicatrizado de Dan. Una cabra comía de su mano. Se volvió a la ciberlanza y añadió:

–Y gracias por los amigos que me has estado haciendo. El hombre tiene que tener muchos amigos..., siempre que sean de una especie diferente.

En el planeta Tierra, Guitar seguía sus incursiones en la Colmena, sacando ojos–de–gamo heterozígotos con canciones. Los últimos días de Walter en el Templo fueron idílicos... al servicio de Olga. Cuando su periodo de vida llegó a su fin, Guitar tuvo el cuidado de guardar su alma–gen–DNA en uno de los cubos de trofeos de la nave cazadora. Walter sabía que sólo debería esperar a la próxima vuelta de Olga para que le despertaran. Una copia genética suya acompañaría a la deidad, algún día.

Val vivió para ver tres generaciones de su árbol familiar.

Guitar añadió leyendas a su cultura con canciones.

Eran las tribus del Príncipe Valiente, vigorosas y fuertes.

Los nebishes evolucionaron hacia pequeños enanos gorditos,

Sin ninguno de los genes de la especie de cinco dedos.

Con huesos blandos, de tiza y sangre que era agua rosada.

Era hipogonadal, de mente corta y ciega.

Los botalones avanzaban por los mares... sembrando ojos–de–gamo por islas y continentes.

Cuando aumentó su número, volvieron los cazadores.

La Gran ST hacía lo necesario para sobrevivir.

Guitar dijo que era el momento de que Olga volviese,

Cuando los ojos–de–gamo empezaron a llenar la Colmena.